



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XLVIII: MISTERIOS (LOS)





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XLVIII: MISTERIOS (LOS)

Misterios. En griego, *teletai*, consumaciones, ceremonias de iniciación o Misterios. Eran unas ceremonias que generalmente se mantenían ocultas a los profanos y a las personas no iniciadas, y durante las cuales se enseñaban por medio de representaciones dramáticas y otros métodos el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, las relaciones de éste con el cuerpo y el método de su purificación y reposición a una vida superior. La ciencia física, la medicina, las leyes de la música, la adivinación, se enseñaban todas ellas de la misma manera. El juramento de Hipócrates no era más que un compromiso místico. Hipócrates era un sacerdote de Asclepios, algunos de cuyos escritos llegaron por casualidad a hacerse públicos. Pero los Asclepiades eran iniciados del culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes lo eran del dionisiaco, y ambos ritos, andando el tiempo, fueron incorporados a los eleusinos. Los sagrados Misterios eran celebrados en los antiguos templos por los hierofantes-iniciados, para provecho e instrucción de los candidatos. Los Misterios más solemnes y secretos eran seguramente los celebrados en Egipto por “la compañía de los guardadores del secreto”, como denomina Bonwick a los Hierofantes. Maurice describe muy gráficamente su naturaleza en breves líneas. Hablando de los Misterios que se celebraban en Filé (Isla del Nilo), dice que “en estas sombrías cavernas los grandes y místicos arcanos de la diosa (Isis) eran revelados al adorador aspirante mientras el solemne himno de iniciación resonaba en toda la larga extensión de estas recónditas profundidades de granito.” La palabra “Misterios” deriva del griego *muô*, “cerrar la boca”, y cada símbolo relacionado con ellos tenía una significación muy oculta. Según afirman Platón y muchos otros sabios de la antigüedad, los Misterios eran altamente religiosos, morales y benéficos como escuela de ética. Los Misterios griegos, los de Ceres y Baco eran sólo imitaciones de los egipcios, y el autor de *Creencia egipcia* y *Pensamiento moderno* nos enseña que la “palabra inglesa *chapel* (capilla o *capella*) se dice que es el *Caph-El* o colegio de *El*, la divinidad solar. Los tan conocidos *Kabiri* o Cabires estaban asociados con los Misterios. En breves palabras, los Misterios eran en todos los países una serie de representaciones dramáticas en las que los misterios de la cosmogonía y de la Naturaleza, en general, eran personificados por los sacerdotes y neófitos, que desempeñaban el papel de los diferentes dioses y diosas, repitiendo supuestas escenas (alegorías) de sus vidas respectivas. Estas eran explicadas en su sentido oculto a los candidatos a la iniciación, e incorporadas en las doctrinas filosóficas. (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Misterios de Eleusis. Los Misterios eleusinos eran los más famosos y más antiguos de todos los Misterios griegos (excepto los de Samotracia), y se celebraban en las cercanías de la aldea de Eleusis, no lejos de Atenas. Epifanio los hace remontar a los tiempos de Inachos (1800 antes de J. C.), y fueron fundados, como se expresa en otra versión, por Eumolpo, rey de Tracia y Hierofante. Se celebraban en honor de Deméter, la Ceres griega y la Isis egipcia, y el último acto de la representación aludía a una víctima sacrificial expiatoria y una resurrección cuando el Iniciado era admitido al supremo grado de Eopta. (Véase esta palabra). La fiesta de los Misterios empezaba en el mes de *Boëdromion* (septiembre), época de la vendimia, y duraba desde el día 15 hasta el 22, o sean siete días. La fiesta hebrea de los Tabernáculos, fiesta de las Cosechas, en el mes de *Ethanim* (el séptimo), empezaba igualmente el día 15 y terminaba el 22 de dicho mes. El nombre del mes (*Ethanim*) deriva, según algunos, de Adonim, Adonia, Attenim, Ethanim, y estaba consagrado a Adonai o Adonis (Thammuz), cuya muerte lamentaban los hebreos en las arboledas de Bethlehem. El sacrificio del “Pan y del Vino” se ejecutaban antes de los Misterios de la Iniciación, y durante la ceremonia se revelaban a los candidatos los misterios del *Petroma*, especie de libro hecho de dos tablitas de piedra (*petrai*), unidas por un lado y dispuestas para abrirse como los demás libros. (Para más detalles, véase: *Isis sin velo*, II, págs. 44 y 91 y siguientes). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Misterios órficos u *Orphica* (Griego). Venían después de los Misterios de Baco, pero diferían mucho de éstos. El sistema de Orfeo se caracteriza por su purísima moralidad y severísimo ascetismo. La teología que enseñaba Orfeo es, por otra parte, puramente inda. Para él la Esencia divina es inseparable de todo cuanto es en el universo infinito, puesto que todas las formas están ocultas en ella desde toda la eternidad. En determinados períodos, estas formas son manifestadas emanando de la Esencia divina, o se manifiestan ellas mismas. Así, gracias a esta ley de emanación (o evolución), todas las cosas participan de dicha Esencia, y son partes y miembros *impregnados* de la naturaleza divina, que es omnipresente. Habiendo procedido de Ella todas las cosas, a Ella deben necesariamente volver y, por lo tanto, son menester innumerables transmigraciones o reencarnaciones y purificaciones antes de llegar la consumación final. Esto es pura filosofía *Vedânta*. Por otra parte, la Fraternidad órfica no comía alimentos animales, llevaba vestidos de lino blanco y practicaba muchas ceremonias parecidas a las de los brahmanes. (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Hierofante.- Del griego *Hierophantes*, que significa literalmente: “el que explica cosas sagradas”. El revelador de la ciencia sagrada y jefe de los Iniciados. Título perteneciente a los más elevados Adeptos en los templos de la antigüedad, que eran los maestros y expositores de los Misterios y los iniciadores en los grandes Misterios finales. El Hierofante representaba al Demiurge, y explicaba a los candidatos a la Iniciación los varios fenómenos de la Creación que se exponían para su enseñanza. “Era el único expositor de las doctrinas y arcanos esotéricos. Esta prohibido hasta pronunciar su nombre delante de una persona no iniciada. Residía en Oriente y llevaba como símbolo de su autoridad un globo de oro colgado del cuello. Se le denominaba también *Mistagogo*” (Kenneth R. H. Mackenzie, IX, M. S. T., en la *Real Enciclopedia Masónica*). En hebreo y caldeo, el término era *Peter*, el abridor, descubridor o revelador, y por esto el Papa, como sucesor del Hierofante de los antiguos Misterios, ocupa la silla pagana de San Pedro. [Cada nación ha tenido sus Misterios y hierofantes. Hasta los judíos tenían su Peter-Tanaïm o Rabino, como Hillel, Akiba y otros famosos cabalistas, que sólo podían comunicar el tremendo conocimiento contenido en el *Merkavah*. En antiguos tiempos había en la India un solo hierofante, pero en la actualidad hay varios diseminados por el país, adheridos a las principales pagodas, y a quienes se conoce con el nombre de *Brahma-âtnas*. En el Tibet, el hierofante principal es el *Dalay*, o *Taley-Lama* de Lha-ssa. Entre las naciones cristianas, únicamente las católicas han conservado su costumbre “pagana” en la persona de su Papa, si bien han desfigurado lastimosamente su majestad y la dignidad de tan sagrado ministerio. (*Isis sin velo*, I, XXXIII, edic. inglesa).] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Sod (Hebreo).- Un “Arcano” o Misterio religioso. Los Misterios de Baal, Adonis y Baco, todos ellos dioses solares, que tienen serpientes como símbolos, o como en el caso de Mithra, una “serpiente solar”. Los antiguos judíos tenían también sus *Sod*, símbolos no excluidos, puesto que tenían ellos la “serpiente de bronce” elevada en el Desierto, siendo esta serpiente particular el Mithra persa, símbolo de Moisés como iniciado, pero con toda seguridad no se pensó nunca representar con ella al Cristo *histórico*. “El Secreto (*Sod*) del Señor es con los que le temen”, dice David (*Salmos*, XXV, 14). Pero en el original hebreo se lee así: “Sod Ihoh (o los Misterios) de Jehovah son para aquellos que le temen”. Tan atroz es el *Antiguo Testamento* mal traducido, que el versículo 7 del Salmo XXXIX, que dice en el original: “Al (Él) es terrible en el gran *Sod* de los *Kedeshim* (los *Galli*, los sacerdotes de los Misterios internos judíos), dice así en la mutilada traducción: “Dios es grandemente de temer en la *asamblea de los santos*”. Simeón y Leví tenían su *Sod*, repetidas



veces mencionado en la Biblia. “Oh alma mía –exclama el moribundo Jacob-, no entres en su secreto (*Sod*, en el original), en su compañía”, esto es, en la *Sodalidad* de Simeón y Leví (*Génesis*, XLIX, 6). Véase: Dunlap, *Sôd*, *los Misterios de Adoni*. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Neófito (*Neophitos*, en griego).- Novicio; postulante o candidato a los Misterios. Había varios métodos de iniciación. Los neófitos, en sus pruebas, tenían que pasar a través de todos los cuatro elementos, para salir, en el quinto, como Iniciados glorificados. Después de pasar así por el fuego (Deidad), el agua (Espíritu divino), el Aire (Aliento de Dios) y la Tierra (Materia), eran marcados con un signo sagrado, un *tat* y un *tau*, o una $\dagger$ y una T. Esta última era el monograma del ciclo denominado *Naros* o *Neros*. Según demuestra el doctor E. V. Kenealy, en su *Apocalipsis*, la cruz en lenguaje simbólico (una de las siete significaciones) " $\dagger$ presenta a la vez tres letras primitivas, de las cuales se compone la palabra LVX [*Lux*] o Luz ... A los Iniciados se los marcaba con este signo cuando eran admitidos en los Misterios perfectos. El *Tau* y el *Resh* los vemos siempre unidos de este modo. Estas dos letras, en el antiguo samaritano representan, la primera 400, y la segunda, 200=600. Este es el báculo de Osiris". Así es, en efecto; pero esto no prueba que el *Naros* fuera un ciclo de 600 años, sino simplemente que la Iglesia se había apropiado un símbolo pagano más. (Véase: *Naros* y *Neros*, y también I. H. S.) -[Neófito: "el nacido de nuevo", el nuevo prosélito; el recién convertido a una religión. (M. Treviño).] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Pastophori (Griego).- Cierta clase de candidatos a la Iniciación, los que llevaban en las procesiones públicas (y también en los templos) el sagrado féretro o lecho funerario de los dioses-soles, muertos y resucitados, de Osiris, Tammuz (o Adonis), Atis y otros. Los cristianos adoptaron su sepulcro de los paganos de la antigüedad. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Astrónomos (Griego).- Título que se daba al iniciado en el séptimo grado de la recepción en los Misterios. En tiempos antiguos, Astronomía era un término sinónimo de Astrología; y la gran Iniciación astrológica ciación astrológica tuvo efecto en Tebas (Egipto), en donde los sacerdotes perfeccionaron, si no inventaron del todo, dicha ciencia. Después de pasar por los grados de *Pastophoros*, *Neocoros*, *Melanophoros*, *Kistophoros* y *Balahala* (el grado de Química de los Astros), se enseñaban al neófito los místicos signos



del Zodíaco, en una danza circular que representaba el curso de los planetas (la danza de Krichna y los *Gopîs* [pastores], celebrada hasta hoy en Rajputana); después de lo cual se le entregaba una cruz, el *Tau* (o *Tat*), convirtiéndose así en un *Astronomos* o Medicinante. (Véase: *Isis sin velo*, II, 365). En estos estudios eran inseparables la Astronomía y la Química. “Hipócrates tenía una fe tan viva en la influencia de los astros sobre los seres animados y sus enfermedades, que recomendaba de una manera especial no confiar en los médicos ignorantes en Astronomía” (Arago). Desgraciadamente, el astrólogo moderno ha perdido la llave de la puerta final de la Astrología o Astronomía, y sin ella ¿cómo puede nunca ser él capaz de replicar a la atinada observación hecha por el autor de *Nazzaroth*, que escribe: “Dícese que las personas nacen bajo un signo, mientras que en realidad nacen bajo otro, porque *el sol se ve ahora entre diferentes astros en el equinoccio?*” No obstante, aun las pocas verdades que él sabe, atrajeron a su ciencia hombre distinguidos y creyentes científicos tales como sir Isaac Newton, los obispos Jeremy y Hall, el arzobispo Usher, Dryden, Flamstead, Ashmole, Juan Milton, Steele y multitud de eminentes Rosacruces. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Adytum (Latín).- El Santo de los Santos en los templos paganos. Nombre dado a los recintos secretos y sagrados de la cámara interior, en donde ningún profano podía entrar. Corresponde al sagrario de los altares de las iglesias cristianas. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Sodales (Latín).- **Los miembros de los Colegios sacerdotales.** (Véase: Freund, *Latín. Lexicon*, IV, 448). Cicerón nos dice también (*De Senectude*, 13) que “las *Sodalidades* estaban constituidas en los Misterios ideos de la MADRE PODEROSA”. Aquellos que estaban iniciados en el *Sod* eran designados con el nombre de “Compañeros”. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Eucaristía.- El misterio de la Eucaristía no pertenece exclusivamente al cristianismo. Godfrey Higgins prueba que fue instituido muchos centenares de años antes de la “Cena Pascual”, y dice que “el sacrificio del pan y del vino era común a varias naciones antiguas”. Cicerón lo menciona en sus obras y se admira de la extrañeza del rito. Desde la primera fundación de los Misterios, había existido una significación esotérica relacionada con él, y la Eucaristía es uno de los más viejos ritos de la antigüedad. Entre los hierofantes tenía casi el mismo significado que entre los cristianos. Ceces



era el *pan*, y Baco era el *vino*; significando el primero la regeneración de la vida que brota de la simiente, y el último (la uva) siendo emblema de la sabiduría y el conocimiento. Con mucha propiedad estaban simbolizadas por el vino la acumulación del espíritu de las cosas, y la fermentación y subsiguiente fuerza de tal conocimiento esotérico. Dicho misterio estaba relacionado con el drama del Edén, y según se dice, fue enseñado primeramente por Jano, que fue asimismo el primero que introdujo en los templos los sacrificios del "pan" y del "vino" para conmemorar la "caída en la generación" como símbolo de la "simiente". "Yo soy la vid, y mi Padre es el viñador", dice Jesús, aludiendo al secreto conocimiento que podía ser comunicado por él. "No beberé más del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevamente en el reino de Dios". (*Isis sin velo*, II, 43, 44). El *Soma*, bebida sagrada que los brahmanes iniciados preparan con el zumo fermentado de una planta rara (*Asclepia ácida*), corresponde a la ambrosía o néctar de los griegos, y aun a la Eucaristía de los cristianos, puesto que, por la virtud de ciertas fórmulas sagradas (*mantras*), se supone que tal licor se transubstancia en el mismo Brah്മ. (Véase: *Pan y Vino*) (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Jahva Alhim (Hebreo).- Es el nombre que en el *Génesis* sustituye a "*Alhim*" o *Elohim*, "los dioses". Es empleado en el capítulo primero, mientras que en el capítulo segundo figura la expresión "Señor Dios" o Jehovah. En la filosofía esotérica y en la tradición exotérica, *Jahva Alhim* (*Java Aleim*) era el título del jefe de los hierofantes, que iniciaban en el bien y el mal de este mundo en el colegio sacerdotal conocido con el nombre de "Colegio Aleim" en país de *Gandunya*, o Babilonia. La tradición y la fama afirman que el superior del templo *Fo-maïyu*, llamado *Foh-tchou* (maestro de ley búdica), templo situado en las fragosidades del gran monte de Kouenlong-sang (entre China y el Tibet), alecciona una vez cada tres años, al pie de un árbol denominado *Sung-Mîn-Shû*, o "Árbol del conocimiento y de vida", que es el Árbol de Sabiduría *Bo* (*Bodhi*). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

MISTERIOS, en griego *teletai* (perfección) y por analogía *teleuteia* (muerte). Eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. El juramento hipocrático no era más



que una obligación mística. Hipócrates fue sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública. Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. Más adelante hablaremos con mayor extensión de los Misterios. (Isis I, 58-59).

SAMOTRACIOS. Dioses adorados en los misterios de Samotracia. Eran idénticos a los kabeiris, dioskuris y koribantes, y se les daban los nombres míticos de Plutón, Ceres, Proserpina, Baco, Esculapio y Hermes. (Isis I, 62).

HIEROFANTE. Revelador de enseñanzas sagradas. Llevaba este título el jefe de los Adeptos, que en las iniciaciones explicaba los arcanos a los neófitos. En hebreo y caldeo se le llamaba *Pedro*, que significa el que abre o descubre. De aquí que el Papa, como sucesor del hierofante de los antiguos misterios, ocupe la pagana silla de “San Pedro. El odio de la Iglesia católica a la alquimia y ciencias ocultas y astrológicas, se explica porque tales conocimientos eran antes prerrogativa del hierofante o representante de Pedro, quien guardaba los misterios de vida y muerte. Bruno, Galileo, Kepler y Cagliostro se opusieron a las pretensiones de la Iglesia y por ello perdieron la vida.

Toda nación tuvo misterios y hierofantes. Los judíos tenían su Pedro, Tanaim o Rabino, como Hillel, Akiba (Akiba era amigo Aher que se presume si fue el apóstol Pablo del cristianismo. De ambos se dice que visitaron el Paraíso, Aher cogió ramas del árbol de la ciencia, y por esto se separó de la religión judía. Akiba continuó en paz su camino. Véase 2º Epístola a los Corintios, cap, XII), y otros cabalistas famosos, únicos que podían comunicar los terribles secretos de la *Merkaba*. **En India hubo y hay diseminados por las principales pagodas muchos hierofantes, conocidos con el nombre de brahmatmas. En el Tíbet el principal hierofante es el Dalay o Taley– Lama de Lha–ssA (Taley significa océano o mar).** Entre las naciones cristianas sólo los católicos han conservado esta pagana costumbre en la persona del Papa, aunque han desfigurado tristemente la majestuosa dignidad de tan sagrado cargo. (Isis I, 50-51).

Si existe en la tierra algo parecido al progreso, la Ciencia tendrá que renunciar algún día, *nolens volens*, a ideas tan monstruosas como las de sus leyes físicas gobernadas por sí mismas, vacías de Alma y Espíritu, y tendrá entonces que volverse hacia las Doctrinas Ocultas. Ya lo ha hecho así, sean las que sean las



alteraciones de los títulos y ediciones corregidas del catecismo científico. Hace ahora más de medio siglo que, comparando el pensamiento moderno con el antiguo, se vio que, por diferente que pueda aparecer nuestra filosofía de la de nuestros antecesores, está, sin embargo, compuesta sólo de sumas y restas tomadas de la antigua filosofía, y transmitidas gota a gota a través del filtro de los antecedentes.

Este hecho era bien conocido por Faraday, y por otros hombres de ciencia eminentes. **Los Átomos, el Éter, la Evolución misma, todos estos conceptos vienen a la ciencia moderna, procedentes de las antiguas naciones; todos están basados en las ideas de las naciones arcaicas. “Estos conceptos”, que para el profano se presentan bajo la forma de alegoría, eran claras verdades enseñadas al Elegido, durante las Iniciaciones; verdades que han sido parcialmente divulgadas por medio de los escritores griegos, y que han llegado hasta nosotros. Esto no significa que el Ocultismo haya tenido jamás, respecto a la Materia, los Átomos y el Éter, las mismas opiniones que pueden encontrarse en el exoterismo de los escritores clásicos griegos...** (D.S. II, 353-354)

Tanto los neófitos como los hierofantes de Biblos estaban obligados a ayunar y a permanecer en soledad durante algún tiempo después de la celebración de los Misterios. Iguales prácticas se requerían antes y después de los ritos báquicos, adonisiacos y eleusinos. Herodoto insinúa con temor y respeto algo referente al *Iago* de Baco, donde “los sacerdotes efectuaban por la noche escenas de la vida y pasión de Dios”. En los misterios de Mithra el neófito simulaba la escena de la muerte antes de “nacer de nuevo” por virtud del bautismo.

Los sacerdotes de los Misterios estaban circuncidados, y el neófito no podía recibir la iniciación sin haber asistido de antemano a los Misterios de Iago. Los nazarenos recibían el bautismo en el río Jordán y no en otras aguas; también estaban circuncidados y ayunaban antes y después de la ceremonia bautismal. Por esta razón ayunó Jesús cuarenta días en el desierto después de recibir el bautismo.

Hoy mismo hay en el recinto externo de todos los templos de la India un estanque, arroyo o balsa de agua bendita para las abluciones cotidianas de los brahmanes y de los fieles. (Isis III, 179).



Algunos años antes de la era cristiana, los iniciados ya no constituían comunidades numerosas, excepto en la India; pero todas las sectas, desde los esenios hasta los neoplatónicos, por efímera que fuese su existencia, siguieron las mismas doctrinas fundamentales, aunque se diferenciaban en la forma externa. Esta identidad substancial de la doctrina constituye lo que llamamos la religión de sabiduría, mucho más antigua aún que la filosofía de Siddhârtha Sakya.

Tras diecinueve siglos de intencionadas expurgaciones para borrar de los textos sagrados toda frase que pudiese poner al investigador en el verdadero camino, resulta muy ardua tarea probar a los ojos de las ciencias experimentales que los adonitas, nazarenos, esenios, terapeutas, ebionitas y otras sectas profesaban, con levísimas diferencias, las mismas doctrinas enseñadas en los misterios teúrgicos. Sin embargo, procediendo por analogía y examinando la oculta significación de los ritos y ceremonias, podemos descubrir la íntima afinidad que los emparentaba. (Isis III, 186).

Aunque los iniciados en los Misterios órficos profesaban públicamente la religión báquica; pero la austera moralidad y el austero ascetismo de las doctrinas de Orfeo, que tan escrupulosamente seguían sus discípulos, eran de todo punto incompatibles con la grosera obscenidad y torpeza de las ceremonias populares. (Isis III, 167).

Los *koinobis* vivían en Egipto donde Jesús pasó su primera juventud y se les confundía con los *terapeutas* que eran una de sus numerosas ramas, según aseveran Higgins y De Rebold. Tras la ruina de los principales santuarios, ya comenzada en tiempo de Platón, las diversas sectas, entre las que se contaban los *gimnósofos*, los *magos*, los pitagóricos, los *sufis* y los *rasis* (*esenios, carmelitas o nazarenos*) de Cachemira, **constituyeron una especie de masonería o confederación internacional de sus sociedades esotéricas.** (Isis III, 417).

. . . he aquí lo que Mr. Staniland Wake (*The Origin and Significance of the Great Pyramid*, pág. 93) escribe:



La llamada Cámara del Rey, de la que dice un entusiasta piramidista: “Las paredes pulimentadas, los hermosos materiales, las grandes proporciones y el lugar preferente, hablan con elocuencia de futuras glorias”; si no era la “cámara de perfecciones” de la tumba de Cheops, era, probablemente, *el lugar en donde el que se iniciaba era admitido después de haber pasado por el estrecho y empinado pasaje y por la gran galería, con su modesta terminación, que gradualmente le preparaban para la etapa final de los Sagrados Misterios.*

Si Mr. Staniland Wake hubiese sido un teósofo, hubiera podido añadir que **el pasaje empinado y estrecho que conduce a la Cámara del Rey, tenía una “puerta estrecha”. En verdad la misma “entrada angosta” que conduce a la vida” o nuevo renacimiento espiritual a que alude Jesús (Mateo VII, 13 y siguientes); y que era esta entrada en el Templo de la Iniciación, a la que se refería el escritor, que registró las palabras que se suponen pronunciadas por un Iniciado. (D.S., II, 26).**

En la mitología egipcia, a Kneph, el Dios Eterno *no revelado*, se le representa por una serpiente, emblema de la eternidad, cercando una vasija de agua, con su cabeza suspendida sobre las aguas, a las cuales incubaba con su aliento. En este caso, la serpiente es el Agathodaimôn, el Buen Espíritu; en su aspecto opuesto es el Kakodaimôn, el Mal Espíritu. En los Eddas escandinavos, el rocío de miel, fruto de los dioses y de las abejas creadoras Iggdrasill, cae durante las horas de la noche, cuando la atmósfera está impregnada de humedad; y en las mitologías del Norte tipifica, como principio pasivo de la creación, la formación del universo de las Aguas. Este rocío es la Luz Astral es una de sus combinaciones, y posee propiedades creadoras, así como destructoras. En la leyenda caldea de Beroso, Oannes o Dagon, el hombre pez, al instruir a las gentes, les muestra el mundo en su infancia, creado del Agua, y a todos los seres teniendo origen en esta Materia Prima. Moisés enseña, que sólo la Tierra y el Agua pueden producir un Alma Viviente; y hasta en las Escrituras leemos que las hierbas no pudieron crecer, hasta que el Eterno hizo llover sobre la Tierra. En el Popol Vuh mexicano, el hombre es creado del barro o arcilla (terre glaise), cogida debajo del agua. **Brahma crea el gran Muni, o primer hombre, sentado en su loto; pero sólo después de haber llamado a la existencia a los espíritus, quienes de este modo gozaron de la vida antes que los mortales; y lo creó del Agua, del Aire y de la Tierra. (D.S. II, 74).**

Todos los Elementos Cósmicos, tales como el Fuego, el Aire, el Agua y la Tierra, participan de las cualidades y defectos de sus Primarios, y son, en su naturaleza,



Bien y Mal, Fuerza o Espíritu, y Materia, etc.; y, por lo tanto, cada uno de ellos es a la vez Vida y Muerte, Salud y Enfermedad, Acción y Reacción. Están constantemente formando Materia bajo el impulso incesante del Elemento Uno, el Incognoscible, representado en el mundo de los fenómenos por el Aether. Ellos son los “Dioses inmortales que dan nacimiento y vida a todo”. (D.S. II, 78-79).

Puede afirmarse que los modernos filósofos no han dado un paso más allá (escrito en 1.880) de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los gnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotraciense de los gemelos Dioskuros, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario *que uno muera para que el otro viva*. **Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan bien como los físicos modernos, la transformación de la energía y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teurgia.** A este propósito dice Proclo: “De la propia manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina, así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena”. (Isis I, 400-401).

En ningún país se confiaba a la escritura las doctrinas genuinamente esotéricas. La induísta Brahmājñāna se ha transmitido oralmente de una a otra generación, y por el mismo procedimiento comunicó Moisés las doctrinas cabalistas a sus discípulos. El primitivo agnosticismo oriental quedó enteramente corrompido y adulterado por las distintas sectas que le sucedieron. Filo Judeo, en su obra *De Sacrificis Abeli et Caini*, alude a misterios que no es posible revelar a los profanos. Platón pasa por alto muchos puntos y sus discípulos advierten repetidamente este sigilo del maestro. **Quien haya leído, siquiera superficialmente, a los filósofos antiguos, echará de ver su analogía con las leyes de Manú hasta el punto de inferir que todos bebieron de las mismas**



fuentes. Las leyes de Manú, están consideradas como el código fundamental de la sabiduría. (Isis I, 437).

Entre los antiguos era opinión general que los planetas estaban relacionados magnéticamente, porque todos son imanes, y así, no sólo llamaban piedras magnéticas a los aerolitos, sino que se valían de ellos en los Misterios para los mismos usos en que nosotros empleamos hoy el imán. (Isis, I, 450).

El precepto masónico de *labio en oído*, o sea la comunicación en voz baja deriva de los tanaímes, quienes a su vez la tomaron de los Misterios paganos. La práctica moderna de esta costumbre perceptiva debe atribuirse seguramente a la indiscreción de algún cabalista renegado, aunque la palabra transmitida es una moderna substitución convencional de la “palabra perdida”.

La verdadera palabra ha estado siempre en posesión privativa de algunos adeptos, de modo que sólo unos cuantos maestros de los templarios y otros tanto rosacruces del siglo XVII, íntimamente relacionados con los iniciados alquimistas árabes, pudieron envanecerse de haberla poseído. **Dese el siglo VII al XV nadie la poseyó en Europa, pues Paracelso fue el primer alquimista que recibió la iniciación, cuya última ceremonia confería al iniciado el poder de acercarse a la “zarza ardiente” y de fundir el becerro de oro y disolver su polvo en agua.** Verdaderamente, esta agua y la palabra perdida resucitaron a los *Adoniram, Gedaliah* e *Hiram* de la época pre-mosaica. La verdadera palabra, actualmente substituida por las de *Mac Benac* y *Mah*, se habían empleado muchísimo antes de que “los hijos de la vida” de estos dos últimos siglos experimentaran sus pseudo-mágicos efectos. (Isis IV, 6-7).

. . . De los talismanes que en su citada obra nos da King a conocer, se infiere que el evangelista San Juan, el iluminado de Patmos, estaba muy instruido en la ciencia cabalística, pues alude claramente a la cornerina blanca y la llama *alba petra* o piedra de iniciación, que por lo general lleva grabada la palabra *premio* y se le entregaba al neófito luego de vencidas felizmente las pruebas del primer grado de iniciación. **El Apocalipsis, como el Libro de Job, es un alegórico relato de los Misterios y de la iniciación en ellos de un candidato, personificado en el mismo San Juan. Así lo comprenderán necesariamente los masones de grado superior, pues los números siete, doce y otros, tan**



cabalísticos como éstos, bastan para esclarecer las tenebrosidades de dicho libro. Tal era también la opinión de Paracelso.

El siguiente pasaje desvanece toda duda sobre el particular:

Al vencedor daré yo maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nuevo nombre escrito, que no sabe ninguno sino aquel que lo recibe (*Apocalipsis*, II, 17).

¿Qué maestro masón titubeará en reconocer en esta inscripción la misma con que hemos epigrafiado el presente capítulo?

En los Misterios de Mithra, el neófito que triunfaba de las doce pruebas precedentes a la iniciación recibía una hostia de pan ázimo con figuras en ambas caras, que entre otros simbolismos tenía el disco solar, y se la llamaba también “pan celeste” o “maná”. **Rociaban después al candidato con la sangre de un cordero o de un toro sacrificado al efecto, como cuando la iniciación del emperador Juliano, y se le comunicaban las siete reglas misteriosas equivalentes a los siete sellos de que nos habla el evangelista Juan en el Apocalipsis**, quien indudablemente alude a esta ceremonia. (Isis IV, 9-10).

La segunda muerte es la desintegración paulatina del cuerpo astral, cuya materia se restituye a su originario elemento, según hemos expuesto ya repetidamente, pero puede eludirse tan terrible experiencia por el conocimiento del *Nombre misterioso*, llamado *la palabra* por los cabalistas. (Isis IV, 32).

“Por la violencia se ha de alcanzar el reino de los cielos”, y por la violencia lo alcanza el fuerte”. Muchos aspiran a entrar en el sendero que conduce a las secretas hermandades, y como la mayor parte se ven contrariados en su intento, se consuelan de la negativa diciendo que no hay tales hermandades. De los pocos admitidos fracasan las dos terceras partes en la prueba, pues la generalidad de los hombres no puede resistir el rigor de la séptima regla constitucional de los legítimos rosacruces, de común aplicación a todas las hermandades secretas según la cual “el rosacruz se ha de hacer por sí mismo sin que nadie lo haga”. (Isis IV, 83).

A los misterios de *Dionisio Sabazio* sucedieron los de Mitra, cuyas cuevas substituyeron a las antiguas criptas desde Asiria hasta Bretaña. El dios Serapis, venido del Ponto, depuso de su trono a Osiris. **El rey indo Asoka abrazó la religión budista y envió misioneros a difundir por Grecia, Asia menor y**



Egipto el Evangelio de Sabiduría, logrando convertir a los esenios de Judea y Arabia, los terapeutas de Egipto y los pitagóricos de Grecia, y Asia menor. En todos estos países las alegorías budistas substituyeron a los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco, que metamorfoseados con arreglo a las nuevas creencias se incorporaron consiguientemente en los evangelios sinópticos y en el llamado apócrifo, que los ebionitas, nazarenos y otras primitivas escuelas cristianas mantuvieron secretos sin enseñarlos más que a los iniciados, hasta que se los arrebató la predominante influencia del dogmatismo romano. (Isis IV, 206-207).

Los brujos y hechiceros medievales fueron para la Iglesia adoradores del diablo, a pesar de que los antiguos consideraron la magia como la ciencia divina o sea el conocimiento y sabiduría de Dios. Mágica era el arte de curar en los templos de Esculapio y en los santuarios de la India y Egipto. El mismo *Darío Hystaspes* que había exterminado a los magos de mala ley y a los teurgistas caldeos, restableció el culto de *Ormazd* y con él la verdadera magia en que le instruyeran los brahmanes. Entró a la sazón en una nueva fase el pensamiento religioso. **La ignorancia del vulgo engendró la falsa devoción y el dogmatismo imperante condenó la genuina sabiduría, cuyos adeptos hubieron de recatarse de la vista de las gentes y escribir sus tratados filosóficos en lenguaje enigmático sólo comprendido de los iniciados en la doctrina secreta, soportando resignadamente el oprobio, la calumnia y la pobreza.**

Los fieles a las antiguas enseñanzas religiosas fueron acusados de hechicería y condenados a muerte. Los albigenses, descendientes de los gnósticos, y los valdenses, precursores de los luteranos, quedaron exterminados por implacables persecuciones. (Isis IV, 222-223).

Respecto a las enseñanzas del *Atharva Veda* poco saben los orientalistas europeos, porque ninguno de ellos posee un ejemplar *completo*, según asegura el abate Dubois al decir:

De esta obra apenas quedan ejemplares, y aun hay quienes creen que han desaparecido todos. Lo cierto es que todavía los hay, pero que los brahmanes los ocultan cuidadosamente con objeto de que nadie sospeche que conocen los misterios mágicos que, según fama, enseña la obra (Dubois: *El pueblo indo*, I, 84).

Hubo candidato del último grado de iniciación que ignoró el modo de transmitirse la vida del hierofante al discípulo (Esta operación est'ça admirablemente descrita en la obra: *El país de las sombras o Investigación de los misterios del ocultismo*. Edición



Britten, Boston, 1.877), **de suerte que un adepto de superior categoría, mediante esta transmisión vital, puede vivir indefinidamente** (Contra la posible incredulidad del lector sobre este punto, aduciremos testimonios de diversos países. En un artículo publicado en la *Westminster Review* de Octubre de 1850, se cita con referencia a pruebas documentales el caso de Tomás Jenkins que vivió 169 años, y de un tal Parr, que murió a los 152. Dice además que algunos labriegos rusos llegaron a los 242 años. También se recuerdan casos de longevidad más que centenaria entre los indios peruanos. Así es que no obstante las negativas de ciertos autores en lo tocante a la posibilidad de que en algunos hombres se quintuplique la duración media de la vida, nos afirmamos todavía más en esta verdad. El capitán Riley, en el relato de su cautiverio en África, cita varios casos de longevidad extrema entre las tribus del Sahara. Véanse sobre el particular las obras: *Lapidación; Instituciones septenarias*). **Sin embargo, como sucede en la reencarnación de los Dalai Lamas del Tíbet, es preciso emplear ciertos procedimientos alquímicos para mantener el vigor del cuerpo más allá de su ordinaria duración, y aun así no excede la vida corporal de 200 a 240 años, porque se desgasta el vehículo físico y el Ego ha de desecharlo y tomar otro cuerpo joven y sanamente henchido del principio vital.**

Entre los orientales menudean, con fundamento o sin él, creencias de índole tanto o más sorprendente que las fantasías de Poe y Hoffmann. Estas creencias están connaturalizadas con el pueblo que les dió vida, y cuidadosamente depuradas de toda superstición se advierte que encierran la universal creencia en las vagabundas entidades astrales llamadas vampiros. El obispo armenio Yeznik, que floreció en el siglo V, cita algunos casos de esta clase en un manuscrito que treinta años atrás se conservaba todavía en la biblioteca del monasterio de Etchmeadzine, en la Armenia rusa, uno de los más antiguos de la cristiandad. En el mismo país subsiste una tradición del tiempo del paganismo, según la cual siempre que muere en el campo de batalla un héroe cuya vida es todavía necesaria en la tierra, los aralez (Divinidades populares de Armenia, a quienes se atribuye el poder de resucitar a los guerreros muertos en batalla campal) lamen las heridas del caído y soplan en ellas hasta infundirle nueva y vigorosa vida física. Reanimase el cuerpo del guerrero, cierra sus heridas sin dejar cicatriz en ellas, y vuelve a ocupar su puesto en el combate; pero desde entonces hasta el fin de sus días es como templo abandonado, porque el inmortal espíritu no se restituyó al resurrecto cuerpo.

Una vez iniciado el candidato en el profundo misterio de la transfusión de la vida, que constituía el postrero y más pavoroso rito de la iniciación sacerdotal perteneciente a la teúrgia superior, quedaba su espíritu enteramente libre y no podían dañarle los siete pecados capitales que hubieran querido destrozarle el corazón al atravesar las siete estancias y subir las siete escaleras porque había cumplido las doce hazañas de la última iniciación, había triunfado de las doce pruebas finales (*Libro de los muertos*: – Los induístas consideran siete cielos superiores y siete inferiores. Los siete pecados



capitales de la doctrina cristiana son copia entresacada de los *Libros de Hermes*, que tan detenidamente conoció San Clemente de Alejandría).

Tan sólo el sumo hierofante conocía el modo de infundir su propia vitalidad en el adepto elegido para sucederle, quien de esta suerte quedaba dotado de doble vida

(La horrible costumbre de los sacrificios humanos introducida más tarde en el pueblo, era una extraviada adulteración de los misterios teúrgicos. Los sacerdotes paganos no iniciados mantuvieron durante mucho tiempo este abominable rito que les servía para encubrir sus verdaderos propósitos. El Heracles griego es el adversario de los sacrificios humanos, que aniquila a los sacrificadores. Bunsen opina que los sacrificios humanos ya estaban abolidos en Egipto a fines del siglo VII de la era de Menes, y se apoya para ello en que en ningún monumento aparece indicio alguno de esta clase de sacrificios. Por otra parte, tres mil años antes de J. C., Ifiscrates los había prohibido rigurosamente en Cartago. Difilo ordenó que se substituyeran por bueyes las víctimas humanas, y Amosis obligó a los sacerdotes a poner figuras de cera en vez de animales vivos. Después de todo, por cada víctima humana sacrificada en aras de Diana, los inquisidores cristianos quemaron una docena de herejes en el altar de la “madre de Dios” y de su “Hijo”. ¿Cuándo pensaron los cristianos en substituir por animales o figuras de cera los herejes, brujos y judíos quemados en la hoguera? Únicamente quemaban al reo en efígie si no podían apoderarse de su persona).

Dicen los Evangelios:

En verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciese de nuevo. San Juan III, 3.

Lo que nació de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es. Evangelio de Nicodemo.

El *brahmana Sâtapa* nos explica esta alegoría diciendo que para conseguir la perfección espiritual ha de pasar el hombre por tres nacimientos: el físico, el religioso (la iniciación) y el espiritual (después de la muerte). No ha de parecernos extraño encontrar en las márgenes del Ganges la interpretación de una enseñanza proclamada en las orillas del río Jordán, pues aunque los judíos se asombraron al oír hablar a Jesús del segundo nacimiento, ya se había enseñado esta doctrina tres mil años antes del profeta Galileo, no solamente en la India, sino en todos los países donde se celebraban los sublimes misterios de la *vida* y la *muerte*. El arcano de los arcanos, o sea que el espíritu no está entretejido en la carne, tuvo su demostración práctica en los *yoguis* de la escuela de *Kapila*, que por haberse emancipado de la esclavitud de los sentidos y de la mente concreta (De la ilusión de la materia –*prakriti*– y de la percepción mental *mahat*), robustecieron su potencia espiritual y volitiva hasta el punto de comunicarse, aún en carne mortal, con los mundos superiores y operar los fenómenos impropriamente llamados milagros (Por esta razón aconsejaba Jesús a sus discípulos que orasen secretamente en lugares apartados. Esta oración secreta es el paravidyâ de los vedantinos. Dice el *Brihad-Aranyaka*: “Quien se conoce a sí mismo (conocimiento del Yo superior), se retira cotidianamente al *swarga* (reino de los cielos) que está en su propio corazón”. Los vedantinos identifican el Âtmân, el Yo espiritual, con el único y supremo



Dios). Los hombres que en la vida terrena alcanzan el *mukti* son semidioses, y al desencarnar entran en el *nirvana* o *moksha*. Este es su segundo o espiritual nacimiento.

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indio de difundir entre el mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

“Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana. (Dhammapada V, 126).”

En otro pasaje añade Gautama:

“Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. Pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa, es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la aniquilación después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en el futuro. (Rueda de la ley, 54).”

Dice San Pablo:

“Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la muerte del testador.

En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden del Melchisedech.

El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquel que le dijo: Tu eres mi hijo, yo hoy te he engendrado. Epístolas a los hebreos, IX).”

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melchisedech (figura de Cristo según los teólogos) y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Éfeso, que inició al emperador Juliano en los misterios míticos diciéndole:



“Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.”

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: “Eres el Hijo de Dios”. Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (Hechos de los apóstoles). Por último, los discípulos de Simeón el Mago le apellidaban: Hijo de Dios, el Hermoso y el Gran Poder de Dios. (Isis IV, 310 a 315).

. . . Bien pueden creer que en la naturaleza hay secretos terribles quienes como nosotros han presenciado casos análogos al del *znachar* ruso en que el mago no *puede* morir sin comunicar a su sucesor la palabra secreta, **y así lo hacen los hierofantes de la magia blanca, pues parece como si la temible “Palabra de Poder” sólo pudiera confiarse en el supremo momento a un hombre de determinada región y categoría. En la antigüedad, cuando el brahmatma estaba a punto de aliviarse de la carga de la vida física comunicaba el secreto a su inmediato sucesor, ya oralmente, ya por medio de un escrito encerrado herméticamente en un arca.** Moisés posa sus manos en la cabeza de su discípulo Josué antes de morir en el monte Nebo. Aaron inicia a Eleazar en el monte Hor. Gautama promete a sus discípulos poco antes de morir infundirse en quién de ellos más lo mereciera, y en seguida abraza al predilecto Ananda, murmura algo a su oído y muere. El apóstol San Juan reclina la cabeza sobre el pecho de Jesús, quién le dice que ha de “esperar” hasta que Él vuelva. Como las hogueras encendidas en las cumbres dan aviso de una a otra comarca, así también desde los albores de la historia hasta nuestros días se ha ido transmitiendo de sabio en sabio la “Palabra sagrada”, que al relampaguear en los labios del que se va concede la visión al que le sucede. Y entretanto se destrozan las naciones en nombre de otra palabra sin sentido, superpuesta y torcidamente interpretada por cuantos la invocan. (Isis IV, 321-322).

... la esencia de los conocimientos antiguos estaba en poder de los sacerdotes, quienes nunca confiaban su ciencia a la escritura, sino que la transmitían oralmente a los iniciados. Así, pues, lo poco que referente al universo material y espiritual expusieron en sus tratados, no es bastante para que la posteridad pueda formar exacto juicio de su saber. (Isis II, 282-283).



La ciencia moderna no es capaz de computar la antigüedad de los centenares de pirámides erigidas en el valle del Nilo. Según Herodoto, cada rey construía una en conmemoración de su reinado para que le sirviese de sepulcro; pero el famoso historiador pasa en silencio el verdadero objeto de las pirámides, y a no impedírsele sus escrúpulos religiosos, hubiera podido decir que exteriormente simbolizan el principio creador de la naturaleza y ponían de manifiesto las verdades geométricas, astrológicas y astronómicas. **Interiormente eran las pirámides majestuosos templos, en cuyo sombrío recinto se celebraban los Misterios en que con frecuencia eran iniciados algunos individuos de la familia real.** Los cuencos de pódico que el astrónomo escocés Piazzzi Smyth toma despectivamente por graneros, eran las *fuentes bautismales* de cuyas aguas salía el neófito *nacido de nuevo* para llegar a ser un adepto. (Isis II, 294-295).

Por el testimonio de los antiguos, corroborado por los descubrimientos modernos, sabemos que en Egipto y Caldea hubo numerosas catacumbas o criptas, muy vastas algunas de ellas, entre las cuales gozaban de mayor fama las de Tebas y Menfis. Las de Tebas se abrían en la margen occidental del Nilo, dilatándose hacia el desierto de Libia y se las llamaba: *catacumbas de la Sierpe*. Allí tenían efecto los Misterios del *kúklos ànágkes* (ciclo ineludible o ciclo de necesidad), esto, la inexorable sentencia de toda alma después de haber sido juzgada, al morir el cuerpo, en la región del *Amenti*.

Según Bourbourg, el héroe o semi-dios mejicano *Votán*, al relatar su expedición describe un pasaje subterráneo que terminaba en la raíz de los cielos y añade que este pasaje es un *agujero de culebra* (*ahugero de colubra*) y que le permitieron entrar en él porque “era hijo de las culebras” o, lo que es lo mismo, una *serpiente*.

Esto es verdaderamente muy significativo, porque **el agujero de culebra se refiere a la cripta o catacumba egipcia ya antes mencionada. Además los hierofantes egipcios y babilonios se llamaban “hijos de la divina Sierpe” o “hijos del Dragón”, no porque, como apunta erróneamente Des Mousseaux, fuesen la progenie del incubo Satán o serpiente del Paraíso, sino porque la serpiente simboliza en los Misterios la Sabiduría y la Inmortalidad.**

Dice Movers que los sacerdotes asirios tomaban siempre el nombre de su dios. **Los druidas celto-británicos se daban también el nombre de serpientes y exclamaban: “Soy una serpiente, soy un druida”.** El *Karnak* egipcio es gemelo del *Karnak* celta y este último significa la montaña de la serpiente. En tiempos antiguos abundaron en todo el mundo conocido los templos de Dragón, símbolo del sol, idéntico al Elón o Elión fenicio que Abraham llamó El Elión (Génesis).



Además de “serpientes” se les dieron a los sacerdotes los nombres de “constructores” y “arquitectos” porque sus templos y monumentos eran de tan abrumadora magnificencia que, como dice Taliesin, sus desmoronados restos “desafían el cálculo matemático de los arquitectos modernos”.

Insinúa Bourbourg que los caudillos aztecas que llevaban los nombres de *Votán* o de *Quetzcohuatl* eran descendientes de Cam y Canaán y se titulaban “hivimes”, pues decían “*Soy hivim y pertenezco a la excelsa raza del Dragón. Soy serpiente porque soy hivim*”.

Por otra parte, Des Mousseaux, ingenuamente creído de que la serpiente es el demonio, exclama con alborozo: “Según los más eruditos comentadores de las Sagradas Escrituras, los chivimes, hivimes o hevitás descienden de Seth, hijo de Canaán y nieto de Cam el *maldito*” (*Fenómenos de la magia superior*, 50).

Pero las modernas investigaciones han demostrado incontrovertiblemente que la tabla genealógica del capítulo décimo del *Génesis* se refiere a héroes imaginarios, y que los últimos versículos del capítulo nono son sencillamente un fragmento de la alegoría caldea de Sisuthrus y el diluvio, acomodado a la narración noética. Pero suponiendo que los descendientes de Canaán se ofendieran por el inmerecido epíteto que de *malditos* se les aplica sin más fundamento que la *fábula*, nada más fácil para ellos que responder al vituperio con un *hecho* comprobado por arqueólogos y simbologistas; esto es, que Seth, tercer hijo de Adán y progenitor del pueblo escogido por línea de Noé y Habraham, no es más ni menos que Hermes, el dios de la sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth, Set y Sat-an (Considerado en su aspecto siniestro era *Set* idéntico al Tifón o Satanás egipcio). Poca importancia tiene este descubrimiento para los autores judíos que, excepto Filón y Josefo, consideran alegórico el texto bíblico; pero muy distinto es el caso por lo que toca a los autores cristianos que como Des Mousseaux lo toman al pie de la letra.

Respecto a la filiación de los hevitás estamos conformes con este pío escritor y tenemos la seguridad de que, según transcurra el tiempo, habrá más pruebas de que algunos indígenas de la América central descienden de los fenicios y de los israelitas que profesaron después la heliolatría tan ardorosamente como los mexicanos. La *Biblia* nos proporciona una prueba de ello en que tres de los doce hijos de Jacob (Judá, Leví y Dan) contrajeron matrimonio con mujeres cananeas cuya religión aceptaron. Además, el patriarca Jacob en su lecho de muerte bendice a sus hijos y al llegar a Dan exclama:

Sea Dan serpiente en el camino, ceraste (Serpiente de color de arena que muerde la pata del caballo para que caiga el jinete) en la senda, que muerde las pezuñas del caballo para que caiga atrás su jinete (*Génesis*, XLIX, 17).



De Simeón y Leví dice el patriarca:

Simeón y Leví hermanos, instrumentos guerrreadores de iniquidad. No entre mi alma en el secreto de ellos (*Génesis*, XLIX, 5 y 6).

Ahora bien: el texto original dice *sod* (En su introducción a *Sod o los Misterios de Adonis* da Dunlap a la palabra *sod* el significado de arcano o misterio religioso, apoyándose en la autoridad del *Penteglot* de Shindler (1201). – “El secreto del Señor está en aquellos que le temen” (Salmo XXV, 14); pero es una falsa traducción de los hermenéuticos cristianos, porque la verdadera es: “*Sod* lhoh (los misterios de lhoh) son para quienes le temen” (Dunlap: *Misterios de Adonis*, XI) “Al (El) es terrible en el profundo *Sod* de los *Kedeshines* (sacerdotes, santos, iniciados) (Salmo LXXXIX, 7) (Id.) en vez de *secreto*; y *sod* era en los Misterios mayores el nombre común de los dioses solares de *Baal*, *Adonis* y *Baco*, que tenían la serpiente por símbolo. Los cabalistas explican la alegoría de las *serpientes de fuego*, diciendo que este nombre era común a todos los *levitas* y que Moisés fue el jefe de los *sodales*. Dice Freund que los sacerdotes colegiados se llamaban *sodales*. Y, Cicerón, que los *sodalidades* eran colegios sacerdotales que se constituyeron en los *Misterios ideanos* de la POTENTE MADRE.

Aseguran varios historiadores antiguos que Moisés fue sacerdote egipcio. Según Maneto ejercía la dignidad de hierofante en Hierópolis con el sacerdocio del dios solar Osiris. Su nombre entre los egipcios fue el de Osarsiph. Los comentadores modernos que sin reparo aceptan que Moisés estaba instruido en la sabiduría de los egipcios, han de aceptar asimismo la legítima interpretación de la palabra sabiduría, que siempre se tuvo por sinónima de *iniciación* en los sagrados misterios de los *magos*. ¿No se les ha ocurrido alguna vez a los lectores de la *Biblia* la idea de que un extranjero no pudo ser admitido, no ya a la iniciación en los Misterios mayores, sino ni siquiera a la de los menores? Cuando los hermanos de José fueron a Egipto, ningún egipcio podía sentarse a comer pan con ellos, pues lo hubieran tenido por abominación, y así comían aparte con José (*Génesis*, XLIII, 32). Esto demuestra que José, al menos en apariencia, había aceptado la religión egipcia al casarse con la hija de un sacerdote, pues de lo contrario no hubieran consentido los egipcios comer con él.

Demuestra asimismo que si posteriormente no fue Moisés egipcio, se naturalizó como tal desde el momento en que le admitieron en la sodalía o colegio sacerdotal. El episodio de la “serpiente de bronce” (Caduceo de Mercurio o Asclepios, hijo del dios solar Apolo-Pitón) resulta lógico, pues, según Josefo, la princesa que salvó a Moisés de las aguas y le prohió en el palacio real se llamaba *Thermuthis*, nombre que en opinión de Wilkinson es el del *áspid* consagrado a Isis (Wilkinson: *Antiguos egipcios*, V, 65); y por otra parte se dice que Moisés pertenecía a la tribu de Leví (En otro lugar de esta obra explicaremos las ideas cabalísticas de Moisés).



Si tanto empeño tenían Brasseur de Bourbourg y Des Mousseaux en demostrar la identidad de mexicanos y cananeos, bien pudieran haber hallado pruebas más convincentes que la de presentar a uno y otro pueblo en común descendencia del “maldito” Cam. Por ejemplo, hubieran podido aducir la semejanza entre Nargal, jefe (*Rab-Mag*) de los magos caldeos y asirios, y Nagal, jefe de los hechiceros mexicanos, pues ambos nombres derivan del de la divinidad asiria Nergal-Sarezer y ambos tienen a sus órdenes un *demonio* con el que se identifican por completo. El Nargal asirio-caldeo guarda su *demonio* dentro del templo bajo la forma de algún animal sagrado. El Nargal mexicano guarda su demonio en donde mejor le conviene, en el lago vecino, en el bosque o en la casa bajo la figura de un animal doméstico (Brasseur de Bourbourg: *Méjico*, 135-574). (Isis II, 344-347).

Asiria es el país de Nemrod (de la raíz *nimr*, salpicado), equivalente a Baco, con su manchada piel de leopardo que, como accesorio ritualístico, se empleaba en los Misterios (lo mismo en los de Eleusis que en los egipcios. Esta piel aparece esculpida en los relieves de las ruinas centro-americanas sobre la espalda de los oficiantes. También la menciona el *Aytareya Brahmana* al explicar el significado de las plegarias sacrificiales. Asimismo se emplea la piel de leopardo en el *agnishtoma* o ceremonia de la iniciación en el misterio de *Soma*. Al neófito se le cubre con una piel de leopardo, de entre la cual surge como del claustro materno para *nacer de nuevo*.

Los *kabires* eran también dioses *asirios*, en número indeterminado, conocido por el vulgo con los nombres de Júpiter, Baco, Aquioquerso, Asquieros, Aquioquersa y Cadmilo; pero en el “lenguaje sagrado” tenían otros nombres tan sólo conocidos de los sacerdotes. ¿Cómo explicar entonces, que en Nagkon-Wat aparezcan en las mismas actitudes con que se les representaba en los Misterios de Samotracia, y que en Siam, Tibet e India se les denomine, salvo ligeras modificaciones de pronunciación, tal como se les llamaba en lengua sagrada (el centro cultural de estas divinidades radicaba en Hebrón, la ciudad de los *anakes* o gigantes).

El nombre de *Kabir* puede derivarse indistintamente de las palabras (*abir*, grande), (*ebir*, astrólogo) ò (*chabir*, asociado). (Isis II, 364).

Los *terafines* de Terah (constructor de imágenes), padre de Abraham, eran los dioses *kabires*, adorados por Micah, los *danitas* y otros pueblos. Los *terafines* eran idénticos a los *serafines* o imágenes de serpientes, el símbolo de inmortalidad en todas las divinidades. *Kiyun* (Kivant) adorado por los hebreos en el desierto es el Siva indo equivalente a Saturno. La historia de Grecia nos dice que el *arcadio* Dardano recibió en herencia los *kabires*, cuyo culto introdujo en Samotracia y Troya mucho antes de que floreciesen Tiro y Sidón. (a



pesar de que Tiro data de 2.760 años antes de J.C.) ¿De quién los recibiría Dardano? (Isis II, 366).

Dice Hermes:

-Sabe, ¡Oh Asclepio!, que así como el Altísimo es el Padre de los dioses celestiales, del mismo modo es el hombre el *artífice de los dioses que están en los templos* y se complacen en la compañía de las gentes. Fiel a su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos. Si el Padre creador hizo a su propia imagen los *dioses inmortales*, el hombre hace a los dioses a su propia imagen.

-¿y hablas tú de las imágenes de los dioses?, ¡oh Trismegisto!

-Cierto que si, Asclepio; y por mucha que sea tu desconfianza, ¡no adviertes que estas imágenes están dotadas de *razón*, animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo negaríamos la evidencia, cuando estos dioses tienen don profético y vaticinan lo futuro, siempre que a ello les mueven las fórmulas mágicas de los sacerdotes?... Maravilla de maravillas es que el hombre haya inventado dioses... Verdaderamente, la fe de nuestros antepasados anduvo extraviada, y en su orgullo no supieron descubrir la real naturaleza de estos dioses... sino que los identificaron consigo mismos. Impotentes para crear almas y espíritus, evocan los de ángeles y demonios para animar las imágenes sagradas de modo que presidan los Misterios, y comunican a los ídolos su propia facultad de *obrar bien o mal*. (Isis II, 425).

...así comprenderemos **porque las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el dios diurno.** Los Misterios simbolizan la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de esta en la vida terrena y en el Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina teosófica con los ritos místicos: A este propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación *epóptica*; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos...

Platón llama *epopteia*, o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades o ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor



felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos. (Isis I, 25).

...En estado latente, coincide el Akâsa con nuestra idea del éter universal; en estado de actividad, es el dios omnipotente y director de todo. En los sacrificios y misterios brahmánicos desempeña el papel de Sadasya, o presidente de los mágicos efectos de las ceremonias religiosas, y tiene su sacerdote propio (Hotar) que toma su nombre. **Los sacerdotes de la India y otros países eran antiguamente representantes en la tierra de distintos dioses, y cada uno de ellos tomaba el nombre de la divinidad en cuyo nombre obraba.** (Isis I, 38).

Toda nación tuvo misterios y hierofantes. Los judíos tenían su Pedro, Tanaím o Rabino, como Hillel, Akiba, y otros *cabalistas* famosos, únicos que podían comunicar los terribles secretos de la *Merkaba*. **En India hubo y hay diseminados por las principales pagodas muchos hierofantes, conocidos con el nombre de *brahmatmas*.** En el Tibet el principal hierofante es el Dalay o Taley-Lama de Lha-ssa. Entre las naciones cristianas sólo los católicos han conservado esta pagana costumbre en la persona del Papa, aunque han desfigurado tristemente la majestuosa dignidad de tan sagrado cargo. (Isis I, 51).

Los misterios eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. **El juramento hipocrático no era más que una obligación mística. Hipócrates fue sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública.** Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. (Isis I, 58-59).

Según dice Anthon, **en los Misterios de Samotracia, después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida.** Este era el nuevo nacimiento a que Jesús aludía en su plática con Nicodemo. Y, sobre lo mismo, dice Platón: “Iniciaos en el más vendido misterio y sed puros... para llegar a ser



justos y santos con sabiduría”. A lo cual añade Juan el Evangelista: “Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”.

Este simple acto de la voluntad bastaba para transmitir el don de profecía en su más alta modalidad, si tanto el iniciador como el iniciado eran dignos de ello. (Isis I, 252-253).

Las fiestas de los Misterios eleusinos duraban siete días (Anthon: Artículo Eleusinia), del 15 al 22 del mes de Boedromion (Septiembre), en la época de la vendimia. La fiesta hebrea de los Tabernáculos duraba del 15 al 22 del mes de Ethanim (Según dice Dunlap (*Misterios de Musab*, 71), las variaciones derivativas de esta palabra son: *Adonim*, *Adonia*, *Attnim* y *Ethanim*. “Y concurrieron al rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Ethanim, que es el mes séptimo, en un día solemne”. I Reyes, VIII, 2), y el *Éxodo* (XXIII, 16) la llama también *fiesta de las mieses* o de las *cabañuelas*. Plutarco opina que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía al rito báquico y no al eleusino, porque dice que “se invocaba directamente a Baco” (El culto *sabeísta* era lo mismo que el *sabático* de los hebreos. Los nombres *evius* o *hevius* y *luaio*s eran sinónimos de *hivita*, *heveo* y *levita*, así como el nombre francés de *Louis* deriva del *Levi* hebreo. *Iacchus* es lo mismo que *lao* o *Jehovah*; y *Baal* o *Adon* era una divinidad tan fálica como *Baco*).

Dice el rey David:

¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién permanecerá en el lugar de su *kadesh*? (La palabra *kadesk* en hebreo v XXXX (Salmo XXIV, 3) significa en un sentido consagrar, santificar o iniciar; pero igualmente se denominaban así las rameras y los ministros del culto de Venus. En esta acepción la emplean el *Deuteronomio*, XXIII, 17; *Oseas*, IV, 14, y *Génesis*, XXXVIII, 15, 21, 22. Las rameras “sagradas” de la *Biblia* eran idénticas en cuanto a los deberes de su oficio a las muchachas *nautch* de las pagodas indas. Las *kadeshim* hebreas vivían “en la casa del Señor”, donde tejían colgaduras para la estatua de Venus Astarté, que estaba en el bosque. (II Reyes, XXIII, 6, 7).

La danza de David delante del arca era la “danza cíclica” que, según se dice, establecieron las amazonas en los Misterios, y también la de las hijas de Silo, así como **los saltos de los sacerdotes de Baal. Era esta danza un rito característico del culto sabeísta, pues simbolizaba el movimiento de los planetas alrededor del sol y tenía evidentes trazas de frenesí báquico**; porque como David había vivido entre los sirios y los filisteos, cuyos ritos religiosos eran comunes, y en su empresa de conquistar el trono de Israel le ayudaron mercenarios de aquellos países, parece muy natural que introdujera en su reino el pagano rito de la danza. No tuvo en cuenta David la legislación mosaica, según se desprende de su conducta, sino que para él fue Jehovah una divinidad tutelar preferida, sin carácter monoteísta, a los demás dioses de las naciones vecinas. (Isis III, 63-64).



... El apóstol de los gentiles (Pablo) era franco, elocuente, sincero y sabio. El apóstol de la circuncisión (Pedro) era por el contrario cobarde, receloso, falaz e ignorante. No cabe duda de que Pablo estaba iniciado, al menos parcialmente, en los misterios teúrgicos, como lo denotan su estilo con la terminología peculiar de los filósofos griegos y ciertas frases que únicamente empleaban los iniciados (En su artículo *Pablo y Platón* publicado en un periódico de Nueva York, robustece Wilder esta opinión, diciendo que en sus dos *Epístolas* a los corintios empleaba San Pablo muchas frases propias de los misterios de Sabacio y Eleusis, así como términos peculiares de los filósofos griegos. Pablo se llama *idiotas*, esto es, ignorante por lo referente al Verbo, pero no así respecto de la *gnosis* o ciencia filosófica). A mayor abundamiento, tenemos el siguiente pasaje del apóstol:

...entre los perfectos hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este mundo ni de los arcontes de este mundo, sino que hablamos Sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los arcontes de este mundo (I Corintios, II, 6, 7, 8).

Inequívocamente da a entender el apóstol en estas palabras que estaba iniciado (que era de los *mystæ*), y aludía a enseñanzas propias de los Misterios (La “divina sabiduría en misterio que ningún arconte de este mundo conoció” es evidentemente análoga al *basileo* (el que sabia) de la iniciación eleusina. El *basileo* pertenecía al *estado mayor*, digámoslo así, del supremo hierofante, y era *arconte* o magistrado celador de los misterios eleusinos, y por lo tanto uno de los pocos *mystoæ* o iniciados. También se llamaban arcontes los magistrados de Atenas, y a ellos alude San Pablo en su frase “arcontes de este mundo”). Pero si no bastara esta prueba, tendremos otra en que al apóstol “le cortaron el cabello a punta de tijera en Cencrea (El mismo punto donde fue iniciado Lucio Apuleyo) porque había hecho un voto” (Los *nazarenos* (puestos aparte) a que aluden las Escrituras indoístas se dejaban crecer el cabello sin que navaja alguna tocara su cabeza, hasta cortárselo con tijeras para ofrecerlo en el altar el día de la iniciación. Eran los nazarenos una ramificación de los teurgos caldeos, y a ellos perteneció Jesús como veremos más adelante).

Dice Pablo:

Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento, como sabio maestro Constructor (I Corintios, III, 10).

La frase maestro constructor, que tan sólo se lee *una sola vez* en toda la *Biblia*, puede considerarse como prueba incontrovertible, pues la tercera parte de los sagrados ritos se llamaba en los Misterios *epopteia* o revelación, esto es, el acto de comunicar el secreto, durante el cual se transportaba el iniciado a la divina clarividencia en que, suspendida la visión terrena, se unía con su Dios la ya libre y pura alma. Pero en su significado etimológico, la palabra *epopteia* (De *epi* (por encima) y *optomai* (mirar adentro)). Etimológicamente es, por lo tanto, sinónima de inspeccionar. El mismo significado tiene



la palabra sánscrita *evápto* (que también quiere decir *obtener*), pues ambas equivalen a revelación, no por medio de agente humano, sino por la “recepción de la bebida sagrada” que en la India era el *soma* y en Eleusis la copa epoptéyica. Ya hemos dicho que los Misterios griegos derivaban de los ritos védicos y éstos a su vez procedían de los Misterios prevédicos de la primitiva filosofía esotérica o búddhica) **equivale a vigilante o inspector, y también tiene la acepción de maestro constructor o arquitecto, de donde más tarde derivó el nombre francés de masón en el mismo sentido empleado en los Misterios. Así, pues, al llamarse Pablo “maestro constructor” emplea una frase genuinamente cabalística, teúrgica y masónica que ningún otro apóstol emplea, y se declara *iniciado* con derecho de iniciar a otros.**

Si proseguimos por este camino con tan seguros guías como los *Misterios* y la *Kábala*, descubriremos la secreta razón de que Pedro, Juan y Santiago persiguiesen odiosamente a Pablo. El autor del *Apocalipsis* era cabalista judío de legítima estirpe, que como sus antepasados odiaba por juro de heredad los Misterios (Inútil es advertir que el cuarto Evangelio no lo escribió el apóstol Juan, sino un neoplatónico). Su recelo se extendió durante la vida de Jesús hasta el mismo Pedro (El apóstol Pedro se adornó con la mitra y el efod de los rabinos judíos), con quien se reconcilió después de la muerte de su común Maestro para predicar celosamente el rito de la circuncisión. Pedro reconocía no obstante la superioridad de Pablo en conocimientos de literatura y filosofía griega, por lo que debió de parecerle experto en artes mágicas y versado en la gnosis o sabiduría de los Misterios, o sea que tal vez le tuvo por Simón el Mago (Aunque Pedro persiguiese con este nombre al apóstol de los gentiles, no es imposible que existiera otro Simón Mago. Pudo también ser esta denominación despectivamente común a todos los magos de nota. Teodoreto y el Crisóstomo, los primeros y más asiduos comentadores del gnosticismo en aquellos días, consideran a Simón como rival de Pablo y afirman que entre ambos se cruzaron algunos mensajes; pues el primero, activo propagador de lo que Pablo llama la antítesis de la Gnosis (Epístola a Timoteo), debió clavársele al apóstol como una espina en el costado. De todos modos, hay pruebas suficientes de la existencia histórica de Simón Mago).

En cuanto a Pedro, la exégesis ha demostrado hace tiempo que en la fundación de la Iglesia romana no tuvo más parte que proporcionar el pretexto, tan hábilmente aprovechado por el astuto Ireneo, para cimentar la nueva Iglesia sobre la *Petra* o *Kiffa*, que mediante un sencillo juego de palabras se relacionaba con *Petroma* o doble tabla de piedra que el hierofante empleaba en el misterio final de la iniciación. Aquí se encierra acaso todo el secreto de las alegaciones del Vaticano. Sobre el particular, dice muy oportunamente Wilder: En los países orientales se designaba al hierofante con el título de.... (Pedro) que en caldeo y fenicio significa intérprete. Hay en todo esto reminiscencias de la ley mosaica, así como respecto de las atribuciones que el papa se arroga para ser el hierofante o intérprete de la religión cristiana (Wilder: *Misterios báquicos y eleusinos*, Introducción, p. X. – Si no pudiéramos apoyarnos en una fidedigna tradición cabalística,



tal vez nos viésemos precisados a preguntar si cabría atribuir la paternidad del Apocalipsis al apóstol Pedro, que parece haber tenido por verdadero nombre el de Juan el Teólogo).

Hasta cierto punto hemos de concederle el derecho de interpretación, pues la Iglesia latina incorporó en sus ceremonias símbolos, ritos, templos y vestiduras sacerdotales las tradiciones del culto pagano y aun su culto público y externo. De lo contrario, sus dogmas serían más lógicos y no tan ofensivos a la majestad del supremo e invisible Dios.

En el sarcófago de la reina Mentuhept, de la oncenava dinastía (2.250 años antes de J.C.), se encontró una inscripción jeroglífica copiada del *Libro de los muertos* (Cap. XVII. Correspondiente al año 4.500 antes de J. C.), cuya interpretación es como sigue:

PTR RF SU

Peter— .ref— su.

Bunsen entremezcla este sagrado formulario con toda una serie de interpretaciones glosadas de un monumento de cuarenta siglos de antigüedad, y dice sobre el caso:

Esto equivale a creer que la verdadera interpretación ya no era inteligible en aquella época... Conviene, por lo tanto, advertir que el sagrado texto de un himno compuesto por el espíritu de un difunto era, hace 4.000 años, del todo ininteligible para los copistas del rey (Bunsen: *Lugar de Egipto en la historia universal*, V, 90).

Cierto es que era ininteligible para los copistas profanos, como lo demuestran las confusas y contradictorias interpretaciones de los comentadores, pues la palabra PTR (Se interpretaba parcialmente esta palabra gracias a otra escrita de manera análoga en otro grupo de jeroglíficos, sobre una estela en forma de ojo abierto. Véase para ello la obra Rougé: *Stele*, p, 44 – A la palabra PTAR (*videus*) se le da en esta obra el significado de *aparecer*, aunque el autor duda de que sea exacto, pues añade un interrogante entre paréntesis en demostración de perplejidad. Bunsen dice que significa *iluminador*, lo cual nos parece más acertado (*Egipto*, V) También el mismo Bunsen colige que el significado de PTR pudiera ser *mostrar*) la conocían únicamente los hierofantes de los santuarios, y la escogió Jesús para designar el cargo conferido a uno de sus apóstoles.

Sobre el significado de esta palabra, dice Bunsen:

Opino que PTR es el antiguo arameo y hebreo *Patar* que encontramos en la historia de José en significación específica de *interpretar*. De aquí que *pitrum* equivalga a *interpretación* de un texto o de un sueño. (Bunsen: *Egipto*, V, 90).

En varios pasajes de un manuscrito cuyo texto es en parte griego y en parte demótico (Este manuscrito estaba en poder de un místico con quien trabajamos conocimiento en Siria. Pertenece al siglo I, y sin duda es uno de los pocos que afortunadamente se salvaron



cuando el fanatismo cristiano arrojó tantos y tan preciosos manuscritos a las llamas), tuvimos ocasión de leer frases que bien pudieran esclarecer la materia de que vamos tratando. Uno de los personajes de la narración, *el judío iluminador Teleiotes* se comunica con su *Patar* (en el manuscrito aparece esta palabra en caracteres caldeos, y a veces va unida al nombre de *Shimeon*). Algunos pasajes representan al iluminador en una..... (cueva), donde solo interrumpe su contemplativo aislamiento para enseñar a los discípulos de afuera, no personalmente, sino por mediación del *patar*, que recibe las lecciones de sabiduría aplicando el oído a un agujero circular abierto en la cortina que oculta al maestro de la vista de los discípulos, a quienes el *patar* transmite oralmente las enseñanzas. Tal era, con leves variantes, el procedimiento seguido por Pitágoras, quien, según sabemos, jamás permitía que le vieran los neófitos, sino que les aleccionaba tras la cortina de separación entre la cueva y el auditorio.

No sabemos si *el judío iluminador* del manuscrito greco-demótico alude o no a Jesús; pero sea como fuese, subsiste la misteriosa denominación que más tarde aplicó la iglesia católica al portero del cielo e intérprete de la voluntad de Jesucristo. La palabra *patar* o *peter* coloca a maestro y discípulo en la esfera de iniciación en la doctrina secreta. El sumo hierofante de los misterios no permitía jamás que le viesen ni oyesen los candidatos, para quienes era el *Déus ex machina*, la invisible divinidad, que presidía las ceremonias por medio de su vicario. Al cabo de dos mil años vemos que los Dalai-Lamas del Tibet siguen todavía el mismo procedimiento en los misterios de su religión. Si Jesús conocía el secreto significado del nuevo nombre que dio a Simón, debió de ser iniciado, pues de lo contrario lo ignorara; y, por lo tanto, ya hubiese recibido la iniciación de los pitagóricos esenios, de los magos caldeos o de los sacerdotes egipcios, su doctrina no pudo ser ni más ni menos que una parte de la secreta enseñada por los hierofantes paganos a los pocos y escogidos adeptos que entraban en el sagrado *adyta*.

Más adelante discutiremos esta materia. Por ahora nos limitaremos a indicar someramente la extraordinaria semejanza o, mejor dicho, identidad de los ritos religiosos y vestiduras sacerdotales del clero cristiano con los de los asirios, fenicios, egipcios y otros pueblos de la antigüedad.

Las tablillas asirias nos muestran el modelo de la tiara pontificia, sobre la cual dice Inman:

Podemos decir de paso que así como los papas adoptaron la tiara de la maldita raza de Cam, así también adoptaron la cruz episcopal de los augures de Etruria y de las representaciones angélicas de los pintores y escultores de Grecia e Italia (Inman:



Simbolismos pagano y cristiano. En la pág. 64 de la obra citada aparecen los dioses y ángeles asirios con tiara igual a la pontificia, coronada por la cruz o emblema de la trinidad masculina).

Los nimbos de los santos y las tonsuras de los sacerdotes y monjes católicos (también iban tonsurados los sacerdotes de Isis) son emblemas solares, a juzgar por las irrefutables pruebas que de ello encontramos. Knight reproduce un dibujo de San Agustín de un primitivo obispo cristiano en traje probablemente idéntico al que él llevara. El palio episcopal es el signo femenino en las ceremonias del culto religioso, y en el dibujo de San Agustín está dicho palio adornado con cruces budistas y tiene la misma configuración de la T egipcia, aunque levemente desviada en forma de Y. Sobre el particular dice Inman: **El palo inferior de esta letra simboliza la triada masculina. La figura del obispo aparece con la mano derecha levantada y el índice extendido, en la misma actitud de los sacerdotes asirios cuando tributaban homenaje al bosque sagrado...** Cuando el obispo lleva el palio en las ceremonias de culto, representa la Trinidad en la Unidad, esto es, el *Arba* o místico cuaternario. (Isis III, 113 a 120).

... a pesar de su perplejidad, acierta este autor al atribuir la virtud taumátúrgica de Apolonio a su profundo conocimiento de la ley reguladora de las simpatías y antipatías de la Naturaleza

Incapaces los padres de la Iglesia de negar la evidente superioridad taumátúrgica de sus émulos, recurrieron al viejo, pero siempre eficaz procedimiento de la calumnia, y echaron en cara a los teúrgos la misma imputación de los fariseos a Jesús cuando le decían: *Demonio tienes*. Los astutos Padres repitieron: *Diablo tienes*, frente a los teúrgos paganos, logrando que como artículo de fe prevaleciese acusación tan calumniosa. Los actuales herederos de aquellos sofisticadores eclesiásticos achacan también a obra del demonio la magia, el espiritismo y aun el hipnotismo, sin tomarse el trabajo de leer a los autores antiguos. Ningún mojigato contemporáneo aventaja a los iniciados de la antigüedad en abominar de los *abusos* de la magia. No hubo ley medioeval ni la hay moderna más rigurosa en este punto que la de los hierofantes, cuya justicia se mantenía inflexible contra los hechiceros que *conscientemente* empleaban sus facultades en daño de la humanidad, al paso que si bien expulsaban del sagrado recinto al hechicero inconsciente, al poseído y al obseso, le cuidaban en los hospitales anexos al templo hasta que recobraba la salud. Con arreglo a la ley, quedaban excluidos de los Misterios el criminal convicto y el mago negro.

No necesita comentarios esta ley, que mencionan cuantos autores trataron de la antigua iniciación. Es absurdo suponer, como supuso San Agustín, que los



neoplatónicos inventaron la explicación de su doctrina, porque el mismo Platón, más o menos encubiertamente, expone casi todas las ceremonias en su verdadero y sucesivo orden. **Los Misterios son tan antiguos como el mundo, y quienquiera que esté versado en simbología puede seguir sus huellas hasta llegar a la época pre-védica de la India.** En este país se le exige al candidato (*vatu*) la virtud y pureza más excelentes antes de ser admitido a la iniciación, ya como mero *faqir*, ya como *purohita* (sacerdote secular) o como *sannyâsi* (estado monacal o de segunda iniciación). Después de triunfar de las tremendas pruebas que preceden a la admisión en el círculo interno de las criptas, el *sannyâsi* pasa su vida en el templo entregado a la observancia de las ochenta y cuatro reglas y diez virtudes prescritas a los *yoguis*. Dicen los libros indos de iniciación que “sin practicar durante toda la vida las diez virtudes ordenadas por el divino *Manú*, nadie puede ser iniciado en los misterios del consejo”. Estas virtudes son resignación (devolver bien por mal), templanza, probidad, castidad, continencia (subyugación de los sentidos), veracidad, paciencia, conocimiento (por el estudio de las Sagradas Escrituras), sabiduría (conocimiento del Yo superior) y caridad. Estas virtudes han de resplandecer en el verdadero *yogui*, y ningún adepto indigno (pierde la dignidad de adepto quien quebranta cualquiera de las diez virtudes) debe deshonorar las filas de los iniciados ni un día siquiera. Verdaderamente es preciso reconocer que el ejercicio de estas virtudes es de todo punto incompatible con las obscenidades del culto diabólico y con cualquier finalidad lasciva.

Uno de los principales objetos de la presente obra es demostrar que en todas las religiones populares subyace la antiquísima doctrina de sabiduría, una e idéntica, profesada prácticamente por todos los iniciados de todos los países, -únicos que comprendían su importancia. Por ahora cae fuera de la posibilidad humana averiguar el origen de esta doctrina de sabiduría, ni tampoco colegir la época de su plenitud. Sin embargo, basta el simple examen para convencerse que fueron necesarios varios siglos para que alcanzara la maravillosa perfección que revelan los remanentes de los distintos sistemas esotéricos. Tan profunda filosofía, tan sublime código de moral y tan concluyentes resultados prácticos no han podido derivarse de una sola generación ni de una sola época. Fue preciso que multitud de preclaros entendimientos observaran fenómeno tras fenómeno en sucesivas inducciones para eslabonar las verdades conocidas y sistematizar esta antigua doctrina, cuya identidad en todas las religiones del pasado demuestra el común ritual de iniciación, las castas sacerdotales bajo cuya custodia estuvieron las místicas palabras de poder y las manifestaciones fenoménicas que, por su dominio sobre las fuerzas naturales, denotaban la intervención de seres superiores al hombre. Todo lo referente a los Misterios se celaba con riguroso sigilo en todas las



naciones, y todas castigaban con pena de muerte al iniciado de cualquier categoría que divulgase los secretos recibidos. Así ocurría en los Misterios báquicos, eleusinos, caldeos, egipcios y aun en los indos, de donde derivaron los demás (prueba de ello nos da el *Agrushada Parikshai* al decir: “Cualquier iniciado, sea cual sea su categoría, que revele la suprema fórmula sagrada, sufra pena de muerte”). También regía la misma pena en la diversidad de comunidades desgajadas del común tronco en diferentes épocas. La vemos prescrita entre los esenios, gnósticos, neoplatónicos y rosacruces.

Más adelante aduciremos otras pruebas de esta identidad de votos, fórmulas, ritos y doctrinas de las antiguas religiones, y echaremos de ver que perdura hoy tan floreciente y activa como en todo tiempo la secreta Fraternidad, cuyo sumo pontífice y hierofante (*brahmâtma*) está todavía visible para quienes *saben*, aunque se le de otro nombre, y que su influencia se ramifica por el mundo entero.

. . . Clemente de Alejandría, con el rencoroso fanatismo peculiar a los neoplatónicos renegados, pero muy extraño en tan culto y sincero Padre de la Iglesia, tilda los Misterios de obscenos y diabólicos, como si no supiera que todos los ritos y ceremonias externas tenían significado esotérico. Los Misterios se divisían en menores, cuya sede era *Agrae*, y mayores establecidos en *Eleusis*. Únicamente el malicioso prejuicio puede negar hondo significado espiritual a las ceremonias externas, no obstante las pruebas y ritos por qué pasaba el neófito en el período de purificación (*katharsis*), cuyo aspecto exotérico y material podría despertar el calumnioso ánimo de quienes ignoraban su verdadero significado.

Fuera absurdo juzgar a los antiguos desde el punto de vista de la civilización contemporánea, y no es precisamente la Iglesia la más indicada para arrojar contra ellos la primera piedra, pues según afirman los simbologistas, sin que nadie pueda refutarlos, se apropió los emblemas religiosos de la antigüedad en su aspecto más grosero. Si hombres tan austeros como Pitágoras, Platón y Jámblico tomaban parte en los Misterios de que con tanta veneración hablaron, cuadra muy mal que los críticos modernos los juzguen a la ligera por sus manifestaciones exotéricas. Jámblico dice a este propósito: Las representaciones de los Misterios acompañadas de *pavorosa santidad*, tenían por objeto deleitar la vista para distraer de la mente todo mal pensamiento y librnos así de pasiones licenciosas.

Esta explicación basta para satisfacer a los entendimientos no esclavos del prejuicio, según lo comprende Warburton al añadir: Los hombres más sabios y virtuosos del mundo pagano afirman unánimemente que la institución de los Misterios, siempre pura desde un principio, se proponía los más nobles fines por los medios más dignos.

Aunque en las manifestaciones públicas de los Misterios tomaban parte personas de toda condición y de ambos sexos, pues era obligatoria la



asistencia, muy pocos llegaban a recibir la primera iniciación y menos todavía la final.

Proclo nos informa de los diversos grados de la iniciación diciendo: El rito purificador.... Precede en orden al de la primera iniciación (*muesis*), y esta a la iniciación final (*epopteia*, *apocalipsis* o *revelación*).

Theon de Esmirna divide la iniciación en cinco grados, y dice sobre el particular: El primer grado es el de previa purificación, porque los Misterios no se comunican a cuantos desean conocerlos, pues hay algunos a quienes el voceador.... niega la admisión. Los admitidos han de purificarse mediante ciertas prácticas que preceden a la iniciación..... El tercer grado es la *epopteia* o *revelación*. El cuarto confiere la dignidad sacerdotal o hierofántica, cuyo símbolo es la coronación (no debe entenderse esta palabra en el sentido de ceñir la corona en las sienes del iniciado, sino que tiene la esotérica significación a que alude Pitágoras, cuando al describir su estado de ánimo después de la iniciación declara: “Me coronaron los dioses, en cuya presencia bebí las aguas de vida” —en sánscrito *â-bi-hayât*, fuente de vida). El quinto grado, consecuencia de los cuatro anteriores, es la amistad e íntima comunicación con Dios (esta era la última y más temerosa parte de los Misterios). (Isis III, 124-129).

Prevalido de la autoridad de varios iniciados, dice Taylor: **Las representaciones dramáticas de los Misterios menores tuvieron desde un principio por objeto significar encubiertamente la condición del alma encarnada en el cuerpo físico, donde sufre la muerte hasta que la liberta la sabiduría.** (Isis III, 142).

Si hemos de creer a los antiguos iniciados, forzoso nos será admitir la interpretación que dieron a los símbolos, sobre todo si vemos que coincide con las enseñanzas de los más preclaros filósofos hasta el punto de representar la misma idea que los actuales Misterios de Oriente.

Demeter era el símbolo del vehículo astral que, no obstante su naturaleza sutil, se contaminaba con la materia a través de sucesivas evoluciones espirituales. De este símbolo podemos inferir el de la matrona Baubo, la hechicera que para adaptar el alma (Demeter) a su nueva situación se ve precisada a tomar forma infantil. Baubo es el cuerpo físico que proporciona al alma el único medio capaz de acostumarla a su terrena cárcel, previo el paso por la inocencia infantil. Hasta el momento de encarnar, Demeter o Magna mater (el alma) duda, vacila y se acongoja; pero en cuanto prueba el bebedizo preparado por la hechicera Baubo, calma su ansiedad y se infunde en el infantil cuerpo, donde durante algún tiempo pierde la conciencia de su precedente estado mental, que ha de recobrar tras nueva lucha iniciada con el uso de la razón. El alma se halla entonces entre la materia (cuerpo físico) y el âtma o espíritu inmortal (nous). ¿Quién vencerá? La triada superior recibirá el resultado de la batalla de la vida. **Si prevalecen los**



placeres materiales con sus correspondientes abusos, a la muerte del cuerpo físico seguirá la desintegración del astral; pero, en caso contrario, si prevalece la naturaleza superior, en vez de desintegrarse el cuerpo astral se unirá con el supremo principio de la triada superior, único capaz de conferirle la inmortalidad. Entonces conoce el hombre las divinas verdades del más allá de la vida antes de la muerte del cuerpo. Los semidioses abajo; los dioses arriba.

Tal era el principal objeto de los Misterios que algunos simbologistas modernos ridiculizan y los teología los representa de índole diabólica. La imputación de falsedad y locura contra puros y sabios hombres de la antigüedad y la Edad Media proviene de ignorar o no creer en las potenciales facultades que todo hombre lleva inherentes y que puede educir en muy superior grado, hasta llegar a ser un hierofante, para educirlas después en cuantos se sometan al mismo régimen disciplinario. Los hierofantes apenas insinuaron lo que vieron en su última hora terrena; pero Pitágoras, Platón, Plotino, Proclo y muchos otros aseveraron la insinuación.

Ya en el recinto interno del templo, ya por el particular estudio de la teúrgia o por la austera espiritualidad de su vida, todos los iniciados adujeron en sí mismos evidente prueba de la posibilidad que tiene todo hombre de ganar la vida eterna tras ruda pelea en la vida temporal.

Platón alude vagamente a la *epopteia* o *revelación final*, diciendo: Una vez iniciado en los Misterios que a todos superan por lo sagrado, me vi libre de males a que de otro modo hubiera estado expuesto en lo futuro. También por esta divina iniciación pude contemplar *benditas visiones* en el seno de la pura luz.

Este pasaje demuestra que los iniciados poseían la facultad de ver entidades espirituales; y según acertadamente observa Taylor, se colige de otros pasajes análogos de las obras escritas por los iniciados, que lo más sublime de la *epopteia* consistía en la contemplación de los dioses (los espíritus planetarios) rodeados de refulgente luz. Inequívoca prueba de ello nos lo da el siguiente pasaje de Proclo: En todas las iniciaciones y ceremonias de los Misterios se aparecen los dioses en diversidad de formas y variedad de aspectos, todos ellos luminosos, con resplandor que de la propia figura emana, y toma algunas veces contornos humanos y otras asume configuración distinta.

Las afirmaciones de Platón corroboran nuestra creencia de que los Misterios de la antigüedad pagana eran idénticos a la actual iniciación de los adeptos, indoístas y budistas, cuyas beatíficas y verdaderas visiones no son resultado de trances o éxtasis mediumnísticos, sino de la disciplina y gradual educción de las internas facultades a través de sucesivas iniciaciones. Los *mystae* (iniciados) intimaban con los “dioses resplandecientes”



o “místicas naturalezas”, según Proclo los llama. Así lo confirma Platón al decir: «veía puro e inmaculado en cuanto quedaba libre de esta vestidura que nos envuelve, llamada cuerpo, a la que estamos en la tierra adheridos como la ostra a la concha».

Tenemos, por lo tanto, que la enseñanza de los *pitrís* planetarios y terrestres solo se revelaba enteramente en la antigua India, lo mismo que ahora, en el último grado de iniciación. Muchos faquires de irrepreensible conducta y pura y abnegada vida no han podido ver la forma astral de un *pitar* humano o antepasado terrestre, sino en el supremo instante de la iniciación, cuando el guru le entrega el bambú de siete nudos como insignia de su nueva dignidad. Entonces ve cara a cara a la desconocida entidad, a cuyos pies se postra; pero no recibe el poder de evocación, porque este es el supremo misterio de la sagrada sílaba AUM, símbolo de la trínica individualidad humana, además de serlo también de la abstracta *Trinidad védica*. Cuando el Ego o trínica individualidad anticipa transitoriamente en el momento de la iniciación aquella unidad que ha de lograr al vencer a la muerte, entonces se le permite al iniciado vislumbrar su Ego futuro.

Dice Vrihaspati que en la antigua India estaba prohibido, bajo pena de muerte, revelar al vulgo el misterio de la Tríada. Tampoco era lícito revelarlo en *Eleusis* y *Samotracia*, ni en la actualidad, pues debe seguir siendo un misterio confiado a los adeptos, mientras la ciencia materialista lo tenga por quimérico y la teología dogmática por diabólico. (Isis III, 142-147).

La comunicación subjetiva con las entidades humanas de índole divina que nos han precedido en el logro de la bienaventuranza, comprende en la India tres grados; conviene a saber: *presenciente*, *auditivo* y *volitivo*.

Bajo la dirección espiritual del *guru* o *sannyâsi*, el neófito (*vatu*) acaba por tener el incipiente *presentimiento* de las entidades espirituales. Si no estuviese dirigido por un adepto, quedaría a merced de las entidades inferiores por no saber distinguirlas de las superiores. ¡Feliz el sensitivo que sabe espiritualizar su ambiente!

Al cabo de algún tiempo progresa el neófito hasta el segundo grado de comunicación en que adquiere la clariaudiencia (es condición precisa que no se haya hecho sensitivo por procedimientos psíquicos) y oye las voces del mundo superior; pero como todavía no es capaz de discernir, necesita quien le enseñe a precaverse de las astutas entidades maléficas del aire, que tratarían de engañarle con falaces voces si no estuviera protegido por la influencia del *guru*, que le pone en condiciones de consagrarse a los puros y celestiales *pitrís* humanos.



En el tercer grado, el candidato *presiente*, oye y ve al mismo tiempo y puede determinar a voluntad el *reflejo* de los *pitris* en la luz astral. Todo depende de sus facultades psíquicas e hipnóticas, que a su vez están en función de la voluntad. Sin embargo, el *faquir* nunca llegará a dominar el *akâsa* (el principio de vida espiritual y omnipotente agencia de todo fenómeno) en el mismo grado que los adeptos, pues los fenómenos operados por la voluntad de estos últimos no sirven para emboar a los mirones en la plaza pública. (Isis III, 147-148).

. . . Se inculpa a los Hierofantes de administrar a los candidatos en el acto de la iniciación ciertas pócimas o bebedizos anestésicos, que producen las visiones anteriormente referidas. Ciertamente, emplearon y aun emplean bebidas sagradas como el Soma, con eficacia bastante para permitirle al candidato la temporánea actuación en el cuerpo astral; pero en estas visiones no hay ni más ni menos falacia que la que pueda haber en la observación del mundo infinitesimal con auxilio del microscopio. No es posible comunicarse conscientemente ni conversar con un espíritu puro mediante los sentidos físicos, pues sólo de espíritu a espíritu cabe la comunicación espiritual, de modo que se vean y hablen los espíritus; y aun el mismo cuerpo astral es demasiado grosero y tan contaminado está de materia física que no puede percibir ni vislumbrar el espíritu.

El ejemplo de Sócrates nos representa los peligros de la mediumnidad ineducada. El célebre filósofo era médium de nacimiento y tenía por consejero a un espíritu familiar (*daimonia*) que al fin causó la muerte de su poseído. Es común sentir que Sócrates no solicitó jamás la iniciación en los Misterios; pero los *Anales sagrados* nos dicen que no se le pudo admitir en los ritos por impedírselo su mediumnidad, pues la regla de los Misterios prohibía la admisión de cuantos deliberadamente profesaran la hechicería o tuviesen espíritu familiar. Esta regla era justa y lógica porque todo médium es más o menos irresponsable (así se explican ciertas extravagancias de Sócrates) y forzosamente pasivo, que se deja gobernar por su guía sin atender a ninguna otra regla ni autoridad. Todo médium cae en trance al antojo de la entidad poseedora, y por lo tanto no era posible confiar a un médium los secretos de la *epopteia*, cuya revelación estaba penada de muerte. El viejo filósofo se dejó arrebatar en un momento de descuido por la inspiración de su familiar, y reveló inaprendidos conceptos que sus compatriotas creyeron ateísticos y, en consecuencia, le condenaron a muerte.

Ante el ejemplo de Sócrates no cabe afirmar con verdad que los videntes y taumaturgos iniciados en los Misterios del recinto interior fuesen médiums por el estilo de los espiritistas. No lo fueron Pitágoras ni Platón ni Jámblico ni Longino ni



Proclo ni Apolonio de Tyana, porque, de serlo, no se les hubiera admitido a la iniciación en los Misterios. Las facultades espirituales de los iniciados eran propias de su ministerio sacerdotal, y la inquebrantable creencia de toda la antigüedad en estas facultades, muchísimo antes de aparecer la escuela neoplatónica, demuestra que, en contraposición de las mediumnísticas, puede educir el hombre facultades muy superiores con auxilio de una misteriosa ciencia que muchos discuten y pocos conocen.

El uso de estas facultades aviva en el hombre el anhelo de morar en su verdadera patria y de alcanzar la vida futura, con la vehemente aspiración de identificarse con el Yo superior. El abuso de las mismas facultades extravía al hombre por los yermos de la hechicería, brujería o magia negra.

Equidistante del adepto y el hechicero está el médium, cuyos inconsistentes vehículos dan materia a propósito para que de ellos se valga como de instrumentos fenoménicos, ya los adeptos, ya los hechiceros, según el ambiente de atracción que haya formado por las circunstancias de su vida o por las condiciones de su herencias física y mental. En el primer caso será su destino una bendición, pero en el segundo será un precito hasta que se purifique de la terrena escoria.

El sigilo en que siempre se mantuvieron los Misterios obedecía a dos razones principales: la pena de muerte infligida a quien los quebrantara y las difícilísimas pruebas que tenía que sufrir el candidato antes de la iniciación final, con riesgo de perder el juicio. Pero a ninguno se exponía quien, por haber espiritualizado su mente, estaba prevenido contra todo linaje de visiones terroríficas. Nada ha de temer quien esté plenamente convencido del poder de su inmortal espíritu y ni por un momento dude de su omnimoda protección; pero ¡ay del candidato que por el más leve temor, hijo enfermizo de la materia, pierda la fe en la invulnerabilidad de su espíritu! Sentenciado está quien carezca de la suficiente preparación moral para recibir la carga de tan terribles secretos.

El Talmud relata la leyenda de los cuatro tanaímes que entraron en el jardín de delicias (Alegoría de la iniciación final). Dice así:

Según nos enseña nuestros santos maestros, los cuatro que entraron en el jardín de delicias, fueron: Ben Asai, Ben Zoma, Acher y el rabino Akiba,

Ben Asai miró y cegó.

Ben Zoma miró y enloqueció.

Acher estropeó las plantaciones (Tergiversó las enseñanzas y fracasó).



Pero Akiba que había entrado en paz, salió también en paz, porque el Santo, cuyo nombre sea bendito, dijo: “Este anciano es digno de servirme con gloria”.

Según apunta Franck en su *Kábala*, los rabinos de la sinagoga, eruditos comentadores del *Talmud*, interpretan el jardín de delicias como la misteriosa ciencia de tan abstrusa profundidad que *debilita la mente con riesgo de llevar a la locura*.

Nada ha de temer el puro de corazón que emprende el estudio de esta ciencia con propósito de perfeccionarse y alcanzar más rápidamente la prometida inmortalidad. Quien ha de temblar es el que toma dicho estudio con el deseo puesto en logros mundanos. *Este último nunca podrá resistir las cabalísticas invocaciones de la suprema iniciación.*

De la propia manera que los comentadores tendenciosos vituperan las ceremonias de los Misterios antiguos, podrían vituperar las licenciosas ceremonias de las mil y una sectas del primitivo cristianismo. Pero no merecen los Misterios antiguos tal vituperio de los teólogos cristianos, si se tiene en cuenta que en España y Mediodía de Francia estuvieron siglos atrás muy en boga las representaciones teatrales de los misterios religiosos (se llamaban Autos sacramentales, y Calderón de la Barca compuso muchos de ellos), entre ellos el de la Encarnación, cuyos personajes eran María, José y el arcángel Gabriel. (Isis III, 150-154).

Otfriedo Muller nos descubre **las diferencias entre los Misterios órficos y el culto exotérico de Baco, aunque los iniciados en ellos profesaban públicamente la religión báquica; pero la austera moralidad y el austero ascetismo de las doctrinas de Orfeo, que tan escrupulosamente seguían sus discípulos, eran de todo punto incompatibles con la grosera obscenidad y torpeza de las ceremonias populares.** (Isis III, 167).

Descubrimientos recientes hechos por grandes matemáticos y kabalistas, prueban de este modo, fuera hasta la sombra de duda, que todas las teologías, desde la más antigua hasta la última, han surgido, no sólo de un origen común de creencias abstractas, sino de un lenguaje esotérico universal o del Misterio. Estos sabios poseen la clave del lenguaje universal antiguo, y la han usado con éxito, aunque sólo *una vez*, para abrir la puerta herméticamente cerrada que conduce al vestíbulo de los Misterios. El gran sistema arcaico conocido desde las edades prehistóricas como la Ciencia Sagrada de la Sabiduría, que está contenida y puede encontrarse en todas las religiones antiguas así como en las modernas,



tenía y tiene aún su lenguaje universal –sospechado por el masón Ragón- la lengua de los Hierofantes, que tiene siete “dialectos”, por decirlo así, cada uno de los cuales se refiere y está particularmente apropiado a cada uno de los siete misterios de la Naturaleza. Cada uno de ellos tenía su simbolismo propio. La Naturaleza podía ser leída de este modo en su plenitud, o considerada bajo uno de sus aspectos especiales.

La prueba de esto reside, hasta el presente, en la gran dificultad que los orientistas en general, y especialmente los indianistas y egiptólogos, experimentan en la interpretación de los escritos alegóricos de los arios y de los anales hieráticos de Egipto. Esto sucede porque nunca quieren tener presente que todos los anales antiguos estaban escritos en una lengua que era universal y conocida igualmente por todas las naciones en los días de la antigüedad, pero que ahora sólo es inteligible para unos pocos. Así como los números arábigos son claros para cualquier hombre, sea cual fuere su nacionalidad; y así como la palabra inglesa *and*, que se convierte en *et* para los franceses, en *und* para los alemanes, en *y* para los españoles, y así sucesivamente, puede empero expresarse en todas las naciones civilizadas con el signo &, igualmente todas las palabras de esta lengua del Misterio significaban la misma cosa para todos los hombres. Ha habido hombres notables que han tratado de restablecer un lenguaje filosófico y universal semejante: Delgarne, Wilkins, Leibnitz; pero Demaimieux, en su Pasigraphic, es el único que ha probado su posibilidad. El esquema de Valentín, llamado la “Kábala Griega”, basado en la combinación de letras griegas, puede servir de modelo.

Los muchos aspectos del Lenguaje del Misterio han conducido a la adopción de dogmas y ritos variadísimos, en el exoterismo de los rituales de las Iglesias. Ellos son, también, los que están en el origen de la mayor parte de los dogmas de la Iglesia Cristiana; como por ejemplo, los siete Sacramentos, la Trinidad, la Resurrección, los Siete Pecados Capitales y las siete Virtudes. **Sin embargo, habiendo estado siempre las Siete Claves de la Lengua del Misterio bajo la custodia de los más elevados Hierofantes iniciados de la antigüedad, sólo el uso parcial de alguna de las siete pasó, por traición de algunos de los Primeros Padres de la Iglesia –ex Iniciados de los Templos- a manos de la nueva secta de los nazarenos. Algunos de los primeros Papas fueron Iniciados; pero los últimos fragmentos de su saber, han caído ahora en poder de los Jesuitas, que los han convertido en un sistema de hechicería.**

Se afirma que la India –no con sus actuales límites, sino incluyendo los antiguos- es el único país en el mundo que cuenta todavía, entre sus hijos, Adeptos que poseen el conocimiento de todos los siete sub-sistemas, y la clave del sistema completo. Desde la caída de Menfis, Egipto principió a perder todas estas claves,



una a una, y la Caldea sólo conservaba tres en los días de Beroso. En cuanto a los hebreos, no demuestran en todos sus escritos más que un conocimiento completo de los sistemas astronómico, geométrico y numérico de simbolizar todas las funciones humanas y especialmente las fisiológicas. Nunca han poseído las claves superiores. (D.S. II, 13-15).

. . . Los dogmas exotéricos pueden haber sido a menudo alterados, pero nunca los esotéricos. No ha tenido presente la sagrada inmutabilidad de las verdades primitivas, sólo reveladas en los misterios de la Iniciación. **Los sacerdotes egipcios habían olvidado mucho, pero no alteraron nada.** La pérdida de gran parte de las enseñanzas primitivas, fue debido a las muertes repentinas de grandes Hierofantes, que fallecieron antes de haber tenido tiempo de revelar todo a sus sucesores, y principalmente a causa de la falta de herederos dignos del “conocimiento”. Sin embargo, han conservado en sus rituales y dogmas las principales enseñanzas de la Doctrina Secreta. (D.S. II, 16).

Para los ocultistas, tanto el Êter como la substancia Primordial son realidades. Para decirlo claro, el Êter es la Luz Astral, y la Substancia Primordial es el Akasha, el Upâdhi del Pensamiento Divino.

En el lenguaje moderno, este último estaría mejor llamado Ideación Cósmica, Espíritu; y el primero Substancia Cósmica, Materia. Estos (el Alfa y el Omega del Ser) no son sino las dos facetas de la Existencia Absoluta. A esta jamás se dirigieron ni la llamaron por ningún nombre en la antigüedad, excepto alegóricamente. **En la raza aria más antigua, la inda, el culto de las clases intelectuales nunca consistió, como entre los griegos, en una adoración ferviente a la forma y al arte maravilloso, que llevó a los últimos al antropomorfismo. Pero mientras el filósofo griego adoraba la forma, y sólo el sabio indo “percibía la verdadera relación entre la hermosura terrestre y la verdad eterna”, las gentes incultas de todas las naciones nunca han comprendido ninguna de las dos cosas.**

Ni aun ahora las comprenden. La evolución de la idea de Dios, va a la par que la propia evolución intelectual del hombre. Tan verdad es esto, que el ideal más noble a que el espíritu religioso de una época pueda remontarse, parecerá una caricatura grosera a la mente filosófica de una época posterior. Los mismos filósofos tenían que ser *iniciados en los misterios perceptivos*, antes de que pudieran asir la idea correcta de los antiguos con relación a este asunto, el más metafísico de todos. De otro modo –fuera de semejante Iniciación- para cada



pensador habrá un “hasta aquí llegarás, pero no más allá”, limitado por su capacidad intelectual, de un modo tan claro e infalible, como lo está el progreso de cualquier nación o raza, en su ciclo, por la ley de Karma. Fuera de la Iniciación, los ideales del pensamiento religioso contemporáneo tendrán siempre las alas cortadas, sin poder remontar su vuelo; pues tanto los pensadores idealistas como los realistas, y hasta los librepensadores, no son sino la demostración y producto natural de su época y de todo lo que les rodea. Sus ideales son tan sólo el necesario resultado de sus temperamentos, y la expresión de aquella fase del progreso intelectual que ha alcanzado una nación, en su colectividad. De aquí, como ya se ha observado, que los más altos vuelos de los metafísicos occidentales modernos, hayan quedado muy lejos de la verdad. (D.S. II, 42-43).

. . .dice Ragón:

Los antiguos Hierofantes han combinado tan hábilmente los dogmas y símbolos de sus filosofías religiosas, que solo pueden ser explicados por completo por la combinación y el conocimiento de *todas* las claves.

Sólo pueden ser interpretados aproximadamente, aun cuando se llegasen a descubrir tres de los siete sistemas, a saber: el antropológico, el psíquico y el astronómico. **Las dos principales interpretaciones, la más elevada y la más inferior, la espiritual y la fisiológica, fueron conservadas en el mayor secreto, hasta que la última cayó en poder de los profanos.** Esto, en cuanto a los hierofantes prehistóricos, entre quienes lo que se ha convertido ahora en lo puro, o impuramente, fálico, era una ciencia tan profunda y tan misteriosa como la Biología y Fisiología lo son ahora. Era propiedad suya exclusiva, el fruto de sus estudios y descubrimientos. Las otras dos eran las que trataban de los Dioses Creadores o Teogonía, y del hombre creador; esto es, de los Misterios ideales y prácticos. Estas interpretaciones fueron tan hábilmente veladas y combinadas, que han sido muchos los que, si bien han llegado a descubrir un significado, han fracasado en la comprensión de otros, no pudiendo nunca descifrarlos lo bastante para cometer indiscreciones peligrosas. Las más elevadas, la primera y la cuarta –La Teogonía en relación con la Antropogonía– eran casi imposibles de sondear. De esto tenemos pruebas en la “Sagrada Escritura” judía.

La serpiente se convirtió en símbolo de la Sabiduría y emblema de los Logos, o los Nacidos por Si Mismos, por ser ovipara. (D.S. II, 106-107).

... **los antiguos iniciados**, a quienes seguían más o menos de cerca toda la antigüedad profana, **significaba por la palabra Átomo un Alma, un Genio o un**



Ángel, el primogénito de la Causa por siempre oculta de todas las causas; y en este sentido sus enseñanzas se hacen comprensibles. Ellos sostenían, como lo hacen sus sucesores, la existencia de Dioses y Genios, Ángeles o Demonios, no fuera, ni independientes del Plenum Universal, sino dentro del mismo. Admitían y enseñaban gran parte de lo que ahora enseña la ciencia moderna, a saber: la existencia de una Materia o Substancia Cósmica Primordial del Mundo, eternamente homogénea, excepto durante su existencia periódica; entonces, universalmente difundida en el espacio infinito, se diferencia y forma gradualmente de sí misma cuerpos siderales. Enseñaban la revolución de los Cielos, la rotación de la Tierra, el sistema heliocéntrico, y los vórtices atómicos; siendo los átomos en realidad Almas e Inteligencias. Estos “atomistas” eran panteístas filosóficos y espirituales, de lo más trascendentes. No se les hubiese ocurrido jamás a ellos, ni siquiera en sueños, esa progenie opuestas, monstruosa, la pesadilla de nuestra raza civilizada moderna: por una parte, Átomos materiales inanimados que se dirigen a sí propios, y por la otra, un Dios extra-cósmico. (D.S. II, 460-461).

Si los caldeos más antiguos, conocían la verdad esotérica, oculta en las leyendas puránicas, las otras naciones sólo conocían el Misterio Samotraco (que se llevaba a cabo en la isla de Samotracia, también llamada Electria). Lo adaptaron a sus nociones astronómicas y antropológicas, o más bien fálicas. Históricamente, se sabe que Samotracia ha sido célebre en la antigüedad por un diluvio que sumergió el país y alcanzó la cima de las más altas montañas; suceso que tuvo lugar antes del tiempo de los argonautas. Se inundó rápidamente por las aguas del Euxino, que hasta entonces había sido considerado como un lago. (D.S. III, pág. 6).

... el “Fuego Espiritual” hace del hombre una entidad divina y perfecta. Ese Fuego Espiritual es el hidrógeno, en general, mientras que en la Realidad Esotérica es la emanación, o el rayo que procede de su Nómeno, el “Dhyân del primer Elemento”. El hidrógeno es un gas sólo en nuestro plano terrestre. Pro aun en la Química, el hidrógeno “sería la única forma existente de materia, en nuestro sentido del término, y es aliado muy próximo del Protilo, que es nuestro Layan. Es el padre y generador, por decirlo así, o más bien el Upâdhi (base) tanto del Aire como del Agua y es “fuego, aire y agua”; en una palabra, **uno bajo tres aspectos**; por tanto, la trinidad química y alquímica. En el símbolo de la Manifestación, o de la Materia, es el símbolo objetivo y la emanación material del Ser subjetivo, entidad puramente espiritual en la región de los Nómenos.



Si se estudia la Teogonía comparada, es fácil de ver que el secreto de estos “Fuegos” era enseñado en los Misterios de todos los pueblos antiguos, principalmente en Samotracia. No cabe la menor duda de que los Kabiri, las más misteriosas de todas las Deidades antiguas, Dioses y Hombres, grandes deidades y Titanes, son idénticos a los Kumâras y Rudras con Kârttikeya a la cabeza, que es también un Kumâra. Esto es por completo evidente aun exotéricamente; y estas Deidades indias eran, como los Kabiri, los *Fuegos sagrados personificados de los Poderes más ocultos de la Naturaleza*. Las diversas ramas de la Raza Aria, la asiática y la europea, la inda y la griega, hicieron lo posible para ocultar su verdadera naturaleza, ya que no su importancia. Como sucede con los Kumâras, el número de los Kabiri es incierto. (D.S. III, 172-173).

Un velo impenetrable de secreto fue echado sobre los Misterios Ocultos y Religiosos, después de la sumersión del último resto de la Raza Atlante, hace unos 12.000 años, para evitar que fuesen conocidos de los indignos, y por ellos profanados. Varias de estas ciencias son ahora exotéricas, como la Astronomía, por ejemplo, en sus aspectos puramente matemáticos y físicos. Pero sus dogmas y doctrinas, estando todas simbolizadas y dejadas a la sola guarda de la parábola y alegoría, han sido olvidadas, y por esto su significado se ha pervertido. **Sin embargo, el Hermafrodita se encuentra en las escrituras y tradiciones de casi todas las naciones; ¿por qué, pues, un acuerdo tan unánime si el caso es sólo una ficción?**

Bajo el manto de este secreto, la Quinta Raza fue inducida al establecimiento, o más bien, al restablecimiento de los Misterios Religiosos, en que pudiesen enseñarse las antiguas verdades a las generaciones futuras, bajo el velo de la alegoría y el simbolismo. Contemplad el testigo imperecedero de la evolución de las Razas Humanas, desde la Raza Divina, y especialmente desde la Andrógina, la esfinge egipcia, ese enigma de las Edades, la Sabiduría Divina encarnándose en la Tierra, y forzada a probar el amargo fruto de la experiencia personal, del dolor y del sufrimiento engendrados en la Tierra sólo a la sombra del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, secreto conocido tan sólo de los Elohim, los “Dioses Superiores”, Iniciados por sí mismos.

En el Libro de Enoch tenemos a Adán, el primer Andrógino Divino, separándose en hombre y mujer, y convirtiéndose en Jah-Heva en una forma o Raza, y a Caín y Abel, varón y hembra, en su otra forma o Raza: el hehovah de doble sexo, eco de su prototipo ario, Brahmâ-Vâch. Después de la cual vienen la Tercera y Cuarta Razas Raíces de la Humanidad, esto es, Razas de hombres y mujeres, o individuos de sexos opuestos, no ya Semi-



espíritus y Andróginos sin sexo, como las dos Razas que las precedieron. Este hecho es aludido en todas las Antropogonías. Se le encuentra en la fábula y en la alegoría, en el mito y en las escrituras reveladas, en la leyenda y en la tradición. Porque de todos los grandes Misterios, heredados por los iniciados de la más remota antigüedad, *este es uno de los mayores*. Explica el elemento bisexual que se ve en toda Deidad Creadora, en Brahmâ-Virâj-Vâch, como en Adam-Jehovah-Eva, y también en Caín-Jehovah-Abel; pues “El libro de las Generaciones de Adán”, no menciona siquiera a Caín y Abel, sino que sólo dice: “*Macho y hembra los creó. . .; y les dio el nombre de Adán*”. Y luego prosigue diciendo: “*Y Adán... engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen; y le dio el nombre de Seth*”.

Después de lo cual engendra otros hijos e hijas, probando así que Caín y Abel son sus propias permutaciones alegóricas. Adán representa la primitiva Raza Humana, especialmente en su sentido cosmo-sideral. No sucede lo mismo, sin embargo, en su significado teo-antropológico. El nombre compuesto de Jehovah, o Jah-Hovah, significando *vida masculina y vida femenina* – primero andrógino, luego separado en sexos, - se emplea en este sentido en el Génesis desde el capítulo V en adelante. Como dice el autor de The Source of Measures: “*Las dos palabras de que está compuesto Jehovah, completan la idea original del macho-hembra, como el origen del nacimiento.*”

Porque la letra hebrea *Jod* era el *membrum virile*, y *Hovah* era Eva, la amadre de todo lo viviente, o la procreadora, la Tierra y la Naturaleza.

El significado primero y original de Enos, el hijo de Seth, era la primera Raza nacida del modo usual presente del hombre y de la mujer, pues Seth no es un hombre, sino una raza. Antes de él la Humanidad era hermafrodita En tanto que Seth es el primer resultado (fisiológicamente) después de la “Caída”, es también el primer hombre; de aquí que a su hijo Enos se le mencione como el “Hijo del Hombre”. Seth representa la última parte de la Tercera Raza.

Para ocultar el verdadero misterio del nombre de Ain Suph – la No-cosa Ilimitada y Eterna, - los kabalistas han presentado el atributo-apelativo compuesto de uno de los Elohim personales Creadores, cuyo nombre era Yah o Jah – las *i* o *j* o *y* son intercambiables – o Jah-Hovah, esto es *macho y hembra*; Jah-Eve, un hermafrodita, o *la primera forma de la Humanidad*, el Adán original de Tierra, ni siquiera Adam-Kadmon, cuyo “Hijo nacido de la Mente”, es el Jah-Hovah terrestre, místicamente. Y sabiendo esto, el astuto rabino-kabalista ha hecho de él un nombre tan *secreto*, que no puedo divulgarlo más adelante sin exponer todo el esquema; y así es que se vio obligado a hacerlo *sagrado*. D.S., III, 204-208).



. . . La Raza *sin sexo* fue su primera producción, una modificación de y por ellos mismos, las puras Existencia Espirituales; y esta fue *Adán solus*. De ahí provino la *Segunda Raza*: Adán-Eva o Jod-Heva, Andróginos inactivos; y finalmente, la *Tercera*, o el “*Hermafrodita Separador*” Caín y Abel, que produce la *Cuarta*, Seth-Enos, etc. Esta Tercera Raza, la última semiespiritual, fue también el último vehículo de la Sabiduría divina e innata, ingénita en los Enochs, los videntes de aquella Humanidad. La Cuarta que había probado el fruto del Árbol del Bien y del Mal –la Sabiduría ya unida a la inteligencia terrestre, y por lo tanto *impura*- tuvo por consecuencia que adquirir aquella Sabiduría por medio de la iniciación y terrible esfuerzo. Y la unión de la Sabiduría y de la Inteligencia, *rigiendo* la primera a la segunda, es llamada en los libros Herméticos “el Dios poseedor de la doble fecundidad de los dos sexos”.

Místicamente, Jesús fue considerado como hombre-mujer. En los Himnos Órficos, cantados durante los Misterios, vemos también: “Zeus es varón, Zeus es una virgen inmortal”. El Ammon egipcio era, en su otra mitad, la Diosa Neïth. Júpiter tiene pechos de mujer; Venus, en algunas de sus estatuas, está representada con barba; e Ilâ, la Diosa, es también Sudyumma, el Dios, como progenie de Vaivasvata.

Así, la unidad bisexual primitiva de la tercera raza-Raíz humana, es un axioma en la Doctrina Secreta. Sus individuos vírgenes se elevaron al rango de “Dioses”, porque aquella Raza representaba su “Divina Dinastía”. Los modernos se contentan con rendir culto a los héroes masculinos de la Cuarta Raza, que crearon Dioses según su propia imagen sexual, mientras que los Dioses de la Humanidad primitiva eran “macho y hembra”. (D.S., III, 223-225).

La Biblia, desde el Génesis al Apocalipsis, no es sino una serie de anales históricos de la gran lucha entre la Magia Blanca y la Negra, entre los Adeptos del Sendero de la Derecha y, los Profetas, y los de la Izquierda, los Levitas, el clero de las masas brutales. Hasta los estudiantes de Ocultismo, aun cuando algunos de ellos tienen más manuscritos arcaicos y enseñanzas directas en qué fundarse, encuentran, sin embargo, difícil trazar una línea de separación entre los Sodales del Sendero de la Derecha y los de la Izquierda. El gran cisma que tuvo lugar entre los hijos de la Cuarta Raza cuando se erigieron los primeros Templos y Salas de Iniciación bajo la dirección de los “Hijos de Dios”, se halla alegorizado en los Hijos de Jacob. Que había dos escuelas de Magia, y que los levitas ortodoxos no pertenecían a la buena, se muestra en las palabras pronunciadas por el moribundo Jacob: El moribundo Jacob describe así a sus hijos: “Dan” –dice será una serpiente en el camino, una culebra en el sendero, que morderá las patas de los caballos de modo que el



jinete caiga hacia atrás (esto es, enseñará a los Candidatos Magia Negra). He esperado tu salvación ¡oh Señor! De Simeón y Leví, dice el patriarca que “son hermanos; en sus moradas hay instrumentos de *crueldad*. ¡OH alma mía, no penetres tu en su *secreto*; en su *asamblea*”. Ahora bien; en el original, las palabras “su secreto” se leen “su Sod”. Y el Sod era el nombre de los Grandes Misterios de Baal, Adonis y Baco, los cuales eran todos Dioses Solares, y tenían serpientes por símbolos. Los kabalistas explican la alegoría de las serpientes de fuego, diciendo que este fue el nombre dado a la tribu de Leví, en una palabra, todos los levitas, y que Moisés era el jefe de los Sodales, “los miembros de los Colegios de Sacerdotes se llamaban Sodales, los Sodalistas fueron constituidos en los Misterios Idoeanos de la Madre Poderosa”, según Cicerón.

El significado de los “Matadores del Dragón” se encuentra en los Misterios, y más adelante se tratará de lleno el asunto.

Por otra parte, si Moisés era el Jefe de los Misterios, se deduce también, por tanto, el Hierofante de los mismos; se deduce además que había dos escuelas desde el momento en que al mismo tiempo vemos a los Profetas condenando las “abominaciones” del pueblo de Israel. “Serpientes de Fuego”, era, pues, sencillamente, el epíteto aplicado a los levitas de la casta sacerdotal, después que abandonaran la Buena Ley, las enseñanzas tradicionales de Moisés, y a todos los que seguían la Magia Negra. Isaías al referirse a los hijos rebeldes que tendrán que llevar sus riquezas a las tierras de donde vienen “la víbora y la serpiente voladora de *fuego*”, o sea la Caldea y Egipto, cuyos Iniciados habían ya degenerado mucho en su tiempo (700 años antes de Cristo), se refería a los hechiceros de aquellos países (los sacerdotes de Baal que pasaban sobre el fuego. Pero este era un término hebreo local. Saraph significa “veneno de fuego o de llamas”.) Pero hay que tener mucho cuidado en distinguir estos de los Dragones de Fuego de la Sabiduría” y de los “Hijos de la Niebla de Fuego”.

En el *Gran Libro de los Misterios*, se nos dice que:

Siete Señores crearon siete Hombres; tres Señores (Dhyân Chohanés o Pitris), eran santos y buenos; cuatro eran menos celestes y llenos de pasión. . . Los Chhâyas (fantasmas) de los padres eran como ellos.

Esto explica las diferencias en la naturaleza humana, que está dividida en siete gradaciones del bien y del mal. Había siete tabernáculos, dispuestos para ser habitados por mónadas bajo siete diferentes condiciones kármicas. Sobre esta base explican los *Comentarios* la fácil extensión del mal tan pronto como las formas humanas se convirtieron en hombres verdaderos. Sin embargo, algunos antiguos filósofos parece que ignoran que fueran siete, y sólo mencionan cuatro en sus relatos genésicos. Así, el Génesis local mexicano tiene “cuatro hombre *buenos*” que se describen como los cuatro antecesores verdaderos de la raza



humana, que “ni fue engendrada por los dioses, ni nacida de mujer”; sino que su creación fue una maravilla ejecutada por Poderes creadores, siendo producida sólo después “*de haber fracasado tres tentativas para construir hombres*”. Los egipcios solamente tenían en su teología “Cuatro Hijos de Dios” –mientras que en el *Pymander* se mencionan siete- evitando así toda referencia a la naturaleza mala del hombre. Sin embargo, cuando Set, de Dios descendió a Set-Typhon, principió a llamársele el “séptimo hijo”; de donde surgió probablemente la creencia de que el “séptimo hijo del séptimo hijo”, es siempre un mago de nacimiento, bien que en un principio, sólo se quería significar un *hechicero*. Apap, la serpiente que simboliza el mal, fue muerta por Aker, la serpiente de Set; por tanto, Set-Typhon, no podía ser aquel mal. **En el Libro de los Muertos se ordena que el cap. CLXIII se lea “en presencia de una serpiente sobre dos piernas”, lo cual significa un alto Iniciado, un Hierofante, pues el disco y los cuernos de morueco (los mismos cuernos de morueco se encuentran en la cabeza de Moisés, de ahí también la Serpiente de Bronce) que adornan su cabeza de “serpiente”, en los jeroglíficos del título del mencionado capítulo, lo denotan. Sobre la “serpiente” están representados los dos ojos místicos de Ammon, el oculto “Dios del Misterio”. (D.S. III, 351-354).**

... Pero “Argos” es Arghyavarsha, la Tierra de las Libaciones y de los antiguos Hierofantes, de donde saldrá el Libertador de la Humanidad, nombre que se convirtió edades después en el de su vecina la India: la Aryâvarta de antaño.

Varios escritores antiguos, entre ellos Cicerón y Clemente de Alejandría, han dicho que el asunto formaba parte de los Misterios Sabasian. Estos últimos escritores son los únicos que atribuyen a su verdadera causa, el hecho de haber sido Esquilo acusado por los atenienses de sacrilegio y condenado a morir apedreado. Dicen ellos que esquilo, no estando iniciado, había profanado los Misterios exponiéndolos en sus Trilogías en un escenario público. Pero habría incurrido en la misma pena si hubiese sido iniciado; lo cual es lo que debe haber sucedido, porque de otro modo hubiera tenido, como Sócrates, un Demonio que le revelase el Drama alegórico, sagrado y secreto, de la iniciación. **En todo caso, el “padre de la tragedia griega” no fue quien inventó la profecía de Prometeo; pues lo que él hizo fue sólo repetir en forma dramática lo que era revelado por los sacerdotes durante los Misterios de Sabasia (la Sabasia era una festividad periódica, con Misterios establecidos en honor de algunos Dioses, una variante de los Misterios de Mithra. Toda la evolución de las razas se ejecutaba en estos Misterios). Estos últimos eran una de las festividades sagradas más antiguas, cuyo origen es hasta hoy día desconocido de la historia. Los mitólogos la relacionan, por medio de Mithra, el Sol, llamado Sabasio en algunos**



antiguos monumentos, con Júpiter y Baco. Sin embargo, no fue nunca propiedad de los griegos, sino que data de tiempo inmemorial. (D.S. III, 696-697).

El Sanctum Sanctorum de los antiguos, llamado también el Adytum –el recinto en el extremo occidental del Templo, cerrado por tres lados por paredes en blanco, y cuya única abertura o puerta estaba cubierta por una cortina- era común a todas las naciones antiguas.

Se ve ahora una gran diferencia entre el significado secreto de este lugar simbólico según lo presenta el esoterismo pagano, y el de los judíos de tiempos posteriores, aun cuando su simbología fue originalmente idéntica en las naciones y razas antiguas. **Los gentiles colocaban en el Adytum un sarcófago, o una tumba (taphos), en la cual estaba el Dios Solar, a quien el templo estaba consagrado, y que conservaban, como panteístas, con la mayor veneración. Lo consideraban, en su sentido esotérico, como el símbolo de la resurrección, cósmica, solar o diurna, y humana. Abarcaba la vasta extensión de los Manvántaras periódicos y puntuales en el tiempo, o el despertar de nuevo en el Kosmos, de la Tierra y del Hombre, a nuevas existencias; puesto que el Sol es el símbolo más poético, así como el más grandioso, de tales Ciclos en el Cielo, y en el Hombre (en sus reencarnaciones), sobre la Tierra. Los Judíos (cuyo realismo, a juzgar por la letra muerta, era tan práctico y grosero en los días de Moisés como lo es ahora)** (Pero no era así en realidad, como lo atestiguan sus profetas. Los últimos Rabinos y el esquema talmúdico, mataron toda la espiritualidad del cuerpo de sus símbolos, dejando tan sólo en sus Escrituras, un cascarrón, sin vida cuya alma había partido), en el curso de su apartamiento de los dioses de sus vecinos paganos, consumaron una política nacional y levítica, con el intento de presentar a su Sagrario de los Sagrarios como el signo más solemne de su Monoteísmo – exotéricamente, mientras que esotéricamente veían en él un símbolo fálico universal. Al paso que los kabalistas sólo conocían a Ain Suph y a los “Dioses” de los Misterios, los Levitas no tenían tumba ni Dios alguno en su Adytum, sino el Arca “Sagrada” de la Alianza, su “Santo de los Santos”).

Sin embargo, cuando se ponga en claro el significado esotérico de este recinto, el profano podrá comprender mejor por qué David bailó “desnudo” ante el Arca de la Alianza, y estaba tan ansioso de aparecer *vil* por la causa de su “Señor”, y *abyecto* ante sus propios ojos.

El Arca es el Argha de los Misterios en forma de nave. Parkhurst, que hace una larga disertación sobre ella en su diccionario griego, y que no dice una palabra de esto en su diccionario hebreo, lo explica de este modo:



Arché en este sentido corresponde al Rasit hebreo o la sabiduría... **una palabra que significaba el emblema del poder general femenino, el Arg o Arca, en la cual se suponía que el germen de toda naturaleza flotaba o se cernía sobre el gran abismo durante el intervalo que tenía lugar después de cada ciclo del mundo.**

Así es, en efecto; y el Arca de la alianza judía tenía *precisamente el mismo significado*, con la adición suplementaria de que, en lugar de un sarcófago casto y bello (símbolo de la Matriz de la Naturaleza y de la Resurrección), como en el Sanctum Sanctorum de los paganos, habían hecho el Arca aún más *realista* en su construcción por los dos Querubines colocados, frente afrente, sobre el cofre o Arca de la Alianza, con las alas abiertas de tal manera, que formaban un Yoni perfecto (como se ve ahora en la India). Además de esto, este símbolo generador tenía su significado reforzado por las cuatro letras místicas del nombre de Jehovah, a saber: Y H V H; Jod significando el *membrum virile*; Hé, la *matriz*; Vau, un garfio o gancho, un clavo, y Hé de nuevo significando también “una abertura”. El total formaba el emblema o símbolo perfecto *bisexual* o Y (e) H (o) V (a) H, el símbolo macho y hembra.

Quizás también, cuando la gente comprenda el significado verdadero del cargo y título de las Kadesh Kadeshim, “las santas”, o “las consagradas al *Templo del Señor*”; el “Santo de los Santos” de estas “santas”, se les presente bajo un aspecto muy poco edificando.

Yacchis es también Iao o Jehovah; y Baal o Adon, lo mismo que Baco, era un Dios fálico.

“¿Quién ascenderá al monte (el lugar elevado) del Señor?”, pregunta el santo rey David, “¿Quién ocupará el sitio de su Kadushu?. Kadesh puede significar en un sentido “dedicar”, “consagrar”, “santificar” y hasta “iniciar” o “poner aparte”; pero también significa el ministerio de los ritos lascivos —el culto de Venus— y la verdadera interpretación de la palabra Kadesh se encuentra claramente expresada en el *Deuteronomio*. Las “santas” Kedeshim de la *Biblia* eran idénticas, en lo que se refiere a los deberes de su cargo, a las Nautch-girls de las últimas pagodas indas. Las Kadeshim hebreas, o Galli, vivían “en la casa del Señor, en donde las mujeres tenían colgaduras para el bosquejo” o el busto de Venus-Astarte.

El baile que ejecutó David alrededor del Arca era la “danza del círculo”, que se dice fue prescrita por las Amazonas para los Misterios. Tal era la danza de las hijas de Silo, y el saltar de los profetas de Baal. Era sencillamente una característica del culto Sabeo, pues representa el movimiento de los Planetas alrededor del Sol. Esta danza parecía un frenesí báquico; se usaban Sistros en tales ocasiones, y el reproche de Michal y la respuesta del Rey son muy expresivos.



El Arca, en la cual se conservan los gérmenes de todas las cosas vivas necesarias para volver a poblar la Tierra, representa la supervivencia de la vida, y la supremacía del Espíritu sobre la Materia, en el conflicto de los poderes opuestos de la Naturaleza. **En el mapa astro-teosófico del Rito Occidental, el Arca corresponde con el ombligo, y está colocado en la lado izquierdo, el lado de la mujer (la Luna), uno de cuyos símbolos es la columna de la izquierda del templo de Salomón, Boaz. El obliquo está relacionado (por medio de la placenta) con el receptáculo en donde se fructifican los embriones de la raza. El Arca es el Argha sagrada de los indos, y así no es difícil inferir su relación con el Arca de Noé, teniendo en cuenta que el Argha era un vaso oblongo, usado por los sumos sacerdotes como cáliz sacrificador en el culto de Isis, Astarté y Venus-Afroditas, todas las cuales eran Diosas de los poderes generadores de la Naturaleza, o de la materia; y por tanto, representaban simbólicamente el Arca que contenía los gérmenes de todas las cosas vivas.**

¡Cuán equivocado está el que toma las obras kabalísticas de hoy, y las interpretaciones del *Zohar* por los Rabinos, como sabiduría kabalística genuina de la antigüedad! Pues lo mismo hoy que en los días de Federico von Schelling, la *Kabalah* accesible para Europa y América, no contiene mucho más que

Ruinas y fragmentos, muchos restos desfigurados de aquel sistema primitivo, clave de todos los sistemas religiosos.

El sistema más antiguo y la *Kabalah* caldea, eran idénticos. Las últimas interpretaciones del *Zohar* son las de la Sinagoga de los primeros siglos, esto es, el *Thorah* (o Ley), dogmático e inflexible.

La “Cámara del Rey” en la Pirámide de Cheops es, pues, un “Sagrario de Sagrarios” egipcio. En los días de los Misterios de la Iniciación, el Candidato que representaba el Dios Solar, tenía que descender dentro del Sarcófago, y representar el rayo vivificador penetrando en la matriz fecunda de la naturaleza. Al salir de él a la mañana siguiente, tipificaba la resurrección de la Vida después del cambio llamado Muerte. En los grandes Misterios, su “muerte” figurada duraba dos días, levantándose con el Sol a la tercera mañana, después de una última noche de las más crueles pruebas. Al paso que el Postulante representaba al Sol –el orbe que todo lo vivifica, que “resucita” todas las mañanas para comunicar vida a todo - el Sarcófago era el principio del símbolo femenino. Así era en Egipto; su forma y figura cambiaba en cada país, pero permaneció siempre como un barco, una nave simbólica o un vehículo en forma de bota, y un “recipiente” simbólicamente, de los gérmenes o el germen de la vida. En la India es la Vaca “de oro”, por la cual tiene que pasar el Candidato al brahmanismo, si desea ser un brahmán y convertirse en un *Dvi-ja*, “nacido por segunda vez”. El Argha en forma de media luna de los griegos era el tipo de la Reina del Cielo, Diana o la



Luna. Ella era la Gran Madre de todas las Existencias, así como el Sol era el Padre. Los judíos, tanto antes como después de su metamorfosis de Jehovah en un Dios *macho*, rendían culto a Astoreth, lo cual hizo decir a Isaías: “Vuestras lunas nuevas y... fiestas odia mi alma” (I, 14); dicho evidentemente injusto. Astoreth y las Fiestas de la Luna Nueva (el Argha en creciente), no tenía un significado peor, como forma de culto público, que el que tenía el sentido oculto de la Luna en general, el cual, en sentido kabalístico, estaba relacionado directamente con Jehovah, como es bien sabido; con la sola diferencia, sin embargo, de que uno era el aspecto femenino y el otro el masculino de la Luna, y de la estrella Venus.

El sol (el Padre), la Luna (la Madre), y Mercurio–Thoth (el Hijo) constituyeron la primera Trinidad de los egipcios, quienes la personificaban en Osiris, Isis y Thoth (Hermes). En el Evangelio gnóstico IIIISTISSOFIA *Pistis Sophia*, los siete Grandes Dioses, divididos en dos Tríadas y el Dios más elevado (el Sol), son los Poderes [Triples] inferiores (Tridunámeiç), cuyos poderes residen respectivamente en Marte, Mercurio y Venus; y la Tríada superior, los tres “Dioses Invisibles” que moran en la Luna, Júpiter y Saturno (Véase Schwartz, *ob. cit.*, págs. 359–361 y sigs.).

Esto no requiere prueba alguna. Astoreth era, en un sentido, un símbolo impersonal de la Naturaleza, el Barco de la Vida, que lleva los gérmenes de todo ser a través del Océano Sideral sin límites. Y cuando Astoreth no era identificada con Venus, como todas las demás “Reinas de los Cielos” a quienes se ofrecían tortas y bollos en sacrificio, se convertía en la reflexión de la “Nuah, la Madre Universal” caldea (el Noé femenino, considerado como uno con el Arca), y de la Tríada femenina, Ana, Belita y Davkina; llamadas, cuando confundidas en una, “Diosa Soberana, Señora del Abismo Inferior, Madre de los Dioses, Reina de la Tierra y Reina de la Fecundidad”. Más tarde, Belita o Tamtu (Sayce, *Hibbert Lectures*, 1887, pág. 374) (el mar), la Madre de la Ciudad de Erech (la gran Necrópolis caldea), se convirtió en Eva; y ahora es la Virgen María de la Iglesia Latina, representada de pie sobre la Luna creciente, y, a veces, sobre el Globo, para variar el programa. La Nave, o forma de barco de la media luna, que encierra en sí todos los símbolos comunes del Barco de la Vida, tales como el Arca de Noé, el Yoni de los indos y el Arca de la Alianza, es el símbolo femenino de la “Madre de los Dioses” Universal, y se encuentra ahora bajo su símbolo cristiano en todas las Iglesias, como la *nave* (de *navis*) (Timeo de Locres, hablando del “Arka”[Arca], la llama *el principio de las cosas mejores* (!Arcá tw<náristwn). La palabra *arcano*, “oculto”, o secreto, se deriva de ésta. “A nadie se le muestra el *Arcano* excepto al... Más Elevado” (*Código Nazareno*) – aludiendo a la Naturaleza como poder femenino, y el Espíritu el masculino. Escolapio, como Dios–Sol, era llamado *Archagetas*, “nacido del Archa”, la divina Virgen–Madre de los Cielos. (Véase Kenealy, *The Book of God*, pág. 10). La Nave, el Barco Sideral, es fructificado por el Espíritu de la Vida, el Dios masculino; o, como lo llama el erudito Kenealy en su



Apocalypse, con mucha propiedad, el Espíritu Santo. En la simbología religiosa occidental, la media luna era el aspecto macho, y la Luna llena el aspecto hembra de ese Espíritu Universal. La palabra mística ALM, que el profeta Mahoma aplicó a muchos capítulos del *Korán*, alude a *ella* como el Alm, la Virgen Inmaculada de los Cielos (Kenealy, *ob. cit.*, *Ibid*). Y de esta raíz Alm –lo sublime desciende siempre a lo ridículo– es de donde derivamos la palabra Almeh, las bailarinas egipcias. Estas últimas son “vírgenes” del mismo tipo que las Nautches en la India y que las Kadeshim (femeninas), las “santas” de los templos judíos (consagrados a Jehovah, que representaba ambos sexos), cuyas *santas* funciones en los templos israelitas eran *idénticas* a las de las Nautches. (D.S. IV, 19-26).

LOS MUCHOS SIGNIFICADOS DE LA “GUERRA EN EL CIELO”

La Doctrina Secreta señala, como un hecho evidente, que la Humanidad, colectiva e individualmente es, con toda la Naturaleza manifestada, el vehículo a) del Aliento de un Principio Universal, en su diferenciación primaria; y b) de los “alientos” innumerables procedente de aquel ALIENTO único en sus diferenciaciones secundarias y sucesivas, a medida que la Naturaleza con sus muchas *humanidades* procede descendiendo hacia los planos que van aumentando siempre en materialidad. El Aliento Primario anima a las Jerarquías superiores; el secundario a las inferiores, en los planos siempre descendentes.

Ahora bien; hay en la *Biblia* muchos pasajes en cuya faz prueban, *exotéricamente*, que esta creencia fue *universal* en un tiempo; y los dos más convincentes son *Ezequiel*, XXVIII, e *Isaías*, XIV. Los teólogos cristianos pueden, si quieren, interpretar ambos como refiriéndose a la gran Guerra antes de la Creación, la Epopeya de la Rebelión de Satán, etc.; pero lo absurdo de la idea es demasiado evidente. Ezequiel dirige sus lamentaciones y reproches al Rey de Tiro; Isaías, al Rey Ahaz, que se dedicaba al culto de los ídolos, como lo hacía el resto de la nación, excepto algunos Iniciados (los llamados Profetas), que trataban de detenerla en su camino hacia el exoterismo – o idolatría, que es igual. Juzgue el lector mismo.

En *Ezequiel*, se dice:

Hijo del Hombre, di al príncipe de Tiro, así dice el Señor Dios [según nosotros lo comprendemos el “Dios” Karma]; porque tu corazón se ha envanecido y tú has dicho yo soy un Dios... aunque tú eres un hombre... Mira, por tanto, yo haré venir extranjeros en contra tuya...; y ellos sacarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría... y te precipitarán al abismo [o la vida terrestre]... (XXVIII, 2, 8).



El origen del “príncipe de Tiro” hay que buscarlo en las “Dinastías Divinas” de los Atlantes inicuos, los grandes Hechiceros. No hay metáfora alguna en las palabras de Ezequiel, sino *historia* verdadera por esta vez. Pues la voz *en* el profeta, la voz del “Señor”, su propio Espíritu, que en él habló, dice:

Porque... tú has dicho, yo soy un Dios, estoy sentado en la sede de [las Dinastías Divinas de] Dios en medio de los mares; aunque eres un hombre... Mira, tú eres más sabio que Daniel; no hay secreto que te puedan ocultar: con tu sabiduría... has aumentado tus riquezas, y tu corazón está exaltado a causa de tus riquezas. Mira, por tanto... extranjeros... sacarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría... Te precipitarán... y morirás con la muerte de aquellos que son muertos en medio de los mares (*Ibíd.*).

Todas estas imprecaciones no son *profecías*, sino sencillamente *recordatorios* del destino de los Atlantes, los “Gigantes de la Tierra”.

¿Cuál puede ser el sentido de esta última sentencia, si no es un relato del destino de los Atlantes? También, “Tú corazón se ha envanecido a causa de tu hermosura” (*Ibíd.*, 17), puede referirse al “Hombre Celeste” en el *Pymander*, o a los Ángeles Caídos, que son acusados de haber caído por orgullo, a causa de la gran hermosura y sabiduría que les fueron otorgadas. Aquí no hay metáfora alguna, excepto quizás en las ideas preconcebidas de nuestros teólogos. Estos versículos se refieren al Pasado, y pertenecen más al Conocimiento adquirido en los Misterios de la Iniciación, que a la clarividencia retrospectiva. La voz sigue diciendo:

Tú has estado en el Edén, el jardín de Dios [en el Satya Yuga]; todas las piedras preciosas te cubrían...; la manufactura de tus tamboriles y de tus pífanos, fue preparada en ti el día en que fuiste creado. Tú eres el querubín ungido...; tú has andado arriba y abajo en medio de las piedras de fuego... Tú eras perfecto en tus modos desde el día en que fuiste creado, hasta que se vió la iniquidad en ti. Por tanto, te arrojo... de la montaña de Dios y... te destruyo (*Ibíd.*, 13, 16).

La “Montaña de Dios” significa la “Montaña de los Dioses” o el Meru, cuya representación en la Cuarta Raza era el Monte Atlas, la *última forma de uno de los Titanes divinos*, tan alto en aquellos tiempos, que los antiguos creían que el Cielo descansaba sobre su cima. ¿No ayudó Atlas a los Gigantes en su Guerra contra los Dioses (Hyginus)? Otra versión muestra la *fábula* como originándose de la afición de Atlas, hijo de Iapetos y de Clymene, por la Astronomía, y de morar por esta razón en la cima de las montañas más elevadas. La verdad es que el Atlas, la “Montaña de los Dioses” y también el héroe de este nombre, son el símbolo Esotérico de la Cuarta Raza, y sus siete hijas, las Atlántidas, los símbolos de sus siete subrazas. El Monte Atlas, según todas las leyendas, era tres veces



más alto que ahora, pues se ha hundido en dos distintas veces. Es de origen volcánico, y por esto la voz interna de Ezequiel, dice:

Por tanto, yo haré brotar un fuego en medio de ti, que te devorará (*Ibíd.*, 18).

Seguramente no significa, como parece ser el caso según los textos traducidos, que este fuego había de ser producido en medio del Príncipe de Tiro o de su pueblo, sino en el Monte Atlas, simbolizando la orgullosa Raza, sabia en la Magia y adelantada en artes y civilización, cuyos últimos restos fueron destruidos casi al pie de la cordillera de aquellas montañas en un tiempo gigantescas.

Verdaderamente “tú serás un terror y nunca más volverás a ser” (*Ibíd.*, 19), pues hasta el nombre mismo de la Raza y su destino hállese ahora borrados de la memoria del hombre. Téngase presente que casi todos los reyes y sacerdotes antiguos eran Iniciados; que desde los últimos tiempos de la Cuarta Raza había habido una contienda entre los Iniciados del Sendero de la Derecha y los de la Izquierda; finalmente, que el Jardín del Edén está mencionado por otros personajes que los judíos de la raza Adámica, puesto que hasta Faraón es comparado al árbol más hermoso del Edén por este mismo Ezequiel, el cual indica que:

Todos los árboles del Edén, los más escogidos y mejores del Líbano... tomaron consolación en las partes inferiores de la tierra. [Pues] ellos también descendieron al infierno con él [Faraón] (XXXI, 16, 17. El único Faraón que la *Biblia* muestra sumergiéndose en el Mar Rojo fue el rey que persiguió a los israelitas, y que permaneció anónimo, quizás por muy buenas razones. La historia fue seguramente tomada de la leyenda Atlante).

—a las regiones inferiores, que son efectivamente el fondo del océano cuyo suelo se abrió para devorar a las tierras de los Atlantes y a ellos mismos. Si se tiene presente todo esto, y se comparan los diversos relatos, se ve entonces que los capítulos XXVIII y XXXI de *Ezequiel* no se relacionan con Babilonia, Asiría, ni aun con Egipto (puesto que ninguno de éstos fue destruido de este modo, sino que simplemente cayeron en ruinas en la *superficie*, y no *bajo* la tierra)—, pero sí con la Atlántida y con la mayor parte de sus naciones. Y se verá también que el “Jardín del Edén” de los Iniciados no era un mito, sino una localidad ahora sumergida. La luz se hará y se apreciarán en su verdadero valor esotérico sentencias como las siguientes: “Tú has estado en el Edén...; tú estuviste en la santa montaña de Dios” (XXVIII, 13, 14); pues cada nación tenía y muchas tienen aún montañas *santas*; unas los Picos Himaláicos, otras el Parnaso y el Sinaí. Todas eran sitios de Iniciación y moradas de los Jefes de las comunidades antiguas y aun modernas de Adeptos. Y también:



Mirad, el asirio [¿por qué no el Iniciado Atlante?] era un cedro del Líbano...; su altura se elevaba sobre todos los árboles... Los cedros en el jardín de Dios no podían ocultarse... de modo que todos los árboles del Edén... le envidiaban (XXXI, 3, 9).

En toda el Asia Menor, los Iniciados eran llamados “Árboles de la Justicia” y Cedros del Líbano, así como también algunos reyes de Israel. Lo mismo sucedía con los grandes Adeptos en la India, pero sólo los Adeptos de la Mano Izquierda. Cuando el *Vishnu Purâna* dice: que “el mundo fue invadido por los árboles” mientras los Prâchetasas, que “pasaron 10.000 años de austeridad en el vasto Océano” estaban absortos en sus devociones, la alegoría se refiere a los Atlantes y Adeptos de los primeros tiempos de la Quinta Raza, los arios. Otros “árboles (Brujos Adeptos) se extendieron y ensombrecieron la tierra sin protección; y el pueblo pereció...no siéndole posible trabajar durante diez mil años”. Luego se muestra a los Sabios, a los Rishis de la Raza Aria, llamados Prâchetasas, “saliendo de las profundidades” (*Vishnu Purâna*, Wilson. vol. III, pág. 1) y destruyendo por medio del viento y de las llamas que salían de sus bocas, a los “Árboles” inicuos y a todo el reino vegetal; hasta que Soma (la Luna), el rey del mundo vegetal, los apacigua aliándose con los Adeptos del Sendero de la Derecha, a quienes ofrece como esposa a Mârishâ, “la prole de los árboles” (Esto es pura alegoría. Las Aguas son un símbolo de Sabiduría y de Conocimientos Ocultos. Hermes representaba la Ciencia Sagrada bajo el símbolo del Fuego; Los Iniciados del Norte, bajo el del Agua. Esta última es producto de Nara, el “Espíritu de Dios”, o más bien Paramâtman, el “Alma Suprema”, dice Kullûka Bhatta; significando Nârâyana “aquel que mora en el océano” o está sumergido en las Aguas de la Sabiduría, “pues el agua es el cuerpo de Nana” (*Vâyu Purâna*). De aquí procede la declaración de que durante 10.000 años permanecieron en la austeridad “en el vasto Océano”; y que se les muestre surgiendo de él. Ea, el Dios de la Sabiduría, es el Pez Sublime”; y Dagon u Oannes es el Hombre–Pez caldeo, que surge de las Aguas para enseñar la Sabiduría). Esto alude a la gran lucha entre los “Hijos de Dios” y los Hijos de la Sabiduría Tenebrosa; nuestros antepasados; o los Adeptos, Talantes y Arios.

Toda la historia de ese período está alegorizada en el *Râmâyana*, que es el relato místico en forma épica, de la lucha entre Râma (el primer rey de la Dinastía Divina de los primeros arios), y Râvana, la personificación simbólica de la Raza Atlante (Lanka). Los primeros eran las encarnaciones de los Dioses Solares; los segundos las de los Devas Lunares. Ésta fue la gran batalla entre el Bien y el Mal, entre la Magia Blanca y la Negra, por la supremacía de las fuerzas divinas sobre los poderes terrestres inferiores o cósmicos.

Si el estudiante quiere comprender mejor esta última declaración, diríjase al episodio *Anugîtâ* del *Mahâbhârata*, donde el brahmán dice a su esposa:



Yo he percibido por medio del Yo la sede que está en el Yo (la sede) donde mora el brahmán libre de los pares de opuestos; y la luna, juntamente con el fuego (o el sol), sosteniendo a (todos) los seres (como) propulsor del principio intelectual (Cap. V; *Sacred Books of the East*, vol. VIII, pág. 257).

La Luna es la deidad de la mente (Manas), pero sólo en el plano inferior. Dice un Comentario:

Manas es doble— Lunar en su parte inferior, Solar en la superior.

Es decir, es atraído en su aspecto superior hacia Buddhi, y en el inferior desciende dentro, y escucha la voz de su Alma *animal*, llena de deseos egoístas y sensuales; y aquí está contenido el misterio de la vida del Adepto y del hombre profano así como también el de la separación *post-mortem* del Hombre divino del animal. El *Mahâbhârata* (cada una de cuyas líneas debe leerse esotéricamente) descubre con un magnífico simbolismo y alegoría, las tribulaciones tanto del Hombre como del Alma. En el *Anugîtâ* dice el brahmán:

En el interior (dentro del cuerpo), en medio de todos estos (aires vitales) [¿principios?], que recorren el cuerpo y se absorben el uno en el otro (Esto lo explica el hábil traductor del *Anugîtâ* en una nota (página 258) en estas palabras: “El sentido parece ser el siguiente: El curso de la vida en el mundo es debido a las operaciones de los aires vitales que dependen del Yo, y que conducen a sus manifestaciones como almas individuales”) **arde el fuego** (Vaishvânara es una palabra que se usa a menudo para denotar el Yo —explica Nīlakantha) séptuple Vaishvânara (*Ibid.*, pág. 259, traducido por Kâshinâth Trimbak Telang, M. A., Bombay).

Pero el “Alma” principal es Manas o la mente; de aquí que a Soma, la Luna, se la muestre aliándose con la porción solar de aquélla, personificada por los Prâchetasas. Pero de las siete claves que descubren los siete aspectos del *Râmâyana*, así como los de toda Escritura, éste es sólo uno, el metafísico.

El símbolo del “Árbol” representando a diversos Iniciados, era casi universal. Jesús es llamado el “Árbol de Vida”, así como todos los Adeptos de la Buena Ley, mientras que a los del Sendero de la Izquierda se les llama “los árboles que se secan”. Juan Bautista habla de la “segur” para “la raíz de los árboles” (*Mateo*, III, 10), y los reyes de los ejércitos asirios son llamados “árboles” (*Isaías*, X, 19).

El verdadero significado del Jardín del Edén ha sido expuesto suficientemente en *Isis sin Velo*. Ahora bien; la escritora ha oído más de una vez expresar sorpresa, porque *Isis sin Velo* contuviese tan poco de las doctrinas que ahora se enseñan. Esto es completamente erróneo. Pues las alusiones a tales enseñanzas abundan, aun cuando las enseñanzas mismas se reservasen. Entonces no había llegado el



tiempo, como tampoco ha sonado, hasta el presente, la hora en que pueda decirse *todo*. Un crítico de *Buddhismo Esotérico* escribía una vez: “En *Isis sin Velo* no se menciona a ningún Atlante ni a la Cuarta raza que precedió a la nuestra, la Quinta.” Yo, que escribí *Isis sin Velo*, sostengo que los Atlantes *son* mencionados como nuestros predecesores. Porque ¿qué puede haber más claro que la siguiente declaración, al hablar del *Libro de Job*?

En el texto original, en lugar de “cosas muertas” está escrito *Rephaim* muertos (gigantes u hombres primitivos poderosos), de los cuales la “Evolución” *podrá hacer proceder un día nuestra raza presente* (*Ob. cit.*, I, 133).

Ahora se le invita a que lo haga, ya que la alusión queda completamente explicada; pero los evolucionistas, es seguro, se negarán hoy como se negaron hace diez años. La Ciencia y la Teología están en contra nuestra; por tanto, ponemos ambas en duda, y lo hacemos en defensa propia. Fundándose en nebulosas metáforas esparcidas por los profetas, y en el *Apocalipsis* de San Juan, gran versión del *Libro de Enoch* reeditado, sobre estos cimientos inseguros, la Teología Cristiana ha edificado sus epopeyas dogmáticas de la Guerra en el Cielo. Ha hecho más: ha empleado las visiones simbólicas, inteligibles sólo para los Iniciados, como columnas sobre las cuales se sostenga todo el norme edificio de su religión; y ahora tales columnas se han tornado en débiles cañas, y la ingeniosa fábrica se está viniendo al suelo. Todo el esquema cristiano se funda sobre este Jakin y Boaz: las dos fuerzas contrarias del Bien y del Mal, Cristo y Satán, *ai2 a2gaqai cai duámeiç* [fuerzas benignas y malignas]. Quítese al Cristianismo su puntal principal de los Ángeles Caídos y el jardín del Edén se desvanecerá, con su Adán y Eva, en aire sutil; y el Cristo, en su carácter exclusivo de único Dios y Salvador, y la Víctima de la Redención por el pecado del hombre animal se convertirá en un mito inútil y sin sentido.

En un número antiguo de la *Revue Archéologique*, un escritor francés, Monsieur Maury, observa que:

Esta lucha universal entre espíritus buenos y malos parece ser tan sólo la reproducción de *otra guerra más antigua y más terrible*, la cual, según los mitos antiguos, tuvo lugar antes de la creación del universo entre las legiones fieles y las rebeldes (1845, pág. 41).

Lo decimos otra vez: es una simple cuestión de prioridad. Si el *Apocalipsis* de Juan hubiera sido escrito en el período Védico, y no hubiese la seguridad de que es sencillamente otra versión del *Libro de Enoch*, y de las leyendas del Dragón de la antigüedad pagana, la grandiosidad y la hermosura de las imágenes hubiesen inclinado la opinión del crítico en favor de la interpretación cristiana de esa primera Guerra, cuyo campo de batalla fue el estrellado Cielo; y los primeros



mueritos, los Ángeles. Pero según están las cosas, sin embargo, hay que referir el *Apocalipsis*, suceso por suceso, a otras visiones mucho más antiguas. Para la mejor comprensión de las alegorías apocalípticas y de la epopeya Esotérica, rogamos al lector que se dirija al *Apocalipsis*, y que lea el capítulo XII, desde el versículo 1 al 7.

Esto tiene varios significados, y mucho se ha encontrado ya respecto a las claves astronómicas y numéricas de este mito universal. La que ahora podemos presentar, es un fragmento, unas pocas indicaciones respecto de su significado secreto, que encierran los anales de una verdadera guerra, la lucha entre los Iniciados de las dos Escuelas. Muchas y diversas son las alegorías que aún existen construidas sobre esta misma piedra fundamental. El relato verdadero, el que revela todo el significado esotérico, se encuentra en los Libros Secretos, pero éstos están fuera del alcance de la escritora.

En las obras exotéricas, sin embargo, el episodio de la Guerra Târaka, y algunos Comentarios Esotéricos, pueden, quizás, darnos una clave. En todos los *Purânas* se describe el suceso con más o menos variaciones, que muestran su carácter alegórico.

En la mitología de los primeros Arios Védicos, así como en los últimos relatos Puránicos, se hace mención de Budha, el “Sabio”, el “instruido en la Sabiduría Secreta”, el cual es el planeta Mercurio en su euhemerización. El *Hindu Classical Dictionary* atribuye a Budha la paternidad de un himno del *Rig Veda*. Por tanto, no puede ser en modo alguno “una ficción posterior de los brahmanes”, sino que es verdaderamente una personificación antiquísima.

Investigando en su genealogía o más bien teogonía, es como se descubren los hechos siguientes: Como mito, es hijo de Târâ, la esposa de Brihaspati, el de “Color de oro” y de Soma, la Luna (masculina), que, a semejanza de Paris, arrebató esta nueva Elena del Reino Sideral indo, a su esposo. Esto origina una gran pendencia y *guerra* en Svarga (el Cielo). El episodio ocasiona una batalla entre los Dioses y los Asuras. El Rey Soma encuentra aliados en Ushanas (Venus), el jefe de los Dânavas; y los Dioses son capitaneados por Indra y Rudra, que luchan con Brihaspati. Este último está ayudado por Shankara (Shiva), quien habiendo tenido por Guru a Angiras, padre de Brihaspati, defiende a su hijo. Indra es aquí el prototipo indo de Miguel, el Archistrategus y el matador de los Ángeles “del Dragón”, puesto que uno de sus nombres es Jishnu, el “jefe de la hueste celestial”. Ambos combaten, lo mismo que algunos Titanes hicieron contra otros Titanes en defensa de Dioses vengativos, un partido a favor de Júpiter Tonante (en la India Brihaspati es el planeta Júpiter, lo cual es una coincidencia curiosa); y



el otro en defensa del siempre tonante Rudra. Durante esta guerra, Indra es abandonado por su guardia de corps, los Dioses de la Tempestad (Maruts). La historia es muy sugestiva en algunos de sus detalles.

Examinemos algunos de ellos, y tratemos de descubrir su significado.

El Genio o “Regente” que preside el planeta Júpiter, es BRIHASPATI, el esposo perjudicado. Es el Instructor o Guru Espiritual de los Dioses representantes de los Poderes Procreadores. En el *Rig Veda* es llamado Brahmanaspati, nombre “de una deidad en quien está personificada *la acción de los que son adorados sobre los dioses*”. De aquí que Brahmanaspati represente la materialización de la “Gracia Divina”, por decirlo así, por medio del ritual y las ceremonias, o sea el culto exotérico.

TÂRÂ (Véase *Hindu Classical Dictionary*, de Dowson, para más informes sobre el asunto) su esposa es, por otra parte, la personificación de los poderes de los iniciados en Gupta Vidyâ (el Conocimiento Secreto), como se verá.

SOMA es, astronómicamente, la Luna; pero en fraseología mística es también el nombre del brebaje sagrado que bebían los brahmanes y los Iniciados durante sus misterios y ritos del sacrificio. **La planta Soma es el *asclepias ácida*, que produce un jugo del cual se hace esta bebida mística, el brebaje Soma. Sólo los descendientes de los Rishis, los Agnihotris, o sacerdotes del Fuego, de los grandes Misterios, conocían todos sus poderes. Pero la verdadera propiedad del Soma real era (y es) hacer un nuevo hombre del Iniciado, después que renace, esto es, cuando principia a vivir en su Cuerpo Astral** (Véase *Five Years of Theosophy*, art. “The Elixir Life”); pues su naturaleza espiritual, sobreponiéndose a la física, hace que pronto él se deshaga de ésta y hasta de una parte de aquella forma etérea (El participador de Soma se encuentra a la vez ligado a su cuerpo físico, y sin embargo, aparte del mismo en su Forma Espiritual, Libre del primero, remóntase entonces a las regiones etéreas elevadas, convirtiéndose virtualmente “en uno de los Dioses”, pero conservando en su cerebro físico el recuerdo de lo que ve y aprende. Hablando claramente, Soma es el fruto del Árbol del conocimiento, prohibido por el celoso Elohim a Adán y Eva o Yah-ve, “no sea que el hombre se convierta en uno de nosotros”).

Antiguamente no se daba nunca Soma a los brahmanes no iniciados, a los simples Grihastas, o sacerdotes del ritual exotérico. Así, pues, Brihaspati, por más que fuera el “Guru de los Dioses”, representaba, sin embargo, la forma de la letra muerta del culto. Târâ, su esposa, símbolo del que, aunque aliado al culto dogmático ansía la verdadera Sabiduría, es a la que se muestra como iniciada en sus misterios por el Rey Soma, el dador de esa Sabiduría. Por esto en la alegoría aparece Soma robándola. El resultado de esto es el nacimiento de Budha, la Sabiduría Esotérica, Mercurio, Hermes, en Grecia y en Egipto. Se le representa como “tan bello”, que hasta es



esposo, aun sabiendo muy bien que Budha no es fruto de su culto de la *letra muerta*, reclama al “recién nacido” como su Hijo, fruto de sus ritos y fórmulas sin sentido (Lo mismo vemos en las religiones exotéricas modernas). Tal es, en pocas palabras, uno de los significados de la alegoría.

La *Guerra en el Cielo* se refiere a varios sucesos de esta clase en diversos y diferentes planos de ser. El primero es puramente un hecho astronómico y cósmico perteneciente a la Cosmogonía. Mr. John Bentley, creyó que para los indos la Guerra en el Cielo era sólo una figura que se refería a sus cálculos de períodos de tiempo (*Historical View of the Hindu Astronomy*. Citando de esta obra con referencia “Argabhatta” [¿Âryabhatta?], que se dice da una gran aproximación a la verdadera relación entre los diversos valores para los cómputos del valor “pi”, el autor de *The Source of Measures* reproduce una declaración curiosa. Dice él “que Mr. Bentley estaba muy familiarizado con los conocimientos matemáticos y astronómicos de los indos. Esta afirmación suya, puede, pues, tomarse como auténtica. El mismo rasgo notable, entre tantas naciones orientales y antiguas, de *ocultar celosamente los arcanos de esta clase de conocimientos, es muy marcado* entre los indos. Lo que se daba para la enseñanza e investigación pública, *era sólo una aproximación de conocimientos más exactos, pero ocultos*. Y esta misma hipótesis de Mr. Bentley presenta un sorprendente ejemplo del aserto; y explicado, mostrará que (la astronomía y las ciencias *exotéricas* indas) se derivaban de *un sistema más exacto que el europeo*, el cual el mismo Mr. Bentley, por supuesto, considera mucho más avanzado que los conocimientos indos de todos los tiempos y generaciones” (págs. 86 y 87). Ésta es la desgracia de Mr. Bentley, y no aminora la gloria de los antiguos astrónomos indos, que eran todos Iniciados).

Esto sirvió, cree él, de prototipo a las naciones occidentales, para construir su Guerra de los Titanes. El autor no se equivoca del todo, pero tampoco está enteramente en lo firme. Si el prototipo sideral se refiere verdaderamente a un período premanvantárico, y reposa por completo sobre el conocimiento que los Iniciados arios pretenden tener de todo el programa y progreso de la cosmogonía (La Doctrina Secreta enseña que todos los sucesos de importancia universal, tales como los cataclismos geológicos al final de una Raza y principio de otra nueva, envolviendo un gran cambio espiritual, moral y físico en la humanidad, están premeditados y preconcebidos, por decirlo así, en las regiones siderales de nuestro sistema planetario. La Astrología está basada por completo sobre esta relación íntima y mística entre los cuerpos celestes y la humanidad; siendo éste uno de los grandes secretos de la Iniciación y Misterios Ocultos), la Guerra de los Titanes no es sino una copia legendaria y deificada de la verdadera guerra que tuvo lugar en el Kailâsa Himaláico (el Cielo), en lugar de las profundidades del Espacio Cósmico interplanetario. Es el relato de la terrible lucha entre los “Hijos de Dios” y los “Hijos de la Sombra”, de las Razas Cuarta y Quinta. De estos dos sucesos, mezclados entre sí por las leyendas tomadas del relato exotérico de la Guerra declarada por los Asuras contra los Dioses, es de donde han partido todas las tradiciones nacionales subsiguientes sobre el asunto.

Los Asuras, que posteriormente fueron transformados en malos Espíritus y Dioses inferiores eternamente en Guerra con las *Grandes* Deidades, son esotéricamente



los Dioses de la Sabiduría Secreta. En las partes más antiguas del *Rig Veda*, son ellos los Espirituales y los Divinos, pues el término Asura se aplica al Espíritu Supremo, y es el mismo gran Ahura de los Mazdeístas (Véase el *Vendidad*, de Darmesteter, Introd., pág. LVIII. *Sacred Books of the East*, vol. II). Hubo un tiempo en que los mismos Dioses Indra, Agni y Varuna pertenecían a los Asuras.

En el *Taittiríya Brâhmana*, el aliento (Asu) de Brahmâ–Prajâpati, se vivificó, y de este Aliento creó él a los Asuras. Más tarde, después de la Guerra, los Asuras son llamados enemigos de los Dioses; de aquí “A–suras”, siendo la *a* inicial un prefijo negativo o “No–Dioses” pues los “Dioses” se denominan Suras. Esto relaciona luego a los Asuras y sus “Huestes” que más adelante se enumeran, con los “Ángeles Caídos” de las iglesias cristianas, una Jerarquía de Seres Espirituales que se encuentra en todos los Panteones de las naciones antiguas y hasta de las modernas, desde la zoroastriana hasta la de los chinos. Son ellos los Hijos del Aliento Creador primordial al principio de cada nuevo Mahâ Kalpa, o Manvantara, del mismo rango que los Ángeles que habían permanecido “fieles”. Eran los *aliados* de Soma (el padre de la Sabiduría Esotérica), contrarios a Brihaspati (representación del culto ritualista o ceremonial). Evidentemente han sido degradados en el Espacio y en el Tiempo a la categoría de Poderes contrarios o Demonios por los ceremonialistas, a causa de su rebelión contra la hipocresía, el culto simulado y la forma de la letra muerta.

Ahora bien; ¿cuál es el verdadero carácter de todos los que lucharon en unión con ellos? Éstos son:

1º. Ushanas, o las “Hueste” del Planeta Venus, convertida ahora en el *Lucifer* católico romano, el Genio de la “estrella del día” (Véase *Isaías*, XIV, 12), *Tsaba* o Ejército de “Satán”.

2º. Los Daityas y Dânavas son los Titanes, los Demonios y Gigantes que vemos en la *Biblia* (*Génesis*, VI), la progenie de los “Hijos de Dios” y de las “Hijas de los Hombres”. Su nombre genérico muestra su pretendido carácter, y pone en claro al mismo tiempo el *animus* secreto de los brahmanes; pues ellos son los Kratu–dvishas, los “enemigos de los sacrificios” o *simulacros* exotéricos. Éstas son las “Huestes” que combatieron contra Brihaspati, la representación de las religiones *exotéricas* populares y nacionales; y contra Indra, el Dios del Cielo *visible*, el Firmamento, que, en el *Veda* Primitivo, es el Dios *más elevado* del Cielo cósmico, la morada propia de un Dios extra–cósmico y personal, sobre el cual no puede nunca remontarse ningún culto exotérico.

3º. **Luego vienen los Nâgas** (Los orientalistas describen a los Nâgas como un pueblo misterioso, cuyas huellas se encuentran en abundancia en la India hasta hoy día, y que vivían en Nâga–dvîpa, uno de los *siete* continentes o divisiones de Bhâratavarsha (la India



antigua); siendo la ciudad de Nagpur una de las más antiguas del país), los Sarpas, Serpientes o Serafines. Éstos también muestran su carácter por el sentido secreto de su emblema. En mitología son seres *semidivinos* con cara humana y cola de dragón. Por tanto, es innegable que ellos son los Seraphim judíos (compárese Serapis, Sarpa y Serpiente); siendo el singular, Saraph, “ardiente, ígneo”. (Véase *Isaías*, VI, 2, 3.) La angeología cristiana y judía hace una distinción entre los Seraphim y los Querubines o Querubes, que vienen en segundo lugar. Esotérica y kabalísticamente son idénticos; pues los *Querubines* son simplemente el nombre de las imágenes o semejanzas de cualquiera de las divisiones de las Huestes celestiales. Ahora bien; según se ha dicho ya, Dragones y Nâgas son los nombres que se daban a los Iniciados ermitaños, a causa de su gran Sabiduría y Espiritualidad, y por vivir en subterráneos. Así, cuando Ezequiel (XXVIII, 3, 4.) aplica el adjetivo de Querub al rey de Tiro, y le dice que por su *sabiduría y entendimiento* no hay *secreto* que se le pueda ocultar, muestra al Ocultista que es un “Profeta”, quizás aun partidario del culto *exotérico*, que truena contra el *Iniciado* de otra escuela, y no contra un Lucifer imaginario, un Querubín caído de las estrellas, y después del Jardín del Edén. De modo que la llamada “Guerra” es también, en uno de sus muchos significados, un anal alegórico de la lucha entre las dos clases de Adeptos: los del sendero de la Derecha y los del de la Izquierda. Había tres clases de Rishis en la India que fueron los primeros Adeptos conocidos; los de estirpe real o Râjarshis, reyes y príncipes que adoptaban la vida ascética; los Divinos o Devarishis, o hijos de Dharma o Yoga; y los Brahmarshis, descendientes de aquellos Rishis que fueron los fundadores de los Gotras de los brahmanes, o razas de casta. Ahora bien; dejando por un momento las claves mítica y astronómica, las enseñanzas secretas muestran a muchos Atlantes que pertenecieron a estas divisiones; y hubo luchas y guerras entre ellos, *de facto* y *de jure*. Nârada, uno de los más grandes Rishis, fue un Devarishi; y se le muestra en constante y eterna contienda con Brahmâ, Daksha y otros Dioses y Sabios. Por tanto, podemos afirmar sin temor que, cualquiera que sea el significado *astronómico* de esta leyenda universalmente admitida, su aspecto humano está basado en sucesos reales históricos, desfigurados y convertidos en dogma teológico, sólo para servir a fines eclesiásticos. Lo mismo que es arriba, es abajo. Los fenómenos siderales y la conducta de los cuerpos celestes en los Cielos fueron tomados como modelo, y el plan fue ejecutado abajo, sobre la Tierra. Por esto el Espacio, en su sentido abstracto, fue llamado el “reino del conocimiento Divino”; y por los caldeos o Iniciados *Ab Soo*, la morada (o el padre, esto es, la fuente) del conocimiento, porque en el Espacio es donde moran los Poderes inteligentes que de un modo *invisible* gobiernan el Universo (No menos sugestivas son las cualidades atribuidas a Rudra Shiva, el gran Yogi, el antepasado de todos los Adeptos, y en Esoterismo uno de los más grandes Reyes de las Dinastías Divinas. Llamado el “primero” y el



“último”, él es el patrón de la Tercera, Cuarta y Quinta Raza–Raíces. Pues, en su carácter más primitivo, es el asceta Dig–ambara,”revestido de los elementos”; Tri–lochana, “el de tres ojos”; Pañchânana, el de “cinco caras”, alusión a las Cuatro Razas pasadas y a la Quinta actual; pues aunque tiene cinco caras, sólo posee “cuatro brazos”, toda vez que la Quinta Raza vive aún. Es el “Dios del Tiempo”, Saturno–Cronos, como lo muestra su “tambor” Damaru en forma de reloj de arena; y cuando se le acusa de haber cortado la quinta cabeza de Brahmâ, dejándole sólo cuatro, es también una alusión a cierto grado de Iniciación y también a las Razas).

Del mismo modo, y sobre el plano del Zodiaco en el Océano *superior* o los Cielos, cierto reino de la Tierra, un mar interior, fue consagrado y denominado el “Abismo de la Sabiduría”; en éste, doce centros en forma de doce islas pequeñas, representando los Signos del Zodiaco (dos de los cuales permanecieron durante edades siendo los “Signos del misterio”) (La idea de Gustavo Seiffarth de que los signos del Zodíaco eran sólo diez en los tiempos antiguos, es errónea. Sólo diez eran conocidos del profano; pero los iniciados los conocían todos *desde el tiempo de la separación de la humanidad en sexos*, de donde se originó la separación en dos de Virgo–Escorpión. Esta separación, debida a la adición de un signo secreto y al de Libra inventado por los griegos, en el lugar del nombre secreto que no se dio, hizo el número doce. (Véase *Isis sin Velo*, II, 456), eran las mansiones de doce Hierofantes y Maestros de la Sabiduría. Este “mar de Sabiduría” o conocimiento (Esto puede que sea una clave del nombre simbólico del Dalai Lama; pues el “Océano” Lama significa el Océano de Sabiduría. El Abbé Hue habla de esto), permaneció durante edades, donde ahora se extiende el Desierto de Shamo o Gobi. Existió hasta el último gran período glacial, en que un cataclismo local, que desplazó las aguas hacia el Sur y hacia el Oeste, formó el gran desierto, hoy desolado, quedando tan sólo cierto oasis, con un lago y una isla en medio de él, como reliquia del *Anillo Zodiacal* en la Tierra. Durante edades el Abismo del Agua –que para las naciones que precedieron a los babilonios posteriores era la mansión de la “Gran Madre”, el post–tipo terrestre de la “Gran Madre Caos” en el Cielo, el padre de Ea (la Sabiduría), el cual fue a su vez el prototipo primitivo de Oannes, el Hombre–Pez de los babilonios–; durante edades, pues, el “Abismo” o Caos fue la mansión de la Sabiduría y no del Mal. La lucha de Bel y luego de Merodach, el Dios–Sol, con Tiamat, el Mar y su Dragón –“Guerra” que terminó con la derrota de este último– tiene un sentido puramente cósmico y geológico, así como también histórico. Es una página arrancada a la historia de las Ciencias Secretas y Sagradas, su evolución, desarrollo y MUERTE –*para las multitudes profanas*. Se relaciona a) con la desecación sistemática y gradual de inmensos territorios por el Sol ardiente, en cierto período prehistórico, uno de los terribles agotamientos que terminaron con la transformación gradual de tierras, en un tiempo fértiles y con agua abundante, en los arenosos desiertos que hoy existen; y b) con la igualmente sistemática persecución de los Profetas del Sendero de la Derecha por los de la Izquierda. Estos últimos, habiendo inaugurado el nacimiento y la evolución de las castas sacerdotales, han conducido finalmente al mundo a todas esas religiones exotéricas, inventadas para satisfacer el gusto depravado de los



hoi-polloi y los ignorantes, por la pompa ritualista y la materialización del Principio Incognoscible siempre inmaterial.

Esto fue una cierta mejora sobre la brujería Atlante, cuyo recuerdo permanece en la memoria de todo el mundo literario que lee sánscrito en la India, así como en las leyendas populares. Sin embargo, fue una parodia y una profanación de los Misterios Sagrados y de su Ciencia. El rápido progreso del antropomorfismo y de la idolatría condujo a la Quinta Raza primitiva, como condujo a la Cuarta, otra vez a la brujería, aunque en menor escala. Finalmente, hasta los cuatro “*Adanes*” (que simbolizaban, bajo otros nombres, las cuatro Razas precedentes) fueron olvidados, y pasando de una generación a otra, cargada cada una con algunos mitos adicionales, fueron últimamente ahogados en ese océano del simbolismo popular llamado los Panteones. Sin embargo, existen aún hoy en las tradiciones judías más antiguas: el primero, el Tzelem, el “Adán Sombra”, los Chhâyâs de nuestra doctrina; el segundo el Adán “Modelo”, copia del primero, y “macho y hembra” del *Génesis* exotérico; el tercero el “Adán terrestre”, antes de la Caída, andrógino; y el cuarto, el Adán después de su “*caída*”, esto es, separado en sexos, o el Atlante puro. El Adán del jardín del Edén, o el antepasado de nuestra Raza (la quinta), es un compuesto ingenioso de los cuatro anteriores. Según se declara en el *Zohar*, Adán, el primer Hombre, no se encuentra ahora en la Tierra, “no se encuentra en todo lo de Abajo”. ¿Pues de dónde viene la Tierra inferior? “De la *Cadena de la Tierra, y del Cielo Arriba*”, esto es, de los Globos superiores, los que preceden a nuestra Tierra y están sobre ella.

Y de ella [la Cadena] salieron seres diferentes unos de otros. Algunos con vestidos (pieles) [sólidos], algunos en cascarones (*Q’lippoth*)... algunos en cáscaras rojas, algunos en negras, algunos en blancas y algunos de todos colores (*Zohar*, III, 9b, 10a, Ed. Brody. Ed. Cremona, III, fol. 4a, col. 14. *Qabbalah* de Myer, págs. 416, 417).

Lo mismo que en la Cosmogonía Caldea de Beroso y que en las Estancias que se acaban de exponer, algunos tratados de la *Kabalah* hablan de criaturas de dos caras, de algunas con cuatro, y de otras con una; pues “el Adán más elevado no descendió en todos los países, ni produjo progenie, ni tuvo muchas esposas”, pero esto es un misterio.

También es un misterio el Dragón. Con verdad dice Rabbi Simeón Ben Jochaï, que el comprender el significado del Dragón no es para los “compañeros” (estudiantes, o chelas), sino solamente para “los niños”, esto es, los perfectos Iniciados (Tal es el nombre que se daba en la antigua Judea a los Iniciados, llamados también los “Inocentes” y los “Infantes”, esto es, los “nacidos de nuevo”. Esta *clave* abre un horizonte en uno de los misterios del *Nuevo Testamento*; la degollación por Herodes de los 40. 000 “Inocentes”.



Existe una leyenda sobre esto, y el suceso, que tuvo lugar casi un siglo antes de Cristo, muestra el origen de la tradición, mezclada al mismo tiempo con la de Krishna. En el caso del *Nuevo Testamento*, Herodes representa a Alejandro Jannæus (de Lida), cuya persecución y asesinato de cientos y miles de Iniciados condujo a la adopción de la historia de la *Biblia*.

La obra del principio la comprenden los compañeros; pero sólo los pequeñuelos comprenden la parábola de la obra en el Principium por el *Misterio de la Serpiente del Gran Mar* (Zohar, II, 34).

Y aquellos cristianos que lleguen a leer esto comprenderán también, a la luz de la sentencia anterior, quién fue su “Cristo”. Pues Jesús declara repetidamente que aquel “que no reciba el Reino de Dios como un *niño pequeño* no entrará en él”; y si bien algunos de sus dichos se aplican a los niños sin metáfora, la mayor parte de las referencias a los “pequeñuelos”, en los Evangelios, se refieren a los Iniciados, *de los cuales Jesús era uno*. Pablo (Saúl) es llamado en el *Talmud*, el “pequeño”.

El “Misterio de la Serpiente” era éste: Nuestra Tierra, o más bien, nuestra *vida terrestre*, es mencionada muchas veces en las Enseñanzas Secretas como el Gran Mar, habiendo el “Mar de la Vida” quedado hasta hoy como metáfora favorita. El *Siphra Dtzenioutha* habla del Caos Primordial y de la Evolución del Universo después de una Destrucción (Pralaya), comparándolo a una serpiente enroscada:

Extendiéndose aquí y allí, con la cola en la boca, la cabeza retorciéndose sobre el cuello, está rabiosa y colérica... Vigila y se oculta. Cada mil *Días* se manifiesta (I, párrafo 16).

Un comentario de los *Purânas* dice:

Ananta–Shesha es una forma de Vishnu, el Espíritu Santo de Preservación, y símbolo del Universo, sobre el cual se supone que duerme él durante los intervalos de los *Días* de Brahmâ. Las siete cabezas de Shesha sostienen el Universo.

Así “duerme” el Espíritu de Dios, o “respira” sobre el Caos de la Materia no diferenciada, antes de cada “Creación” nueva, dice el *Siphra Dtzenioutha*. Ahora bien; un Día de Brahmâ se compone, como ya se ha explicado, de *mil* Mahâ Yugas, y como cada Noche o período de reposo es igual en duración a este Día, fácil es ver a lo que se refiere esta sentencia del *Siphra Dtzenioutha* de que la Serpiente se manifiesta “una vez cada mil días”. E igualmente fácil es comprender adónde nos lleva el iniciado escritor del *Siphra* cuando dice:



Su cabeza se rompe en las aguas del Gran Mar, según está escrito: Tú divides el mar con tu fuerza; tú rompes las *cabezas* de los *dragones* en las aguas (*Ob. Cit.*, LXXIV, 13).

Esto se refiere a las pruebas de los Iniciados en esta vida física, el “Mar del Dolor”, si se lee con una clave; alude a la sucesiva destrucción de las siete Esferas de una Cadena de Mundos en el Gran Mar del Espacio, cuando se lee con otra clave; pues cada globo o esfera sideral, cada mundo, estrella o grupo de estrellas, es llamado en el simbolismo “Cabeza de Dragón”. Pero como quiera que se lea, el Dragón no ha sido nunca considerado como el Mal, ni tampoco lo fue la Serpiente en la antigüedad. En las metáforas, ya fuesen astronómicas, cósmicas, teogónicas o simplemente fisiológicas (o fálicas), la Serpiente ha sido siempre considerada como símbolo *divino*. Cuando se menciona a “la Serpiente [Cósmica] que corre con 370 saltos” (*Ibíd.*, pág. 33), ello significa los períodos cíclicos del gran Año Tropical de 25.868 años, dividido en el cálculo esotérico en 370 períodos o ciclos, así como un año solar está dividido en 365 días. Y si Miguel fue considerado por los cristianos como el vencedor de Satán, el Dragón, es porque en el *Talmud* este personaje guerrero está representado como el Príncipe de las Aguas, que tenía siete Espíritus subordinados bajo su dominio, una buena razón para que la Iglesia Latina hiciese de él el Santo patrón de todos los promontorios de Europa. En el *Siphra Dtzenioutha*, la Fuerza Creadora “hace bosquejos y líneas espirales de su creación *en forma de Serpiente*”. “Tiene la cola en la boca” porque esto es símbolo de la eternidad sin fin y de los períodos cíclicos. Sus significados, sin embargo, necesitarían un volumen para describirlos, y tenemos que terminar.

Así, pues, el lector puede ver ahora por sí mismo cuáles son los diferentes significados de la “Guerra en el Cielo” y del “Gran Dragón”. De este modo, el dogma más solemne y temido de la Iglesia, el alfa, y Omega de la creencia cristiana, y la columna de la Caída y de la Redención, queda reducido a un símbolo pagano, en las muchas alegorías de estas luchas prehistóricas. (D.S. IV, 75-98).

... La figura y forma de los dos Querubines que se hallan a derecha e izquierda del Arca, alas que se juntan sobre el “Santuario de los Santuarios”, son un *emblema* completamente elocuente por sí, sin hablar del “santo” Job dentro del Arca. El Misterio de Agatodemon, cuya leyenda declara: “Yo soy Chnumis, Sol del Universo, 700”, puede sólo resolver el misterio de Jesús, el número de cuyo nombre es “888”. No es la llave de San Pedro, o el dogma de la Iglesia, sino el Narthex (la Vara del Candidato a la



Iniciación), la que tiene que arrancarse a la Esfinge de las edades por tanto tiempo silenciosa. Mientras tanto:

Los augures que, al encontrarse, tienen que morderse los labios para no soltar la carcajada, puede que sean más numerosos en nuestra época que lo fueron en los días de Sila. (D.S. IV, 120).

... el cubo desarrollado se convierte en una cruz en forma de tau, o cruz egipcia; y también “el círculo unido a la tau da la cruz ansata” de los antiguos faraones. Habían aprendido estos de sus sacerdotes y de sus “Reyes-Iniciados” hacía edades, y también lo que significaba “un hombre unido a la cruz”, cuya idea “se hizo que se relacionase con la del origen de la vida humana, y de aquí la **forma fálica**”. Sólo que esta última entró en acción evos y edades después de la idea del Carpintero y Artífice de los dioses, Vishvakarmâ, crucificando al “Sol-Iniciado” en el torno cruciforme. Según dice el mismo autor:

El poner un hombre en la cruz... fue usado en esta forma de manifestación por los indos.

Pero era para que se “relacionase” con la idea del nuevo nacimiento del hombre por medio de la regeneración *espiritual*, no por la física. **El Candidato a la Iniciación era atado a la Tau o cruz astronómica, con una idea mucho más grandiosa y noble, que la del origen de la mera vida terrestre.** (D.S. IV, 163-164).

... Así es, pero su espíritu ha sido siempre mal comprendido. “Crucificar ante (no contra) el Sol”, es una frase usada en la Iniciación. Viene de Egipto, y originariamente de la India. El enigma sólo puede ser descifrado, buscando su clave en los Misterios de la Iniciación. **El Adepto Iniciado, que había pasado con fortuna por todas las pruebas, era atado, no clavado, simplemente atado en un lecho, en forma de Tau (τ), en Egipto; en forma de Svastika, sin las cuatro prolongaciones adicionales (+ no卐) en la India; sumergido en un sueño profundo – el “Sueño de Siloam”, como se llama aún hoy entre los Iniciados del Asia Menor, de Siria y aun en el Alto Egipto. Se le dejaba en este estado durante tres días y tres noches, durante cuyo tiempo su Ego Espiritual se decía que se “confabulaba” con los “Dioses”; descendía al Hades, al Amenti o Pâtala, según el país, y hacía obras de caridad a los Seres invisibles, ya fueran Almas de hombres o Espíritus Elementales; permaneciendo su cuerpo durante todo el tiempo en una cripta o cueva subterránea del templo. En Egipto era colocado en el Sarcófago en la**



Cámara del Rey de la Pirámide de Cheops, y llevado durante la noche del próximo tercer día a la entrada de una galería, en donde a cierta hora los rayos del sol naciente daban de lleno en la cara del Candidato en estado de “trance”, el cual se despertaba para ser iniciado por Osiris y Thoth, el Dios de la Sabiduría.

El lector que dude de esta afirmación, debe consultar los originales hebreos antes de negar. Que examine alguno de los *bajorelieves* egipcios más sugestivos. Especialmente, uno del templo de Philae representa una *escena de la iniciación*. **Dos Hierofantes-Dioses, uno con cabeza de halcón (el Sol), y el otro con cabeza de ibis (Mercurio, Thoth, el Dios de la Sabiduría y el Saber Secreto, el asesor del Sol-Osiris), se inclinan sobre el cuerpo de un Candidato acabado de iniciar. Están en el acto de derramar sobre su cabeza un doble chorro de “agua” (el Agua de la vida y del Renacimiento), estando los chorros entrelazados en forma de cruz y llenos de pequeñas cruces ansatas, Esto es alegórico del despertar del Candidato, ahora Iniciado, cuando los rayos del Sol de la mañana, Osiris, dan en la corona de su cabeza; siendo colocado su cuerpo, en estado de “trance”, en su Tau de madera, de modo que pueda recibir los rayos. Entonces aparecían los Hierofantes-Iniciadores, y las palabras sacramentales eran pronunciadas ostensiblemente al Sol-Osiris, en realidad al Espíritu-Sol interno, que iluminaba al hombre recién nacido.**

Que el lector medite sobre la relación del Sol con la cruz, desde la antigüedad más remota, tanto en su capacidad generativa como en la espiritual regeneradora. Que examine la tumba de Bait-Oxly, en el reinado de Ramses II, en donde encontrará cruces de todas formas y en todas posiciones; así como también el trono de este soberano, y finalmente un fragmento que representa la adoración de Bakham-Alearé, del Palacio de los antecesores de Totmes III, conservado ahora en la Biblioteca Nacional de París. En esta pintura y esculturas extraordinarias se ve el disco del Sol lanzando sus rayos sobre una cruz ansata, colocada sobre otra cruz, de la cual las del Calvario son copias exactas. Los antiguos manuscritos mencionan estas cruces como los “duros lechos de los que pasaban por el parto (espiritual), el *acto de darse nacimiento a sí mismos*”, En las salas subterráneas de los templos egipcios, se encontraron a su destrucción, cierto número de estos “lechos” cruciformes, sobre los cuales eran extendidos y asegurados los Candidatos en estado de profundo *trance*, al final de la suprema Iniciación. Los santos y dignos Padres del tipo de Cirilo y Teófilo, los usaron libremente, creyendo que habían sido llevados y ocultos allí, por algunos nuevos conversos. Solamente Orígenes, y después de él Clemente de Alejandría y otros ex iniciados, sabían a qué atenerse en este punto. Pero prefirieron guardar silencio.



Que el lector lea también las “fábulas” indas, como las llaman los orientalistas, y que tenga presente la alegoría de Vishvakarmâ, el Poder Creador, el Gran Arquitecto del Mundo, llamado en el *Rig Veda* el “Dios que todo lo ve”, que “se sacrifica a sí mismo”. Los Egos Espirituales de los hombres son su esencia propia; *unos con él* por lo tanto. Recuérdese que él es llamado Deva-vardhika, el “Constructor de los Dioses”, y que él es el que ata al Sol, Sûrya, su yerno, sobre su torno –(en la alegoría exotérica sobre la Svastika, en la tradición Esotérica, pues en la Tierra es el Hierofante-Iniciador)- y le quita una parte de su resplandor. Téngase también presente que Vishvakarmâ es el hijo de Yoga-siddhâ, esto es, el santo poder de Yoga, y el fabricante del “arma ígnea”, el Agneyastra mágico”.

... Esto se demuestra por el Vittoba indo, una forma de Vishnu, como ya se ha dicho. La figura de Vittoba, y hasta las señales de los clavos en sus pies (Véase *Hindû Pantheon*, de Moor, donde el pie izquierdo de Wittoba, en la figura de su ídolo, lleva la señal de los clavos) es la de *Jesús crucificado*, en todos sus detalles, excepto en la cruz. Que se quería significar al *hombre*, está probado, además, por el hecho de que el Iniciado *volvía a nacer* después de su *crucifixión* en el *Árbol de la Vida*. Este “Árbol” se ha convertido ahora exotéricamente en el *árbol de la muerte*, a causa de su uso por los romanos como instrumento de tortura, y de la ignorancia de los primitivos cristianos que planearon el esquema.

De este modo se descubre en los símbolos geométricos que contienen la historia de la evolución del hombre, uno de los siete significados Esotéricos encerrados en este misterio de la crucifixión, por los inventores místicos del sistema cuya elaboración original y adopción, data desde el tiempo mismo del establecimiento de los Misterios. Los hebreos –cuyo profeta Moisés estaba tan instruido en la Sabiduría Esotérica de Egipto, y que adoptaron el sistema numérico de los fenicios, y después de los gentiles, de los cuales tomaron la mayor parte de su misticismo kabalístico- adaptaron del modo más ingenioso los símbolos cósmicos y antropológicos de las naciones “paganas”, a sus peculiares anales *secretos*. Si el clero cristiano ha perdido hoy la clave de esto, los primitivos compiladores de los Misterios Cristianos estaban bien versados en la Filosofía Esotérica y en la Metrología hebrea Oculta, y la usaban hábilmente. Así fue como tomaron la palabra Aish, una de las palabras hebreas para expresar el *hombre*, y la usaron en conjunción con la de Shânâh o *año lunar*, tan místicamente relacionada con el nombre de Jehovah, el supuesto “Padre” de Jesús, y encerraron la idea mística en un valor y fórmula astronómicos.

La idea original del “hombre crucificado”, en el espacio, ciertamente pertenece a los indos antiguos. Moor muestra esto en su *Hindû Pantheon*, en el grabado que representa a Vittoba. Platón la adoptó en su cruz decusada en el espacio, la X, el “segundo Dios que se imprimía en el



universo en forma de cruz”; a Krishna se le representa también “crucificado”. También está repetida en el *Antiguo Testamento*, en la extraña recomendación de crucificar hombres ante el Señor, el Sol, lo cual no es ninguna profecía, sino que tiene un significado fálico directo. En esta misma obra, de las más sugestivas de los significados kabalísticos, leemos también:

En símbolo, los clavos de la cruz tienen como forma de las cabezas una pirámide sólida, y una punta piramidal cuadrada, obelisco o emblema fálico del clavo. Considerando la posición de los *tres* clavos en las extremidades del hombre y sobre la cruz, forman o marcan la figura de un triángulo, hallándose un clavo en cada extremo del triángulo. Las heridas o *stigmata* de las extremidades son precisamente *cuatro*, significativas del *cuadrado*... Los tres clavos con las tres heridas dan el número 6, que denota las seis caras del cubo *desarrollado* [que constituye la cruz o la forma del hombre, o 7, contando tres cuadrados horizontales y cuatro verticales] sobre el cual se coloca al hombre; y éste, a su vez, señala la medida circular transferida a las aristas del cubo. La herida *única* de los pies se convierte en *dos* cuando los pies se separan, haciendo *tres entre todas* cuando están juntos y *cuatro cuando separados*, ó 7 en total – otro número fundamental femenino de los *más santos [entre los judíos]* (*Source of Measure*, pág. 52).

Así, al paso que el significado fálico o sexual de los “clavos de la crucifixión” está probado por la lectura geométrica y numérica, su significado místico es indicado por las cortas observaciones hechas anteriormente sobre el particular, en su relación y situación, **respecto de Prometeo, este es otra víctima, pues es crucificado sobre la cruz del Amor, en la roca de las pasiones humanas; un sacrificio, por su devoción a la causa del elemento espiritual de la Humanidad.**

Ahora bien; el sistema primordial, el doble signo que se halla bajo la idea de la cruz, no es “invención humana”; pues la Ideación Cósmica y la representación espiritual del Ego-hombre Divino, están en su base. Más adelante se desarrolló en la hermosa idea adoptada por los Misterios y representada en ellos, la del hombre regenerado, el mortal que, crucificando al hombre de carne y sus pasiones en el lecho Procrústeo de tortura, renace como Inmortal. Dejando al cuerpo, el hombre animal tras él, atado a la Cruz de la Iniciación, como una crisálida vacía, el Ego-Alma se hizo tan libre como una mariposa. Sin embargo, más tarde, debido a la pérdida gradual de la espiritualidad, la cruz se convirtió, en Cosmogonía y en Antropología, nada más que en un *símbolo fálico*.

Para los esotericistas, desde los tiempos más remotos, el Alma Universal o Anima Mundi, la reflexión material del ideal Imaterial, era la Fuente de la Vida de todos los seres, y del Principio de Vida de los tres reinos. Este era



septenario para los filósofos herméticos, así como para todos los antiguos. Pues él es representado como una cruz séptuple, cuyos brazos son respectivamente *luz, calor, electricidad, magnetismo terrestre, radiación astral, movimiento e inteligencia*, o lo que algunos llaman conciencia propia.

Como hemos dicho en otra parte, mucho antes de que la cruz o su signo fuesen adoptados como símbolos del cristianismo, el signo de la cruz era usado como una señal de reconocimiento entre los Adeptos y Neófitos, siendo estos últimos llamados *Chrests* – de Chrestos, el hombre de penas y tristezas. Eliphas Lévi, dice:

El signo de la cruz adoptado por los cristianos no les pertenece exclusivamente. Es también kabalístico, y representa la oposición y el equilibrio cuaternario de los elementos. Vemos en el versículo oculto del *Paternoster*... que había originalmente dos modos de hacerlo, o, cuando menos, dos fórmulas muy diferentes para expresar su significado: una reservada a los sacerdotes e iniciados; la otra para los neófitos y el profano. Así, por ejemplo, el iniciado, llevando la mano a la frente, decía: *a ti*; luego añadía, *pertenece*; y continuaba, llevando la mano al pecho, *el reino*; luego hacia el hombro izquierdo, *la justicia*, y al hombro derecho, y la *gracia*. Luego juntaba las manos y añadía, *por todos los cielos generadores*. – *Tibi sunt Malchut et Geburah et Chesed per Æonas*, signo de la cruz magnífico y absolutamente kabalístico, que las profanaciones del gnosticismo hicieron que la Iglesia militante y oficial *perdiere* completamente (*Dogme et Rituel de la Haute Magie*, II, 88).

La “Iglesia militante y oficial” hizo más: habiéndose apropiado lo que nunca le había pertenecido, tomó solamente lo que el “Profano” tenía, el significado kabalístico de los Sephiroth *macho y hembra*. Nunca perdió el significado *interno* y superior, puesto que jamás lo poseyó; a pesar de que Eliphas Lévi encubra a Roma. El signo de la cruz adoptado por la Iglesia Latina fue *fálico* desde el principio, mientras que el de los griegos era la cruz de los Neófitos, los Chrestoi. (D.S. IV, 189-197).

En *Pistis Sophia* los discípulos dicen a Jesús:

Rabino revélanos los misterios de la Luz (esto es, el “Fuego del Conocimiento o Iluminación”)... por cuanto te hemos oído decir que hay otro bautismo de *humo*, y otro bautismo del Espíritu de la Luz Santa (esto es, el espíritu del Fuego).

Según dice Juan de Jesús:

Yo te bautizo verdaderamente con agua...; pero él te bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.



La significación verdadera de esta frase es muy profunda. Significa que **Juan, asceta no iniciado, no puede comunicar a sus discípulos una sabiduría mayor que la de los Misterios relacionados con el plano de la Materia, cuyo símbolo es el Agua. Su gnosis era la del dogma exotérico y ritual, la de la ortodoxia de la letra muerta (en el Ciclo de Iniciación, el cual era muy largo, el Agua representaba los pasos primeros e inferiores hacia la purificación, mientras que las pruebas relacionadas con el Fuego eran las últimas. El Agua podía regenerar el Cuerpo de Materia; sólo el Fuego regenera al Hombre Espiritual Interno); al paso que la sabiduría que Jesús, Iniciado en los Misterios Superiores les revelaría, era de un carácter más elevado, pues era la del “Fuego” de la Sabiduría de la verdadera Gnosis o Iluminación Espiritual *real*. La una era el Fuego, la otra el Humo. Para Moisés, el Fuego en el Monte Sinaí y la sabiduría espiritual; para las multitudes del “pueblo” que estaba abajo, para el profano, el Humo del Monte Sinaí, esto es, la corteza exotérica del ritualismo ortodoxo o sectario. (D.S. IV, 204).**

... Pues alusiones a la constitución septenaria de la Tierra y del Hombre, a las siete Rondas y Razas, abundan tanto en el *Nuevo Testamento* como en el *Antiguo*, y son tan visibles como el Sol en el firmamento para el que lea ambos simbólicamente ¿A qué se aplican las leyes del capítulo XXIII del *Levítico*? ¿Cuál es la filosofía de la razón de todas estas ofrendas y cálculos simbólicos hebdomados? cómo:

Contaréis... desde la mañana después del Sábado... que trajisteis la gavilla de las primicias; siete Sábados se completarán... Y ofreceréis con el pan siete corderos sin mancha, etc.

Se nos rechazará, sin duda alguna, cuando digamos que **todas estas primicias y ofrendas de “paz” eran en conmemoración de los siete “Sábados” de los Misterios. Estos Sábados son siete Pralayas entre siete Manvantaras, o lo que llamamos Rondas; pues “Sábado” es una palabra clástica, que significa un período de reposo de cualquier naturaleza, como se ha explicado en otra parte. Y si esto un fuese bastante concluyente, entonces podemos dirigirnos al versículo que añade:**

Aun después de la mañana después del séptimo Sábado, contaréis cincuenta días (cuarenta y nueve, 7x7, estados de actividad y cuarenta y nueve estados de reposo, en los siete Globos de la Cadena, y luego viene el reposo del Sábado, el día *cincuenta*); y presentaréis *una nueva ofrenda de carne* al Señor.

Esto es, haréis una ofrenda de vuestra carne o “vestidos de piel”, y desechando vuestros cuerpos, permaneceréis espíritus puros. Esta ley de la



ofrenda, degradada y materializada con las edades, era una institución que databa de los primeros atlantes; vino ella a los hebreos por la vía de los “caldeos”, que eran los “hombres sabios” de una casta, no de una nación, una comunidad de grandes Adeptos salidos de sus “Agujeros de Serpientes”, que se habían establecido en Babilonia edades antes. Y si esta interpretación del *Levítico* (llena de *Leyes de Manu* desfiguradas) se encontrase demasiado traída por los cabellos, entonces dirigíos al *Apocalipsis*. Cualquiera que sea la interpretación que los místicos profanos den al famoso capítulo XVII, con su enigma de la mujer vestida de púrpura y escarlata; ya hagan gestos de protestantes a los católicos romanos, cuando leen “Misterio, Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y Abominaciones de la Tierra”, o los católicos romanos lancen miradas de indignación a los protestantes, los ocultistas declaran en su imparcialidad, que todas estas palabras se han aplicado desde el principio *a todos y a cada exotérico* Ecclesiasticismo – “magia ceremonial” antigua, con sus terribles efectos y actualmente culto ritualista inocente, , por estar desfigurado. El “misterio” de la mujer y de la bestia, son símbolos del Ecclesiasticismo matador del alma, y de la superstición.

La bestia que... fue, y no es... y sin embargo existe. Y aquí está la mente que es sabia. Las siete cabezas son siete montañas (siete Continentes y siete Razas) en que se asentaba la mujer-

Símbolo de todas las creencias exotéricas, bárbaras, idólatras, que han cubierto este símbolo “con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires” que protestaban y que protestan.

Y hay siete reyes (siete Razas); cinco han caído (incluida nuestra Quinta Raza), y uno existe (la Quinta continúa), y el otro (las Razas Sexta y Séptima) no han venido aún, y cuando él (la Raza “rey”) venga, continuará por un corto espacio.

Hay muchas de estas alusiones apocalípticas, pero el estudiante tiene que encontrarlas por sí mismo. (D.S. IV, 510-512).

La tarea de propagar la verdad por medio de parábolas fue encomendada a los discípulos de los grandes iniciados, con el deber de acomodarse a la clave de las enseñanzas secretas, sin revelar sus misterios. Así lo demuestra la historia de todos los grandes Adeptos. **Pitágoras clasificó a sus alumnos en oyentes, exotéricos y esotéricos. Los magos aprendían y se iniciaban, en las más recónditas cavernas de Bactriana.** Al decir Josefo que Abraham enseñó matemáticas, significa con ello que enseñó “magia”, pues en la escuela pitagórica se daba el nombre de matemáticas a las ciencias esotéricas, o sea la gnosis.



El profesor Wilder hace notar que:

Parecidas distinciones hacían los esenios de Judea y el Carmelo, dividiendo a sus prosélitos en neófitos, hermanos y perfectos... Amonio obligaba con juramento a sus discípulos, para que no comunicaran sus doctrinas sino a los ya instruidos por completo y dispuestos (a la iniciación).

Una de las más poderosas razones de la necesidad de riguroso sigilo, nos la da Jesús mismo, si hemos de dar crédito al evangelista Mateo. Porque he aquí lo que se hace decir al Maestro:

No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que las huellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen.

Sentencia de profunda verdad y sabiduría. En nuestra época, y aun entre nosotros las recordaron muchos, a veces cuando ya era demasiado tarde.

El mismo Maimónides recomienda el sigilo respecto al verdadero significado de los textos bíblicos, lo cual rebate la común afirmación de que la “Sagrada Escritura” es el único libro del mundo cuyos divinos oráculos contengan verdad clara sin reservas. Esto puede que sea así para los cabalistas eruditos; pero es precisamente lo contrario, para los cristianos. Porque he aquí lo que dice el sabio filósofo hebreo:

Quienquiera que descubra el verdadero significado del *Génesis*, cuide de no divulgarlo. Así nos lo recomendaron insistentemente todos nuestros sabios, en particular respecto de los seis días de la creación. Si alguien descubriese por sí mismo, o con ayuda de otro, el *verdadero* significado de los seis días, guarde sigilo, y si acaso habla, hágalo de tan obscura y enigmática manera como yo, dejando lo demás para que lo conjeturen quienes puedan comprenderlo.

Si de esta manera confiesa el gran filósofo hebreo el simbolismo esotérico del *Antiguo Testamento*, natural es que los Padres de la Iglesia confiesen otro tanto acerca del *Nuevo Testamento* y de la *Biblia* en general. Así vemos que Clemente de Alejandría y Orígenes lo reconocen explícitamente. Clemente de Alejandría, que había sido iniciado en los misterios eleusinos, cono conocimiento de causa, dice:

Las doctrinas allí enseñadas contenían en sí *el objeto de toda instrucción conforme a Moisés y los profetas*.

Cuya ligera tergiversación se le puede dispensar al buen Padre. **Después de todo, se deduce de lo transcrito que los misterios judáicos eran idénticos a los de los paganos griegos, que los tomaron de los egipcios, y estos a su vez de los caldeos, quienes los aprendieron de los arios, éstos de los**



atlantes así antecedentemente mucho antes de los tiempos de aquella raza. Clemente de Alejandría atestigua además el secreto significado del Evangelio, cuando dice que no a todos se les puede comunicar los misterios de la fe. (D.S. V, 65-68).

. . . El sueño de las vacas, las terneras negras, rojas y blancas, simboliza la división y desaparición de las primeras razas. El capítulo LXXXVIII (del *Libro de Enoch*) en donde se dice que uno de los cuatro ángeles “reveló un misterio a las vacas blancas”, y que este misterio nació y “llegó a ser un hombre”, se refiere por una parte al primer grupo procedente de los primitivos arios, y por otra al “misterio de la hermafrodisia”, así llamado por relacionarse con el origen de las razas humanas primeras, tal como son actualmente. En este misterio se funda el conocido rito índico (uno de los que se ha conservado hasta hoy), del renacimiento pasando por la vaca, a cuya ceremonia han de someterse los hombres de casta inferior, que aspiren a ser brahmanes. Si un ocultista oriental lee atentamente el citado capítulo del *Libro de Enoch*, hallará que el “Señor de las ovejas” en quien los cristianos y místicos europeos ven a Cristo, es el Hierofante Víctima, cuyo nombre sánscrito no me atrevo a revelar. Así es que, aunque los clérigos occidentales tomen “las ovejas y los lobos” por símbolo de israelitas y egipcios, se refiere en realidad el símil a las pruebas de los neófitos, a los misterios de la iniciación, tanto en la India como en Egipto, y a la terrible pena en la que incurrieron los “lobos”, o sea los que indiscretamente revelan los misterios cuyo conocimiento es privativo de los electos y los “perfectos”. Yerran los cristianos que engañados por interpolaciones posteriores, creyeron ver en este capítulo la triple profecía del diluvio, de Moisés y de Jesús; pues en realidad se refiere al hundimiento de la Atlántida y al castigo de la indiscreción. El “Señor de las ovejas” es Karma y el “jefe de los hierofantes”, el supremo iniciador en la tierra, quien, cuando Enoch le ruega que salve a los pastores de caer en boca de las fieras, responde:

Mandaré que relaten ante mí... cuántos han entregado a la aniquilación y... lo que ellos harán; si obrarán o no según mis mandamientos. Sin embargo, ellos ignorarán esto. Tú no se lo expliques ni se lo repruebes; pero habrá un relato de las destrucciones que hicieron en sus respectivas épocas.

... El miró en silencio, alegrándose de que los hubieran devorado, tragado y arrebatado, dejándolos en poder de los animales para alimento....



Se engañan quienes creen que los ocultistas repudian la *Biblia* en su texto y significado original; como tampoco repudian los *Libros Herméticos*, la *Kabalah* caldea, ni el *Libro de Dzyan*. Los ocultistas tan sólo repudian las interpretaciones tendenciosas y los elementos puramente humanos de la *Biblia*, que es por lo tanto uno de tantos libros sagrados del ocultismo.

Terrible es en verdad el castigo de los que transponen los límites permitidos en la divulgación de los secretos revelados. Desde Prometeo a Jesús, desde el mayor adepto al más mínimo discípulo, todos los reveladores de misterios hubieron de ser Chrestos, “hombres de aflicción” y mártires. Un gran Maestro dijo: “¡Guardaos de revelar los misterios a quienes no merezcan entenderlos!” Entre estos estaban comprendidos los profanos, los saduceos, y los incrédulos. Todos los grandes hierofantes de la historia murieron sacrificados, como Buda, Pitágoras, Zoroastro, la mayor parte de los grandes gnósticos, y en nuestros mismos tiempos un gran número de adeptos y rosacruces. Todos ellos aparecen, ya declaradamente, ya bajo velos alegóricos, sufriendo la pena consiguiente a las revelaciones que durante su vida hicieron; y aunque el lector profano vea en ello pura coincidencia, el ocultista ve en la muerte de cada “Maestro” un símbolo henchido de significado. Dondequiera hallamos en la historia que, cuando un Mensajero mayor o menor, iniciado o neófito, tomó a su cargo enseñar alguna verdad hasta entonces oculta, fue crucificado y puesto en la picota por los “sayones” de la envidia, la malicia y la ignorancia. Tal es la terrible ley oculta. Así, pues, quien no se sienta con corazón de león para menospreciar los salvajes aullidos, y con alma de paloma para perdonar las locuras de los ignorantes, que no emprenda el estudio de la sagrada ciencia. Si el ocultista quiere lograr éxito, no ha de conocer el miedo; ha de arrostrar peligros, la infamia y la muerte; ha de ser fácil al perdón, y callar todo aquello que no pueda revelarse. Los que hayan trabajado vanamente en este sentido, deben esperar aquellos días en que, como dice el *Libro de Enoch*, “sean consumidos los malhechores” y aniquilado el poderío de los malvados. No le es lícito al ocultista buscar ni aun anhelar venganza. Por el contrario:

Espera él a que se desvanezca el pecado; porque sus nombres (los de los pecadores), se borrarán de los libros santos (de los recuerdos astrales), quedando aniquilada su semilla y muerto su espíritu. (D.S. V, 127-130).

El apóstol de los gentiles era animoso, sincero, franco y muy instruido; el apóstol de la circuncisión era pusilánime, desconfiado, falaz y muy ignorante.

No cabe duda de que San Pablo había sido iniciado, si no total, parcialmente al menos en los misterios teúrgicos. Así lo revela la semejanza de su estilo con el



de los filósofos griegos, y el uso de ciertas expresiones peculiares a los iniciados. El doctor Wilder corrobora esta opinión en un notable artículo titulado “Pablo y Platón”, en el cual aduce una muy valiosa razón. **En las dos *Epístolas a los Corintios* emplea San Pablo “frases propias de los iniciados de Eleusis y Sabacio y expresiones tomadas de los filósofos (griegos). El apóstol se llama a sí mismo *idiotas*, esto es, una persona torpe en la Palabra, pero versada en la *gnosis* o enseñanzas filosóficas. “Entre los perfectos hablamos sabiduría, escribe él (*la sabiduría oculta también*), no la sabiduría de este mundo, ni de los arcontes de este mundo, sino la *sabiduría divina en un misterio, secreto*. . . *que no conoció ningún arconte de este mundo*”** ¿Qué otra cosa pueden significar estas inequívocas palabras de San Pablo, sino que él mismo, como Mystoe o iniciado, habla de las cosas únicamente explicadas en los misterios? La expresión: “La divina sabiduría es un misterio *que no conoció ningún arconte de este mundo*”, se refiere evidentemente al Basileo de la iniciación eleusina que conoció. El Basileo pertenecía al estado mayor del gran hierofante

Y era arconte de Atenas; y como tal era uno de los principales Mystoe, de los pocos a quienes se les consentía conocer los misterios *interiores*. Los magistrados que tenían a su cargo la vigilancia de los misterios eleusinos, se llamaban arcontes. (D.S., V, 166-167).

. . . Dice Bunsen:

Me parece que PTR es literalmente el antiguo “Patar” hebreo y aramaico, que en la historia de José significa *intérprete*, por lo que también la palabra *Pitrum* se aplica a la interpretación de los textos y sueños.

La palabra PTR fue interpretada en parte refiriéndola a otra palabra análoga, escrita en otro grupo de jeroglíficos, cuyo signo era un ojo abierto al que el Dr. Rouge da la significación de “aparecer” y Bunsen la de “iluminador”, que es más acertada. De todos modos, la palabra *Patar* o *Peter* colocaba al maestro y al discípulo en el círculo de la iniciación, relacionándose con la Doctrina Secreta (en una u otra forma, la palabra significaba en todos los países hierofante o intérprete de los misterios); **mientras que difícilmente podemos dejar de relacionar la “sede de Pedro” con *Petroma*, o sea el par de tablas de piedra que los hierofantes usaban durante el misterio final de la suprema iniciación, ni tampoco con la palabra *pitha-sthâna* (lugar de asiento) empleada en los misterios tántricos de la India, para designar el sitio en donde se juntan los diversos miembros de Sati, como los de Osiris por Isis. *Pitha* es una palabra sánscrita que también significa la sede de los lamas iniciadores. (D.S. V, 182).**



Orfeo busca en el reino de Plutón a Euridice, su perdida alma. Krishana, símbolo del séptimo Principio, baja a los infiernos y rescata a sus seis hermanos; transparente alegoría de la perfecta iniciación en que los seis Principios se resumen en el séptimo. Jesús desciende también a los infiernos para sacar el alma de Adán, símbolo de la humanidad física. ¿Han tratado alguna vez los sabios orientalistas de buscar el origen de esta alegoría; la “semilla” de ese “árbol de la vida” del que tales florecientes ramas brotaron desde que por su mano lo plantaron en la tierra sus “Constructores”? Tememos que no. **Según se muestra aún en las mismas interpretaciones exotéricas y falseadas de los Vedas, en el *Rig Veda*, el más antiguo y fiel de los cuatro, Se le llama a esta raíz y semilla de los futuros Salvadores, el *Visvakarma*, el principio “Padre”, más allá de la comprensión de los mortales”. En el *segundo* aspecto es Surya, el “Hijo” que se ofrece en sacrificio a sí mismo. En el tercero, es el Iniciado que sacrifica su ser *físico* al *espiritual*.**

La clave de la iniciación en los grandes misterios de la Naturaleza, resonaba en el *Visvakarma*, el *omnieficiente*, que (místicamente) se convierte en *Vikkartana*, el “Sol privado de sus rayos”, y sufre por su demasiado ardiente naturaleza, para después alcanzar gloria (por la purificación). He aquí el secreto de la maravillosa “semejanza” entre las biografías místicas de los adeptos.

Todo esto es alegórico y místico, y sin embargo perfectamente comprensible y llano para los estudiantes del ocultismo oriental aunque no estén muy al corriente de los misterios de la Iniciación. En nuestro objetivo universo de materia y falsas apariencias, el Sol es el más elocuente emblema de la benéfica y providente Divinidad. En el subjetivo e ilimitado mundo del espíritu y de la realidad, el brillante astro tiene otro significado místico que no podemos divulgar. Los llamados “idólatras” parsis e indos están ciertamente más cerca de la verdad en su religiosa reverencia al Sol, que lo que creen las frías, cavilosas y siempre equivocadas gentes de nuestros países. A los teósofos, que son los únicos capaces de comprender el significado, se les puede decir que el Sol es la manifestación externa del séptimo Principio de nuestro sistema planetario, mientras que su Cuarto Principio es la Luna, saturada de los pasionales impulsos y malos deseos de su grosero cuerpo material, la Tierra, y cuyo brillo le presta el Sol. Todo el cielo del Adeptado y de la Iniciación, con todos sus misterios, está subordinado al Sol, la Luna y los siete planetas. La clarividencia espiritual deriva del Sol; todos los estados psíquicos, las enfermedades y la locura misma, proceden de la Luna. (D. S. V, 202-203).



. . . Porque las palabras de Jesús (no las falsamente traducidas de “Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, sino las auténticamente veraces **“¡Dios mío, Dios mío, cómo me has glorificado!”**) pertenecen en su verdadero significado al ritual de los templos paganos. Las pronunciaba el iniciado después de las terribles pruebas de la iniciación, y estaban todavía frescas en la memoria de algunos Padres de la Iglesia cuando se tradujo al griego el *Evangelio de San Mateo*. Además, muchos hierofantes e iniciados vivían a la sazón; y de transcribir la frase en su recto sentido, se hubiera echado de ver que Jesús era sólo un iniciado. **La exclamación: “¡Dios mío, Sol mío has radiado sobre mí tus fulgores!”**, concluía la acción de gracia del iniciado, “el Hijo y glorioso Electo del Sol. En Egipto se han descubierto esculturas y pinturas representativas de esta ceremonia. El candidato aparece situado entre las dos divinidades que le apadrinan: “Osiris-Sol” con cabeza de halcón, símbolo de la vida y Mercurio con cabeza de Ibis que guía a las almas después de la muerte a su nueva morada, el Hades, representando la muerte del cuerpo físico. Ambos están derramando el “chorro de la vida”, el agua de la purificación, sobre la cabeza del iniciado, de modo que el chorro de Osiris forma cruz con el de Mercurio. Para mejor ocultar la verdad, este bajorrelieve era una “representación pagana del bautismo cristiano”. Des Mousseaux equipara a Mercurio con el arcángel San Miguel, diciendo que es:

El asesor de Osiris-Sol, como San Miguel es el asesor o Feruer del Verbo.

El monograma de Chrestos y el lábaro o estandarte de Costantino (quien dicho sea de paso murió pagano) es un símbolo derivado del rito egipcio y denota asimismo “la vida y la muerte”. Mucho antes de que fuese adoptado el signo de la cruz como símbolo cristiano, era empleado como secreto signo de reconocimiento mutuo entre neófitos y Adeptos. (D.S., V, 209-210).

. . . Así la T o cruz egipcia se empleó en todos los misterios báquicos y eleusinos, poniéndola como símbolo de la dual facultad generadora sobre el pecho del iniciado, en cuanto “nacía de nuevo” y volvían los Mystae de su bautismo en el mar. Significaba místicamente que su bautismo espiritual había regenerado y unido el alma astral con el divino espíritu y que estaba dispuesto a ascender en espíritu a las eleusinas moradas de luz y gloria. La T era al par talismán mágico y emblema religioso. **Lo tomaron los cristianos de los gnósticos y cabalistas, quienes la empleaban con mucha frecuencia, según atestiguan numerosas joyas de aquella época.** Por su parte, los cabalistas recibieron la T de los egipcios; y la cruz latina de los misioneros budistas que la



importaron de la India (en donde todavía se encuentra hoy), uno, dos o tres siglos antes de J.C. Los asirios, egipcios, precolombinos, indos y romanos, la emplearon con ligeras modificaciones de forma. Hasta fines de la edad media se disputó la cruz por potente conjuro contra la epilepsia y la obsesión demoníaca. “El “sello de Dios vivo” que del Oriente trajo el ángel del Señor para marcar las frentes de los siervos” era la misma T mística, o cruz egipcia.

. . . El Brahmatma, o jefe de los iniciados indos, llevaba en la tiara dos llaves en cruz como símbolo del revelado misterio de la vida y la muerte. En algunas pagodas budistas de Tartaria y Mongolia, la entrada a las cámaras interiores del templo con escaleras que conducen al *dagoba* (templete en forma de rotonda en donde se guardan las reliquias de Buda), y los pórticos de algunas *prachidas* (mausoleo en toda forma y tamaño, erigidos para colocar las ofrendas a los muertos) están adornados con dos peces en cruz, según se ve en varios Zodíacos budistas. No nos asombraría nada saber que el signo sagrado de los enterramientos de las catacumbas de Roma, el “Vesica Piscis”, se derivase de dicho signo zodiacal. Prueba de la universalidad simbólica de la cruz tenemos en que, según tradición masónica, el templo de Salomón fue edificado sobre tres órdenes de cimientos en forma de “triple tau, o tres cruces”. (D.S., V, 213-214).

Todo cuanto expuesto queda en las secciones precedentes, y cien veces más, se enseñaba en los Misterios desde tiempo inmemorial. Si bien la primera aparición de estas instituciones es objeto de tradición histórica respecto a naciones posteriores, su origen debe remontarse ciertamente a los tiempos de la cuarta raza raíz. **Los Misterios fueron comunicados a los elegidos de esta raza cuando la generalidad de los atlantes empezaron a sumirse en el pecado, y resultaba peligroso confiarles los secretos de la Naturaleza. Los tratados ocultos atribuyen el establecimiento de los Misterios a los Reyes iniciados de las dinastías divinas, en tiempos en que los “Hijos de Dios” habían ido consintiendo que sus países se convirtieran gradualmente en tierra del vicio (Kukarma-des).**

La antigüedad de los Misterios puede inferirse de la historia del culto de Hércules en Egipto. Según los sacerdotes dijeron a Herodoto, no era griego este dios, y sobre el particular dice el famoso historiador:

Del Hércules griego no he podido encontrar dato alguno en Egipto... el nombre no lo tomó jamás prestado Egipto de Grecia... Hércules... como afirman los sacerdotes, es uno de los doce dioses mayores, procedentes de los ocho dioses primitivos, unos 17.000 años antes del de Amasis,



Hércules tiene origen indo, y dejando aparte su cronología bíblica, el coronel Tod acierta al suponer que era el Balarâma o Baladeva de los arios. Leyendo los *Purânas* con la clave esotérica, hallaremos corroborada en casi todas sus páginas la Doctrina Secreta. Los autores antiguos comprendieron perfectamente esta verdad. Y de aquí que, sin discrepancia, atribuyan origen asiático a Hércules.

Un pasaje del Mâhâbhârata está dedicado a la historia de Hércules, de cuya raza era Vyasa. . . Diodoro relata la misma historia con leves variaciones. Dice a este propósito: “Hércules nació en la India; y lo mismo que en Grecia, se le representa con una maza y una piel de león”. Krishna y Baladeva son (señores) de la raza (*cûla*) de Heri (de aquí *Heri-cul-es*, de la raza de *Heri*; y por contracción Hércules), de donde los griegos derivaron el nombre de Hércules.

La Doctrina Secreta explica que Hércules fue la última encarnación de uno de los site “Señores de la Llama”, tomando cuerpo en Baladeva, hermano de Krishna; que sus encarnaciones tuvieron efectos durante las tercera, cuarta y quinta razas raíces; y que los últimos inmigrantes introdujeron en Egipto el culto que se le tributaba en Lanka e India. No cabe duda de que los griegos tomaron de los egipcios este dios, pues le asignaron la ciudad de Tebas por cuna, aunque suponen que realizó en Argos sus doce hazañas. (D.S. V, 361-362).

Se nos dice que en un principio no hubo Misterios. El conocimiento (Vidya) era propiedad común y predominó universalmente durante la Edad de Oro o Satya Yuga. Como dice el Comentario: “Los hombres aun no habían producido el mal en aquellos días de felicidad y pureza, porque su naturaleza más bien era divina que humana”.

Pero al multiplicarse rápidamente el género humano, se multiplicaron también las idiosincrasias de cuerpo y mente, y entonces el encarnado espíritu manifestó su debilidad. En las mentes menos cultivadas y sanas arraigaron exageraciones naturales y sus consiguientes supersticiones. **El egoísmo nació de deseos y pasiones hasta entonces desconocidos, por los que a menudo abusaron los hombres de su poder y sabiduría, hasta que por último fue preciso limitar el número de los que sabían. Así empezó la Iniciación.**

Cada país se arregló un especial sistema religioso entonces, acomodado a su capacidad intelectual y sus necesidades espirituales; pero los sabios prescindían del culto a simples formas y restringieron a muy pocos el verdadero conocimiento. La necesidad de encubrir la verdad para resguardarla de posibles profanaciones, se dejó sentir más y más en cada generación, y así el velo, tenue al principio, fue gradualmente haciéndose



tupido a medida que cobraba mayores bríos el egoísmo personal, lo cual condujo a los Misterios. Se establecieron los Misterios en todos los pueblos y países y se procuró al mismo tiempo, para evitar toda contienda y error, que en las mentes de las masas profanas arraigasen creencias exotéricas inofensivamente adaptadas en un principio a las inteligencias vulgares, como rosado cuento a la comprensión de los niños, sin temor de que la fe popular perjudicase a las filosóficas y abstrusas verdades enseñadas en los santuarios. Las lógicas y científicas observaciones de los fenómenos naturales que conducen al hombre al conocimiento de las eternas verdades, y le consienten acercarse a la observación libre de prejuicios, y ver con los ojos espirituales antes de mirar las cosas desde su aspecto físico, no se hallan al alcance del vulgo. Las maravillas del espíritu único de la Verdad, de la siempre oculta e incomprensible Divinidad, tan sólo pueden desenmadejarse y asimilarse, por medio de Sus manifestaciones en los activos poderes de los “dioses” secundarios. Si la Causa universal y única permanece por siempre *in abscondito*, su múltiple acción se descubre en los efectos de la Naturaleza. Como el término medio de la humanidad sólo advierte y reconoce aquellos efectos, se dejó que la imaginación popular diese forma a las Potestades que los producen.

Y con el rodar de los tiempos, en la quinta raza, la aria, algunos sacerdotes poco escrupulosos se prevalieron de las sencillas creencias de las gentes, y acabaron por elevar dichas Potestades secundarias a la categoría de dioses, aislándolos completamente de la única y universal Causa de todas las causas. (En aquellos días no constituían los brahmanes casta aparte, sino que el hombre llegaba a ser brahmán por sus propios méritos y en virtud de la iniciación. Sin embargo, poco a poco fue prevaleciendo el despotismo, y se hizo brahmán al hijo del brahmán; primero por derecho de protección, y luego por el de herencia. Los derechos de la sangre suplantaron al verdadero mérito, y de esta manera se instituyó la poderosa casta de los brahmanes).

Desde entonces, el conocimiento de las verdades primitivas permaneció por completo en manos de los iniciados.

Los Misterios tenían sus defectos y puntos flacos, como necesariamente ha de tenerlos toda institución en que entren humanos elementos. Sin embargo, Voltaire caracterizó en pocas palabras sus beneficios:

Entre el caos de supersticiones populares, existía una institución que siempre evitó la caída del hombre en la absoluta brutalidad. Fue la de los Misterios.

Verdaderamente, como Ragón dice de la Masonería:

Su templo tiene por duración el tiempo, por espacio el Universo. . . “Dividamos para dominar”, había dicho la astucia. “Unámonos para resistir”, dijeron los primeros



masones”. “Los misterios, dice Ragón, fueron el don de la India”. En esto se equivoca, porque los arios habían traído de la Atlántida los misterios de la Iniciación. Sin embargo, acierta al decir que los misterios son anteriores a toda civilización, y que por haber elevado la mente y la moral de los pueblos, sirvieron de base a todas las leyes: civiles, políticas y religiosas.

Pero más bien lo dijeron los primeros iniciados, a quienes los masones han considerado siempre como sus primitivos y directos maestros. El primero y básico principio de la fuerza moral y del poder es la asociación y solidaridad de pensamiento y propósito. Los “hijos de la Voluntad y del Yoga” se reunieron para resistir las terribles y siempre crecientes iniquidades de los magos negros de la raza atlante. Esto determinó la fundación de escuelas todavía más esotéricas, de templos de instrucción y de misterios impenetrables hasta después de haber sufrido tremendas pruebas.

Parecerá ficción cuanto se diga de los primeros adeptos y de sus divinos maestros. Es preciso, por lo tanto, si queremos saber algo de ellos, juzgar del árbol por sus frutos y examinar la tarea de sus sucesores de la quinta raza en las obras de los grandes clásicos y filosofía que la reflejan ¿Cómo consideraron los autores griegos y romanos durante dos mil años a la iniciación y a los iniciados? Cicerón habla de ellos en términos muy claros diciendo:

Un iniciado debe practicar cuantas virtudes le sean posibles: justicia, fidelidad, liberalidad, modestia y templanza. Estas virtudes ponen en olvido los talentos que le falten a un hombre.

Dice Ragón:

En lo cierto estaban los sacerdotes egipcios al decir: “Todo para el pueblo, nada para el pueblo”. En un país ignorante, la verdad ha de revelarse únicamente entre personas dignas de confianza... Hemos visto en nuestros días seguir el falso y peligroso sistema de “todo por el pueblo, nada para el pueblo”. El verdadero apotegma político ha de ser: “Todo para el pueblo y *con* el pueblo”.

Mas a fin de realizar estas reformas, las masas han de pasar por una dual transformación: 1º Divorciarse de todo elemento exotérico de superstición y de falsa piedad; 2º Educarse e instruirse hasta el punto de evitar todo peligro de ser esclavos de un hombre o de una idea.

Esto puede parecer paradójico en vista de lo que antes dijimos. Podrá replicarse que los iniciados eran “sacerdotes” de los templos; al menos todos los indos, egipcios, caldeos, griegos, fenicios, etc.; y que los hierofantes y los adeptos fueron los que inventaron los credos exotéricos de sus respectivas religiones. A esto argüiremos que “el hábito no hace al monje”; pues según tradición y juicio unánime de los autores antiguos, aparte de



los ejemplos que nos ofrecen los “sacerdotes” de la India (el país más conservador del mundo), es seguro que los sacerdotes egipcios no eran sacerdotes en el sentido que hoy damos a la palabra, como tampoco los brahmanes. No podemos considerarlos tales, si tomamos por tipo el clero europeo. (D.S. V, 365-368).

Los Misterios fueron anteriores a los jeroglíficos, que de ellos dimanaron como permanentes archivos necesarios para preservar y conmemorar sus secretos. Constituyeron la primitiva filosofía que ha servido de piedra angular a la moderna; pero la progenie, al perpetuar los rasgos del cuerpo externo, perdió en el camino el alma y el espíritu del progenitor.

Aunque la iniciación no contenía reglas ni principios, ni enseñanza alguna especial de ciencia en el sentido que ahora le damos, era una ciencia, y la Ciencia de las Ciencias. Y aun que vacía de dogma, de disciplina física y de ritual exclusivo, sin embargo era la única verdadera Religión, la de la eterna Verdad. Externamente era escuela y colegio en donde se enseñaban ciencias, artes, ética, legislación, filantropía, el culto de la verdadera y real naturaleza de los fenómenos cósmicos, cuyas pruebas prácticas se daban secretamente durante la celebración de los Misterios. Llegaban a la iniciación los capaces de aprender la verdad de las cosas; es decir, los que cara a cara podían mirar a Isis sin velo y arrostrar la pavorosa majestad de la diosa. Pero los hijos de la quinta raza habían caído con demasiada bajeza en la materia para levantar impunemente sus ojos a la deidad; y los caídos desaparecían del mundo sin dejar rastro ¿Qué rey, por poderoso que fuese, osara librar de la jurisdicción de los austeros sacerdotes al súbdito que hubiera cruzado el dintel del sagrado adytum?.

Los nobles preceptos que enseñaban los iniciados de las primitivas razas, se propagaron por la India, Egipto, Caldea, China y Grecia, hasta difundirse por los ámbitos del mundo. Todo cuanto de bueno, grande y noble hay en la naturaleza humana, todas las facultades y aspiraciones divinas, era cultivado por los sacerdotes filósofos para educirlo en los iniciados. Su código de ética, basado en el altruismo, ha llegado a ser universal. Se le encuentra en Confucio, el “ateo”, que enseñaba que “no es virtuoso quien no ama a su hermano”. El *Antiguo Testamento* dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Los grandes iniciados se volvían como dioses. En el *Fedro* pone Platón en boca de Sócrates estas palabras:

Los iniciados están seguros de ser partícipes de la compañía de los dioses.



Y en otro pasaje de la misma obra dice el gran Sabio ateniense:

Es evidente que los fundadores de los Misterios, o secretas asambleas de iniciados, no eran simples mortales, sino potentes genios que desde los primitivos tiempos procuraron darnos a entender por medio de aquellos enigmas, que quien llegue impuro a las regiones invisibles, será precipitado en los abismos (la octava esfera de las enseñanzas secretas; esto es, que perdería para siempre su personalidad), mientras que el que las alcance, ya purificado de las manchas de este mundo, y experto en virtudes, será recibido en la morada de los dioses.

Refiriéndose a los Misterios, dice Clemente de Alejandría:

Aquí termina toda enseñanza. Se ve la Naturaleza y todas las cosas.

Un Padre de la Iglesia habla pues como cuatro siglos después de J.C. habló el pagano Pretextatus, procónsul de Acaya, “eminente en virtudes”, quien opinaba que “privar a los griegos de los sagrados Misterios que unían a todo el género humano”, equivalía a quitar todo merecimiento a sus vidas” ¿Acaso hubieran recibido los Misterios fervorosas alabanzas de los más excelsos hombres de la antigüedad, si fuera su origen puramente humano? Leamos cuanto de esta sin par institución dijeron en todas épocas los iniciados y los no iniciados, entre ellos Platón, Eurípides, Sócrates, Aristófanes, Píndaro, Plutarco, Isócrates, Diodoro, Cicerón, Epicteto, Marco Aurelio y muchísimos otros sabios y escritores. Lo que los Dioses y los Ángeles habían *revelado*, las religiones exotéricas, empezando por la de Moisés, *lo volvieron a velar* y lo ocultaron durante edades, de la vista del Mundo. Iniciado fue José el hijo de Jacob; pues de otro modo no se hubiera casado con Asneth, hija de Petefre o Putifar (“Potifar” significa “el que pertenece a Phre, el Dios Sol”), sacerdote de Heliópolis y gobernador de “On” (Nombre egipcio de Heliópolis, la ciudad del Sol, y que significa “el Sol”). **Todas las verdades reveladas por Jesús, y que los mismos judíos y cristianos primitivos comprendieron, fueron veladas de nuevo por la Iglesia, que pretende servirle.** Oigamos lo que dice Séneca, citado por el Dr. Keanealy:

“Disuelto el mundo y reintegrado al seno de Júpiter (Parabrahman), este dios continúa durante algún tiempo totalmente concentrado en sí mismo, y permanece oculto, por decirlo así, completamente embebido en la contemplación de sus propias ideas. Después surge un nuevo mundo de su seno... Se forma una raza inocente de hombres”.

Y al hablar de la disolución del mundo, que entraña el aniquilamiento de todas las formas, nos enseña Séneca que cuando llegue el último día del mundo y se abroguen las leyes de la Naturaleza, se aplastará el Polo Sur y se desquiciarán las regiones africanas, al mismo tiempo que el Polo Norte cubrirá todas las comarcas que están debajo de su eje. *El Sol quedará privado de su luz*, se destruirá el palacio celeste y se producirá vida y muerte a un tiempo; y la disolución alcanzará igualmente a todas las divinidades que volverán así a su primitivo caos.



Parece que está uno leyendo el puránico relato que del gran Pralaya hace Parashara. Es casi lo mismo, concepto tras concepto ¿Tiene el cristianismo algo semejante? Abramos la *Biblia* por el capítulo III de la *segunda epístola de San Pedro*, y advertiremos iguales ideas.

En los últimos tiempos vendrán socarrones... diciendo: ¿dónde está la promesa de su venida? Porque desde que los padres se durmieron, todo permanece como el principio de la creación. Porque ellos ignoran voluntariamente que los cielos eran de muy antiguo, y la tierra salió del agua, y en agua estaba asentada por palabra de Dios. Por las cuales cosas, aquel mundo de entonces, pereció anegado en agua. Mas los cielos y la tierra que ahora son, por la misma palabra están reservados para el fuego... en el cual los cielos perecerán con gran estruendo, y los elementos quedarán fundidos a causa del gran calor. Pero esperamos... cielos nuevos y una nueva tierra.

No tiene San Pedro la culpa de que los intérpretes prefieran ver en este pasaje alusiones a una creación, a un diluvio, a la promesa de la venida de Cristo y a una nueva y celestial Jerusalén. Lo que quería indicar era la destrucción de la quinta raza, y el levantamiento de un nuevo continente para la sexta.

Los druidas comprendían el significado del signo zodiacal del “Sol Tauro”; y por ello, cuando el primer día de Noviembre se extinguían todos los fuegos, quedaba tan sólo su inextinguible fuego sagrado, para iluminar el horizonte como los de los magos y los actuales parsis. Y como las primeras generaciones de la quinta raza, después los caldeos y griegos y más tarde los cristianos (que no sospechaban el verdadero significado), saludaban ellos al lucero de la tarde, a la hermosa Venus-Lucifer. Estrabón habla de una isla próxima a Bretaña, en donde ceres y Perséfone recibían adoración con el mismo ritual que en Samotracia. Era la sagrada lerna, en donde ardía el fuego perpetuo. Los druidas creían en el renacimiento del hombre; pero no como lo explica Luciano:

Que el mismo *espíritu* animará a un cuerpo no aquí, sino en otro mundo distinto:

Sino en una serie de reencarnaciones en este mismo mundo. Porque como dice Diodoro, los druidas enseñaban que las almas de los hombres se encarnan en otros cuerpos al cabo de cierto período (Hubo un tiempo en que el mundo entero, todo el género humano, tenía una sola religión y “un solo idioma”. Dice Faber que “todas las religiones fueron una misma en su origen, y emanaron de un solo centro”).

La quinta raza recibió estas doctrinas de sus antepasados de la cuarta raza, los atlantes; y las conservó piadosamente, mientras sus progenitores se acercaban a su fin gradualmente, haciéndose más arrogantes en cada generación a causa de la adquisición de poderes sobrehumanos. (D.S. V, 372-377).



. . . Este Yo supremo, único y universal, fue simbolizado en el plano físico por el Sol, cuyo vivificante resplandor, es emblema a su vez del alma que mata las pasiones carnales que son siempre un obstáculo para la re-uni6n del Yo individual (el esp3ritu), con el Yo Todo. De aqu3 el misterio aleg6rico, que s3lo podemos describir en bosquejo y que establecieron los “Hijos de la Luz y de la Neblina 3gnea”. El segundo Sol (la segunda hip3stasis del Rabino Drach) aparece puesto a prueba por el hierofante, Vishvakarma, que le cortaba siete de sus rayos y los reemplazaba por una corona de espinas, cuando el Sol, cuyo papel representaba un ne3fita dispuesto a la iniciaci3n, era obligado a descender al Patala o regiones inferiores, para sufrir la prueba de T3ntalo; y triunfante de ella, resurg3a de esta regi3n de iniquidad y vicio, convirti3ndose de nuevo en Karmas3kshin, o testigo del karma de los hombres (Surya, o el Sol, es una de las nueve divinidades que presencian todas las humanas acciones); y ascend3a de nuevo con toda la gloria de su regeneraci3n, como Graha-Raj3h, el Rey de las Constelaciones, en cuyo papel se le llamaba Gakhastiman, o sea “el que ha recuperado sus rayos”.

Esta f3bula del popular pante3n indo, nacida del po3tico misticismo del *Rig Veda* (la mayor parte de cuyas sentencias se dramatizaban en los misterios), se extendi3 en el curso de su exot3rica evoluci3n en las subsiguientes alegor3as. Todav3a la hallamos en varios *Puranas* y otras Escrituras. En los himnos del *Rig Veda*, el misterioso dios Vishvakarma, es el Logos, el Demiurgos, uno de los dioses mayores y el dios supremo, seg3n cantan los himnos. Es el Omnieficiente (que tal significa Vishvakarma), y se le llama “Gran Arquitecto del Universo”, el “Dios-Padre, Generador y Dispensador, que da nombre a los dioses y est3 m3s all3 de la compresi3n de los mortales”. Esot3ricamente personifica la manifestaci3n de la potencia creadora; y m3sticamente representa el s3ptimo principio del hombre considerado en general. Porque es el hijo de Bhuvana, la luminosa esencia, creada por s3 misma; y de la virtuosa, casta y amable Yoga-Siddh3, la diosa virginal, cuyo nombre dice qui3n es, puesto que personifica el poder del Yoga, la “casta madre” engendradora de adeptos. En los himnos rigv3dicos, Vishvakarma cumple “el sacrificio supremo”, es decir, se sacrifica por la salvaci3n del mundo; o como dice el *Nirukta*, traducido por los orientalistas:

Primeramente ofreci3 Vishvakarma el mundo entero en sacrificio, y despu3s se sacrific3 3l mismo.

En las representaciones m3sticas de su nombre, se le suele dar a Vishvakarma el nombre de Vittoba, y se le pinta como la “V3ctima”, el “Hombre-Dios” o el Avatara crucificado en el espacio.



Por supuesto que nada podemos publicar acerca de los verdaderos misterios y de las reales iniciaciones: porque sólo deben conocerlos quienes sean capaces de pasar por ellas. Pero sí podemos decir algo de las grandes ceremonias antiguas que el público tomaba por verdaderos misterios, y en que se iniciaba a los candidatos con mucho ceremonial, y despliegue de artes ocultas. Tras esto, en la obscuridad y silencio estaban los verdaderos misterios como siempre existieron y existen. En Egipto (como en Caldea, y más tarde en Grecia), se celebraban los misterios en épocas fijas; y el primer día de la celebración era una festividad pública, para acompañar pomposamente a los candidatos hasta la Gran Pirámide, en donde quedaban ocultos a la vista del público. El segundo día se dedicaba a las ceremonias de purificación, después de las cuales se presentaba el candidato vestido de blanco. El tercer día se examinaba al candidato para probar su suficiencia en conocimientos ocultos. El cuarto día, tras otra ceremonia simbólica de purificación, se le sometía a varias pruebas, y por último quedaba en provocado letargo durante dos días con sus noches, en una cripta subterránea y en plena obscuridad. En Egipto colocaban al aletargado neófito en un sarcófago vacío de la Pirámide, y allí se celebraban los ritos de la iniciación. En la India y en el Asia central se le ataba a un torno, hasta que el cuerpo entraba en letargo, y entonces, muerto en apariencia, se le conducía a la cripta, en donde el hierofante “guiaba al alma aparicional (cuero astral) de este mundo de samsara (ilusión) a los reinos inferiores, de los cuales, en caso de vencer, tenía el derecho de sacar *siete almas en pena* (elementarios). Revestido de su *anandamayakosha* o cuerpo de bienaventuranza, el *srotapanna* quedaba allí donde no debemos seguirle, y al volver recibía la *Palabra*, con la “sangre del corazón” del hierofante o sin ella.

Pero a decir verdad, el iniciado no mataba al iniciador ni en la India ni en país alguno (pues la muerte era simulada); a menos que el iniciador hubiera escogido por sucesor al iniciado y hubiese decidido comunicar la suprema PALABRA que sólo podía conocer un solo hombre en cada nación, por lo cual tenía que morir. Muchos grandes iniciados desaparecieron del mundo después de transmitir a su sucesor la suprema PALABRA. Así desapareció misteriosamente de la vista del pueblo israelita en la cumbre del monte Pisgah (*Nebo*, que significa sabiduría oracular) el profeta Moisés después de colocar sus manos sobre Josué, que de este modo llegó a estar “lleno del espíritu de Sabiduría”, es decir, iniciado. Pero murió; no le mataron. Porque matarle hubiera sido un acto de magia negra, no divina.

Se trataba de la transfusión de la luz, más bien que de la transmisión de la vida; es la transfusión de vida espiritual y divina, la efusión de Sabiduría y



no de sangre. Pero los profanos inventores de la teología cristiana tomaron al pie de la letra el lenguaje alegórico; y definieron un dogma cuya cruda y errónea expresión, repugna al espiritualismo “pagano”.

Todos los hierofantes e iniciados eran representaciones del Sol y del principio creador (la potencia espiritual), como lo fueron Vishvakarma y Vikarttana, desde el origen de los misterios. (D.S. V, 379-383).

La antigüedad de la Doctrina Secreta puede reconocerse mejor cuando se muestra el punto de la historia en que sus misterios habían sido ya profanados en provecho de déspotas ambiciosos y de astutos sacerdotes. Los dramas religiosos de profunda ciencia y filosofía, cuyo argumento estaba tejido con las más grandes verdades del universo espiritual y de la sabiduría oculta, eran ya perseguidos mucho antes de la época de Platón y aun de Pitágoras. Sin embargo, las primievales revelaciones hechas al género humano no habían desaparecido con los misterios; y han quedado como patrimonio reservado a futuras y más espirituales generaciones.

Se dijo en *Isis sin Velo* que en tiempo de Aristóteles no tenían ya los misterios su primitiva solemnidad y grandeza. Los ritos habían caído en desuso y degenerando en gran parte en especulaciones sacerdotales y ficciones religiosas. Es inútil afirmar cuándo aparecieron por primera vez en Grecia, puesto que la historia documentada de Europa puede asegurarse que empieza con Aristóteles, ya que antes de esta época todo se enreda en inextricable confusión cronológica. Baste decir que en Egipto se conocían los misterios desde los días de Moisés; y que Orfeo los llevó de la India a Grecia. En un artículo titulado: “¿Se conocía la escritura antes de Pânini”? se afirma que los pandús habían adquirido universal dominio sobre otras razas, y enseñándoles los misterios “sacrificiales”, unos 3.300 años antes de J.C. Efectivamente, cuando Orfeo, hijo de Apolo o Helios, recibió de su padre el phorminx (la lira de siete cuerdas, símbolo del séptuple misterio de la iniciación), ya los misterios se habían enmohecido con la edad en el Asia central y la India. Dice Herodoto que Orfeo trajo los misterios de la India; y Orfeo es muy anterior a Homero y Hesíodo. Así es que ya en tiempos de Aristóteles, quedaban pocos adeptos verdaderos, en Europa y aun en Egipto. Los herederos de los que había dispersado la espada de los diversos invasores del Egipto antiguo estaban también dispersos; y si ocho o nueve mil años ante la corriente de conocimiento se había deslizado lentamente desde las mesetas del Asia central, hacia la India, Europa y el norte de África, por los años 500 antes de J.C. empezó a remontar la corriente hacia el manantial de origen. Durante los dos mil años siguientes quedó casi completamente extinguido en Europa el conocimiento



de la existencia de grandes adeptos, aunque en algunos lugares secretos se celebraban sin embargo los misterios en toda su primitiva pureza. El “Sol de Justicia” fulguraba todavía en el *cielo de media noche*; y mientras las tinieblas planeaban sobre el mundo profano, la eterna luz del adyta iluminaba las noches de iniciación. **Los verdaderos misterios nunca se dieron en público. Los Eleusina y Agrae eran para las multitudes; el dios XXXXX del “buen consejo”, la gran divinidad orférica, para el neófito.**

¿Quién era el misterioso Dios que los simbologistas han confundido con el Sol? Todo el que conozca la antigua fe exotérica de los egipcios, sabe que para el pueblo era Osiris el Sol en el cielo, el “rey celeste”, Ro-Imfab; que los griegos llamaban al Sol “el ojo de Júpiter”, como para los modernos parsis ortodoxos es “el ojo de Ormuzd”, que, además, era considerado el Sol como el “Dios omnividente”, el “Dios Salvador” y el “Dios preservador”.

En el papiro de Paferonmes de Berlín, traducido por Mariette Bay, se lee:

Gloria a ti ¡oh Sol!, niño divino... tus rayos envían vida al puro y al ingenuo... Los dioses (los hijos de Dios) que se te acercan, tiemblan de pavor deleitoso... Tú eres el primer nacido, el Hijo de Dios, la Palabra (Al que acaba de iniciarse se le llama “primer nacido”, y en la India “dos veces nacido” (*dwija*) cuando alcanza su final y suprema iniciación. Todo adepto es “hijo de Dios” e “hijo de la Luz”, después de recibir la “Palabra” y los siete divinos atributos de la “lira de Apolo”). (D.S. V, 388-390).

Escuchemos a Platón:

Has de saber, Glaucó, que cuando hablo de la producción del bien, me refiero al Sol. El Hijo tiene perfecta analogía con el Padre.

Jámblico llama al Sol “la imagen de la divina inteligencia o Sabiduría”. Eusebio, repitiendo las palabras de Filón, llama al sol levante, el ángel maestro; y añade que el arcángel que es *polión* no es el Verbo o Cristo. La palabra Sol se deriva de *solus*, es decir, el único o “el que está sólo”, y su nombre griego de Helios significa “el altísimo”, todo lo cual facilita la comprensión del emblema. Sin embargo, los antiguos distinguían entre el Sol y su prototipo.

Sócrates loaba al Sol naciente, como siguen hoy loándolo los parsis, Homero, Eurípides y Platón hablan del Júpiter-Logos, la “Palabra” o el Sol. No obstante, los cristianos sostienen con De Mirville, que puesto que el oráculo respondió a una consulta diciendo que el dios Iao era el Sol, “debieron conocer los paganos y griegos el Jehovah de los judíos (que tiene varios nombres) que resultaría ser el



mismo lao”. La primera parte de esta proposición parece que no se relaciona con la segunda, y mucho menos puede admitirse lógicamente la conclusión; pero si los cristianos se empeñan en probar la identidad de lao y de Jehovah, no se opondrán a ello los ocultistas, si bien en tal caso debemos admitir igualmente la identidad de Jehovah y Baco. Extraño es que las gentes de la cristiandad civilizada, fuertemente asidas hasta ahora a la túnica de los idólatras judíos, que fueron tan sabeos como el populacho de Caldea, no acierten a comprender que Jehovah es el concepto judaico del Ja-va o lao de los fenicios, nombre secreto de uno de los varios dioses del misterio o kabiris. **Para los iniciados en los misterios no fue nunca Jehovah “el Dios supremo” como lo consideraron los hebreos; sino tan sólo un espíritu planetario subordinado al Sol visible, de la misma manera que el Sol visible era para los iniciados el astro central, y no el Sol espiritual central.**

Y el Ángel del Señor dijo a Manoah: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es oculto? (Sansón hijo de Manoah, fue un iniciado del misterioso señor Ja-va. Antes de nacer prometieron sus padres que sería “nazarita”, esto es, chela y adepto. Su culpa con Dalila y la tonsura de sus cabellos “hasta entonces no tocado por tijera”, demuestran cuán bien había guardado sus votos. La alegoría de Sansón prueba el esoterismo de la *Biblia* y también el carácter de los “Dioses del Misterio” de los judíos. Acierta Movers al definir la idea fenicia de la luz ideal diciendo que era la espiritual influencia dimanante del dios lao, o sea “la luz sólo perceptible por la inteligencia, el principio físico y espiritual de todas las cosas, del que emana el alma”. Era la esencia masculina o Sabiduría; mientras que la materia primitiva o caos se consideraba como femenina. Así se ve que el espíritu y la materia eran ya para los fenicios, los dos principios coeternos e infinitos. Pero este era el eco del pensamiento judío, no la opinión de los filósofos paganos).

Con todo, es difícilmente discutible la identidad del Dios del Sinaí con el dios Baco, y según se indicó ya en *Isis sin Velo*, es seguramente Dionisio. Doquiera fue adorado Baco se conoció la tradición de Nyssa (Así se llamaba la ciudad de Beth-San o Escitópolis en Palestina; y el mismo nombre tenía una parte del monte Parnaso. Dice Diodoro que Nyssa estaba entre Fenicia y Egipto; Eurípides afirma que el culto de Dionisio vino de la India, y Diodoro corrobora esta afirmación diciendo: “Osiris fue formado en Nyssa, población de la Arabia feliz; era hijo de Zeus, y tomó su nombre del de su padre (nominativo Zeus, genitivo *Dios*), y el lugar fue *Dio-Nysos*, esto es, el *Zeus* o *Jove de Nyssa*. Es muy significativa la identidad de ambos nombres. En Grecia sólo se reconocía a Zeus como superior a Dionisio y así dice Píndaro: “El Padre Zeus gobierna todas las cosas, y también gobierna Baco”) y de la cueva en donde fue criado. Fuera de Grecia era Baco el dios supremo, “el omnipotente Zagreus” a cuyo servicio estuvo Orfeo, el fundador de los Misterios. Ahora bien, de no admitir que Moisés era un sacerdote iniciado, un adepto cuyas obras se relatan alegóricamente,



habrá de admitirse que tanto él como su pueblo, adoraron a Baco, pues según la Escritura:

Moisés edificó un altar y le dio por nombre *Jehovah-Nissi* (es decir, lao-nisi o Dionisi).

Para corroborar esta afirmación recordemos que, Osiris, el Zagreus egipcio o Baco, nació en el monte Sinaí, llamado Nissa por los egipcios. La serpiente de bronce era un nis (XXX), y Nisan es el mes de la Pascua judía. (D.S. V, 391-393).

Los primeros Misterios que recuerda la historia son los de Samotracia. Después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida. Era el nuevo nacimiento del iniciado, mediante el cual, como los antiguos brahmanes de la India, se convertía en un “dos veces nacido”.

Dice Platón en su *Fedro*:

Iniciado en el que con justicia puede llamarse el más bendito misterio... siendo nosotros puros.

Diodoro, Sículo, Herodoto y Sanconiatón el fenicio (los historiadores más antiguos), dicen que el origen de estos Misterios se pierde en la noche de los tiempos y se remonta a millares de años, antes probablemente de la época histórica. Cuenta Jámblico que Pitágoras fue iniciado en todos los misterios de Biblo y Tiro, en las sagradas ceremonias de los sirios y en los misterios de los fenicios (No es extraño –dice Jámblico– que después de pasar veintidós años en los templos de Egipto y en compañía de los magos de Babilonia que le instruyeran en su ciencia, llegase a ser Pitágoras muy hábil en magia y teúrgia, y capaz, por lo tanto, de realizar hechos superiores al ordinario poder humano, e increíbles para el vulgo).

Según se dijo en *Isis sin Velo*:

Cuando hombres de tan notoria moralidad como Pitágoras, Platón y Jámblico, tomaron parte en los Misterios y hablaban de ellos con veneración, hacen mal los modernos críticos en juzgarlos tan sólo por las apariencias.

Sin embargo, esto es lo que hasta ahora ha hecho la crítica, y especialmente los Padres de la Iglesia. Clemente de Alejandría abomina de los misterios “obscenos y diabólicos”, si bien en otros pasajes de sus obras, ya citadas en esta, afirma que los misterios eleusinos eran idénticos a los judíos y aún quisiera él alegar que tomados de estos.

Constataban los Misterios de dos partes. Los menores se cumplían en Agrae y los mayores en Eleusis; y el mismo San Clemente fue iniciado en ellos. Pero las



Katharsis o pruebas de purificación, se han entendido mal siempre. Lo que de ello dice Jámblico, que es lo peor, debiera satisfacer a quienes no estén cegados por el prejuicio.

Los representantes de esta clase en los Misterios tenían por objeto librarnos de las pasiones licenciosas recreando la vista, y al mismo tiempo vencer todo mal pensamiento mediante la temerosa santidad que acompañaba a los ritos.

El Dr. Warburton observa:

Los más antiguos y mejores hombres del mundo pagano, están acordes en que los Misterios se instituyeron con toda pureza para lograr lo más nobles fines, por los más meritorios medios.

Aunque en los Misterios se admitían personas de toda condición y sexo, y aun era obligatorio participar en algo de ellos, muy pocos alcanzaban en verdad la suprema y final iniciación. Proclo da los siguientes grados de los Misterios en el cuarto libro de su *Teología de Platón*. Dice:

El rito perfecto precede en orden a la iniciación llamada *Telete*, *muesis*, y a la *epopteia* o revelación final.

Teón de Esmirna en su obra *Mathematica*, divide también los ritos místicos en cinco partes:

La primera es la purificación preventiva; porque los misterios no se comunican a cuantos quieren conocerlos; sino que hay algunas personas a quienes previene la voz del pregonero... pues para que a los tales no se les excluya de los misterios es necesario que sufran ciertas purificaciones, a las que sucede la recepción de los sagrados ritos. La tercera parte se llama *epopteia* o recepción. Y la cuarta, que es el fin y propósito de la revelación, es (la investidura), con el vendaje de la cabeza y la fijación de las coronas (esta expresión no ha de tomarse al pie de la letra; pues como en la iniciación de algunas comunidades, tiene un significado secreto ya apuntado por Pitágoras al describir sus impresiones después de la iniciación, cuando dice que fue coronado por los dioses en cuya presencia había bebido "las aguas de la vida". En los misterios indos figuraba la fuente de la vida, y la bebida sagrada era el *soma*)...después de esto el iniciado desempeña el oficio de antorchero, o cualquier otra servidumbre sacerdotal. Pero la quinta parte, producto de todas estas, es la *amistad e interior comunicación con Dios*. Este era el último y más importante misterio.

Los Misterios, tildados de diabólicos por los Padres de la Iglesia, y ridiculizados por autores modernos, fueron instituidos con los más nobles y puros propósitos. No hay necesidad de repetir aquí, pues ya se dijo en *Isis sin Velo* (III), que ora en el templo de la iniciación, ora mediante el estudio privado de la teúrgia, todos los estudiantes adquirirían la prueba de la inmortalidad de su espíritu y de la supervivencia de su alma. Platón alude en *Fedro* a lo que era la última *epopteia*, diciendo:



Una vez iniciados en estos misterios, que verdaderamente pueden llamarse los más santos de todos, quedábamos libres de las excitaciones de los demonios que nos asaltaban periódicamente. También a causa de esta divina *iniciación* nos convertíamos en espectadores de sencillas, inmóviles y benditas visiones, que aparecían en una pura luz.

Esta velada confesión, indica que los iniciados disfrutaron de la teofanía, es decir, vieron visiones de dioses y de espíritus inmortales. Según acertadamente infiere Taylor:

La parte más sublime de la *epopteia* o revelación final, consistía en contemplar a los dioses (los elevados espíritus planetarios) revestidos de esplendente luz.

La afirmación de Proclo sobre el particular disipa toda duda:

En todas las iniciaciones y misterios, se aparecían los dioses en diversidad de formas. Unas veces se ofrece a la vista una informe luz de ellos, otras la luz toma *forma humana*, y otras aparece en distinta modalidad.

Por otra parte:

Todo cuanto en la tierra existe es semejante y sombra de algo que está en la esfera; y mientras esta resplandeciente cosa (el prototipo del Alma-Espíritu) permanece en *inmutable* condición, lo mismo le sucede a su sombra. Cuando esta resplandeciente cosa se aparta de su sombra, la vida se aleja de la sombra. Además esa luz es a su vez la sombra de algo más resplandeciente todavía que aquella.

La segunda afirmación de Platón corrobora que los misterios de los antiguos eran idénticos a los que todavía practican hoy los budistas y los adeptos indos. Las más sublimes y verdaderas visiones se obtenían mediante la regulada disciplina de iniciaciones graduales, y el desenvolvimiento de las facultades psíquicas. En Egipto y Grecia los *Mystae* se ponían en íntima unión con los que Proclo llama “naturalezas místicas” y “dioses resplandecientes”, porque como dice Platón:

Éramos puros e inmaculados, libres de esta circundante vestimenta a que llamamos cuerpo, y al que estamos apegados como la ostra a su concha.

Dice *Isis sin Velo*, en cuanto al Oriente:

La doctrina de los Pitris planetarios y terrenos, únicamente se revelaba en la antigua India, como también ahora, por completo, en el postrer momento de la iniciación y a los adeptos de grados superiores.

Examinemos ahora la palabra *Pitris* y digamos algo más de ella. **En India, el chela del tercer grado de iniciación tiene dos *gurus* o maestros: uno, el adepto en carne mortal; otro, el desencarnado y glorioso mahâtma, que**



desde los planos superiores advierte e instruye hasta a los elevados Adeptos mismos. Pocos son los discípulos aceptados que ven tan siquiera a su maestro viviente, a su *guru*, hasta el día y hora de su definitivo y perpetuo voto. Esto significa lo que en *Isis sin Velo* se dijo al afirmar que pocos de los *faquires* (entonces no se conocía en Europa ni en América la palabra *chela* –discípulo–), “por mucha que sea su pureza, castidad y devoción, han visto la forma astral de un *pitar* (antepasado o padre) *humano* antes del momento de su primera y final iniciación. En presencia de su instructor, de su Guru, y precisamente antes de que el *vatú-fakir* (el *chela* recién iniciado) sea enviado al mundo de los vivientes, con su varita de bambú de siete nudos por toda protección, es cuando se le coloca repentinamente frente a frente de la *Presencia* desconocida (de su Pitar o Padre, el Maestro invisible glorificado, o desencarnado Mahâtma). La ve y se postra a los pies de la impalpable forma; pero no se le confía todavía el gran secreto de su elevada evocación, que es el supremo misterio de la santa sílaba.

El iniciado, según afirma Elifas Levi, *sabe*; y por lo tanto, “todo lo afronta y guarda silencio!.

Dice el gran cabalista francés:

Podréis observarlo a menudo triste; nunca desalentado ni desesperado. A menudo pobre; nunca humillado ni abyecto. A menudo perseguido; nunca acobardado ni vencido. Porque recuerda él la viudez y el asesinato de Orfeo, el destierro y muerte solitaria de Moisés, el martirio de los profetas, las torturas de Apolonio, la cruz del Salvador. Sabe en qué estado de abandono murió Agrippa, cuya memoria se ha calumniado hasta hoy día; sabe que pruebas hubo de sufrir el gran Paracelso, y todo cuanto soportó Raimundo Lulio antes de su sangrienta muerte. Recuerda que Swedenborg tuvo que simular el extravío y hasta perdió la razón antes de que se le perdonara lo que sabía; que San Martín hubo de mantenerse oculto toda su vida; que Cagliostro murió olvidado en los calabozos de la Inquisición (esto no es cierto, y sin embargo, el abate Constant (Elifas Levi) lo publica a sabiendas de la inexactitud. ¿Por qué promulga falsedades?); y que Cazotte pereció en la guillotina. Es el sucesor de todas estas víctimas, y aunque nada teme, comprende la necesidad de guardar silencio.

La Masonería (no la asociación política del rito escocés, sino la verdadera masonería, algunos de cuyos ritos ha conservado el Gran Oriente de Francia, y que el famoso ocultista inglés del siglo XVII Elías Ashmole, trató en vano de refundir en los moldes de los misterios indos y egipcios) descansa, según la gran autoridad de Ragón, sobre tres grados fundamentales. El triple deber de un masón es estudiar *de dónde viene, quién es y adonde va*; esto es, el estudio de sí mismo y de la futura transformación. Las iniciaciones masónicas fueron copiadas de las de los misterios menores. El tercer grado se conocía desde tiempo inmemorial, tanto en



Egipto como en la India, y se conserva lánguidamente en las logias con el nombre de “muerte y resurrección de Hiram-Abiff, el *hijo de la viuda*”. A éste se le llama “Osiris” en Egipto; en la India “Loka-chakshu” (ojo del mundo) y también “Dinakara” (el hacedor del día) o sea el Sol. En todas partes se designaba el rito en sí con el nombre de “puerta de la muerte”. El ataúd o sarcófago de Osiris, muerto por Tifón, se colocaba en el centro de la Sala de la Muerte, con el neófito junto a él, y los iniciados en rededor. Se le preguntaba al neófito si había tomado parte en el asesinato; y no obstante su negativa, se le sometía a varias y muy duras pruebas, después de las cuales el iniciador hacía ademán de herirle en la cabeza con un hacha. Entonces se le derribaba al suelo, se le envolvía el cuerpo en lienzos como una momia, y se derramaban lágrimas sobre él. Brillaba entonces el rayo, resonaba el trueno y se envolvía en llamas el supuesto cadáver, hasta que finalmente levantaban al candidato. Ragón acoge el rumor de que desempeñando en cierta ocasión el emperador Cómodo el papel de iniciador, lo representó con tal rudeza que llegó a matar al iniciado cuando le dio el golpe con el hacha. Esto indica que los misterios menores subsistían en el siglo segundo de la era cristiana.

Los atlantes importaron los misterios en la América central y meridional, en el Norte de Méjico y en el Perú, en aquellos tiempos en que:

Un peatón desde el Norte (de lo que un tiempo fue también la India) pudo alcanzar a pie enjuto la península de Alaska a través de la Mandchuria, del *futuro* golfo de Tartaria, las islas Kuriles y Aleucianas; mientras que otros viajeros, procedentes del Sur, podrían pasar por Siam cruzando las islas de Polinesia y yendo a pie al continente sudamericano.

Subsistían los misterios en la época de la invasión de los españoles, quienes destruyeron los anales de Méjico y Perú, aunque no pudieron profanar las muchas pirámides (logias de una antigua iniciación), cuyas ruinas se van esparciendo en Puente Nacional, Cholula y Teotihuacan. De sobra conocidas son las ruinas de Palenque, Ococingo en Chiapa, y otras poblaciones precolombinas de Centro América. Si las pirámides y templos de Guiengola y Mitla alguna vez revelan sus secretos, la presente Doctrina se mostrará que fue una precursora de las mayores verdades de la Naturaleza. Entretanto bien pueden llamarse todos estos lugares *Mitla* “lugar triste” y “morada de los muertos” (profanados). (D.S. V, 394-401).

Dice la *Real Enciclopedia Masónica* en su artículo sobre “el Sol”:

Siempre ha desempeñado el Sol importante papel como símbolo, especialmente en la masonería. El V.M. representa el Sol levante; el S.V. el Sol en el meridiano y el P.V. el Sol poniente. En los ritos drúidicos, el archidruída representaba al Sol y le asistían en las



ceremonias dos oficiales representativos de la Luna en occidente, uno, y del Sol en el meridiano, el otro. Es completamente inútil entrar en prolijas discusiones acerca de este símbolo.

En verdad es “inútil”, puesto que Ragón lo ha discutido ya ampliamente, según puede verse en las citas hechas al fin de la Sección XXIX. **La masonería derivó de su ritual de Oriente, conforme dejamos expuesto. Y si de los modernos rosacruces puede afirmarse con verdad que “sus conocimientos caóticos no son quizás una adquisición apetecible”, con mayor verdad puede afirmarse lo mismo respecto a las demás ramas de la masonería, puesto que nada absolutamente saben sus miembros sobre el significado de sus símbolos. Muchas hipótesis a cuál más inadecuadas se han establecido, como por ejemplo en lo referente a las “torres redondas” según la *Real Enciclopedia Masónica*, la idea de que estén relacionadas con la Iniciación Masónica puede ser desde luego descartada, como indigna de ocuparse de ella. Las “torres” que se encuentran en el oriente de Asia, estuvieron relacionadas con los misterios de la iniciación a saber, con los ritos de Vishvakarma y Vikarttana. A los candidatos a la iniciación se les colocaba en ellas durante tres días con sus noches, si por acaso no había a mano un templo con cripta subterránea. Con no otro objeto se edificaron estas torres redondas. Aunque desacreditados estos monumentos de origen pagano por el clero católico, que de esta suerte “tapa su propio mito”, todavía permanecen como indestructibles reliquias de la antigua Sabiduría. Nada hay en este nuestro objetivo e ilusorio mundo, que no pueda servir al mismo tiempo para buen y mal fin. Así fue que, en las últimas épocas, los antropomorfistas y los iniciados del sendero *sinistro* se apoderaron de la mayor parte de estas veneradas ruinas silenciosas, abandonadas por sus primitivos sabios moradores, y las convirtieron en monumentos fálicos; pero esto fue deliberada y viciosa interpretación de su verdadero significado, y un desvío de su primitivo uso.** Aunque el Sol fue siempre, aun para las multitudes, XXXXXXXXXX, “el solo y único rey y dios de los cielos”, y el XXXXXX el “dios del Buen Consejo” de Orfeo, tuvo en todas las religiones exotéricas un aspecto dual que antropomorfizaron los profanos. Así el Sol era Osiris-*Tifón*, Ormuzd-*Arimán*, Bel-Júpiter y *Baal*, esto es, el luminar dador de vida y *muerte*. Y así el mismo monolito, la misma columna, pirámide, torre o templo, edificados originalmente para glorificar el aspecto superior, pudo degenerar con el tiempo en templo idolátrico; o lo que es peor, en un emblema fálico en su cruda y brutal forma. El *lingam* de los indos tiene un significado altamente espiritual y filosófico; pero los misioneros sólo ven en él un “emblema obsceno”, que empero significa precisamente lo mismo que los pilares de piedra sin tallar de que nos habla la Biblia, erigidos en honor del masculino Jehovah. **Pero esto no obsta para que los *pudeyas* de los griegos, los *muraghi* de Cerdeña, los *teocalli* de**



Méjico, etc., tuviesen en su origen el mismo carácter que las “torres redondas” de Irlanda. Eran lugares sagrados de iniciación. (D. S. V, 402-404).

En 1877, la autora de esta obra, apoyada en la autoridad y opiniones de algunos muy eminentes eruditos, se atrevió a afirmar que hay una gran diferencia entre la palabra *Chrestos* y *Christos*, cuya diferencia tiene profundo significado esotérico; pues mientras *Christos* significa “vivir” y “nacido a nueva vida”, *Chrestos* significa en el lenguaje de la “iniciación”, la muerte de la naturaleza íntima, inferior o personal del hombre. Por esto se les da a los brahmanes el título de dos veces nacidos; y “mucho tiempo antes de la era cristiana, había *cristianos*, y tales eran los *esenios*” (En la epístola I de San Pedro, II, 3 se le da a Jesús el título de “el Señor Chrestos”). Por esta afirmación cayeron sobre la autora epítetos de insuperable dureza; pero no se hubiera nunca atrevido a hacerla sin apoyarse en la autoridad de tantos eminentes sabios como pueden consultarse.

Así decía en la página siguiente:

Hace notar Lepsius que la palabra *Nofre* significa Chrestos (bueno), y que “Onnofre”, uno de los nombres de Osiris, debe traducirse por “la bondad” de Dios manifestada”. Según Mackenzie, “la adoración de Christo no fue universal en los tiempos primitivos”, es decir, que no se había introducido aún la Christolatría; pero la adoración de *Chrestos*, o el principio del bien, precedió de algunos siglos al cristianismo y aun subsistió después del general establecimiento de esta religión, según demuestran muchos monumentos todavía en pie... Además, hay una lápida epitáfica correspondiente a la época cristiana, que dice:

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

En su obra *Roma subterránea* nos da Rossi otro ejemplo en una inscripción de las catacumbas que dice: *Elia Chreste, in Pace*. La autora puede hoy añadir a todos estos testimonios el de un erudito escritor, que apoya su opinión en demostraciones geométricas. En *El Origen de las Medidas*, cuyo autor acaso no haya oído hablar del “misteriosos dios” Visvakarma de los primitivos arios, hay pasajes muy curiosos por sus explicaciones y notas. Al tratar de la diferencia entre los términos *Chrestos* y *Christos*, concluye diciendo:

Hubo dos Mesías. Uno que descendió al abismo para salvar al mundo. Este era el Sol desposeído de sus áureos rayos, y coronado de espinas como símbolo de dicha partida. El otro era el triunfante Mesías que subió a la cima del arco celeste y tuvo por personificación el *león de la tribu de Judá*. En ambos casos cargó con la cruz: en uno por humillación y en otro para regular la ley de la creación, siendo el Jehová.



Y luego el autor trata de darnos “la prueba” de que “hubo dos Mesías”, como se dice antes.

Y dejando el divino y místico carácter de Jesús enteramente independiente de este suceso de su vida mortal, el pasaje transcrito lo presenta sin duda alguna como iniciado en los misterios egipcios, entre cuyos ritos se contaba el mismo de la muerte y espiritual resurrección del neófito, o sea del Chrestos sufriente en sus pruebas y nuevo nacimiento por regeneración; pues este era un rito universalmente adoptado.

El “abismo” a que descendía el iniciado oriental, según se ha dicho era Pâtâla, una de las siete regiones del mundo inferior, gobernada por Vasuki, el gran “Dios serpiente”. El Pâtâla tiene en el simbolismo oriental precisamente la misma significación múltiple que Skinner ha descubierto en la palabra hebrea *shiac* aplicada al caso de que tratamos. Era sinónimo del signo zodiacal de Escorpión; porque las profundidades del Pâtâla estaban “impregnadas” de la brillantez del nuevo Sol” representado por el “nuevamente nacido” a la gloria; y Pâtâla era y es en cierto sentido “un abismo, una tumba, el lugar de la muerte y la puerta del hades o sheol”; por lo que, en las parciales y exotéricas iniciaciones de la India, el candidato había de pasar por la matriz de la ternera, antes de proseguir al pâtâla. En sentido profano, pâtâla es la región de los antípodas; y así se llaman los indos pâtâla, al continente americano. Pero, simbólicamente, significa esto y mucho más, y lo relaciona directamente con la iniciación la circunstancia de que Vasuki, la divinidad gobernadora del pâtâla, se la representa en el panteón indo en figura de la misma gran sierpe o Nâga, que los dioses y los asuras emplearon como una cuerda alrededor de la montaña de Mandara para mazar las aguas del océano y sacar de ellas el amrita o agua de la inmortalidad.

Porque es ella también la serpiente Shesha que sirve de asiento a Vishnú, y sostiene los siete mundo. Asimismo es Ananta “el infinito”, el símbolo de la eternidad; y de aquí se deriva “el Dios de la Secreta Sabiduría” degradado por la Iglesia al *papel* de la serpiente tentadora, de Satanás. Todo esto puede evidenciarse por los mismos relatos exotéricos de los atributos de varios dioses y sabios, de los panteones indo y budista. Dos ejemplos bastarán para demostrar que el mejor y más erudito orientalista será incapaz de interpretar acertadamente el simbolismo de las naciones orientales, mientras ignore los puntos de correspondencia que sólo puede proporcionar el ocultismo y la Doctrina Secreta. He aquí los ejemplos:

1º el erudito orientalista Schlagintweit que ha viajado por el Tibet, cita una leyenda en una de sus obras sobre este país, y dice:



Nagarjuna (personaje mitológico “sin existencia real”, según cree el autor) recibió de los nagas el libro *Paramârtha* o, según otros, el Avatamsaka. Los nagas eran fabulosas criaturas del linaje de las serpientes, que pertenecían a la categoría de seres superiores al hombre, y se consideran como protectores de la ley de Buda. Dícese que Shakyamuni enseñó a estos espirituales seres un sistema religioso mucho más filosófico que el enseñado a los hombres, quienes no estaban por entonces bastante adelantados para recibirlo.

Ni tampoco lo están ahora; porque el sistema religioso más filosófico es la Doctrina Secreta, la oculta filosofía oriental, la piedra angular de todas las ciencias, desdeñada, aún hoy acaso más que ayer, por los imprudentes constructores, con la presunción propia de esta época. La alegoría significa sencillamente que habiendo las “serpientes” (los adeptos) “los sabios”, iniciado a Nagarjuna, los brahmanes lo expulsaron de la India temerosos de ver divulgados los misterios de su ciencia sacerdotal (que fue la verdadera causa de su odio al budismo); y entonces pasó a la China y al Tibet, en donde inició a muchos en las verdades de los ocultos misterios enseñados por Gautama el Buda.

2º No se ha comprendido todavía el oculto simbolismo de Narada, el gran Rishi, autor de algunos himnos del Rig Veda, que re-encargó más tarde de los tiempos de Krishna. Sin embargo, en conexión con las ciencia oculta, Narada, el hijo de Brahmâ, es uno de los más eminentes caracteres; pues, en su primera encarnación, estuvo directamente relacionado con los “Constructores”, y por lo tanto con los siete rectores que, según la Iglesia cristiana, “ayudaron a Dios en la obra de la creación”. Los orientalistas apenas tienen noticia de esta gran personificación, de quien sólo saben que dijo que Pâtâla “es un lugar de los goces sensuales y sexuales”. Este concepto se piensa que es divertido, y ha sugerido la idea de que Narada “hallaría sin duda deleitoso dicho lugar”. Con todo, la referida frase nos lo presenta simplemente como un iniciado, en relación directa con los misterios, “en el abismo entre los abrojos”, en la condición de “Chrestos sacrificial” y como sufriente víctima que desciende allí; ¡un misterio en verdad!.

Narada es uno de los siete Rishis o “hijos de la mente” de Brahmâ. Su historia demuestra que durante su encarnación fue un gran iniciado y que, como Orfeo, fundó los misterios. El *Mahâbhârata* dice que, habiendo Narada frustrado el plan formado para poblar el universo, deseoso de permanecer fiel al voto de castidad, fue maldecido por Daksha y sentenciado a un nuevo nacimiento. Además, cuando vivió en tiempo de Krishna, se le acusa de haber llamado “falso maestro” a su padre Brahmâ, porque este le aconsejó que se casara y él no quiso seguir el consejo. Esto indica que fue un iniciado, pues ello es contrario al culto y religión ortodoxos. Es curioso hallar a este Rishi y caudillo entre los “Constructores” y la “hueste celestial” con la misma significación y dignidad que el



arcángel San Miguel en la religión cristiana. Ambos son los varones “vírgenes” y albos los únicos de sus respectivas “huestes” que rehusan crear. **Dícese que Narada disuadió de procrear a los hariashvas, los cinco mil hijos que había tenido Daksha con el propósito de poblar la tierra. Desde entonces los hariashvas se “dispersaron por todas la regiones y ya no han vuelto” ¿Serían acaso los iniciados encarnaciones de estos hariashvas?**

Al séptimo día, que era el tercero de la prueba final, resurgía el neófito como hombre regenerado que, después de su segundo espiritual nacimiento, volvía a la tierra glorificado y vencedor de la muerte. Ya era hierofante. (D.S. V, 404-409).

En la obra de Moor titulada *Panteón Hindú* (cuyo autor toma equivocadamente por Krishna la figura de Vittoba, el Sol o Vishnú crucificado y lo llama Krishna crucificado en el espacio), puede verse una lámina representativa de un neófito oriental en su condición de *Chrestos*. La misma lámina se da también en la *Cristiandad monumental* de Lundy, quien ha reunido en su obra gran número de pruebas de “los símbolos cristianos *antes* del cristianismo”, como él dice. Así nos presenta a Krishna y Apolo como “buenos pastores”; a Krishna sosteniendo la concha cruciforme y el chakra, y al mismo Krishna “crucificado en el espacio”, según el autor lo llama. De esta figura puede realmente decirse, como el autor:

Creo que esta representación es anterior al cristianismo... Tiene mucha semejanza con un crucifijo cristiano... El modelado, la actitud, las señales de los clavos en pies y manos, indican origen cristiano, mientras que la corona partha de siete puntas, la carencia de leño y de *inri*, y los rayos de gloria encima, denotan origen distinto del cristiano. ¿Sería el hombre víctima, o el sacerdote y víctima a la par, de la mitología inda, que a sí mismo se ofreció en sacrificio antes de que existiesen los mundos?.

Así es seguramente.

¿Sería acaso el segundo Dios de Platón que se imprimía a sí mismo en el universo en la forma de la cruz? ¿O es su hombre divino, que habrá de padecer azotes, tormentos y prisión para morir por último *en la cruz*?

Es todo esto y mucho más. La arcaica filosofía religiosa era universal, y sus misterios son tan viejos como el hombre. Es el símbolo eterno del Sol personificado (astronómicamente purificado), en su mística significación regenerado, y simbolizado por todos los iniciados en memoria de una humanidad inocente en que todos eran “hijos de Dios”. Ahora el género humano se ha convertido realmente en “hijo del mal”. Pero, ¿deprime esto en algo la dignidad de Cristo como ideal, o de Jesús como hombre divino? De ninguna manera. Por el



contrario. Si se le hace aparecer solo, glorificado sobre todos los otros “hijos de Dios”, esto solo puede suscitar malos sentimientos en las naciones no cristianas, provocando su odio y conduciendo a guerras y turbulencias inicuas. Si, por otra parte, lo colocamos entre una larga serie de “hijos de Dios” e “hijos de la divina Luz”, cada hombre podrá entonces escoger entre aquellos varios ideales, al Dios que invoque en su auxilio y al que adore así en la tierra como en el cielo.

Muchos de estos llamados “salvadores”, fueron “buenos pastores”, como lo fue, por ejemplo, Krishna, y de todos ellos se dijo que “quebrantaron la cabeza de la serpiente”, es decir, que vencieron su naturaleza sensual y dominaron la divina y oculta Sabiduría. Apolo mató a la serpiente Pitón; Krishna a la negra serpiente Kalinaga; y el Thor de los escandinavos aplastó la cabeza del simbólico reptil con su maza cruciforme.

En Egipto, las ciudades más importantes estaban separadas del cementerio por un lago sagrado. La misma ceremonia del juicio, que, según describe el *Libro de los Muertos* (“esepreciado y misterioso libro”, como dice Bunsen) se efectuaba en el mundo espiritual, se cumplía también en la tierra durante el entierro de la momia. Cuarenta y dos jueces reunidos en la orilla juzgaban al “alma” del difunto por los actos de su vida terrena. Después volvían los sacerdotes al recinto sagrado, e informaban a los neófitos sobre el probable destino de aquella alma y del solemne drama que a la sazón tenía efecto en el invisible reino en donde el alma había entrado. El *Al-om-jah* o supremo hierofante egipcio infundía vigorosamente en los neófitos la idea de la inmortalidad del alma. He aquí un sucinto relato de cuatro de los siete grados de iniciación, en los misterios de Crata Nepoa celebrada por los sacerdotes egipcios.

Después de pasar en Tebas por las “doce torturas” preliminares, se le exigía al neófito que para salir triunfante dominase sus pasiones y no perdiera ni por un momento la idea de su Dios interno o séptimo principio. Luego, como símbolo de la errante situación del alma impura, había de subir por varias escaleras y vagar por una oscura cueva con muchas puertas cerradas. Terminadas victoriosamente estas pruebas, recibía el grado de *Pastoforis*, al que sucedían los de *Neocoris* y *Melancforis*. Entonces le llevaban a una espaciosa cámara subterránea, con gran número de momias yacentes, y quedaba en presencia del ataúd que contenía el mutilado cuerpo de Osiris. **Esta era la Cámara llamada Portal de la Muerte, y a ella el versículo del libro de Job: “¿Se ha abierto para ti el portal de la muerte, y has visto las puertas de la sombra de los muertos?”.**



Así pregunta el “Señor”, es decir, el hierofante, el *Al-om-jah*, el iniciador de Job, aludiendo al tercer grado de la iniciación. Porque el *Libro de Job* es por excelencia el poema de la iniciación.

Cuando el neófito había vencido los terrores de esta prueba, lo conducían a la *Cámara de los espíritus* para que ellos lo juzgasen. Entre otras reglas de conducta, se le daban las siguientes:

No alimentar jamás deseos de venganza. Estar siempre dispuesto al auxilio de un hermano, aún a riesgo de la propia vida. Enterrar a los muertos. Honrar padre y madre sobre todo. Respetar a los mayores, y proteger a los débiles. Acordarse siempre de la hora de la muerte, y de la resurrección en un nuevo e imperecedero cuerpo.

Se recomendaba en sobremanera la pureza y la castidad, y el adulterio se amenazaba con la muerte. El neófito obtenía así el grado de *kristóforo*. Entonces se le comunicaba el misterioso nombre de *IAO*.

Compare el lector los sublimes preceptos antes citados con los de Buda, y con las “reglas de vida” de los ascetas indos, y comprenderá la universal unidad de la Doctrina Secreta. (D.S. V, 409-412)

Es imposible negar la presencia de un elemento sexual en muchos símbolos religiosos; pero esto de ningún modo merece censura, pues sabido es que en las tradiciones religiosas de todos los países, el hombre de la primera raza “humana” no nació de padre y madre. Tanto los Rishis o “Hijos de la mente de Brahmâ”, como Adam Kadmon con sus emanaciones, los Sefiroth y los Anupâdakas, o “sin padres”, los Dhyani-Buddhas, de quienes surgieron los Bodisatvas y Manushi-Buddhas, los Iniciados terrestres (hombres); la primera raza o especie de hombres, se tenían en todos los pueblos por nacida sin padre ni madre. El Hombre, el “Manushi-Buddha”, el Manu, el “Enosh” hijo de Seth, el “Hijo del Hombre” como se le llama, nació por engendro, a causa de la inevitable fatalidad de la ley natural de la evolución. Cuando el género humano llegó al punto de conversión, en que su naturaleza espiritual había de dejar paso a la organización puramente física, tuvo que “caer en la materia” y en la generación. Pero la evolución e involución del hombre son cíclicas. Acabará él como principió. Por supuesto que a nuestras groseras mentes le sugiere ideas de materialidad hasta el sublime simbolismo del Kosmos, concebido en la matriz del espacio después que la divina Unidad hubo penetrado en aquella y la hubo fecundado con Su santo *fiat*; pero no le parecía lo mismo al primitivo género humano. El rito inicial de la víctima que se sacrifica en los Misterios y muere espiritualmente para salvar al mundo de la



destrucción (realmente de la despoblación), fue establecido durante la cuarta raza para conmemorar un suceso que, fisiológicamente, es ahora misterio de misterios entre los problemas del mundo. En las Escrituras hebreas, Caín (el masculino) y Abel (el femenino) son la pareja que se sacrifica e inmola (como permutaciones de Adán y Eva, o el dual Jehovah) y derrama su sangre de “separación y unión”, con objeto de salvar al género humano e inaugurar una nueva especie o raza fisiológica. Más tarde todavía, cuando, según ya se ha dicho, para renacer una vez más en su perdido estado espiritual, tuvo que pasar el neófito por la matriz de una ternera *virgen* (los arios sustituían la ternera viva por otra de oro, plata u otro metal. El rito subsiste todavía en India, para recibir la dignidad de brahmán o dos veces nacido) que se sacrificaba en la ceremonia, representa con ello otra vez un gran misterio alusivo al proceso de nacimiento, o mejor dicho, a la primera entrada del hombre en este mundo, a través de Vâch (la melodiosa vaca que produce alimento y agua), el Logos femenino. También se refiere al auto-sacrificio del “divino hermafrodita” de la tercera raza; o sea la transformación en verdaderamente física, de la Humanidad tras la pérdida de la potencia espiritual. **A causa de saborear alternadamente el fruto del mal con el fruto del bien, se fue atrofiando gradualmente la espiritualidad y vigorizándose la materialidad en el hombre, por lo que fue sentenciado a nacer desde entonces por el proceso actual de la generación. Este es el misterio del hermafrodita que los antiguos mantuvieron tan velado y secreto. Ni la carencia de sentido moral ni el predominio de la grosera sensualidad les indujo a considerar a sus dioses en aspecto dual; sino más bien el conocimiento de los misterios y procedimientos de la primitiva Naturaleza. Conocían mejor que nosotros la fisiología. Aquí está la oculta clave del simbolismo antiguo, el verdadero foco del pensamiento nacional, y las extrañas imágenes hermafroditas de casi todos los dioses y diosas de los panteones paganos y monoteístas.**

Dice Sir William Drummond en su obra *Edipo Judaico*:

Las verdades científicas eran el arcano de los sacerdotes; porque en ellas se basaba la religión.

No se comprende que los misioneros recriminen tan cruelmente a los adoradores de Vaishnavas y Krishna, por suponer significado obsceno en sus símbolos; puesto que es indudable para cuantos autores no están cegados por prejuicios, que Chrestos en el profundo (se quiere significar por esto el sepulcro o el infierno), tenía de igual modo un elemento sexual en su símbolo.

Nadie lo niega hoy. Los “hermanos rosacruces” de la Edad Media fueron tan buenos cristianos como el mejor; y sin embargo, todos sus ritos se fundaban en símbolos de significado eminentemente fálico y sexual. Jennings, biógrafo de los rosacruces y autoridad de peso en la materia, dice de esta Hermandad:



Las torturas y el sacrificio del Calvario, la pasión de la Cruz, eran en los rosacruces glorioso y bendito triunfo y magia, protesta y llamamiento.

¿Protesta contra quién? **La protesta de la Rosa crucificada, el mayor y más secreto símbolo sexual, el yoni y el lingam, la víctima y el matador, los principios femenino y masculino de la Naturaleza.** En su obra póstuma *Falicismo*, describe Jennings, en brillantes palabras, el simbolismo sexual en lo más sagrado para los cristianos:

La sangre manaba de la corona, del círculo de las espinas del infierno. La Rosa es femenina. Sus aterciopelados y carmíneos pétalos están resguardados por espinas. La Rosa es la flor más bella. La Rosa es la reina del jardín de Dios (la virgen María). Pero no sólo la Rosa es la idea mágica o la verdad; sino que la “rosa crucificada” o la “rosa martirizada” (la gran figura mística y apocalíptica), es el talismán, el prototipo, el objeto de adoración de todos los “Hijos de la Sabiduría”, o verdaderos rosacruces.

No de todos los “Hijos de la Sabiduría”, ni aun de los verdaderos rosacruces. Porque estos nunca pusieron en tan grosero relieve, en el punto de vista puramente sensual y terreno, por no decir animal, los más nobles símbolos de la Naturaleza. Para los rosacruces era la “Rosa” el símbolo de la prolífica virgen Tierra, de la Naturaleza, madre y nodriza de los hombres, representada en la doncella Isis por los iniciados egipcios. Como todas las demás personificaciones de la Naturaleza y de la Tierra, es Isis hermana y esposa de Osiris, puesto que la Tierra y el Sol proceden del mismo misterioso Padre, y el Sol fecunda a la Tierra por divina insuflación, según el misticismo primitivo. En las “Vírgenes del Mundo”, en las “Doncellas celestiales”, se personificó el puro ideal de la mística Naturaleza, y más tarde en la humana Virgen María, la Madre del Salvador del mundo cristiano.

La teología adaptó al simbolismo antiguo (En la *Ortodoxia Masónica* de Ragón, encontramos la siguiente explicación, tomada probablemente del árabe Albumazar: “*La Virgen de los magos caldeos*. La esfera o globo de los caldeos mostraba en sus cielos un niño recién nacido al que llamaban *Cristo* y *Jesús* y apareció en los brazos de la virgen celestial. Eratóstenes, el bibliotecario alejandrino, que nació 276 años antes de nuestra era, daba a esta virgen el nombre de Isis, madre de Horus”. Esto es, precisamente, lo que Kircher dice en *Edipo egipcio*, citando a Albumazar: “En el primer decan de la constelación Virgen surge una doncella pura y sin mancha, llamada Aderenosa... sentada en un primoroso trono amamantando a un niño... un niño llamado Jesús, que significa Issa, a quien también se le llama Cristo en griego”) el carácter de la doncella judía; y no fue el símbolo pagano el fabricado para esta ocasión.

Sabemos por Herodoto que Orfeo, héroe muy anterior a Homero y Hesiodo, trajo los misterios de la India. Poco se sabe de Orfeo, en verdad; y hasta los últimos tiempos, la literatura orférica, y hasta los mismos argonautas, fueron atribuidos a Onamácrito, contemporáneo de Pisistrato, Solón y Pitágoras, de



quien se decía que había compilado estas tradiciones en la forma actual hacia fines del siglo VI antes de J.C., o sean 800 años después de la época de Orfeo. Pero ahora se nos dice que en tiempo de Pausanias había una familia sacerdotal que, como los brahmanes con los *Vedas*, aprendían de memoria los himnos órficos y oralmente los transmitían de generación en generación. Al colocar la ciencia oficial a Orfeo 1.200 años antes de J.C. admite que los misterios, o sea el ocultismo dramatizado, pertenecen a una época anterior a los caldeos y egipcios. (D.S. V, 412-417).

Según predijo el gran Hermes en su diálogo con Esculapio, había llegado el tiempo en que impíos extranjeros acusarán a Egipto de adorar monstruos, y que únicamente perdurarán las inscripciones grabadas en las piedras de sus monumentos (enigmas ininteligibles para la posteridad), dispersándose sus escribas y hierofantes. Los que quedaron en Egipto, para evitar la profanación de los sagrados misterios, se refugiaron en desiertos y montañas, donde establecieron sociedades y congregaciones secretas como la de los esenios. Los que emigraron a la India y aun al continente llamado ahora Nuevo Mundo, se comprometieron con solemnes juramentos a guardar silencio, y a mantener secreta su sabiduría, que de este modo quedó como nunca oculta a la vista de las gentes. En el Asia Central y en las fronteras septentrionales de la India, la victoriosa espada del discípulo de Aristóteles barrió en el camino de sus conquistas todo vestigio de la religión primitiva; y sus adeptos tuvieron que ocultarse en los recónditos rincones de la tierra. Terminado el ciclo de XXXXX, a los golpes del conquistador macedonio, sonó en el reloj de las razas la primera campanada de las horas de la desaparición de los misterios. Las últimas campanadas empezaron a sonar el año 47 antes de J.C.

Alesia (Hoy St. Reine (Costa de Oro), en la confluencia del Ose y del Oserain. Su caída es un hecho histórico de la historia de las Galias), la Tebas de los celtas, tan famosa por sus ritos de iniciación y por sus misterios, fue, según la describe Ragón:

La antigua metrópoli, tumba de la iniciación druídica y de la libertad de las Galias.

En el primer siglo de nuestra era sonó, pues, la última hora de los misterios. La historia nos muestra las Galias centrales sublevadas contra el yugo de Roma. El país quedó sujeto al César, y fue aplastada la revuelta, cuyo resultado fue el degüello y exterminio de los habitantes de Alesia, incluso el colegio sacerdotal de los druidas con todos sus neófitos; después de lo cual toda la ciudad fue saqueada y arrasada.



Algunos años más tarde pereció la no menos famosa ciudad de Bibractis, cuyo fin describe Ragón en estos términos:

Bibractis, madre de las ciencias, émula de Tebas, Menfis y Roma, alma de las primitivas naciones de Europa, era ciudad famosa por su colegio sacerdotal de druidas, su cultura y sus escuelas en donde 40.000 alumnos aprendían filosofía, literatura, gramática, jurisprudencia, medicina, astrología, arquitectura y ciencias ocultas. Tenía un anfiteatro circuido de colosales estatuas, capaz para cien mil espectadores, un capitolio, templos de Jano, Plutón, Proserpina, Júpiter, Apolo, Minerva, Cibeles, Venus y Anubis. En el centro de la ciudad estaba la naumaquia con su gran estanque de construcción increíble, a propósito para simulacros navales. También poseía un *Campo de Marte*, acueducto, fuentes, baños públicos, y murallas levantadas en los tiempos heroicos.

Tal era la ciudad de la Galia en donde murieron para Europa los secretos de las iniciaciones en los grandes misterios de la Naturaleza, y en sus olvidadas verdades. César quemó los volúmenes de la famosa biblioteca de Alejandría (El año 389 de nuestra era, la plebe cristiana acabó de quemar lo que había quedado; los estudiantes de ocultismo salvaron muchas obras de inestimable valía, pero se perdieron para el mundo); pero la Historia, que vitupera la vandálica fechoría del general árabe Amrús, que completó la siniestra obra del gran conquistador, no tiene para este ni una frase de oprobio, a pesar de que fue el incendiario de Alejandría y el destructor de casi la misma cantidad de preciosos documentos en Alesia y Bibractis. El caudillo galo Sacrovir se sublevó contra el despotismo de Roma en el reinado de Tiberio; pero completamente vencido por Silio, el año 21 de nuestra era, fue quemado vivo con sus principales secuaces ante las puertas de Bibractis, que los vencedores entregaron después a las llamas, sin perdonar todos sus tesoros de literatura y de ciencias ocultas. De esta majestuosa antigua ciudad, hoy Autun, quedan algunos monumentos, como los templos de Jano y Cibeles.

Prosigue Ragón (El masón belga J. M. Ragón es el autor no iniciado que más sabía de ocultismo. Durante cincuenta años estudió los misterios antiguos, doquiera halló rastro de ellos. En 1805 fundó en París la asociación de los *Trinósofos*, en cuya logia dio durante muchos años (en 1818 y 1841), conferencias sobre las iniciaciones antiguas y modernas, que se imprimieron más tarde, pero que se han perdido. Fue redactor en jefe de la revista masónica *Hermes*. Entre sus obras se estiman mejores: *La Masonería Oculta* y *Fastos iniciáticos*. Después de su muerte, ocurrida en 1866, el Gran Oriente de Francia quedó dueño de muchos manuscritos suyos. Un masón de grado elevado informó a la autora de esta obra, que Ragón había mantenido correspondencia, durante años, con dos orientistas de Siria y Egipto, uno de los cuales era un caballero copto):

Arlés, fundada 2000 años antes de J.C., fue saqueada en 270. Esta ciudad de las Galias, reconstruida 40 años después por Constantino, ha conservado como restos de su antiguo esplendor el anfiteatro, el capitolio, un obelisco de granito de 17 metros de altura, un arco



de triunfo y las catacumbas. Así acabó la civilización celto-gálica. César, como un bárbaro digno de Roma, había ya cumplido la destrucción de los antiguos misterios con el saqueo de los templos y colegios de iniciación y la matanza de los iniciados y druidas. Subsistió Roma; pero sólo tuvo los misterios menores, sombras de las ciencias ocultas. La gran iniciación se había extinguido.

A pesar de ser tan docto y erudito, no deja de incurrir Ragón en algunos grandes errores cronológicos. Damos algunos pasajes de su obra *Masonería Oculta*. Por referirse directamente a nuestro asunto:

Al hombre divinizado (Hermes) sucedió el rey-sacerdote (hierofante) Menes, que fue el primer legislador, y fundó a Tebas, la ciudad de los cien palacios, colmándola de esplendor. Entonces comienza en Egipto la era sacerdotal. Los sacerdotes reinan y gobiernan. Dícese que se sucedieron 329 hierofantes, cuyos nombres no han pasado a la historia.

Pero como llegaron a escasear los genuinos adeptos, los sacerdotes, según afirma Ragón, escogieron otros falsos de entre la turba de esclavos, y los presentaban a la adoración de las masas ignorantes, coronándolos y deificándolos.

Cansados de la ominosa tutela a que los sacerdotes les tenían sujetos, se rebelaron los reyes y conquistaron la plenitud de su soberanía. Entonces advino al trono Sesostris, el fundador de Menfis (1613 años, se dice, antes de J.C.). A las dinastías de sacerdotes sucedieron las de guerreros... Cheops, que reinó de 1178 a 1122, levantó la gran pirámide que lleva su nombre. Se le acusa de haber perseguido a los sacerdotes y cerrado los templos.

Esto es completamente inexacto, por más que Ragón pretenda darle valor histórico. La gran pirámide llamada de Cheops, data al menos, según el Barón de Bunsen, de 5.000 años antes de J.C. A este propósito dice Bunsen en su obra *Lugar de Egipto en la Historia universal*, que “los orígenes de Egipto se remontan a 9.000 años antes de la era cristiana”. Y como la gran pirámide era el lugar sagrado de los misterios e iniciaciones (pues se edificó a este propósito), no concuerda con hechos históricos comprobados el suponer que Cheops, si fue el fundador de la gran pirámide, persiguiese a los sacerdotes y cerrase a los templos. Además la Doctrina Secreta enseña que Cheops pudo construir cualquier otra pirámide, pero no la que lleva su nombre.

Lo ciertamente histórico es que “a causa de una invasión etíope y de la confederación formada en 570 antes de J.C. por doce caudillos, el cetro egipcio cayó en manos de Amasis, hombre de baja cuna”, quien derrocó el poder sacerdotal, “pereciendo así la antigua teocracia que durante muchos



siglos había sostenido la corona de Egipto en las sienes de sus sacerdotes”.

Antes de la fundación de Alejandría era Egipto centro de atracción para los estudiantes y filósofos del mundo entero, y a este propósito dice Ennemoser:

¿Cómo es posible que sepamos tan poco de los misterios, no obstante haber subsistido durante tanto tiempo, en tan diversas épocas y en tan distintos países? La mejor respuesta es el profundo y universal sigilo de los iniciados, al que podemos añadir la destrucción y pérdida de los textos referentes a los conocimientos secretos de la más remota antigüedad.

Los libros de Numa, descritos por Tito Livio y hallados en la tumba de aquel rey, trataban de filosofía natural; pero no se divulgaron en su época, a fin de que se mantuvieran en secreto los misterios de la religión nacional... El senado y los tribunos del pueblo acordaron quemar dichos libros, como así se hizo.

Cassain menciona un libro, muy conocido durante los siglos IV y V, que, según tradición, se atribuía a Cam, el hijo de Noé, que a su vez decía de haberlo recibido de Jared, de la cuarta generación de Seth, hijo de Adam.

Los sacerdotes egipcios enseñaban también alquimia; si bien esta ciencia es tan antigua como el hombre. Muchos autores opinan que Adán fue el primer adepto, fijándose en el nombre que significa “tierra roja”. La verdadera interpretación, bajo su velo alegórico, nos la da el sexto capítulo del Génesis al hablarnos de los hijos de Dios que tomaron por esposas a las hijas de los hombres, a las que revelaron muchos misterios y secretos del mundo fenomenal. Dice Olaus Borrichius que la cuna de la alquimia ha de buscarse en tiempos remotísimos. Demócrito de Abdera era un alquimista y filósofo hermético. Clemente de Alejandría escribió mucho sobre esta ciencia, y Moisés y Salomón sobresalieron en ella, según se cree.

Dice Godwin:

El primer documento auténtico referente a la alquimia es un edicto de Diocleciano, de unos 300 años después de J.C., ordenando que se hiciesen en Egipto diligentes investigaciones acerca de todos los libros antiguos que tratasen del arte de hacer oro y plata, para que sin distinción fuesen entregados a las llamas.

La alquimia de los caldeos y de los antiguos chinos, no fue tan siquiera la progenitora de aquella otra alquimia que floreció entre los árabes siglos más tarde. Hay una alquimia espiritual y una transmutación física. El conocimiento de ambas se comunicaba en las iniciaciones. (D.S. V, 418-423).



Se habían extinguido los misterios eleusinos. Sin embargo, legaron ellos sus principales características a la escuela neoplatónica de Amonio Saccas cuyo sistema ecléctico estaba caracterizado por la teúrgia y el éxtasis. Jámblico añadió la doctrina egipcia de la teúrgia con sus prácticas; y el judío Porfirio se opuso a este nuevo elemento. Pero la escuela neoplatónica, con pocas excepciones, practicó el ascetismo y la contemplación, y sus místicos se sometían a disciplina tan rigurosa como la de los devotos hindús. Sus esfuerzos no tenían por objeto lograr el éxito en las prácticas de **taumaturgia, nigromancia o hechicería** de que hoy se les acusa, sino **desenvolver las facultades superiores del hombre interno o Ego espiritual**. La escuela sostenía que un cierto número de espíritus, moradores en esferas completamente independientes de la tierra y del ciclo humano; eran mediadores entre los “dioses” y los hombres, y entre el hombre y el Alma suprema. Para decirlo llanamente, el alma humana, con la ayuda de los espíritus planetarios, llegaba a ser “recipiente del Alma del mundo”, como dice Emerson. Apolonio de Tyana demostró estar en posesión de semejante facultad con estas palabras (citadas por Wilder en su obra *Neoplatonismo y Alquimia*:

Puedo ver el presente y el porvenir como en claro espejo. El sabio (adepto) no predice las plagas y epidemias por las emanaciones del suelo y la corrupción del aire. Las conoce después de Dios, pero antes que las gentes. Los *theoi* o dioses ven lo futuro; los hombres vulgares lo presente; los sabios lo que va a suceder. La austeridad de mi vida me produce tal agudeza de sentidos, que equivale a una nueva facultad mediante la cual pueden llevarse a efecto señaladas acciones.

Wilder pone a estas palabras el siguiente notable comentario:

Esto es lo que podemos llamar *fotografía espiritual*. El alma es la cámara en que igualmente se fijan los sucesos futuros, pasados y presentes; y el entendimiento llega a tener conciencia de ello. Más allá de nuestro limitado mundo, todo ocurre en *un día* y es un estado, porque lo pasado y lo futuro están comprendidos en los presente. Probablemente este es el gran día, el *último día*, el *día del Señor* a que se refieren los autores bíblicos, el día en que pasamos por la muerte o el *éxtasis*. Entonces el alma se libera del impedimento corporal y su más noble parte se une a la naturaleza superior y participa de la sabiduría y previsión de los seres elevados.

Que el sistema de los neoplatónicos era idéntico al de los vedantinos lo demuestra Wilder al decir lo siguiente de los teósofos alejandrinos:

La idea capital de los neoplatónicos era la de una suprema y única Esencia... Todas las filosofías antiguas señalaban que los dioses o dispensadores (XXXX), ángeles, demonios y otros agentes espirituales, emanaron del supremo Ser. Amonio aceptó la doctrina de los libros de Hermes, según la cual, del divino Todo procedió la sabiduría divina o Amun; que



de la sabiduría procedió el Demiurgos o Creador; y del Creador los espíritus subalternos, quedando en último término de procedencia los mundos y sus habitantes. El primero está contenido en el segundo, el primero y segundo en el tercero, y así hasta el fin de la serie.

Esto es eco fiel de la creencia vedantina, y se deriva directamente de las secretas enseñanzas orientales.

El mismo autor dice:

Parentesco con esta doctrina tiene la cábala judía enseñada por los fariseos o parsis y tomada probablemente de los magos persas, como la denominación de la secta hebrea parece indicar. Está ella substancialmente compendiada en la siguiente sinopsis:

El Divino Ser es el Todo, la fuente de toda existencia, lo infinito. Es agnoscible. El Universo lo revela y por Él subsiste. En el principio, Su efulgencia se difundió por doquiera (esta divina efulgencia y esencia es la luz del Logos. Pero los vedantinos emplean el neutro *Ello* en vez del masculino *Él*).

De tiempo en tiempo se retira dentro de Sí mismo, y de este modo forma en su Torno un espacio vacío al que transmite Su primera emanación, un rayo que contiene el poder generador y conceptivo. De aquí se deriva el nombre de HE, o Jah. El rayo produce a su vez el *tikkun*, el arquetipo o idea de la forma; y en esta emanación están contenidos macho y hembra, o sean las potencias generadora y conceptiva. De aquí provienen la tres primarias fuerzas: la Luz, el Espíritu y la Vida. El arquetipo se une al rayo o primera emanación, y queda penetrado por él. Por esta unión se relaciona perfectamente el modelo con su infinita fuente. El modelo es el primer hombre, el Adam Kadmon, el *macrocosmos* de Pitágoras y otros filósofos. De él procedieron los *sefiroth*... De los sefiroth emanaron a su vez los cuatro mundos, cada uno de los cuales emanó del inmediato precedente, y el inferior envolvió al superior. Estos mundos son menos puros, según descienden en la escala; y el ínfimo es el mundo material.

Esta velada exposición de la Doctrina Secreta aparecerá por esta vez clara a nuestros lectores. Los mundos mencionados son:

El primero, *Aziluth*, está poblado por emanaciones purísimas (la primera y casi espiritual raza humana). El segundo *Beriah*, por un orden inferior, siervo del primero (segunda raza). El tercero, *Jesirah*, por los querubines y serafines, los Elohim y B'ni-Elohim (hijos de los dioses, la tercera raza). El cuarto, *Asiah*, por los *kliputes*, cuyo jefe es Belial (hechiceros atlantes).

Estos mundos son desdoblamiento terrenal de su celeste prototipo; perecedera y temporáneas sombras y reflejos de las perdurables sino eternas razas que moran en los mundos para nosotros invisibles. De estos cuatro mundos (razas raíces) que nos precedieron, se derivan los elementos de las almas de los hombres de nuestra quinta raza, a saber: el intelecto, Manas o quinto principio, las pasiones y los apetitos mentales y corporales.



Entre los mundos prototípicos surgió un conflicto llamado “la guerra en el cielo”; y muchos eones más tarde se suscitó nuevamente esta lucha entre los atlantes de Asiah, y los B’ni-Elohim o Hijos de Dios (Los “Hijos de Dios” y su guerra con los gigantes y magos). Entonces se recrudecieron el mal y la flaqueza humana, porque en la última sub-raza de la tercera raza, según dice el *Zohar*:

Los hombres pecaron en su primer padre (esto es indudablemente una alegoría fisiológica), de cuya alma emanaron las de todos los hombres; y por el pecado fueron “desterrados” a cuerpos más materiales, a fin de que expiaran la culpa y llegasen a ser excelentes en bondad.

La Doctrina Secreta dice que fue para cumplir el ciclo de necesidad y progresar en la obra de la evolución, de que nadie se exime ni por muerte natural ni por suicidio; pues todos hemos de atravesar el “valle de los abrojos” antes de entrar en las planicies de la divina luz y descanso. Y así los hombres seguirán renaciendo en nuevos cuerpos,

Hasta que sean lo suficientemente puros para pasar a superior forma de existencia.

Esto significa que desde la primera hasta la séptima raza constituye el género humano la misma compañía de actores que han descendido de las altas esferas para llevar a cabo una excursión artística en este planeta. Emanados como espíritus puros. Descendimos al mundo para adquirir el conocimiento de la verdad (ahora débilmente revelada por la Doctrina Secreta) en nosotros inherente; y la ley cíclica nos llevó hacia la invertida cúspide de la materia, cuyo fondo ya hemos transpuesto. La misma ley de gravedad espiritual nos impelerá lentamente hacia esferas mucho más puras y elevadas que las de partida. La previsión, las profecías y los oráculos son ilusorias fantasías para el hombre sordo a las percepciones, que ve imágenes reales en los reflejos y sombras, y confunde pasados sucesos con visiones proféticas y de un porvenir que no tiene asiento en la eternidad. **El macrocosmos y el microcosmos repiten la misma serie de sucesos universales e individuales en cada estación, como en cada escenario a donde el karma los conduce para representar sus respectivos dramas. No habría falsos profetas si no los hubiese verdaderos, y así en toda época los hubo de ambos linajes; pero ni unos ni otros vieron nada que antes no sucediera ya, y hubiera sido representado prototípicamente en altas esferas (si lo vaticinado se refería a dichas o infortunios colectivos), o en alguna vida precedente, si concernía tan sólo a un individuo; pues todo suceso está estampado como indeleble memoria de lo que fue y de lo que ha de ser, que en suma es lo siempre presente en la eternidad.** Los “mundos” y las purificaciones, de que trata el *Zohar* y otros libros cabalísticos, tanto se refieren a nuestro globo y nuestras razas, como otros globos y razas que lo precedieron en el ciclo



grande. En los misterios se representaban alegóricamente estas verdades fundamentales; y el epílogo del drama era la *anastasis* o “existencia continuada”, así como también la “transformación del alma”. El autor de *Neoplatonismo y Alquimia* indica que las doctrinas eclécticas se reflejan en las *Epístolas* de San Pablo, y que:

Se propagaron con más o menos intensidad por las iglesias. De aquí pasajes como el siguiente: “Estabais muertos en el error y el pecado; caminabais según el *eón* de este mundo, según el *archón* que domina el aire”. Nosotros no luchamos contra la carne ni contra la sangre, sino contra las dominaciones, contra las potestades, contra los señores de las tinieblas y los maliciosos espíritus de las religiones empíreas”. Pero Pablo fue evidentemente hostil al esfuerzo intentando, según parece en Éfeso, de mezclar el Evangelio con las ideas gnósticas de la escuela hebreo-egipcia. De conformidad con su opinión escribía a Timoteo su discípulo predilecto: “Conserva incólume la preciosa carga que te he confiado; y repudia las nuevas doctrinas y los antagónicos principios de la falsamente llamada gnosis, la cual profesan algunos y se desvían de la fe”.

Pero como la Gnosis es la ciencia del Yo superior, y la fe ciega es cuestión de temperamento y emotividad; y como la doctrina de Pablo era aún más moderna, y sus interpretaciones estaban mucho más tupidamente veladas que las de los gnósticos para ocultar las verdades internas, prefirieron las ideas gnósticas algunos ardientes investigadores de la verdad. (D.S. V, 424-430).

. . . Pero ¿cuál era esta Sabiduría antigua” que el fundador del cristianismo tuvo en su pensamiento? El sistema que Amonio enseñaba en su escuela de Teosofía ecléctica, estaba constituido por las migajas del saber antediluviano que se permitió recoger. Las enseñanzas neoplatónicas están descritas del modo siguiente en la *Enciclopedia de Edimburgo*:

Amonio adoptó las doctrinas predominantes en Egipto sobre Dios y el Universo, considerados como un gran conjunto; sobre la eternidad del mundo, la naturaleza de las almas, los efectos de la Providencia (Karma) y el gobierno del mundo por los demonios (espíritus). Estableció asimismo un sistema de disciplina moral que permitía a las gentes vivir con arreglo a las leyes de su respectivo país y los dictados de la naturaleza; pero exigiendo del sabio la exaltación de la mente por medio de ejercicios contemplativos y la mortificación (La “mortificación” se entiende aquí en sentido moral, no material; reprimir los vicios y pasiones, y vivir con la mayor sobriedad posible) del cuerpo, para que fuesen capaces de gozar de la presencia y auxilio de los demonios (incluso su propio *daimón* o séptimo principio) y de ascender después de la muerte hasta el Padre supremo. A fin de reconciliar las religiones populares, y particularmente la cristiana, con su nuevo sistema, presentó alegóricamente la historia de los dioses paganos, sosteniendo que eran tan sólo mensajeros celestes (La iglesia romana ha adoptado esta enseñanza de los neoplatónicos, aplicándola a su culto de los siete Espíritus) a



quienes se debía tributar un menos grado de adoración. Reconocía además, que Jesús fue un grande hombre y amigo de Dios, pero decía que su propósito no atendía a la abrogación del culto de los demonios (La Iglesia ha tergiversado la idea interpretándola como culto de los diablos. “Daimon” significa espíritu, y se refiere a nuestro Yo superior o séptimo principio y a los dhyans choanes. Jesús prohibió ir al templo “como hacían los fariseos” y aconsejó la oración en secreto en lo más recóndito del aposento (o sea la comunión con el propio Dios de cada uno) ¿Hubiera Jesús consentido ante las masas hambrientas, la construcción de soberbios templos?), sino a purificar la antigua religión.

Nada más puede decirse, a no ser a los iniciados filaiteos “debidamente instruidos y disciplinados”, a quienes Amonio comunicó sus más importantes doctrinas.

Obligándoles con juramento al sigilo, como antes habían hecho Zoroastro y Pitágoras, y en los misterios, donde se exigía el secreto. El gran Pitágoras dividía sus enseñanzas en exotéricas y esotéricas.

Lo mismo hizo Jesús, puesto que reservó para sus discípulos los misterios del reino de los cielos, mientras que hablaba a las multitudes en parábolas de doble significado.

Sigue diciendo Wilder:

Así halló Amonio la obra preparada. Su profunda intuición espiritual, su vasta erudición, y su amistad con cristianos como Panteno, Clemente y Atenágoras, y con los más doctos filósofos de su tiempo, le invitaban a emprender la tarea que tan cumplidamente llevó a cabo... Los resultados de su ministerio se advierten aún hoy día en la cristiandad; porque todos los sistemas doctrinales llevan la huella de sus manos. Todas las filosofías antiguas han tenido sus partidarios entre los modernos; y aun el judaísmo, la más antigua de todas, ha sufrido cambios determinados por las enseñanzas del gran *teodidactos* alejandrino.

En la escuela neoplatónica de Alejandría, fundada por Amonio (y que se propone como prototipo a la Sociedad Teosófica), se enseñaba teúrgia y magia, como las habían enseñado Pitágoras y otros antes de él; pues, según dice Proclo, de las doctrinas de Orfeo, natural de la India y emigrado a Grecia, se derivaron todos los misterios posteriores.

Pitágoras aprendió en los misterios órficos lo que Orfeo enseñaba bajo alegorías ocultas; y Platón tuvo perfecto conocimiento de todo ello gracias a los escritos de Orfeo y Pitágoras.

Los filaiteos se clasificaban e neófitos e iniciados; y el sistema ecléctico estaba basado en tres principios fundamentales de puro carácter vedantino, a saber: una Esencia suprema, única y universal; la eternidad e indivisibilidad del humano espíritu; y la teúrgia, que es el empleo de los



mantrams. Según hemos visto, tenían los filaletes enseñas secretas o esotéricas como las demás escuelas místicas; y del mismo modo que los iniciados en los misterios, juraban guardar sigilo acerca de los dogmas ocultos, con la única diferencia de que entre los iniciados en los misterios, eran más terribles las penas impuestas al perjurio. Esta prohibición subsiste todavía no sólo en la India, sino entre los cabalistas judíos de Asia.

Uno de los motivos de tal sigilo debieron de ser las verdaderamente graves dificultades y fatigas del discipulado, y los peligros propios de la iniciación. El candidato moderno, como su predecesor de la antigüedad, ha de vencer o morir; si, lo que todavía es peor, no pierde el juicio. Sin embargo, ningún peligro hay para el que verídico, sincero y sobre todo altruista, está preparado a afrontar las tentaciones, de antemano:

Quien plenamente reconocía el poder de su espíritu inmortal y ni por un instante dudaba de su omnipotente protección, no tenía que temer. Pero ¡ay! Del candidato a quien el más leve temor físico (enfermiza criatura material) le hacía perder la fe en su invulnerabilidad. Sentenciado quedaba el que no tenía entera confianza en su fuerza moral, para aceptar la carga de estos terribles secretos.

En las iniciaciones neoplatónicas no había tales peligros. El egoísta y el inepto fracasaban en su propósito, y el fracaso era su castigo. Era el capital objeto: “La unión de la parte con el *Todo*”. El Todo era Uno, con innumerables nombres; pues aunque los arios le llamaban *Dui*, “el brillante Señor de los cielos”; los caldeos y cabalistas, *lao*; los samaritanos, *labe*; los escandinavos, *Tuisco* o *Tiu*; los bretones, *Duw*; los griegos, *Zeus*; y los romanos, *Júpiter*, es el Ser, el Hacedor único y supremo, la inderivada e inagotable fuente de toda emanación, el eterno manantial de la vida, el inextinguible foco de luz eterna del que cada uno de nosotros lleva un rayo en la tierra.

Estos misterios, así como las reglas y métodos para producir el éxtasis, habían llegado a los neoplatónicos desde la India por conducto de Pitágoras y posteriormente por el de Apolonio de Tyana. La divina Vidyâ o Gnosis tenía su brillante foco en Aryavarta, a donde desde el principio de los tiempos habían afluído los ígneos chorros de la Divina Sabiduría, hasta llegar a ser el centro del cual irradiaban por el mundo las “lenguas de fuego”. El *samâdhi* no es más que el sublime éxtasis o estado en que, como dice Porfirio,

Se nos revelan las cosas las cosas divinas y los misterios de la Naturaleza; el efluvio del alma divina que se comunica sin reservas al humano espíritu, el que realiza de este modo su unión con la Divinidad, capacitando el que habita en el cuerpo, para participar de la vida que no está en el cuerpo.



Así se enseñaban con el título de magia, todas las ciencias físicas y metafísicas, naturales o aquellas que consideran sobrenaturales los que ignoran la omnipresencia y la universalidad de la Naturaleza. “La magia divina convierte al hombre en Dios; la magia humana crea un nuevo diablo”.

Dijimos en *Isis sin Velo*:

En los *Vedas* y las *Leyes de Manu*, los documentos más antiguos del mundo, vemos que los brahmanes practicaban y permitían muchos ritos mágicos. En el Tibet, Japón y China, se enseña hoy día lo mismo que enseñaron los antiguos caldeos. Los sacerdotes de estos países prueban además lo que enseñan; esto es, que la austeridad física y la pureza moral, vigorizan la facultad anímica de la auto-iluminación que, al conceder al hombre el dominio de su espíritu inmortal, le da también potestad mágica en verdad, sobre los espíritus elementales inferiores a él. En Occidente hallamos magia tan antigua como en Oriente. Los druidas de la Gran Bretaña la practicaban en las silentes criptas de sus profundas cavernas; y Plinio dedica más de un capítulo a la “sabiduría” de los caudillos celtas. Los *semotis* o druidas gálicos enseñaban ciencias físicas y espirituales y exponían los secretos del universo, el armónico movimiento de los cuerpos celestes, la formación de la tierra y, sobre todo, la inmortalidad del alma (Pomponio dice que tenían conocimientos de las más profundas ciencias). En sus sagrados bosques, semejantes a naturales academias edificadas por el invisible Arquitecto, se reunían los iniciados a la silenciosa hora de la media noche, para aprender del pasado y el porvenir del hombre. No necesitaban luz artificial para alumbrar sus templos, porque la casta diosa de la noche enviaba sus plateados rayos sobre las cabezas ceñidas de roble; y los bardos de blancas vestiduras, sabían conversar con la solitaria reina de la bóveda estrellada.

En los gloriosos días del neoplatonismo, ya no existían los bardos, porque pasado estaba su ciclo, y los últimos druidas habían perecido en Bibractis y Alesia. Pero la escuela neoplatónica se mantuvo floreciente, poderosa y próspera durante largo tiempo. Sin embargo, al adoptar la sabiduría aria en sus doctrinas, fracasó en la práctica de la sabiduría de los brahmanes. El neoplatonismo mostró muy abiertamente su superioridad moral e intelectual, atendiendo demasiado a las grandezas y pompas de la tierra. Mientras los brahmanes y sus grandes yoguis, expertos en materias de filosofía, metafísica, astronomía, moral y religión, se mantenían apartados del mundo y de los príncipes, de quienes no solicitaban el más ligero favor (Dice un escritor moderno: “El cuidado con que atendían a la educación de los jóvenes, despertando en ellos generosos sentimientos de virtud, les aquistó mucha honra; y sus máximas y discursos, según refieren los historiadores, prueba que eran doctos en filosofía, metafísica, astronomía, religión y moral. Si los reyes y príncipes deseaban tomar consejo o recibir la bendición de estos santos varones, debían ir en persona o enviar mensajeros. Conocían las secretas propiedades de las plantas y minerales; profundizaban la naturaleza; y la psicología y la fisiología eran para ellos como libros abiertos, de lo que resultó la ciencia que ahora tan arrogantemente se llama *magia*”), los emperadores Alejandro Severo y Juliano y la mayor parte de los aristócratas y cortesanos profesaron los dogmas de los neoplatónicos, que vivían libremente en el mundo. **El sistema prevaleció**



durante algunos siglos, contando entre sus partidarios a los más conspicuos e instruidos hombres de la época. Hipatia, maestra del obispo Sinesio, fue ornamento de la escuela hasta el fatídico y vergonzoso día en que la asesinaron las turbas cristianas a instigación del obispo Cirilo de Alejandría. La escuela se trasladó por último a Atenas, en donde la mandó cerrar el emperador Justiniano. (D.S. V, 432-438).

. . . El nombre de kabiri se deriva de la palabra XXX (*habir*), grande; o también de *Kabar*, sobre-nombre de la diosa Venus y del planeta así llamado. Los kabiri eran adorados en Hebrón, la ciudad de los anakimes o nakas (reyes y príncipes), y son los superiores espíritus planetarios, los “máximos y potentes dioses”.

Varrón, siguiendo a Orfeo, les llama XXX, (potestades divinas). La palabra *kabirim*, cuando se aplica a los hombres, del mismo modo que las de *keber* y *gheber* y *kabir* (con referencia a la raza de “gigantes”, cuyo tipo es el Nemrod bíblico), se deriva como éstas de la “Palabra misteriosa, impronunciable e inefable”. Los kabiri representan la *tsaba* o “hueste celestial”.

Sin embargo, la Iglesia, a la par que se inclina ante el ángel Anael (espíritu planetario de Venus) (para los caldeos y egipcios, era Venus la esposa de Proteo y madre de los kabiri o hijos de *Phta* (la luz del Sol). Los arcángeles, según la cábala y la religión cristiana, tienen a su cargo los astros del sistema en el siguiente orden: Miguel, el Sol; Gabriel, la Luna; Samael, Marte; Anael, Venus; Rafael, Mercurio; Zacariel, Júpiter; y Orifiel, Saturno. Astrológica y esotéricamente, y según la cábala caldea, difiere el orden y lugar señalado a cada arcángel), relaciona al planeta Venus con Lucifer, el satán, jefe de los ángeles rebeldes, tan poéticamente apostrofado por el profeta Isaías cuando dice: “¡Oh Lucifer, hijo de la mañana!”. **Los kabiri eran los dioses de los misterios, y como por ello estos “siete lictores” se relacionan directamente con la *Doctrina Secreta*, es de suma importancia fijar su verdadera condición.**

Suidas dice que los kabiris son los dioses que mandan a los demás daimones o espíritus (XXXXXXXXXX). Según Macrobio son “los penates y divinidades tutelares, por mediación de los cuales vivimos, aprendemos y conocemos”.

Los terafines de que se servían los hebreos para consultar los oráculos del urim y thummim, eran jeroglíficos simbólicos de los kabiri. Sin embargo, los buenos Padres han hecho de Kibir un sinónimo de diablo; y de daimon o espíritu un demonio. **Los misterios de los kabiri, que celebraban en Hebrón judíos y paganos, estaban presididos por los siete dioses planetarios, entre ellos Júpiter y Saturno, bajo sus misteriosos nombres, llamándoseles XXXXXX y XXXXXX y por Eurípides XXXXXXXX ò XXXXXX.**



Por otra parte, Creuzer indica que en Fenicia y en Egipto los kabiri eran los siete planetas (según los conocieron los antiguos) que con su padre el Sol (o su “hermano mayor”, como le llamaron otros), constituían ocho potestades superiores (esta es otra prueba de que los antiguos conocían los siete planetas además del Sol en nuestro sistema solar; porque, de otro modo, ¿Cuál sería el octavo? El séptimo con otros dos eran, según se ha dicho, los planetas de los “misterios”, sea el que falta Urano u otro), o sean el Sol con sus asesores (XXXXX), cuyo movimiento de rotación estaba simbolizado por la danza sagrada circular. Además, Jehovah y Saturno son una misma cosa. (D.S. V, 441-443).

. . . Dice San Ambrosio Areopagita:

El Sol es la especial significación e imagen de Dios... (Lo mismo afirmaban los antiguos egipcios y sabeos, cuyos manifestados dioses Osiris y Bel tenían por símbolo el Sol. Pero adoraban también a una divinidad superior). Por la puerta Oriental penetraba la gloria del Señor en los templos (De los judíos y cristianos. La divina gloria es la luz del Sol)... “Nosotros edificamos las Iglesias con la portada hacia oriente”, -dice a su vez San Ambrosio-, “porque durante los misterios empezamos por renunciar al que está en occidente”).

Y “el que está en Occidente” es Tifón, el dios egipcio de las tinieblas, pues los egipcios llamaban al occidente “tifónica puerta de la muerte”. Así es que, después de haber copiado al Osiris de los egipcios, los Padres de la Iglesia piensan muy poco en su hermano Tifón. (D.S. V, 445-446).

Los terafines de Terah (Cuando el hierofante recibía la última graduación, surgía del sagrado recinto llamado *Manneras* y colocaba sobre su pecho la *tau* o cruz egipcia de oro, con la que al morir se le enterraba), el “hacedor de imágenes”, padre de Abram, y los dioses kabiris, están directamente relacionados con el antiguo sabeísmo.

El dios Kiyun o Kivan, adorado por los judíos en el desierto es Saturno y Shiva, al que posteriormente llamaron Jehovah. La astrología precedió a la astronomía, y al jefe de los hierofantes egipcios se le daba el título de *astronomus* (los tres nombres secretos son: Sana, Sanat Sujata y Kapila”. Los cuatro dioses exotéricos son: Sanat, Sananda, Samaka y Sanâtana Kumara). El sobrenombre “Sabaoth” con que los hebreos designaban a Jehovah, significa “Señor de las huestes”, y la palabra *tsbaoth* (hueste) pertenece a los caldeos sabeos (o *Tsabeos*), teniendo por raíz “carro”, “buque” y “ejército”. Por lo tanto, sabaoth significa literalmente *armada de buques, tripulación o hueste naval*, pues para los judíos era el cielo el “océano superior”, metafóricamente.



En su interesante obra *El Dios de Moisés*, dice Lacour:

Los ejércitos celestes o huestes celestiales, sólo significan el conjunto de las celestes constelaciones, sino también los Aleim de que dependen. Los *aleitzbaout*, son las fuerzas o almas de las constelaciones, las potestades que mantienen y guían a los planetas en su ordenado movimiento. Jae-va-Tzbaout significa el jefe supremo de los cuerpos celestes.

Conviene advertir por nuestra parte que Jae-va-Tzbaout o Jehovah Sabaoth era un nombre colectivo y representaba el principal “orden de espíritus”, no un espíritu principal.

Los sabeos adoraban en sus imágenes esculpidas únicamente a las huestes celestiales, es decir, a los ángeles y dioses cuya morada eran los planetas; y en consecuencia no puede afirmarse con verdad que adorasen a los astros. Porque apoyándonos en la autoridad de Platón, sabemos que entre las estrellas y constelaciones, tan sólo a los planetas se les llamaba *theoi* (dioses); pues ese nombre era derivado del verbo XXXX, correr o circular. Según Seldeno, se les denominaba asimismo XXXXXXXX (dioses consejeros) y XXXXXXXX (lictors), porque estaban presentes en el consistorio del Sol, *Solis consistoris adstantes*”.

Dice el erudito Kircher:

Por los cetros que empuñan los siete ángeles presidentes, se les dio el nombre de *rabdóforos* y lictors.

En su más sencilla expresión y en su significado popular, esto es desde luego culto fetichista; sin embargo, la astrología esotérica no consintió en modo alguno en la adoración de ídolos, puesto que los “consejeros o lictors asistentes al consistorio del Sol” no eran los planetas físicos o materiales, sino sus regentes o “almas” planetarias. Si la invocación “Padre nuestro que estás en los cielos”, o “San tal o cual que estás en el cielo”, no es idolátrica, tampoco deben serlo las de “Padre nuestro que estás en Mercurio”, “Señora nuestra que estás en Venus” o “Reina del cielo”, etc., porque precisamente es la misma idea, ya que el nombre no altera la esencia del hecho. La palabra “en los cielos” o “en el cielo”, que se emplea en las oraciones cristianas, no puede tener significado abstracto. Una morada, sea de dioses, ángeles o santos (considerados como seres antropomórficos), debe significar necesariamente un lugar, algún determinado paraje de ese “cielo”; de aquí que resulte completamente indistinto para los objetos de adoración el considerar dicho paraje como el “cielo” en general, sin limitación particular, o fijarlo en el Sol, la Luna o Júpiter. (D.S. V, 454-456).



. . . Dionisio de Tracia y el docto San Clemente de Alejandría, dicen también que en los templos egipcios estaban representados los regente en figura de ruedas o esferas misteriosas siempre en movimiento, por lo cual afirmaban los iniciados que en la iniciación *adyta* (Cedreno pág. 338. Ya accionadas por mecanismos de *relojería*, ya por fuerzas *mágicas*, las esferas armilares con los planetas en movimiento, solían verse en los santuarios. Hoy día existe una en el Japón, en el subterráneo secreto del templo particular del Mikado, y dos más en otros lugares) **habían resuelto las ruedas celestes el problema del movimiento perpetuo.**

Esta doctrina de Hermes la expusieron antes que él Pitágoras y Orfeo. Proclo la llama “la doctrina enseñada por Dios”; y Jámblico habla de ella con suma veneración. Filostrato dice que la corte sidérea del cielo babilónico estaba representada en los templos por medio de

Globos de zafiros que servían de peana a las imágenes de oro de sus respectivos dioses.

Los templos de Persia eran especialmente famosos por estas representaciones. Si hemos de creer a Cedreno:

Al entrar el emperador Heraclio en la ciudad de Bazacum quedó suspenso a la vista de la grandiosa máquina construida por el rey Cosroes, la cual representaba la bóveda estrellada con los planetas en movimiento y los ángeles que los presidían.

Con ayuda de estas “esferas” armilares estudió Pitágoras astronomía en los *adyta arcana* de los templos donde tuvo acceso; y la perpetua rotación de aquellas esferas (las “misteriosas ruedas”, como las llama San Dionisio y San Clemente de Alejandría, o las “ruedas del mundo”, según Plutarco) **le demostraron en su iniciación la verdad que se le había enseñado, es decir, el sistema heliocéntrico que constituía el gran secreto del *adyta*.** Todos los descubrimientos de la astronomía moderna, así como cuantos secretos se le puedan revelar en venideros tiempos, estaban contenidos en los ocultos observatorios y cámaras de iniciación de los antiguos templos de la antigua india y Egipto. Allí hacían los caldeos sus cálculos, revelando al vulgo profano únicamente lo que era capaz de comprender.

Se nos dirá que los antiguos desconocían el planeta Urano y que consideraban al Sol también como planeta, aunque jefe de todos ellos; pero, ¿lo sabe alguien? Urano es un *nombre moderno*; y se sabe con seguridad que los antiguos conocían un *planeta misterioso* del que sólo podía ocuparse el más elevado astronomus, el hierofante. El séptimo planeta no era el Sol, sino el oculto hierofante divino que decíase con corona, y que abarcaba dentro de su rueda otras “setenta y siete ruedas menores”. En el



arcaico sistema de los indos, el Sol o “Sûrya” es el Logos visible, pero sobre él existe el Hombre divino o celeste, quien, después de establecer el sistema del mundo de materia en el arquetipo del Universo visible, o **Macrocosmos**, conducía durante los misterios la celeste **Râsa Mandala**; por lo que se dijo de él:

Al dar con el pie derecho el impulso a *Tyam o Bhûmi* (la Tierra), la hace girar en una doble revolución.

Asimismo, al explicar la cosmología egipcia, dice Hermes:

Escucha ¡oh hijo mío!... La Potestad ha formado también siete agentes, que contienen dentro de sus círculos el mundo material, y cuya acción se llama destino... Cuando todo estuvo bajo el dominio del hombre, los Siete le comunicaron sus poderes, deseosos de favorecer la inteligencia humana. Pero tan luego como el hombre conoció su verdadera esencia y su propia naturaleza, quiso penetrar dentro y más allá de los círculos y quebró su circunferencia usurpando el poder de quien tiene dominio sobre el Fuego (el Sol) mismo. Después de robar una de las Ruedas del Sol, del fuego sagrado, cayó en esclavitud. (D.S. V, 460-462).

En un artículo titulado “La Reencarnación en el Tibet” (*The Theosophist* de Marzo de 1882), se dijo cuanto podía decirse acerca de Tsong-Kha-pa. Este reformador se afirmaba que no fue, como pretenden los sabios parsis, una encarnación de uno de los celestes dhyanis o cinco budas celestiales que se dice creó Shâkyamuni luego de alcanzar el nirvana; sino que fue una encarnación del mismo Amita Buda. **Los anales conservados en el Gon-pa, la principal lamasería (Comunidad de lamas o sacerdotes tibetanos) de Tda-shi-Hlumpo o Tachi-Hlumpo, indican que Sang-gyas dejó las regiones del “paraíso occidental” para encarnarse en Tsong-Kha-pa, en vista de la gran decadencia de sus doctrinas secretas.**

Doquiera se puso en luz pública, la Buena Ley de Cheu (Facultades mágicas) degeneró en hechicería o magia negra. Únicamente los dvijas, los hosang (Monjes chinos) y los lamas pudieron emplear sin peligro las fórmulas.

Hasta la época de Tsong-Kha-pa no había encarnado ningún sang-gyas (buda) en el Tibet. Tsong-Kha-pa prohibió severamente la nigromancia, y dio los signos por los cuales podía reconocerse en un cuerpo humano la presencia de uno de los veinticinco bodhisattvas (Es interesante la íntima relación entre los veinticinco budas –bodhisattvas- y los veinticinco tattvas –los condicionados- de los indos). Esto condujo a un cisma entre los lamas; y los descontentos se aliaron con los bonzos aborígenes contra el lamaísmo reformado. Aun hoy forman una poderosa secta entregada a ritos



abominables en las comarcas de Sikkim, Bhutan, Nepal y en las mismas fronteras del Tibet. Algo peor sucedió entonces. Con permiso del Tda-shu o Teshu Lama (Es curioso advertir la gran importancia que dan los orientalistas europeos a los dalai-lamas de Lhasa y la completa ignorancia en que están de los tda-shu o teshulamas que son los de hecho los “papas” del Tibet, y en quienes comenzó la serie jerárquica de las encarnaciones de Buda. Los Dalai-Lamas fueron instituidos por Nbaang-lob-Sangm un Tda-shu o Teshu Lama, considerado como la sexta encarnación de Amita siguiendo la línea de Tsong-Kha-pa; aunque muy pocos parecen enterados de esta circunstancia), y para evitar discordias, unos cuantos centenares de lohanes (arhates) fueron a establecerse en China, en el famoso monasterios de las inmediaciones de Tien-t’-ai, en donde muy luego alcanzaron gran fama entre las gentes, y la han conservado hasta nuestros días. Les habían precedido otros lohanes,

Los en el mundo famosos discípulos del Tathâgata, apodados “de la dulce voz” por su habilidad en cantar mantras con prodigiosos efectos (El canto de un mantra no es una plegaria, sino más bien una frase mágica en que la oculta ley de causalidad se relaciona dependientemente del albedrío y actos del cantor. Cuando la serie de palabras y frases consecutivas del mantra se pronuncian con arreglo a las fórmulas mágicas del *Atharva Veda*, que muy pocos comprenden, producen un instantáneo y maravilloso efecto. Esotéricamente, el mantra, o más bien sus sonidos, contienen el *Vâch* (“el lenguaje místico”); pues de un modo u otro su efecto resulta de las vibraciones del éter. A los expertos en mantras se les llama “dulcer cantores”. De aquí la leyenda china de que desde sus celdas oyen los monjes del monasterio de Fang-Kwang, al despertar el día, los melódicos cantos de los lohanes (Véase *Biografía de Chi-Kai*, en Tien-tai-nan-tchi).

Los primeros lohanes allí establecidos llegaron de Kashmir sobre el año 3.000 de la edad de kali (un siglo antes de la era cristiana (El famoso lohan Madhyantika, que convirtió al budismo al rey de Kashmir con todos sus vasallos, envió una misión de lohanes a predicar la Buena Ley. Este mismo lohan fue habilísimo escultor y labró la colosal estatua de Buda, de treinta metros de altura, que Hiuen-Tsaung vio en Dardu, al norte del Punjab. También menciona el célebre viajero chino un templo, sito en las cercanías de Peshawur, que medía ciento ocho metros de circunferencia y doscientos sesenta y dos de altura, el cual templo tenía ya una antigüedad de 850 años en los días de Hiuen-Tsaung (año 550 de J.C.). En este dato se apoya Koeppen para opinar que en el año 292 antes de J.C. el budismo era la religión dominante en el Punjab), y los últimos se establecieron 1.500 años después, a fines del siglo XIV; pero como no cupieran en la lamasería de Yihigching, fundaron el mayor monasterio hasta entonces conocido en la isla sagrada de Pu-to (buda, o put en lengua china) en la provincia de Chusán. Allí floreció durante algunos siglos la Buena Ley, la “Doctrina del Corazón”; hasta que profanada la isla por una invasión de occidentales extranjeros, se refugiaron los lohanes principales en las montañas de XXXXXX. En la pagoda de Piyun-ti, cerca de Pekín, puede verse todavía el “salón de los quinientos lohanes”, en cuya parte inferior están colocadas las estatuas de los que llegaron primero, mientras que inmediatamente



debajo del techo aparece la imagen de un lohan solitario, que parece haber sido erigida en recuerdo de su visita.

Las obras de los orientalistas abundan en indicios de arhates o adeptos, dotados de poderes taumatúrgicos; pero hablan de ellos cuando no les queda otro remedio y siempre con manifiesto menosprecio. Si por ignorancia, ya espontánea, ya maliciosa, intentan explicar los elementos ocultos y simbólicos de las distintas religiones, apenas se detienen en ello, y aun dejan sin traducir los correspondientes pasajes. Sin embargo, aunque supongamos que la fantasía popular y reverencia del vulgo exageren los milagros, no por ello son menos creíbles ni estén menos atestiguados en “anales” paganos que los de los santos cristianos en las crónicas de las iglesias. Unos y otros tienen el mismo derecho en figurar en sus respectivas historias.

Si después de suscitada la persecución contra el budismo, ya no se oyó hablar de los arhates en la India, fue porque, como su regla les prohibía tomar represalias, hubieron de buscar refugio y seguridad personal en China, Tibet, Japón y otros países. Era a la sazón ilimitado el poderío sacerdotal de los brahmanes; y los Simones y Apolonios del budismo tenían tan pocas probabilidades de que los estimaran los Ireneos y Tertulianos del brahmanismo, como sus sucesores las tuvieron en los pueblos judío y romano. Fue aquello un ensayo histórico de los dramas que siglos después se representaron en la Cristiandad. Como en el caso de los llamados “heresiarcas” del cristianismo, no fueron perseguidos los arhates por rechazar la sílaba sagrada o los *Vedas*, sino por comprender demasiado bien su secreto significado; pues sus conocimientos se disputaban por peligrosos e inconveniente su presencia en la India, y así se vieron precisados a emigrar.

Sin embargo, no faltaban iniciados entre los mismos brahmanes; y aun hoy se encuentran sadus y yoguis maravillosamente dotados, que han de mantenerse ocultos en la obscuridad, no sólo por el absoluto sigilo a que están sujetos por su iniciación, sino también por temor a los tribunales anglo-indos, cuyos magistrados consideran de antemano impostura, charlatanería y fraude, la exhibición o la simple alegación de facultades anormales. Del pasado se puede juzgar por el presente. Siglos después de nuestra era, los iniciados de los templos secretos y comunidades monásticas, o Mathams, eligieron un Consejo supremo presidido por un poderoso brahmâtma, jefe de todos aquellos mahatmas, cuyo pontificado sólo podían ejercer los brahmanes de cierta edad, y que era el único guardián de la mística fórmula, el hierofante que iniciaba a los adeptos mayores, y a quien le estaba reservada la explicación de la sagrada palabra AUM y de todos los ritos y símbolos religiosos. Cualquiera de aquellos adeptos de grado superior que



revelase a un profano la más mínima verdad oculta o el más leve secreto confiado a su discreción, era condenado a muerte junto con el conocedor del secreto.

Pero había allí, y aun existe en nuestros tiempos, una Palabra mucho más excelsa que el misterioso monosílabo, la cual casi igualaba a Brahman a quien poseía su clave. Únicamente los brahmâtmas la poseen, y sabemos que actualmente la conocen dos iniciados de la India meridional. Sólo está permitido comunicarla en el momento de morir, y por eso se la llama la “Palabra perdida”. Ni por tormentos ni por ningún poder humano la revelaría el brahmán que la conociese, y está bien guardada en el Tibet.

Sin embargo, este sigilo y este profundo misterio son verdaderamente descorazonantes, pues tan sólo los iniciados de la India y el Tibet podrían disipar la densa niebla que envuelve la historia del ocultismo, y vindicarlo. El délfico mandato: *Conócete a ti mismo*, lo obedecen muy pocos en nuestro tiempo; pero la culpa no es de los adeptos, que hicieron cuanto en su mano estuvo para abrir los ojos del mundo. Sin embargo, mientras los europeos evitan la pública maledicencia y el ridículo arrojado sobre los ocultistas, los asiáticos se ven desanimados por sus mismos Pandits, que actúan bajo la triste impresión de que no es posible alcanzar el adeptado en la actual “Kali Yuga” (edad negra). Aun a los budistas se les enseña que el Señor Buddha profetizó diciendo que las facultades superfísicas se desvanecerían “al cabo de mil años después de su muerte”. **Pero no hay tal cosa; porque en el *Digha Nikaya* dice Buda:**

¡Oye. Subhadra! No dejaré jamás de haber arhates en el mundo, mientras los ascetas de mis congregaciones guarden bien y verdaderamente mis mandamientos.

Análoga contradicción de lo afirmado por los brahmanes expone Krishna en el Bhagavad Gîta, aparte de la innegable existencia de muchos sadús y taumaturgos en pasados tiempos, y aun en los presentes. Lo mismo puede decirse de China y de Tibet. Entre los mandamientos de Tsong Kha-pa hay uno que ordena a los arhates hacer un esfuerzo cada siglo, en cierto período del ciclo, para iluminar al mundo, incluso a los “bárbaros blancos”. Hasta hoy ninguna de tales tentativas ha tenido buen éxito. Los fracasos sucedieron a los fracasos ¿Trataremos de explicarlo a la luz de cierta profecía? Dícese que hasta que *Pban-chhen-rinpo-chhe* (la gran joya de la Sabiduría) –sobrenombre de Tda-shu o Teshu Hlumpo Lama- consienta en renacer en el país de los *P’helings* (occidentales) como conquistador espiritual (*Chom-den-da*) y disipe los errores y la ignorancia de los tiempos, de poco servirá el intento de extirpar los prejuicios de los habitantes de *P’helings-pa* (Europa), porque los hijos de esta no escucharán a nadie. Otra profecía declara que la Doctrina Secreta se conservará en toda su pureza en Bhod-



yul (Tinet) sólo mientras los extranjeros no invadan el país. Las mismas visitas de los europeos aunque amistosas, serían mortales para los tibetanos. Este es el verdadero motivo del exclusivismo del Tibet. (D.S., VI, 72-77).

Entre los antiguos arios, el significado oculto era grandioso, sublime y poético, por mucho que la apariencia externa de su símbolo puede militar *ahora* contra esta pretensión. La ceremonia de pasar por el Santo de los Santos -simbolizado ahora por la Vaca, pero en el principio por el templo Hiranyagarbha, el Huevo Radiante, en sí mismo símbolo de la Naturaleza Abstracta Universal- significaba la concepción y nacimiento espiritual, o más bien el *renacimiento* del individuo y su regeneración; el hombre *encorvado* a la entrada del Sanctum Sanctorum, pronto a pasar por la Matriz de la Madre Naturaleza, o la criatura física pronta para volver a convertirse en el Ser Espiritual original, el HOMBRE *pre-natal*. Entre los semitas, este hombre *encorvado* significaba la *caída* del Espíritu en la materia, y de esta *caída* y *degradación* hacían apoteosis, con el resultado de arrastrar a la Deidad al nivel del hombre. **Para los arios, el símbolo representaba el divorcio del Espíritu de la Materia, la vuelta a la Fuente primordial y la sumersión en ella;** para el semita, el connubio del Hombre Espiritual con la Naturaleza Femenina Material, lo fisiológico sobreponiéndose a lo psicológico y puramente inmaterial. Los puntos de vista arios sobre el simbolismo eran los de todo el mundo pagano; las interpretaciones semíticas emanaban, y eran eminentemente propias de una tribu pequeña, marcando así sus rasgos nacionales y los defectos idiosincrásicos que caracterizan a muchos judíos hasta hoy día; realismo grosero, egoísmo y sensualidad. Habían hecho un trato, por medio de su padre Jacob con la deidad de su tribu, exaltada por sí sobre las demás, y el *pacto* de que su “semilla será como el polvo de la tierra”; y esta deidad no podía en lo sucesivo una imagen mejor que la del símbolo de la generación, y como representación un *número* y números.

Carlyle tiene frases sabias para ambas naciones. Para los indo-arios –el pueblo más metafísico y espiritual de la tierra- la religión ha sido siempre, según sus palabras:

Una perdurable estrella-guía, que brilla tanto más luminosa en el cielo, cuanto más oscura es la noche que aquí en la tierra les rodea.

La religión del indo le aparta de esta tierra; por tanto, aun hoy, el símbolo de la vaca es uno de los más grandiosos y filosóficos entre todos los demás en un sentido interno. Para los “amos” y “Señores” de las potencias europeas, los



israelitas, ciertas palabras de Carlyle se aplican aun más admirablemente; para ellos

La religión es un sentimiento prudencial fundado en el *mero cálculo*.

Y así ha sido desde su principio. Habiéndose cargado con ella, las naciones cristianas se ven obligadas a defenderla y a *poetizarla* a expensas de todas las demás religiones.

Pero no sucedía lo mismo con las naciones antiguas. Para ellas el pasaje de entrada y el sarcófago en la Cámara del Rey, significaban regeneración; no generación. Era el símbolo más solemne un *Santuario de Santuarios*, verdaderamente, en donde se formaban Hierofantes Inmortales e “Hijos de Dios”, nunca hombres mortales e hijos de la lujuria y de la carne, como sucede ahora en el sentido oculto del kabalista semita. La razón de la diferencia en los puntos de vista de las dos razas, se explica fácilmente. El indio pertenece a las razas más antiguas existentes ahora en la Tierra; el hebreo semita a las últimas. El primero tiene casi un millón de años de antigüedad; el segundo pertenece a una pequeña sub-raza de unos 8.000 años no más de edad. (D.S. IV, 37-38).

En la última página de la Introducción al *Libro de Enoch*, se lee el siguiente pasaje:

La parábola de la oveja rescatada por el Buen Pastor del poder de guardianes mercenarios y de los lobos, la copió evidentemente el cuarto evangelista del capítulo LXXXIX del *Libro de Enoch*, en donde el autor describe como los pastores mataban a las ovejas antes de que viniese su Señor, revelando así el verdadero significado del hasta hoy misteriosos pasaje de la parábola de Juan: “todos cuantos vinieron antes de mí, son salteadores y ladrones”, en que evidentemente se alude a los alegóricos pastores de Enoch.

. . . “Evidente”, en efecto, y aun algo más es la alusión. Porque, aun cuando Jesús hubiese pronunciado aquellas palabras en el sentido que se le atribuye, denotaría haber leído el cabalístico *Libro de Enoch*, que hoy declaran apócrifo las Iglesias cristianas. Además, tampoco debe haber ignorado que dichas palabras pertenecían a antiquísimos rituales de iniciación.

P.- ¿Quién llama a la puerta?

R.- El buen vaquero.

P.- ¿Quién te precedió?



R.- Los tres ladrones.

P.- ¿Quién te sigue?.

R.- Los tres asesinos.

Así empezaba el interrogatorio a que los sacerdotes sometían a los candidatos a la iniciación en los misterios que se celebraban en los más antiguos santuarios de las soledades de los Himalayas. Todavía se practica esta ceremonia en un antiquísimo templo sito en un escondido paraje de las cercanías de Nepaul. Tuvo origen en los misterios del primer krishna, y transmitióse después al primer Tirthankara hasta llegar a Buda. Se le llama el rito de Kurukshetra; y se celebraba en memoria de la gran batalla y de la muerte del divino Adepto. Nada tiene ello que ver con la masonería, pues era la iniciación en las ocultas enseñanzas de este héroe. Puro y simple ocultismo. (D.S. V, 115-116).

... Enemigos más poderosos de la Iglesia romana que los “infieles” y “herejes” son la mitología y filología comparadas. El cúmulo de pruebas ha ido aumentando recientemente de tal modo que no da ocasión a nuevas controversias. El juicio de los críticos es demasiado concluyente para dudar de que la India es la cuna no sólo de la civilización, del arte y de la ciencia, sino también de las principales religiones de la antigüedad, incluso en judaísmo y, por consiguiente, el cristianismo. Herder afirma que la India es la casa solariega del género humano y que Moisés fue un hábil y relativamente moderno compilador de las tradiciones brahmánicas. Dice a este propósito:

El sagrado Ganges que baña la India es para Asia entera el río paradisíaco. También allí fluye el bíblico Gihon, que no es ni más ni menos que el Indo. Los árabes le llaman así en nuestros días; y los nombres de las comarcas regadas por sus aguas se conservan todavía entre los indos.

Jaccoliot tradujo los antiguos manuscritos de hojas de palmera que por fortuna le permitieron examinar los brahmanes de las pagodas; y una de dichas traducciones nos revela el *indudable origen de las llaves de San Pedro* y su simbólica adopción por los romanos pontífices. Apoyado en la autoridad del *Agruchada Parikshai* (Libros de los Pitris) demuestra Jaccoliot que siglos antes de nuestra era los iniciados del templo elegían un Consejo Supremo presidido por el brahmâtma, cuya dignidad recaía tan sólo en los brahmanes mayores de ochenta años (También acostumbran los cónclaves a elegir papa a uno de los cardenales de más edad) y estaba encargado de custodiar la mística fórmula:



A

U

M

En que se cifraba toda la ciencia y significaba

CREACIÓN

CONSERVACIÓN

TRANSFORMACIÓN

Únicamente el brahmâtma podía revelar esta fórmula a los iniciados del tercer y superior grado, y si alguno de estos comunicaba a un profano el más insignificante secreto era condenado a muerte junto con quien había recibido la revelación.

Por último dice Jacolliot:

Coronaba tan hábil sistema una palabra todavía superior al misterioso monosílabo AUM, y quien poseía su clave llegaba casi a igualarse con el mismo Brahma. Pero esta clave sólo la conocía el brahmâtma, quien al morir la legaba en una caja sellada a su sucesor.

Esta desconocida palabra, cuya revelación ningún poder humano fuera capaz de arrancar ni aún hoy día en que, a pesar de que la autoridad brahmánica padece bajo la dominación inglesa, cada pagoda tiene su brahmâtma (no es exacta esta afirmación), estaba grabada en un triángulo de oro y se conservaba en el sagrario del templo de Asgartha, cuyo brahmâtma tenía las llaves. Por esta razón este brahmâtma llevaba en la tiara dos llaves entrecruzadas, que de rodillas sostenían dos brahmanes, como símbolo del precioso depósito confiado a su custodia... Triángulo y palabra aparecían reproducidos en la piedra del anillo que el brahmâtma llevaba en insignia de su autoridad, y también estaban grabados en un sol de oro puesto sobre el altar donde todas las mañanas ofrecía el brahmâtma el *sarvameda* o sacrificio en honor de las fuerzas de la naturaleza –Jacolliot: *El espiritismo en el mundo*, 28-).

Este pasaje es bastante claro para que los tratadistas católicos se atrevan todavía a sostener que los brahmanes de cuatro mil años atrás remedaron el ritual, símbolos y vestiduras de los romanos pontífices. Sin embargo, no nos sorprendería que persistieran en su error. (D.S. III, 43-45).

... Además, los gnósticos compartían muchas ideas de los esenios, quienes tuvieron sus Misterios mayores y menores dos siglos por lo menos antes de nuestra era. Se denominaban también *isarim* (iniciados), y descendían de los hierofantes de Egipto, donde florecieron durante algunos siglos hasta



que los misioneros del rey Asoka les persuadieron a adoptar el monaquismo budista. Últimamente se incorporaron a los primitivos cristianos; pero sin duda fueron anteriores a la profanación y ruina de los templos egipcios en las sucesivas invasiones de persas y griegos. Ahora bien, muchos siglos antes de los gnósticos y aun de los esenios, profesaban los hierofantes egipcios el dogma de la redención, simbolizada en el *bautismo de sangre*, cuya virtud no consistía en reparar la “caída del hombre” en el Edén, sino que era sencillamente expiatorio de las culpas pasadas, presentes y futuras de la ignorante y, sin embargo, mancillada humanidad. **Al arbitrio del hierofante estaba ofrecerse él mismo en holocausto por la raza humana en el altar de los dioses con quienes esperaba reunirse, o bien sacrificar una víctima animal. En el primer caso, dependiente por completo de la libérrima voluntad del hierofante, transmitida éste en el supremo trance del “nuevo nacimiento” la “palabra sagrada” al iniciado, quien al recibirla había de herir con su espada de sacrificador al hierofante.** (Entre los pueblos eslavos, y sobre todo en Rusia, está muy extendida la supersticiosa creencia de que los magos y hechiceros no pueden morir antes de comunicar la “palabra secreta” a su sucesor. Tan profundamente arraigada está esta creencia en Rusia que tal vez no la ignore nadie en aquel país. Es muy difícil descubrir el origen de esta superstición en los antiguos Misterios que durante siglos se practicaron en todo el mundo. Los *variagos* tuvieron sus Misterios difundidos por toda Rusia, y todavía hay vestigios de aquella primitiva fe en las comarcas regadas por el sagrado Dnieper, el Jordán bautismal de los variagos. Según la creencia popular, si el mago (*znâchar*) o el hechicero (*koldur*) no halla ocasión de transmitir a otro la palabra secreta, el deseo de hallarla le atosiga y consume durante semanas y meses. Y aun en el caso de verse libre de este sufrimiento habrá de errar por la tierra sin descanso hasta encontrar quien le suceda después de su muerte...). **Tal es el dogma cristiano de la redención.**

En verdad que muchos Cristos hubo antes del que recibió este nombre; pero murieron desconocidos del mundo tan sigilosamente como Moisés en la cumbre del Nebo (sabiduría oracular) después de la imposición de manos de Josué, que de este modo quedó “henchido del espíritu de sabiduría” o, lo que es lo mismo iniciado. (Isis III, 59-61).

Las fiestas de los Misterios eleusinos duraban siete días, del 15 al 22 del mes de Boedromion (Septiembre), en la época de la vendimia. La fiesta hebrea de los Tabernáculos duraba del 15 al 22 del mes de Ethanim, y el Éxodo la llama también *fiesta de las mieses* o de las *cabañuelas*. Plutarco opina que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía al rito báquico y no al eleusino, porque dice que “se invocaba directamente a Baco”. (Isis III, 59-63).



. . . Al hablar de “la multitud de relaciones independientes de la Pirámide, que se han manifestado al tratar los piramidalistas de relacionar la Pirámide con el sistema solar”, dice:

Estas coincidencias (las que “existirían aunque no existiese la “Pirámide”), son mucho más curiosas que cualquier coincidencia entre la Pirámide y los números astronómicos; las primeras son tan exactas y notables como reales; las segundas, que son sólo *imaginarias* (¿), han sido establecidas únicamente por el procedimiento que los chicos de escuela llaman “hinchar el perro” y ahora nuevas medidas han dejado a rehacer el trabajo, todo de nuevo (*Knowledge*, vol I; véanse también las cartas de Petrie a *The Academy*, Diciembre, 17, 1881).

A esto contesta con razón Mr. Staniland Wake:

Tienen que haber sido, sin embargo, más que *meras coincidencias*, si los constructores de la pirámide poseían el conocimiento astronómico desplegado en su perfecta orientación y en sus otras características astronómicas admitidas. (*The Origin and Significance of the Great Pyramid*, Pág. 9).

Los poseían seguramente; y en este “conocimiento” estaba basado el programa de los Misterios y de la serie de Iniciaciones: de aquí la construcción de la Pirámide, registro perdurable y símbolo indestructible de estos Misterios e Iniciaciones en la Tierra, como lo son en el Cielo los cursos de las estrellas. El ciclo de la Iniciación era una reproducción en miniatura de aquella gran serie de cambios cósmicos a que los astrónomos han dado el nombre de año tropical o sideral. Lo mismo que a la conclusión del ciclo del año sideral (25.868 años), vuelven los cuerpos celestes a las mismas posiciones relativas que ocupaban al principio; así al finalizar el ciclo de la Iniciación, el hombre interno recobra el estado pristino de pureza y conocimiento divinos, de donde partió al emprender su ciclo de encarnación terrestre.

Moisés, Iniciado en la *Mistagogia* egipcia, basó los misterios religiosos de la nueva nación que creó, sobre la misma fórmula abstracta derivada de este ciclo sideral, que simbolizó bajo la forma y medidas del tabernáculo, que se supone construyó en el desierto. Sobre estos datos, construyeron los últimos Grandes sacerdotes judíos la alegoría del Templo de Salomón –edificio que no ha tenido nunca existencia real, como tampoco el rey Salomón, que es simplemente un mito solar, como el de Hiram Abif aún menos antiguo de los masones, según Ragón tiene bien demostrado. Así, pues, si las medidas de este templo alegórico, símbolo del ciclo de la Iniciación, coinciden con las de la Gran Pirámide, es debido al hecho de que las primeras se derivaron de las últimas, por medio del Tabernáculo de Moisés. (D.S. II, 19-21).



. . . El ciclo de la Iniciación era una reproducción en miniatura de aquella gran serie de cambios cósmicos a que los astrónomos han dado el nombre de año tropical o sideral. Lo mismo que a la conclusión del ciclo del año sideral (25.868 años), vuelven los cuerpos celestes a las mismas posiciones relativas que ocupaban al principio; así al finalizar el ciclo de la Iniciación, el hombre interno recobra el estado pristino de pureza y conocimiento divinos, de donde partió al emprender su ciclo de encarnación terrestre.

Moisés, Iniciado en la *Mistagogia* egipcia, basó los misterios religiosos de la nueva nación que creó, sobre la misma fórmula abstracta derivada de este ciclo sideral, que simbolizó bajo la forma y medidas del tabernáculo, que se supone construyó en el desierto. Sobre estos datos, construyeron los últimos Grandes sacerdotes judíos la alegoría del Templo de Salomón –edificio que no ha tenido nunca existencia real, como tampoco el rey Salomón, que es simplemente un mito solar, como el de Hiram Abif aún menos antiguo de los masones, según Ragón tiene bien demostrado. Así, pues, si las medidas de este templo alegórico, símbolo del ciclo de la Iniciación, coinciden con las de la Gran Pirámide, es debido al hecho de que las primeras se derivaron de las últimas, por medio del Tabernáculo de Moisés. (DS, II, 19-21).

. . . Que no incurran los estudiantes esotéricos en el mismo error. **Hemos repetido varias veces que los cósmicos planos de substancia y aun los principios humanos (excepto el plano ínfimo de materia y el cuerpo físico que, según queda expuesto, no son “principios”) no pueden considerarse situados o imaginados en el espacio y en el tiempo. Así como los planos son siete en UNO, así nosotros somos siete en UNO, en aquella misma absoluta Alma del Mundo, que es a la par material e inmaterial, espiritual e inespiritual, ser y no-ser. Todos cuantos estudien los misterios del Yo deben penetrarse bien de esta idea.** Recordad que con sólo los sentidos físicos a nuestro servicio, ninguno de nosotros puede esperar percibir más allá de la materia grosera. Para ello es necesario en absoluto valernos de alguno de nuestros siete sentidos *espirituales*, ya por educación y ejercicio, ya por haber nacido vidente, Sin embargo, por mucha honradez y sinceridad que adornen a un clarividente desconocedor de las verdades ocultas, si no es adepto sus visiones en la luz astral le inducirán a un falso concepto de los moradores de las esferas ocasionalmente vislumbradas, como les sucedió a Swednborg y otros.

Estos siete sentidos nuestros se corresponden con los demás septenarios de la Naturaleza y de nosotros mismos. El aura humana (el amnios del hombre físico en todas las épocas de la vida) tiene, física aunque inevitablemente, siete capas, como las



tienen el espacio cósmico y nuestra piel física. Esta aura es la que, según nuestro puro e impuro estado físico y mental, nos abre la vista de otros mundos, o nos la cierra herméticamente, dejándonos tan sólo la de este mundo de materia densa.

Cada uno de nuestros siete sentidos físicos (dos de los cuales desconoce todavía la ciencia profana), y cada uno de nuestros siete estados de conciencia (Estos siete estados son : 1º Vigilia; 2º Ensueño; 3º Sueño natural; 4º Sueño hipnótico; 5º estado psíquico; 6º Estado super-psíquico; 7º Estado puramente espiritual), se corresponde con uno de los siete planos cósmicos, desenvuelve y utiliza uno de los siete sentidos espirituales y está directamente relacionado, en el plano terreno-espiritual, con el cósmico y divino centro de fuerza que lo engendró y que es su creador directo. **Cada sentido físico está también relacionado y sometido a la directa influencia de uno de los siete planetas sagrados. Todo esto pertenecía a los misterios menores, cuyos discípulos se llamaban *Mystai* (los velados), porque sólo podían ver las cosas como a través de una niebla, como si tuvieran los ojos entornados, por decirlo así, mientras que los iniciados o “videntes” de los misterios mayores se llamaban *epoptai* (o sea los que ven las cosas sin velo alguno).** Únicamente estos últimos aprendían los verdaderos misterios del Zodíaco y las relaciones y correspondencias entre sus doce signos (dos de ellos secretos), y los diez orificios humanos, que son actualmente, desde luego, por mera diferencia externa, diez en la mujer y tan sólo nueve en el varón. En el tercer tomo de esta obra dijimos que hasta el término de la tercera raza raíz, hasta la separación en sexos del hombre andrógino, los diez orificios existían en el hermafrodita, primero potencial, y después funcionalmente. Así lo indica la evolución del embrión humano. Por ejemplo, la abertura que primero se forma es la cavidad bucal, una especie de “*cloaca* que comunica con la extremidad anterior del intestino” y que más tarde se transmuta en boca y ano. Esto representa físicamente, en ocultismo, que el Logos se diferencia y emana materia grosera en el plano inferior. Fácilmente puede explicarse la dificultad con que algunos estudiantes tropezarán, para conciliar las correspondencias entre el Zodíaco y los orificios. La magia es coetánea de la tercera raza raíz, cuyos individuos procreaban al principio por *kriyâshakti*, y acabaron por engendrar según el actual procedimiento. **Como quiera que la mujer quedó con el perfecto número cósmico de diez (el número divino de Jehovah), se la disputó por más elevadamente espiritual que el hombre. En el antiguo Egipto, las estipulaciones matrimoniales contenían una cláusula la que la mujer debía ser la “señora del señor” y su verdadera señor. El marido se comprometía a “obedecer a su esposa” para la producción de resultados alquímicos, tales como el elixir de la vida y la piedra filosofal; pues los alquimistas varones necesitaban al efecto la ayuda *espiritual* de la mujer. Pero ¡ay del alquimista que tomara este auxilio en su muerto sentido de unión sexual! Semejante**



sacrilegio lo arrastraría a la magia negra y fuera irremediable su fracaso. Los verdaderos alquimistas de la antigüedad se ayudaban de mujeres *de edad*, evitando escrupulosamente toda relación con las jóvenes; y si acaso alguno de ellos era casado, trataba a su propia esposa como hermana algunos meses antes de proceder a la operación alquímica y mientras la llevaba a cabo. (D.S. VI, 125-128).

Asegura el neoplatónico Porfirio, que en los MISTERIOS se enseñaba y comentaba la filosofía de Platón. Muchos han puesto en tela de juicio y aun han negado los misterios; y Lobeck, en su *Aglaophomus*, llega al extremo de decir que estas sagradas ceremonias sólo servían para cautivar la imaginación. ¿Cómo Atenas y Grecia hubieran acudido durante más de veinte siglos cada cinco años a Eleusis, si los misterios fueran farsa religiosa? Agustín, obispo de Hipona, declara que las doctrinas neoplatónicas son las esotéricas y originales doctrinas de los primeros discípulos de Platón, y diputa a Plotino por un Platón resucitado. También explica los motivos que tuvo el gran filósofo para encubrir el sentido interno de sus enseñanzas. Respecto de los *Mitos*, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phaedon* que son vehículos de grandes verdades muy dignas de aprender; pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se ven obligados a confesar que no saben dónde “termina lo doctrinal y empieza lo mítico.” Platón desvanecía la popular superstición de la magia y los demonios, y enunciaba las exageradas ideas de su tiempo en teorías racionales y concepciones metafísicas que tal vez no se acomodan al método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero que satisfacen cumplidamente a cuantos se percatan de la elevada facultad del hombre, llamada intuición, que nos da el criterio para conocer la Verdad.

Fundando sus doctrinas en la Mente Suprema, enseña Platón que el *nous*, espíritu, o alma racional del hombre, fue “engendrado por el Padre Divino”, y es de naturaleza semejante y homogénea a la Divinidad, y, por lo tanto, capaz de percibir las eternas realidades. **La facultad de contemplar la realidad directa é inmediatamente, sólo es propia de Dios, y la aspiración a este conocimiento es la filosofía propiamente dicha, o amor a la sabiduría.** El amor a la verdad es inherentemente el amor al bien, y si predomina sobre todo deseo del alma y la purifica por su asimilación con lo divino y dirige las acciones del hombre, le eleva a participar de la Divinidad y le ensalza a semejanza de Dios. “Esta ascensión”, dice Platón en el *Theoetetus* “consiste en llegar a



parecerse a Dios, y la asimilación se efectúa cuando, por medio de la sabiduría, el hombre es justo y santo”.

La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu o *nous*. La alegoría del carro con caballos alados del *Phaedrus*, presenta a la naturaleza psíquica doblemente compuesta del *thumos* o parte *epithumética*, formada de substancias pertenecientes al mundo de los fenómenos, y el *qumoeidész*, *thumoeides*, la esencia enlazada con el mundo eterno. La actual vida terrena es caída y castigo. **El alma habita en "la sepultura que llamamos *cuerpo*" y en su estado de encarnación, antes de recibir la disciplina educativa, el elemento espiritual o noético está "dormido". La vida es más bien sueño que realidad. Como los cautivos de la subterránea caverna descrita en *La República*, percibimos únicamente, con la espalda vuelta a la luz, las sombras de los objetos y creemos que son realidades actuales. ¿Acaso no es ésta la idea de *Maya*, o ilusión de los sentidos durante la vida física, rasgo característico de la filosofía budista? Si en la vida material no nos entregamos absolutamente a los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en que ya hemos vivido.** “El espíritu interno conserva un vago y oscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozara y anhela instintivamente volver a él”. Incumbencia de la Filosofía es libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empíreo del puro pensamiento, a la visión de la verdad, bondad y belleza eternas. Dice Platón en el *Theaetetus* que “el alma no puede encarnar en cuerpo humano, si antes no ha contemplado la verdad o sea el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando habitaba en la Divinidad, con desprecio de las cosas que decimos que *son*, y la mira puesta en lo que REALMENTE ES. **Por lo tanto, sólo el *nous*, o espíritu del filósofo (ó amante de la suprema verdad) está dotado de alas, porque con su elevada capacidad retiene estas cosas en su mente, y al contemplarlas diviniza, por decirlo así, a la misma Divinidad. El debido uso de las reminiscencias de la vida primera y el perfeccionamiento en los perfectos misterios lleva al hombre a la verdadera perfección. Entonces está iniciado en la sabiduría divina.**”

Así comprenderemos por qué las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el sol diurno. Los Misterios simbolizaban la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y en el Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina filosófica con los ritos místicos: A este



propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación epóptica; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos...

Platón llama *epopteia*, o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades é ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos. (Isis I, 22-25).

Los cabalistas antiguos no formulaban hipótesis alguna hasta que podían establecerla sobre la firmísima roca de comprobadas experiencias.

Pero la exagerada subordinación a los hechos físicos ocasiona la pujanza del materialismo y la decadencia del espiritualismo. Tal era la orientación dominante del pensamiento humano en tiempos de Aristóteles, y aunque el precepto délfico no se había borrado de la mente de los filósofos griegos, pues todavía algunos afirmaban que para conocer lo que es el hombre se necesita saber lo que fue, ya empezaba el materialismo a corroer las raíces de la fe. Los mismos *Misterios* estaban adulterados hasta el punto de ser especulaciones sacerdotales y fraudes religiosos. Pocos eran los verdaderos adeptos é iniciados, legítimos sucesores de los que dispersara la espada conquistadora del antiguo Egipto.

Ciertamente había llegado ya la época vaticinada por el gran Hermes en su diálogo con Esculapio; la época en que impíos extranjeros reconvinieran a los egipcios de adorar monstruosos ídolos, sin que de ella quedara más que los jeroglíficos de sus monumentos como increíbles enigmas para la posteridad. Los hierofantes andaban dispersos por la faz de la tierra, buscando refugio en las comunidades herméticas llamadas más tarde *esenios*, donde sepultaron a mayor hondura que antes la ciencia esotérica. La triunfante espada del discípulo de Aristóteles no dejó vestigio de la un tiempo pura religión, y el mismo Aristóteles, típico hijo de su siglo, aunque instruido en la secreta ciencia de los egipcios, sabía muy poco de los resultados dimanantes de milenarios estudios esotéricos.



Lo mismo que los que florecieron en los días de Psamético, los filósofos contemporáneos “alzan el velo de Isis” porque Isis es el símbolo de la naturaleza; pero sólo ven formas físicas y el alma interna escapa a su penetración. La Divina Madre no les responde. Anatómicos hay que niegan la existencia del alma, porque no la descubren bajo las masas de músculos y redes de nervios y sustancia gris que levantan con la punta del escalpelo. Tan miopes son éstos en sus sofismas como el estudiante que bajo la letra muerta de la cábala no acierta a descubrir el vivificador espíritu. Para ver el hombre real que habitó en el cadáver extendido sobre la mesa de disección, necesita el anatómico ojos no corporales; y de la propia suerte, para descubrir la gloriosa verdad, cifrada en las escrituras hieráticas de los papiros antiguos, es preciso poseer la facultad de intuición, la vista del alma, como la razón lo es de la mente. (Isis I, 91-93).

Las enseñanzas que, en el *Banquete* expone Platón acerca de la creación del hombre, y su teoría cosmogónica declarada en el *Timeo*, deben tomarse en sentido alegórico para aceptarlas por completo. Los neoplatónicos se aventuraron a exponer, sin violación de sigilo, las interpretaciones pitagóricas contenidas en el *Timeo*, *Cratylus*, *Parménides* y algunos otros diálogos y trilogías. Los conceptos capitales de estas enseñanzas, en apariencia incongruentes, son el de la inmortalidad del alma y el de Dios como *mente universal infundida en todas las cosas*. **La piedad de Platón y el respeto con que siempre habla de los Misterios son prenda suficiente de su discreción para no quebrantar el profundo sentimiento de responsabilidad inherente a todo adepto. A este propósito dice el insigne filósofo: “El hombre sólo puede llegar a ser verdaderamente perfecto, perfeccionándose en los perfectos misterios”** (Platón – *Fedro* – Traducción Cory, I, 328).

No disimulaba Platón su disgusto por la divulgación que en su tiempo empezaba ya a darse a las enseñanzas de los misterios, pues opinaba que en vez de profanarlos en oídos de la multitud, debían reservarse exclusivamente a los más dignos y celosos discípulos (Así lo corrobora el mismo Platón al decir: “Os quejáis de que en mi anterior discurso no expliqué suficientemente la naturaleza del *Primero*. De intento usé un lenguaje enigmático para que si la tablilla sufriera algún accidente, ya por mar ya por tierra, nadie que no *conociera el asunto* pudiera comprender su contenido” – Platón, *Ep. II*, 312; Cory, *Fragmentos antiguos*).

Si bien menciona Platón frecuentemente a los dioses en sus obras, no cabe dudar de su fe monoteísta, pues por dioses entiende seres de jerarquía muy inferior a la divinidad y tan sólo superiores en un grado al hombre. El mismo Josefo, no obstante los prejuicios de raza, reconoce la creencia monoteísta de Platón, y a este propósito dice en su famosa diatriba contra Apión: “**Los filósofos**



griegos que discurrían de acuerdo con la verdad no ignoraban cosa alguna... ni dejaban de notar la aparente frivolidad de las alegorías mitológicas que con justicia desdeñaban... Por este motivo se inclina Platón a creer que son inconvenientes los poetas en la república y no obstante rendir homenaje a Homero, le inculpa de haber quebrantado con sus mitos la *ortodoxa creencia en un solo Dios*". (Isis I, 457-459).

. . . En las ruinas de Santa Cruz de Quiché encontró Stephens una galería abovedada sin clave y lo mismo echó de ver en las desoladas ruinas de Palenque, por lo que supuso que "los constructores ignoraban evidentemente los principios constructivos del arco y así colocaban las dovelas en posición imbricada, según las iban montando, como en Ocosingo y en los restos ciclópeos de Grecia e Italia (Stephens: *Incidentes de un viaje a Centro América*, etc. En otros edificios del mismo grupo encontró este explorador arcos con clave, lo cual prueba que su falta era *intencionada* y no por ignorancia).

Tal vez nos diera el manual masónico la solución de este enigma, porque la clave tiene un significado esotérico que si no comprenden deben comprender los masones de grado superior. La historia de la masonería nos dice que Enoch fue el constructor del más importante edificio subterráneo. En una visión que tuvo este patriarca le guió Dios por el interior de *nueve bóvedas* y, en consecuencia, construyó con ayuda de su hijo Matusalén en las entrañas de un monte del país de Canaán, nueve aposentos según la traza que la visión le mostrara. Cada aposento tenía su correspondiente bóveda con *clave*, en que estaban inscritos los caracteres miríficos que representaban los nueve nombres atributivos que a la divinidad dieron los masones anteriores al diluvio. Después construyó Enoch los deltas de oro purísimo, en cada uno de los cuales trazó los caracteres misteriosos, colocando un delta en la bóveda más profunda y confiando el otro a Matusalén, a quien al mismo tiempo comunicó importantes secretos, *hoy perdidos para la masonería*. Estos secretos, desconocidos de los modernos masones, nos explicarían que las claves se empleaban tan sólo en ciertos arcos de los templos, en las partes destinadas a determinado objeto.

Los monumentos religiosos de todos los países ofrecen otro punto de semejanza en la estructura y dimensiones de las piezas arquitectónicas. Todos estos edificios corresponden a la época de Hermes Trismegisto, y aunque la obra parezca más o menos antigua o más o menos moderna, se advierte en sus proporciones matemática analogía con los templos egipcios, sobre todo en la disposición de los patios, galerías, atrios, corredores y pasadizos subterráneos, de los que se infiere la identidad de ritos religiosos



allí celebrados, aunque discrepase el estilo arquitectónico de los templos. Al tratar de Stonehenge dice Stukely: “Este edificio no fue construido con arreglo a las medidas latinas, como lo demuestran la multitud de fracciones resultantes al aplicar las escalas europeas, al paso que la medición es exacta si se emplea por unidad lineal el *codó* que empleaban los hebreos hijos de Sem y los fenicios y egipcios hijos de Cam, quienes imitaron los monumentos de piedra sin labrar y los litos oraculares”.

También son un dato muy importante los lagos artificiales y su peculiar disposición en los recintos sagrados, pues aparte de la analogía constructiva que ofrecen los de Karnak, Nagkon-Wat, Copán y Santa Cruz de Quiché, el área de todos ellos está computada con arreglo a cálculos cíclicos, por el estilo de los empleados en las construcciones drúidicas cuyo circuito consta generalmente de doce, veintiuna o treinta y seis piedras y el punto céntrico corresponde a Assar o Azón, , esto es, el nombre genérico de la divinidad del círculo, cualquiera que sea su nombre individual. Los trece dioses-sierpes de los mejicanos tienen remoto parentesco con las trece piedras de las ruinas drúidicas. La Tau (T) y la cruz astronómica de Egipto (⊕), aparecen visiblemente en las ruinas de Palenque. En el jeroglífico de un bajorrelieve del palacio de Palenque se ve una tau debajo de la figura sedente sobre cuya cabeza extiende con la mano izquierda el velo de la iniciación otra figura en pie que señala el cielo con los dedos índice y medio de la derecha, o sea la actitud benediciente de los obispos cristianos y la en que suele representarse a Jesús en la cena. También se encuentran en las ruinas de Palenque la figura de estuco con cabeza de elefante, de *Ganesha*, el dios indo de la sabiduría o ciencia mágica ¿Qué explicación pueden darnos de estas analogías los arqueólogos, los filólogos y, en suma, la lúcida hueste de académicos?. Ninguna absolutamente. Todo lo más podrán forjar hipótesis que se sucedan infructuosamente unas a otras. **Los “eslabones perdidos” que tan perplejos ponen a los científicos, así como la clave de los milagros antiguos y de los fenómenos modernos y la solución de los problemas psicológicos y fisiológicos está en manos de las Fraternidades secretas.** Algún día se descubrirá este misterio. Pero hasta entonces, el tenebroso escepticismo eclipsará con sus horribles sombras la verdad divina y anublará la visión espiritual de la humanidad. La multitud contagiada por la mortífera epidemia de nuestro siglo, el desesperante materialismo, dudarán angustiosamente de la supervivencia del hombre, aunque este punto haya sido resuelto por generaciones de sabios. Respuesta a toda pregunta nos dan las graníticas páginas de las criptas, las esfinges, los propileos y los obeliscos cuyas inscripciones no lograrán borrar las injurias del tiempo ni los agravios recibidos de manos cristianas. En estos monumentos dejaron sus constructores la solución que, ¿quién es capaz de decirlo? tal vez sus antepasados dieron a problemas que tanto conturban hoy a los no iniciados. La clave de la interpretación estuvo custodiada por quienes saben comunicarse con la invisible Presencia y



escucharon la verdad de los propios labios de la Naturaleza. De esta suerte son los monumentos antiguos a manera de silenciosos guardianes de las puertas del mundo invisible que sólo se abren para los elegidos.

A despecho del tiempo, de las estériles investigaciones de la ciencia profana y de las injurias de las religiones reveladas, sólo descifrarán estos monumentos sus enigmas a los herederos de los iniciados en los Misterios. Los fríos y pétreos labios del un tiempo parlante *Memnon* y de las intrépidas esfinges guardan rigurosamente sus secretos ¿Quién romperá el sello que los cierra? ¿Qué pigmeo materialista moderno o qué saduceo incrédulo se atreverá a levantar el VELO DE ISIS? (Isis II, 367-370).

El apostólico nombre de *Pedro* deriva de los Misterios, cuyo hierofante llevaba el título caldeo de *Peter* (dtp), que significa intérprete (De la misma raíz arrancan los nombres *Phtah*, *Peth'r* (residencia de Balaam), *Patara* y *Patras* (nombres de ciudades oraculares, *pateres* o *pateras*), y acaso el mismo nombre del Buddha, cuyas variaciones expone Pococke en su obra: *India en Grecia*, (Nota–Apéndice, 397), como sigue: *Bud'ha*, *Buddha*, *Booddha*, *Butta*, *Pout*, *Pote*, *Pto*, *Pte*, *Phle*, *Phtha*, *Phut* y otras). Jesús dijo:

Sobre esta *pedra* edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno (El hades o lugar inferior) no prevalecerán contra ella.

Con la palabra *pedra* o *petra* significaba metafóricamente los Misterios cristianos, cuyos oponentes eran los dioses del mundo inferior adorados en los misterios de Isis, Adonis, Atys, Sabazio, Dionisio y Eleusis. El apóstol Pedro no estuvo nunca en Roma, pero los papas cristianos tomaron el cetro del *pontifex maximus*, las llaves de Jano y Kubelé y la tiara de la *Magna Mater* (Copia de la del Dalai Lama del Tibet, y también de la del Mahâtma o sumo pontífice de los iniciados de la India antigua), convirtiéndose de esta suerte en sucesores del sumo sacerdote pagano llamado *Petroma* o sea *Pedro Roma*.

Enemigos más poderosos de la Iglesia romana que los “infieles” y “herejes” son la mitología y filología comparadas (Cuando vemos que teólogos tan eminentes como Freeman Clarke se esfuerzan en demostrar que la crítica teológica ha dado pruebas desde los tiempos de Orígenes y San Jerónimo, de “muy sutil y potente raciocinio” sin aceptar autoridades extrañas, deploramos que haya malogrado su erudición pretendiendo probar lo que el imparcial examen de la teología rebata a cada paso. En las controversias a que da motivo el juicio crítico de las doctrinas de la Iglesia, se echan de ver ciertamente “sutiles razonamientos, pero también sofismas todavía mucho más sutiles). El cúmulo de pruebas ha ido aumentando recientemente de tal modo que no da ocasión a nuevas controversias. El juicio de los críticos es demasiado concluyente para dudar de que la India es la cuna no sólo de la civilización, del arte y de la ciencia, sino también de las principales religiones de la antigüedad, incluso el judaísmo y, por consiguiente, el



cristianismo. **Herder afirma que la India es la casa solariega del género humano y que Moisés fue un hábil y relativamente moderno compilador de las tradiciones brahmánicas.** Dice a este propósito:

El sagrado Ganges que baña la India es para Asia entera el río paradisíaco. También allí fluye el bíblico Gihon, que no es ni más ni menos que el Indo. Los árabes le llaman así en nuestros días; y los nombres de las comarcas regadas por sus aguas se conservan todavía entre los indos.

Jaccoliot tradujo los antiguos manuscritos de hojas de palmera que por fortuna le permitieron examinar los brahmanes de las pagodas; y una de dichas traducciones nos revela el *indudable origen de las llaves de San Pedro* y su simbólica adopción por los romanos pontífices. Apoyado en la autoridad del *Agruchada Parikshaí* (Libro de los Pitris) demuestra Jaccoliot que siglos antes de nuestra era los iniciados del templo elegían un Consejo Supremo presidido por el brahmâtma, cuya dignidad recaía tan sólo en los brahmanes mayores de ochenta años (También acostumbraban los cónclaves a elegir papa a uno de los cardenales de más edad) y estaba encargado de custodiar la mística fórmula:

A
U M

en que se cifraba toda la ciencia y significaba

CREACIÓN
CONSERVACIÓN TRANSFORMACIÓN

Únicamente el brahmâtma podía revelar esta fórmula a los iniciados del tercero y superior grado, y si alguno de éstos comunicaba a un profano el más insignificante secreto era condenado a muerte junto con quien había recibido la revelación.

Por último dice Jaccoliot:

Coronaba tan hábil sistema una palabra todavía superior al misterioso monosílabo AUM, y quien poseía su clave llegaba casi a igualarse con el mismo Brahma. Pero esta clave sólo la conocía el brahmâtma, quien al morir la legaba en una caja sellada a su sucesor.

Esta desconocida palabra, cuya revelación ningún poder humano fuera capaz de arrancar ni aun hoy día en que, a pesar de que la autoridad brahmánica padece bajo la dominación inglesa, cada pagoda tiene su brahmâtma (No es exacta esta afirmación), estaba grabada en un triángulo de oro y se conservaba en el sagrario



del templo de Asgartha, cuyo brahmâtma tenía las llaves. Por esta razón este brahmâtma llevaba en la tiara dos llaves entrecruzadas, que de rodillas sostenían dos brahmanes, como símbolo del precioso depósito confiado a su custodia... Triángulo y palabra aparecían reproducidos en la piedra del anillo que el brahmâtma llevaba en insignia de su autoridad, y también estaban grabados en un sol de oro puesto sobre el altar donde todas las mañanas ofrecía el brahmâtma el **sarvameda o sacrificio** en honor de las fuerzas de la naturaleza (Jaccoliot: *El espiritismo en el mundo*, 28).

Este pasaje es bastante claro para que los tratadistas católicos se atrevan todavía a sostener que los brahmanes de cuatro mil años atrás remedaron el ritual, símbolos y vestiduras de los romanos pontífices. Sin embargo, no nos sorprendería que persistieran en su error.

Sin ir muy atrás en las comparaciones, basta detenernos en los siglos IV y V de nuestra era para establecer entre el llamado paganismo de la tercera escuela neoplatónica y el entonces ya creciente cristianismo un paralelo del que no saldría muy bien librado este último, pues aun en aquellos primeros tiempos sobrepujaban los cristianos a los paganos en crueldad e intolerancia, a pesar de que, por una parte, la nueva religión no había definido aún sus vacilantes dogmas ni los discípulos del sanguinario Cirilo sabían si adorar a María como “madre de Dios” o abominar de ella como demonio compañero de Isis; y por otra parte subsistía amorosamente en todo corazón de veras cristiano el recuerdo del dulce y humilde Jesús, cuyas palabras de misericordia y compasión vibraban todavía en los oídos de las gentes. (Isis III, 43-46).

El judío Filón (Llamado en algunas citas de esta misma obra Filo Judeo), contemporáneo de Jesús y muy versado en las filosofías de Platón y Aristóteles, interpretó la antiquísima literatura hebrea hasta el punto de probar la coincidencia de la esotérica doctrina cabalística con la de los filósofos griegos, cuyo espíritu descubre en los libros mosaicos. Por esto dice Kingsley que Filón fue el patriarca del neoplatonismo. **Es evidente que los terapeutas de Filón eran esenios, aunque no todos los esenios fuesen terapeutas** (Asaya significa médico. Los textos siriacos llaman *asaia* a San Lucas. El significado de esta palabra dio motivo a numerosas combinaciones para conciliar las profecías hebreas con el nacimiento y divinidad de Jesús).

Tanto este autor como Josefo han descrito la secta de los esenios con suficientes pormenores para evidenciar que el reformador Jesús, después de pasar la mocedad en los monasterios del desierto y de haber sido iniciado en los Misterios, prefirió la vida independiente de la predicación, convirtiéndose en terapeuta errante. Lo mismo Jesús que Juan el Bautista



anunciaron el fin de los tiempos (La división de los siglos en tiempos y épocas es esotérica y búdica; pero los comentadores profanos tomaron las palabras de Jesús en sentido literal, creyendo que se refería al fin del mundo. Sobre este particular ha habido varias profecías. Virgilio (*Egloga IV*) habla del *Metatron* o nueva progenie en que terminará la *edad de hierro*, para dar principio a la *edad de oro*), lo cual demuestra que conocían los cómputos secretos de hierofantes y cabalistas, quienes con los priores de las comunidades esenias poseían el secreto (Dice Munk que los priores o abades esenios eran cabalistas y teurgos, que tenían libros místicos y vaticinaban el porvenir. - *Palestina*, págs. 525 y sig).

Dunlap, cuyas investigaciones fueron muy felices en este punto, remonta el origen de los esenios, nazarenos, dositeanos y otras sectas a una época anterior a Jesucristo, y dice de ellos:

Renunciaban a los placeres terrenales, menospreciaban las riquezas, se amaban unos a otros y se mantenían célibes, por considerar eminente virtud el dominio de la carne (Sod, tomo II, prefacio XI).

Precisamente, éstas fueron las virtudes predicadas por Jesús. **Si atendemos al espíritu de los Evangelios, resultará que Jesús profesaba la doctrina de la reencarnación como los esenios, que la habían aprendido de los pitagóricos, pues según afirma Jámblico, Pitágoras residió algún tiempo con los esenios en el monte Carmelo** (Jámblico: *Vida de Pitágoras*. – Según Munk, el nombre de esenios (*iessoens*) deriva del siríaco *asaya* (médico), y los individuos de esta secta eran análogos a los terapeutas egipcios. - *Palestina*, pág. 515).

En sus pláticas y sermones solía hablar Jesús en parábolas y metáforas, según costumbre de los esenios y nazarenos, sin que jamás se tuviera noticia de que así lo hicieran los galileos, pues éstos se admiraban de oír a su compatriota expresarse de aquel modo, y así le decían:

¿Por qué les hablas por parábolas? (San Mateo, XIII, 10).

Y responde como verdadero iniciado:

Porque a vosotros es dado saber los Misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden” (San Mateo, XIII, 11 y 13).

Además, en algunas ocasiones se valió de frases evidentemente pitagóricas, como cuando aconseja:

No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen (San Mateo, VII, 6).

Wilder dice a este propósito:



Se advierte en Jesús y en Pablo la misma propensión a clasificar sus doctrinas en esotéricas y exotéricas. Jesús comunicaba los Misterios del reino de los cielos a los apóstoles, y hablaba en parábolas a la multitud. Pablo dice por su parte: **“Nosotros hablamos sabiduría entre los perfectos o iniciados”** (Este descenso simbolizaba la encarnación del alma, que para los filósofos de la antigüedad y aun hoy para los budistas, es un castigo de pasadas culpas).

Los asistentes a los Misterios se clasificaban en *neófitos* y *perfectos*. Los primeros eran admitidos algunas veces a las dramáticas representaciones de Ceres, o sea el alma que desciende al hades (Este descenso simbolizaba la encarnación del alma, que para los filósofos de la antigüedad y aun hoy para los budistas, es un castigo de pasadas culpas); **pero únicamente los perfectos podían conocer los misterios del elysium o morada de los bienaventurados, evidentemente idéntica al “reino de los cielos”** (Es imposible negar esta afirmación sin cerrar los ojos a la verdad).

Dice el apóstol Pablo:

Y conozco a este tal hombre; si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe. Que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras secretas (XXXXXXX) que al hombre no le es lícito repetir (II Corintios, XII, 3 y 4).

Este pasaje ha sorprendido a varios comentadores versados en los ritos de la iniciación, porque alude claramente a la *epopteia* o revelación final; y aunque pocos de ellos lo han relacionado con las beatíficas visiones de los iniciados, la terminología empleada desvanece toda duda, pues *las cosas que no es lícito repetir* se encubren en la misma frase, y la razón del secreto es la misma que vemos expuesta en Platón, Proclo, Jámblico, Herodoto y otros autores.

El pasaje de San Pablo, que dice:

Hablamos sabiduría entre los perfectos,

debe explicarse diciendo:

Hablamos de las más profundas doctrinas de los Misterios únicamente entre los iniciados en ellas (Los antiguos denominaron primero *sabiduría*, después *filosofía*, y por último *gnosis*, a la doctrina esotérica referente al origen y divina filiación del alma humana y su descenso en la materia, para reascender hasta Dios a través de sucesivas transmigraciones. (*Misterios eleusinos*, pág. 49, nota).

Resulta, por lo tanto, que en la frase: “el hombre arrebatado al paraíso”, y que sin duda fue el mismo Pablo (Así lo afirma Cirilo de Jerusalén. Véase: VI, 10), está substituida la palabra pagana *elysium* por la cristiana *paraíso*. De que este pasaje alude a las visiones de los iniciados, tenemos prueba en que, según ya dijimos en otro lugar de esta obra, asegura Platón que antes de



que un iniciado pueda ver a los dioses ha de libertarse del cuerpo astral (*Fedro*, 64). Análogamente describe Apuleyo su iniciación en los Misterios, diciendo:

Me aproximé a los confines de la muerte, y después de pisar los umbrales de Proserpina volví transportado a través de los elementos. En medio de la noche brillaba el sol con luz esplendorosa, y vi los dioses infernales y celestes (Estos dos adjetivos equivalen aquí a dioses *menores* y *mayores*) a quienes pagué tributo de adoración (*El asno de oro*, XI).

Así, pues, como Pitágoras y otros hierofantes reformadores, Jesús dividió sus enseñanzas en esotéricas y exotéricas, y según costumbre de los esenios, jamás se sentó a la mesa sin que precediera la acción de gracias (Al tratar Josefo de los esenios, dice que oraban antes de comer). También clasificó a sus discípulos en *neófitos*, *hermanos* y *perfectos*, aunque su magisterio público no duró lo bastante para formar escuela; y no parece que iniciara a ningún apóstol excepto Juan, pues el autor del *Apocalipsis* fue cabalista iniciado, según se infiere evidentemente de que intercaló en su obra pasajes enteros del *Libro de Enoch* y de su compendiado remedo la *Profecía de Daniel*. Además, los ofitas gnósticos repudiaban el *Antiguo Testamento* por “emanar de un ser inferior” (Jehovah), y en cambio admitían el *Libro de Enoch*, en cuyo texto apoyaban sus dogmas religiosos (Las alegorías apocalípticas son idénticas a los amuletos y talismanes gnósticos. Las “siete vocales” equivalen a los “siete sellos”, y el nombre de Dios que *nadie más que Dios conoce* (*Apocalipsis*, XIX, 12), es el místico nombre de *Abraxas* y el *Shem Hamphirosh*, el nombre inefable. Más adelante demostraremos la íntima relación entre la *Kábala* y el *Apocalipsis*). Otra prueba de que Juan era cabalista, la tenemos en que fue desterrado a la isla de Patmos cuando la persecución emprendida por el emperador Domiciano contra los astrólogos y cabalistas (No es cierto, como algunos historiadores suponen, que esta persecución fuese contra los cristianos. La motivó el supersticioso recelo del emperador, a quien los astrólogos judíos le habían pronosticado que moriría tan miserablemente como el rey Azahías, por haber provocado la cólera de Beelzebú, dios protector de las moscas, con su manía de coger estos insectos y atravesarlos con un alfiler de oro. (Véase: Suetonio: *Vita Eutrop*, 7).

En todas las poblaciones adónde iba Jesús a predicar le acusaban los fariseos de ejercer la magia egipcia (El rabino Wise opina que Jesús pertenecía a la secta de los fariseos, y el *Talmud* dice que lo fue el apóstol Jaime. En nuestro concepto, no fueron los fariseos sino los saduceos los concitadores del pueblo contra Jesús. Los fariseos constituían la casta sacerdotal de la estirpe de Zadok. Por otra parte, los *Hechos de los apóstoles* dicen que fueron perseguidos por los saduceos, pero nunca por los fariseos, quienes a decir verdad no persiguieron a nadie, y entre ellos se contaban los escribas, rabinos y doctores sin prejuicios de clase como los saduceos) y de lanzar los demonios en nombre de Beelzebú (Tanto fundamento tenía esta acusación como más tarde la del clero romano contra muchos inocentes quemados por el supuesto delito de magia). Por otra parte, San Justino Mártir no sólo afirma con toda autoridad que los gentiles de su tiempo atribuían los milagros de Jesús a operaciones mágicas



(XXXXXXX) idénticas a las de los taumaturgos paganos, sino que deplora que le llamaran embaucador del pueblo (*Diálogos*, 69).

Según el *Evangelio de Nicodemus*, los judíos acusaron de mago a Jesús ante Pilatos diciendo: “¿No te hemos dicho que era mago?” Celso alude a la misma acusación, y como neoplatónico cree en ella (Orígenes: *Contra Celso*, II). **El rabino lochan refiere que a Jesús le era tan fácil volar por los aires como al común de las gentes andar por el suelo** (*Magia*, 51). **San Agustín asegura que, en opinión general de los contemporáneos, Jesús había sido iniciado en Egipto y escribió tratados de magia que legó a Juan** (Orígenes, II. – Hubo una obra titulada *Magia Jesu Christi* atribuida a Jesús. Véanse: August de Consans: *Evang.*, I, 9; Fabric: *Cod. Apud. N. T.*, I, pág. 305). En las *Clementinæ Recognitionis* se acusa a Jesús de haber operado milagros no como profeta judío, sino como mago pagano (*Recog.*, I, 58).

Entonces, igual que ahora, el clero fanático, la plebe ínfima y la aristocracia no iniciada en los Misterios solían acusar de hechicería a los hierofantes y adeptos de mayor nota (Ejemplo de ello tenemos en el iniciado Apuleyo, a quien acusaron de hechicería y de llevar consigo una figura de esqueleto humano que se consideraba poderoso talismán de magia negra). Una de las pruebas más valiosas de que a Jesús le tuvieron por mago sus coetáneos, nos la ofrece el sarcófago del *Museo Gregoriano*, cuyos bajorrelieves representan los milagros de Jesús y entre ellos el de la resurrección de Lázaro, donde figura Jesús con el rostro lampiño y una varita en la mano, como los nigrománticos, mientras que el cuerpo de Lázaro está vendado exactamente como las momias egipcias.

De seguro que el mundo cristiano se parecería más a Cristo y la humanidad no tendría más que una religión y un solo Dios, sin las complicadas y absurdas disquisiciones acerca del “Hijo del Hombre”, si dispusiéramos de un retrato auténtico de Jesús, trazado como la figura del sarcófago en los albores del cristianismo, cuando todavía las gentes conservaban vivo el recuerdo de las circunstancias personales de fisonomía e indumentaria del Reformador. Las dudas y perplejidades religiosas proceden de la falta de datos positivamente personales de la figura divinizada por el cristianismo, pues mientras predominó en la nueva religión el elemento judío no hubo imagen alguna de Jesús, por el horror que inspiraba toda representación plástica, según enseñaron los caldeos. Así es que hubieran tenido por sacrílega irreverencia cualquier representación de su Maestro. (Isis III, 186-192).

La doctrina de la naturaleza trina del hombre está explícitamente expuesta en los libros herméticos, en la filosofía de Platón y en las doctrinas indoísta y budista.



Sin embargo, es una de las enseñanzas más importantes y menos comprendidas de la ciencia hermética. **Los Misterios egipcios, de los que tan sólo conoce el mundo lo poco que de ellos nos dicen las *Metamorfosis* de Apuleyo, ejercitaban a los iniciados en las más heroicas virtudes y le transmitían conocimientos que en vano buscan en los libros cabalísticos los modernos investigadores,** y que las enigmáticas enseñanzas de la Iglesia romana, inspirada por los jesuitas, serán incapaces de descubrir. Resulta, por lo tanto, un agravio para las antiguas confraternidades secretas de iniciados comparar sus doctrinas con las alucinaciones de los discípulos de Loyola, por sinceros que fuesen en los primeros tiempos de la Orden. (Isis IV, 24-25).

En las ciudades importantes de Egipto estaba el cementerio separado de la población por un lago sagrado, en cuya margen se reunían los cuarenta y dos jueces encargados de juzgar al alma del difunto, de la propia suerte que el Libro de los Muertos nos representa el juicio del alma en el mundo espiritual. Si los jueces se pronunciaban unánimemente a favor del alma, el barquero conducía el cadáver a través del lago hasta el lugar del enterramiento, y terminada la fúnebre ceremonia regresaban los sacerdotes al sagrado recinto, donde el *Al-om-jah* (título del hierofante egipcio) instruía a los neófitos acerca del drama que en aquellos momentos se desenvolvía en el mundo invisible, y fortalecía su creencia en la inmortalidad del alma.

El *Crata Nepoa* (ritual de los Misterios egipcios) describe como sigue los siete grados de la iniciación:

El neófito pasaba en la escuela de Tebas por las doce pruebas preliminares, se le intimaba a dominar sus pasiones y no apartar ni un momento de Dios su pensamiento. Después había de subir varias escaleras y vagar a oscuras por una cripta de muchas puertas, pero todas ellas cerradas, para simbolizar en esta ceremonia la peregrinación del alma no purificada. Si triunfaba de las terribles pruebas preliminares recibía los tres primeros grados de iniciación, que se llamaban *Pastophoris*, *Neocoris* y *Melanephoris*. Después se le conducía a una vasta cripta llena de momias colocadas con mucho aparato, y se le dejaba frente a un ataúd con el cuerpo mutilado de Osiris. Esta cripta se llamaba “Puerta de la Muerte”, y seguramente aluden a ella el “*Libro de Job*” y los Evangelios, aunque equiparándolas con las puertas del infierno.

Vencida esta prueba, se le llevaba a la “Cámara de los Espíritus” para que estos le juzgasen.



Entre las enseñanzas morales en que se instruía al neófito, figuraban la abstención de todo género de venganza, el auxilio del necesitado, aun con riesgo de su propia vida, honrar a los padres, enterrar a los muertos, respetar a los ancianos, proteger a los débiles y pensar de continuo en la muerte seguida de la resurrección en nuevo e imperecedero cuerpo. La castidad era virtud rigurosamente prescrita en las iniciaciones, y el adulterio estaba penado de muerte.

Al recibir el cuarto grado (*Kristophores*) se le comunicaba al candidato el misterioso nombre de IAO y en el quinto (*Balahala*) se le comunicaban los secretos de la alquimia (*chemia*) en nombre de Horus.

En el sexto grado se le enseñaba la danza cíclica sacerdotal, que era un verdadero curso de astronomía, pues simbolizaba el movimiento de los planetas.

En el séptimo grado se le iniciaba en el misterio final, después de pasar por la última prueba en el *astronomus* (edificio destinado al efecto, cuyos departamentos se llamaban *manneras*), y entonces recibía la cruz (*tau*) que al morir le colocaban sobre el pecho. Ya era hierofante. (Isis IV, 26-27-28).

. . . no era lícito pronunciar fuera del recinto los nombres sagrados ni las palabras sacramentales de los Misterios. Por esta razón, apenas conocemos los nombres de las divinidades de Samotracia ni el número exacto de los Kabires. Los egipcios tenían por blasfemo pronunciar el nombre de los dioses adorados en sus ritos secretos, y aun hoy mismo los rabinos pronuncian mentalmente el nombre inefable (XXX) y los brahmanes la sílaba *Aum*. De aquí que los occidentales hayan adulterado los verdaderos nombres de *Hisiris* y *Yava* en los abusivos de *Osiris* y *Jehovah* y vean en todas las divinidades gentílicas el personaje que los pazguatos se abstienen de nombrar por no cometer un pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo (Isis IV, 186-187).

El *Libro de Job* nos descubre más claramente que otro alguno la índole y naturaleza del concepto del Diablo, de conformidad con nuestras afirmaciones.

Todo cuanto en este libro se relata es alegórico, y no se han de alarmar por ello las gentes piadosas, pues en tiempos antiguos era costumbre dar alegóricamente las enseñanzas morales, según corrobora el mismo San Pablo en los siguientes pasajes:



Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado (*I Corintios*, X, 11).

Porque escrito está, que Abraham tuvo dos hijos: uno de la sierva y otro de la libre... Las cuales cosas fueron dichas por alegorías (*Gálatas*, IV, 24).

Por lo tanto, si, según toda probabilidad lindante con la certidumbre, el *Nuevo Testamento* tiene carácter alegórico, no será mucha decir del *Libro de Job* lo mismo que dijo San Pablo de las figuras de Abraham y Moisés.

Conviene advertir, sin embargo, la diferencia entre alegoría y símbolo. En la primera se encubre la verdad con la suficiente transparencia para que el oyente o el lector puedan inducirla. El símbolo entraña una cualidad abstracta de la Divinidad, fácilmente comprensible para los profanos, que por ello le tributaron adoración idolátrica. La alegoría estaba reservada en los recintos internos, donde sólo eran admitidos los iniciados; y así se explican aquellas palabras de Jesús cuando decía:

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado.

Porque al que tiene, se le dará y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (*San Mateo*, XIII, 11, 12).

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida.

El mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar, como en la epopeya, el elemento histórico, de modo que los hechos exotéricos constituyan la base del mito y en ellos se entretejan las ideas religiosas.

El *Libro de Job* es muy claro para quien comprende el pintoresco lenguaje empleado por los iniciados egipcios en el *Libro de los muertos*. En la escena del juicio aparece Osiris sentado en el trono con el garfio en una mano y el místico abanico báquico en la otra. Ante él están los cuarenta y dos asesores del difunto. Junto al trono se levanta un altar cubierto de ofrendas y rematado por la flor de loto, sobre el cual se ven cuatro espíritus. En la puerta permanece estacionada el alma que va a comparecer a juicio, y Thmei, diosa de la Verdad, se le acerca en actitud de darle la bienvenida. Thoth empuña una caña y examina el proceso del alma en el Libro de la Vida. Horus y Anubis, delante de las balanzas, observan si el corazón del difunto equilibra o no el peso del símbolo de la Verdad. Sobre un pilar está



sentada la ramera que ha de sostener la acusación. Según saben los eruditos, en los misterios se representaban las escenas del mundo inferior, y tal es la alegoría de Job. Varios críticos han atribuido a Moisés el *Libro de Job*, que seguramente es más antiguo que el *Pentateuco*, pues en él no se nombra a Jehovah; y si bien este nombre aparece en el prólogo, es por error de traducción o por la necesidad posteriormente sentida de dar carácter monoteísta al politeísmo hebreo, convirtiendo para ello en divinidad individual la pluralidad representada en los *Elohim*. En el primitivo texto del *Libro de Job* no se le da a Dios el nombre de Jehovah (Tan sólo en un antiguo manuscrito hebreo (cap. XII, 9) aparece el nombre de Jehovah, y en los demás ejemplares el de Adonai), sino los de *Al*, *Aleim*, *Ale*, *Shaddai*, *Adonai*, de lo cual se infiere que, como todos los demás manuscritos antiguos, fueron adulterados de propósito el prólogo y el epílogo del *Libro de Job*, pues no cabe suponer que se añadieran posteriormente. No hay en este arcaico poema alusión ninguna a la institución sabática; pero sí copiosas referencias al sagrado número siete, de que hablaremos más adelante, y una abierta discusión sobre el sabeísmo prevaleciente por aquellos días en Arabia. El *Libro de Job* llama a Satán hijo de Dios, pues lo cuenta entre los asistentes al Consejo del Altísimo, a quien induce a poner en toque la fidelidad del varón idumeo, de donde vemos corroborada la significación de *acusador* o *adversario* que etimológicamente tiene la palabra Satán y su identidad conceptiva con el Tiphón de los egipcios que acusa a las almas en el Amenti (Oficio análogo al de los fiscales en nuestra administración de Justicia; pero la ignorancia de los primeros cristianos dio al nombre de Satán, torcida sinonimia con el de demonio).

Es el *Libro de Job* una acabada figura de las antiguas iniciaciones y de las pruebas preliminares de tan augusta ceremonia. El neófito se ve privado de todo bien terreno y afligido por una enfermedad repugnante. Su esposa le aconseja que ponga en la muerte su única esperanza. Tres amigos van a visitarle: Eliphaz, el erudito temanita lleno del conocimiento que los sabios recibieron de sus padres, a quienes sólo a ellos les fue dada la tierra; Baldad, el de temperamento positivista, que toma las cosas según vienen y opina que la aflicción de Job es consecuencia de sus culpas; y Sophar, espíritu generalizador de sabiduría superficial. A sus reconvenciones responde Job:

Sea así que yo haya errado, mi yerro quedará conmigo.

Más vosotros os levantáis contra mí y me dais en cara con mis oprobios... porque la mano del Señor me ha tocado.

Pues yo sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios...



¿Por qué, pues, ahora decís: Persigámosle y hallemos raíz de palabra contra él? (*Job*, XIX, 4, 5, 21, 25, 26, 28).

Algunos intérpretes han considerado que este epíteto de Campeón alude al Mesías, y en muchas versiones aparece substituida la palabra *Campeón* por la de *Redentor*, aunque en la de los *Setenta* aparece el pasaje como sigue:

Porque sé que es eterno Aquel que ha de libertarme de la tierra para restaurar esta mi piel que sufre de estos males.

Indudablemente se refiere Job en este pasaje a su Yo superior, inmortal y eterno que por medio de la muerte física ha de libertarle de su corrompido cuerpo carnal y revestirle de nueva envoltura. En los *Misterios de Eleusis*, en el *Libro de los muertos* y en otros tratados relativos a la iniciación se le dan nombres propios al Yo inmortal, que los neoplatónicos denominaron *Nous* y *Augoeides*, los budistas *Aggra*, los mazdeístas *Feruer* y los induistas *Âtman*, con más los frecuentes epítetos de *Liberador*, *Campeón*, *Mediador*, etc. En las esculturas míticas de Persia aparece el *Feruer* o Yo superior simbolizado por una alada figura que planea sobre el cuerpo de un hombre (Porter: *Persia*, I, láminas 17 y 41). Es el inmortal espíritu que ha de redimir nuestra alma de la esclavitud de la materia. En los textos caldeos el citado pasaje se lee como sigue:

Mi libertador (El Yo superior, el espíritu inmortal a quien dice Job que verá sin su carne, esto es, cuando se haya libertado de su cuerpo terreno. Los traductores pusieron Dios en vez de *Libertador*) ha de restaurar mi gastado cuerpo y convertirlo en vestidura etérea.

Sin embargo, todas las versiones derivadas de la de San Jerónimo adolecen de las mismas inexactitudes y mudanzas que este doctor se permitió en su *Vulgata*, según demuestra la evidente adulteración de este versículo:

Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré a mi Dios (*Job*, XIX, 25, 26, ed. *Vulgata*).

En este amaño se advierte el manifiesto propósito que San Jerónimo tuvo de disponer el texto convenientemente para cohonestar “la resurrección de la carne” tal como la entiende el dogmatismo cristiano (Verdaderamente es una donosa perspectiva de restauración la de resucitar con los mismos cuerpos que ahora tenemos. ¿Por qué no resucitar también con las mismas ropas que nos sirven de mortaja?). **No podía el autor del *Libro de Job* conocer el *Nuevo Testamento*, por cuanto ni siquiera conocía el *Antiguo*, ya que ni remotamente alude a los patriarcas. Sin duda fué iniciado su autor, pues una de las tres hijas de Job lleva el mitológico nombre de *Kerenhappuch*, que cada versión traduce de distinto modo. La**



Vulgata la llama ***Cuerno de antimonio***, y los ***Setenta*** traducen ***Cuerno de Amalthea*** (Nodriz de Júpiter. Denominación equivalente a ***Cuerno de la Abundancia***). Basta el nombre de esta heroína pagana en la versión de los ***Setenta*** para advertir por una parte la ignorancia de estos traductores y por otra la filiación esotérica del ***Libro de Job***.

En vez de consolar a Job, sus tres amigos le reconvienen diciéndole que merecida tiene la aflicción en castigo de sus culpas, a lo que responde el santo varón rechazando semejantes imputaciones y prometiendo que mantendrá su causa mientras aliente. Recuerda los prósperos tiempos de su dicha “cuando el secreto de Dios permanecía sobre su tienda” y él era juez soberano como rey en ejército, que a los afligidos consolaba, y los compara con el tiempo presente en que se mofan de él los vagabundos beduinos, “los más viles hombres de la tierra”, al verle postrado por el infortunio y por la lepra. Manifiesta después Job la simpatía que le inspiran los desgraciados, y rememora que siempre fue casto, íntegro, honrado, justo, caritativo, sobrio, hospitalario, magnánimo, misericordioso con el enemigo, extraño al culto del sol e intrépido defensor de la justicia aun contra la oposición de las gentes. Impetra del Todopoderoso una respuesta a este alegato, e intima a sus tres amigos la declaración de las culpas que hayan descubierto en él. No cabía réplica posible. Los tres amigos habían tratado de confundir a Job con especiosas razones, y él les redargüía con su ejemplar conducta. Entonces aparece en escena el cuarto amigo: Elihu el buzita, hijo de Barachel, de la estirpe de Ram (Ram denota nacionalidad aramea de la Mesopotamia, descendientes de Buz, hijo de Nahor. El nombre *Eli-Hu* significa *Dioses*; y el de *Barach-Al* quiere decir *adorador de Dios*. También puede descomponerse en *Bar-Rachel*, y entonces significa *hijo de la oveja*).

Elihu representa al hierofante. Empieza reprendiendo a los otros tres amigos de Job, cuyos sofismas desvanece como el viento de Poniente se lleva la movediza arena.

En la amargura de su corazón había dicho Job a sus amigos:

Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé y no soy inferior a vosotros.

Con todo eso, hablaré al Todopoderoso y con Dios deseo razonar.

Haciendo antes ver que vosotros sois unos forjadores de mentiras y secuaces de Perversos dogmas.

Y ojalá callareis para que fueseis tenidos por sabios (*Job*, XIII, 2 a 5).

Pero Elihu le dice:



No los de mucha edad son los sabios ni los ancianos los que juzgan lo justo.

Mas, a lo que veo, espíritu hay en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia.

Una vez habla Dios y segunda vez no repite la misma cosa.

Por sueño, en visión nocturna, cuando profundo sueño se echa sobre los hombres y están durmiendo en su lecho.

Entonces abre las orejas de los hombres, y amaestrándolos, les instruye en lo que deben saber.

Atiende, Job, y oye y calla mientras yo hablo.

Y si tienes alguna cosa que decir, respóndeme, habla; porque deseo que comparezcas justo.

Y si no tienes, óyeme, calla y te enseñaré sabiduría (Id., XXXII, 8, 9; XXXIII, 14, 15, 16, 31, 32 y 33),

Había dicho antes Job, vacilante en su fe, al oír que sus amigos no le ofrecían otra esperanza que la eterna condenación:

El hombre nacido de mujer, vive breve tiempo y está relleno de muchas miserias.

Que como flor sale y es ajado, y huye como sombra y jamás permanece en un mismo estado.

Mas el hombre después que haya muerto y despojado que sea y consumido, dime, ¿dónde está?

¿Crees por ventura que muerto un hombre tornará a vivir?

¡Y ojala se hiciera el juicio entre Dios y el hombre como se hace el de un hijo del hombre con su compañero! (Job, XIV, 1, 2, 10, 14; XVI, 22).

Pero por fin escucha Job la sabiduría de Elihu, el inspirado filósofo, el instructor perfecto, el hierofante de cuyos severos labios brota la justa reconvención de haber dudado impiamente de la bondad de Dios achacándole los males de la humanidad. Así dice Elihu:

Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la injusticia. Porque Él pagará al hombre su obra y recompensará a cada uno según sus caminos. Porque en verdad, Dios no condenará sin razón ni el Omnipotente trastornará la justicia) (Id., XXXIV, 10, 11, 12).

Callado se había mantenido el hierofante mientras al neófito le satisfizo su propia sabiduría mundana en irreverente incomprensión de la Providencia y sus designios, y dio oídos a los perniciosos sofismas de sus consejeros.



Mas, en cuanto la mente del neófito anhela conocer la verdad y se predispone de esta suerte a la instrucción y al consejo, resuena la voz del hierofante, que lleno del divino Espíritu exclama:

No podemos conocer a Dios dignamente. Grande en fortaleza y en juicio y en justicia. Él es inefable.

Por esto le temerán los hombres y no se atreverán a contemplarle todos los que se tienen a sí mismos por sabios (Id., XXXVII, 23, 24).

Y responde Job a Baldad:

Verdaderamente sé que así es y que no será justificado el hombre comparado con Dios.

Él trasladó los montes y los mismos que trastornó en su furor no le conocieron.

Él conmueve la tierra de su lugar y sus columnas se estremecen.

Él manda al sol y no sale y cierra las estrellas como bajo de sello.

Él hace cosas grandes e incomprensibles y admirables que no tienen número.

Si viniere a mí no lo veré; si se retirare, no lo entenderé (Job, IX, 2, 5, 6, 7, 10, 11)

¡Hermosa lección para los predicadores a la moda que multiplican las palabras sin encerrar sabiduría en ellas! (La profética sátira que se advierte en el citado pasaje, puede aplicarse sin reparo a los predicadores de todas las sectas cristianas).

Escucha Job la palabra de sabiduría y después le habla el Señor desde el “torbellino de la Naturaleza” (Símbolo de la primera manifestación de Dios), diciendo:

¿Quién es ese que envuelve sentencias en inductos discursos?

Cíñete como varón tus lomos; te preguntaré y respóndeme:

¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?

¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.

Cuando me alababan a una los astros de la mañana y se regocijaban los hijos de Dios.

¿Quién encerró con puertas el mar?

Lo cerré dentro de mis términos y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrarás tus hinchadas olas.

¿Quién dio curso a un aguacero impetuosísimo y camino al trueno ruidoso para que lloviese en una tierra sin hombre, en el desierto, donde no mora mortal ninguno?



¿Podrás acaso juntar las brillantes estrellas de las Pléyades o podrás detener el giro de Arturo?

¿Podrás enviar los relámpagos e irán y te dirán cuando vuelvan: Aquí estamos? (*Job*, XXXVIII, 1 y siguientes).

A lo que responde Job.

Yo, que he hablado con ligereza, ¿qué cosa puedo responder? Pondré mi mano sobre mi boca (Id., XXXIX, 37).

Ya sabe cuáles son sus caminos y se abren sus ojos por vez primera. Desciende sobre el hombre de las aflicciones la suprema Sabiduría y en este final *Petroma* le muestra la imposibilidad de cazar al Leviatán clavándole el arpón en la nariz, lo cual significa que en el conocimiento oculto (Leviatán) únicamente pueden poner la mano, pero *nada más que la mano*, quienes por sus facultades y debida preparación merecen que Dios no se lo encubra.

Así dice el Señor:

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatán y atar su lengua con una cuerda?

¿Quién descubrirá la haz de su vestido y en medio de su boca quién entrará?

¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Alrededor de sus dientes hay espanto.

Su cuerpo es como escudos fundidos apiñados de escamas que se aprietan. La una se junta con la otra y ni un respiradero pasa por entre ellas.

Su estornudo es resplandor de fuego y sus ojos como los párpados de la aurora.

Detrás de él lucirá la senda y reputará al abismo como lleno de canas.

No hay sobre la tierra poder que se le iguale, pues fue hecho para que no temiese a ninguno.

Todo lo alto ve. Él es el rey de todos los hijos de soberbia (*Job*, XLI, 1 a 9, 23 a 25).

Y responde Job:

Sé que todo lo puedes y que ningún pensamiento se te esconde.

¿Quién es ese que sin ciencia encubre el consejo?

Por esto yo he hablado neciamente y lo que sin comparación excedía mi ciencia.

Oye y yo hablaré; te preguntaré y respóndeme.



Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo.

Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (Id., XLII, 2 a 6).

Reconoce a su Campeón y se convence de que ha llegado la hora de su reivindicación.

Entonces le dice el Señor a Eliphaz:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job.

El Señor asimismo se volvió a, la penitencia de Job... y le dio doblado todo cuanto había tenido (Id., XLII, 7 y 10).

En el juicio del alma según el *Libro de los muertos*, el difunto invoca a los cuatro espíritus residentes en el Lago de Fuego, y luego de purificado por ellos le conducen a la mansión celeste, donde le reciben Athar e Isis en presencia de A-tum (Divinidad inmanifestada, equivalente conjuntamente a Phtha y Amon, el Padre y al Hijo, al creador y a la creación, al Pensamiento y su expresión, al Padre y a la Madre). Se ha convertido en *turu* (hombre espiritual), que desde entonces será el ojo de fuego (*on-ati*) compañero de los dioses. (Isis IV, 208-219).

En los misterios báquicos se pasaban los fieles de mano en mano el cáliz consagrado que llamaban del Agathodemon (Cousin: *Conferencias sobre filosofía moderna*, I, 404), y de estos misterios tomaron indudablemente los ofitas la misma ceremonia, pues la comunión en las dos especies de pan y vino se conoció en el culto de las principales divinidades (Según Movers, Duncker, Higgins y otros autores).

Respecto al sacramento casi místico que adoptaron los gnósticos marcosianos, también cabalistas y teurgos, nos cuenta Epifanio una curiosa leyenda en demostración de las artimañas del demonio.

Dice así:

En la fiesta congregacional de la Eucaristía llenaban los marcosianos de vino blanco tres grandes vasos de finísimo y transparente cristal. Durante la ceremonia tomaba el vino a la vista de todos los fieles un color rojo de sangre, que cambiaba después en púrpura y por último en azul celeste. Entonces el celebrante entregaba uno de los tres vasos a una mujer de la congregación para que lo bendijera, y esto hecho trasegaba el celebrante su contenido a otro vaso mucho



mayor diciendo: “Que la gracia de Dios inconcebible e inexplicable, que domina todas las cosas, llene tu interno ser y acreciente el conocimiento del que está dentro de ti, sembrando la simiente de mostaza en tierra fértil” (Epifanio: *Herejías*, XXXIV; *Gnósticos*, 53).

Terminada esta plegaria, el licor del vaso se embravece hasta rebosar (En los misterios báquicos empezó a consagrarse el vino, que en nuestra opinión no sería como por error le parece a Payne Knight para producir un éxtasis artificial por medio de la embriaguez, sino que era bebida sagrada de donde posteriormente tomaron los cristianos la comunión bajo las dos especies. Sin embargo, el abuso en este punto puede ocasionar la embriaguez, como le ocurrió a un pastor anglicano de Nueva York, que por haberse excedido en la comunión, quedó beodo en la calle y le condujeron a la delegación de policía).

El descenso de Cristo a los infiernos tiene su punto de comparación en las antiguas religiones (Orfeo, Baco, Heracles y Asclepio descendieron también a los infiernos y resucitaron al tercer día de su muerte. En el rito de la iniciación se representaba simbólicamente el descenso del espíritu a los mundos inferiores. Cristo fué la última entidad que descendió a los infiernos). El *Credo* cristiano, cuya composición atribuye San Agustín (King: *Historia del Credo apostólico*, 8, 26) a los doce apóstoles, cada uno de los cuales interpuso una de las doce proposiciones o artículos en que se divide, contiene la de: “descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Este artículo corresponde a Santo Tomás en el orden de atribución, sin duda como en penitencia de su incredulidad; pero no obstante, lo más probable es que fuera interpolado posteriormente, pues nada prueba que los apóstoles compusieran el *Credo* ni que en la época apostólica se conociese tal como está hoy redactado (Bailey: *Oraciones vulgares*, 9, 1813). En cambio, hay fundados motivos para afirmar que este artículo se interpoló hacia el año 600 (*Credo de los apóstoles*, *Nuevo Testamento apócrifo*), porque Teodoreto, Epifanio, Eusebio, Ireneo, Orígenes, Tertuliano y Sócrates no lo conocieron (Lib. I, c. 2; “*Lib de Princ*” in *Proem. Advers. Praxaem.*, c. II) ni constaba en los antiguos textos del símbolo de la fe, según dice el obispo Parsons (*Sobre el Credo*, fol. 1676, p. 225), ni lo mencionan los concilios anteriores al siglo VII, ni el Credo de San Agustín (*De Fide et Symbol*). Por otra parte, Rufino (*Exposit. In Symbol. Apost.*, 10) afirma que en su tiempo no aparecía este artículo ni en el Credo latino ni en el griego.

Sin embargo, se disipa toda duda al saber que hace muchos siglos le habló Hermes al encadenado Prometeo, diciendo:

No cesará tu tormento hasta que un dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro (Esquilo: *Prometeo*, 1027).

En la mitología griega este dios era Heracles, el unigénito, el Salvador (Análogo concepto expresan Hércules en su sobrenombre de Alexicacos, porque convirtió a los malvados; *Soter* o *Salvador*, llamado también *Neulos Eumelos* (el Buen Pastor); Astroquiton o



estrella revestida; y el Señor del Fuego), **a quien tomaron por modelo los Padres de la Iglesia** y de quien dice Luciano:

Heracles no dominó a las naciones por la fuerza, sino por persuasión y sabiduría *divina*. Heracles mejoró a los hombres, estableció una religión suave y desbarató la doctrina de la condenación eterna expulsando del mundo inferior al Cerbero (*El diablo pagano*).

Del mismo modo que de Cristo se nos dice, se ofreció Heracles voluntariamente en sacrificio por los pecados del mundo y puso fin a los tormentos de Prometeo (El Adán de los paganos), descendiendo a los dos lugares inferiores: el Hades y el Tártaro.

Dice Bart sobre el particular:

Su voluntario sacrificio auguró el nuevo nacimiento etéreo de los hombres... Al libertar a Prometeo y erigir altares se constituyó en mediador entre las creencias antiguas y modernas... Abolió los sacrificios humanos... Descendió en espectro al sombrío reino de Plutón y ascendió en espíritu al Olimpo para reunirse con su padre Zeus.

Tan difundida estaba en la antigüedad la leyenda de Heracles y por tan de fe se tenía, que hasta los mismos hebreos, erróneamente diputados por monoteístas, la copiaron en sus alegorías; pues así como de Heracles se dice que quiso robar el oráculo délfico, así también, según el *Sepher Toldoth Jeschu*, substraigo Jesús del santuario el Nombre inefable. No es, por lo tanto, extraño que de la propia suerte se haya copiado su descenso a los infiernos. El *Evangelio de Nicodemus*, que hasta estos últimos tiempos no se ha declarado apócrifo, excede en plagios y falsedades a todo atrevimiento, como se colige de su examen. El capítulo XVI de este Evangelio presenta en amigable plática a Satanás y al Príncipe del infierno, quienes de pronto se ven sobrecogidos por una voz tonante como el trueno y rugiente como el huracán, que les manda abrir las puertas de sus dominios porque ha de entrar por ellas el *Rey de la Gloria*. El Príncipe del infierno reconviene entonces a Satanás por no haberse prevenido para impedir semejante visita, y después de fuerte altercado expulsa el Príncipe a Satanás del infierno y ordena a sus impíos oficiales que cierren las bronceadas puertas de crueldad y luchen denodadamente para no caer prisioneros. Pero al oír esto, los santos (Raro es que haya santos en el infierno) le dijeron con encolerizada voz al Príncipe de las tinieblas: “Abre las puertas de tu reino para que entre por ellas el Rey de la Gloria” (Esto demuestra que el Rey de la Gloria necesitaba heraldos). Y el profeta David exclamó diciendo: “¿Acaso no profeticé yo verdad cuando estaba en la tierra?” Y el santo profeta Isaías habló y dijo: “¿No profeticé yo verdad?” Los santos se levantan entonces contra el



Príncipe del infierno, quien replica fingiéndose ignorante: “nunca se habían portado tan insolentemente los muertos. ¿Quién es el Rey de la Gloria?”. A esto responde David que conoce bien su voz y comprende sus palabras porque le habla al espíritu; pero viendo que a pesar de todo no quiere el Príncipe del infierno abrir las bronceadas puertas de la iniquidad, le replica airadamente: “Y ahora, ¡oh tú, inmundo y hediondo Príncipe del infierno!, abre las puertas... El Rey de la Gloria viene... Déjale entrar”. Todavía estaban en esta querrela cuando apareció el poderoso Señor en forma humana, cuya presencia atemorizó a la impía muerte y a sus crueles ministros, que temblorosos halagan a Cristo y le hablan interrogativamente, de modo que cada pregunta entraña el mismo concepto que los artículos del credo. Así le dicen: “¿Quién eres tú, de tal poder y grandeza que rompes las cadenas del pecado original? ¿Eres tú aquel Jesús de quien hace poco nos decía Satán que por la muerte en cruz mereciste recibir poder sobre la muerte?” Pero el Rey de la Gloria no responde: huella a la muerte, prende al Príncipe del infierno y le despoja de su poder.

Entonces se promueve en el infierno un alboroto, magistralmente descrito por Homero y Hesiodo, según nos demuestra su intérprete Preller (“Preller”: II, 154) en el relato de Hércules invicto y de las fiestas de Tiro, Tarsis y Sardía.

Luego de iniciado en los misterios eleusinos desciende Hércules al Hades, y a su presencia huyen aterrorizados los muertos (Esto mismo repite el Evangelio de Nicodemo) y todo es confusión, horror y lamentos. Al ver la batalla perdida, el Príncipe del infierno encoge prudentemente el rabo y se pone del lado del más fuerte. El pobre Satán contra quien, según los apóstoles Pedro y Judas, no se había atrevido ni el mismísimo arcángel San Miguel a levantar ante el Señor una sola queja, se ve ignominiosamente tratado por el Príncipe del infierno, a quien el rey de la Gloria le dice: “¡Oh Beelzebub, príncipe del infierno! Desde ahora y para siempre quedará Satán sujeto a tu dominio en vez de estarlo Adán y su linaje, que ya es mío... Venid a mí ¡oh mis santos!, que fuisteis creados a mi imagen y condenados por el fruto prohibido a la esclavitud de la muerte y el demonio. Vivid ahora por el leño de mi cruz, pues el diablo, rey de este mundo, está sojuzgado y vencida la muerte. Dicho esto, el Señor toma a Adán por la mano derecha, a David por la izquierda, y seguido de Enoch, Elías, el buen ladrón y los santos patriarcas, sube del infierno al cielo (Evangelio de Nicodemo. Traducción del publicado por Grineo en su *Ortodoxografía*, I, lib. II, 643. El piadoso autor olvidó, sin duda, añadir a la alegre comitiva el convertido dragón del Estilita y el domesticado lobo de San Francisco de Asís que hubieran podido cerrar la marcha meneando las colas y arrasados los ojos en lágrimas de gozo).

Otra analogía de este mito nos ofrece el Código de los nazarenos, donde Tobo, el libertador del alma de Adán, la conduce del Orco (Equivalente al Hades) al asiento de Vida. Es Tobo lo mismo que Tobadonías, uno de los nueve levitas enviados por Josafat a predicar el Libro de la ley por las ciudades de



Judá (II Paralipómenos, XVII, 8). Según los cabalistas, los levitas, discípulos o magos enfocaban los rayos solares para iluminar el mundo intermedio (Hades u Orco) y mostrar al alma de Adán (Síntesis de todas las almas humanas, Adán tiene los equivalentes: Athamas, Tamuz, Adonis y Helios) el camino que se aparta de las tinieblas de la ignorancia.

En el *Libro de los muertos* dice Osiris:

Yo brillo como el sol cuando celebra su fiesta en la mansión estrellada (*Libro de los muertos*, VI, 231).

También a Cristo se le llama “Sol de Justicia” y “Helios de justicia” (Eusebio: *De los demonios*, c. V, 29) como reminiscencia de las alegorías paganas; lo que no deja de ser blasfemia en boca de quienes presumen describir con ello un episodio de la peregrinación terrena de su Dios.

Por otra parte tenemos los siguientes pasajes:

Heracles ha salido de las cámaras de la tierra, de la subterránea morada de Plutón (Eurípides: *Heracles*, 807).

Ante Ti tembló la laguna Estigia y se atemorizó el portero del Orco. No pudo amedrentarte ni aun el mismo Tiphón. ¡Salve verdadero hijo de Jove! ¡Gloria a los dioses! (Virgilio: *Eneida* VIII, 274). (Isis IV, 239-245).

. . . La razón de que Pablo aparezca como “derogador de la ley”, sólo puede hallarse en la India, en donde se han conservado hasta nuestros días en toda su pureza las más antiguas costumbres y privilegios, no obstante los abusos basados en ellos. Sólo hay en la India una categoría de personas que puede quebrantar impunemente la ley de las instituciones brahmánicas, incluso las de castas; son los perfectos “*svamis*”, los yoguis, que han alcanzado, o que se suponen han traspuesto, los siete primeros peldaños del estado de *Jivanmukta*, o sea la plena iniciación. Y Pablo fue indudablemente un iniciado. Citaremos al efecto uno o dos pasajes de *Isis sin Velo*, pues nada podemos decir ahora más de lo que dijimos entonces:

Leed los pocos originales que nos quedan entre los escritos atribuidos a este hombre franco, honrado y sincero, y decid si alguien puede afirmar que haya en ellos ni una sola línea en la cual signifique Pablo con la palabra Cristo, algo más que la idea abstracta de la personal divinidad Morante en el hombre. Para Pablo, no es Cristo una personalidad sino una idea humanada. “Si un hombre está en Cristo, es otra criatura”: es decir, *nace de nuevo* como después de la iniciación,



porque el Señor es el espíritu del hombre. Pablo fue el único apóstol que comprendió las ideas subyacentes en las enseñanzas de Jesús, por más que nunca anduvo con él.

Sin embargo, Pablo no era perfecto e infalible.

Resuelto a implantar una nueva y amplia reforma, que abarcara a la humanidad entera, encaramó ingenuamente sus propias doctrinas sobre la sabiduría de los pasados tiempos, y sobre los antiguos misterios y la final revelación de los *Epothe*.

Otra prueba de que Pablo pertenecía al círculo de los “Iniciados”, la tenemos en que se tonsuró en Cencrea, donde fue iniciado Lucio (Apuleio) “porque había hecho un voto”. Los nazarenos o nazarenos (puestos aparte), como vemos en las escrituras hebreas, no se cortaban los cabellos “ni consentían navaja” en su cabeza, hasta el día de sacrificar su cabellera en el altar de la iniciación. Y los nazarenos eran una clase de caldeos teúrgicos o iniciados.

Ya indicamos en *Isis sin Velo* que Jesús fue un nazareno:

Declara San Pablo que: “Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento como *maestro de obras juicioso*”.

La palabra *maestro de obras* aparece una vez tan sólo en toda la *Biblia*; y en boca de San Pablo, puede considerarse como una completa revelación. La tercera parte o sección de los misterios se llamaba *Epotheia*, que quiere decir revelación o en trada en el secreto; pero esencialmente significa el supremo y divino estado de clarividencia. . . aunque el significado real de la palabra sea “vigilante” de XXXX, “me veo”. En sánscrito la raíz *âp* tuvo en su origen la misma significación ; pero actualmente quiere decir “obtener” (en su más amplia acepción, la palabra sánscrita tiene el mismo sentido literal que la griega, pues ambas significan “revelación” por medio de la “bebida sagrada” y no por agente humano. En la India los iniciados bebían “el Soma” que les ayudaba a libertar el alma del cuerpo. En los misterios eleusinos también se ofrecía la bebida sagrada en la *Epotheia*. Los misterios griegos se derivan por entero de los ritos védicos y estos a su vez de los de la prevédica Sabiduría).

La palabra *epotheia* se compone de *epi*, sobre, y *optomai*, mirar; esto es: vigilar, inspeccionar, como hacen los maestros de obras. El título de maestro masón de la Francmasonería, se deriva de esto, en el sentido acostumbrado en los misterios. Por lo tanto, cuando Pablo se llama a sí



mismo maestro de obras, emplea una palabra eminentemente cabalística, teúrgica y masónica, no usada por ningún otro apóstol. De este modo se titula *adepto*, con derecho de iniciar a otros.

Si buscamos en esta dirección, guiados expertamente por los misterios griegos y la Kabalah, hallaremos fácilmente el secreto motivo de que Pedro, Juan y Santiago persiguieran y detestaran a Pablo. El autor del *Apocalipsis* era un cabalista de pura cepa, y alimentaba hereditario odio contra los misterios paganos (es innecesario advertir que el *Evangelio, según San Juan*, lo escribió un gnóstico o un neoplatónico, y no Juan). En vida de Jesús tuvo Juan celos hasta de Pedro, y, poco después de la muerte de su común maestro, vemos a los dos discípulos defender ardientemente el rito de la circuncisión. A los ojos de Pedro era Pablo un mago, porque le había vencido intelectualmente y reconocía su superioridad en conocimientos de filosofía y “erudición griegas”. (D.S. V, 176-179).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco (Baco, llamado también Dionisio, es de origen induísta. Cicerón le considera hijo de Niso y Thyoné. En griego la palabra *Dtónusoç* significa “el dios Dis del monte Nys” en la India. El Baco coronado de pámpanos (*kissos*) equivale a Khristna, uno de cuyos sobrenombres es *Kissen*. En Dionisio o Baco concentrábanse todas las esperanzas en la vida futura, pues era el dios que había de libertar de su cárcel de carne a las almas de los hombres.

Por otra parte, dice la mitología que Orfeo, el poeta argonauta, vino a este mundo para eliminar de la religión el grosero antropomorfismo que la contaminaba, y abolió en consecuencia los sacrificios humanos y restauró la mística teología basada en la pura espiritualidad. Cicerón considera a Orfeo como hijo de Baco, y algunos autores se apoyan en la semejanza del nombre de Orfeo con el de *òr2voç* (moreno) para atribuir a este personaje procedencia inda, pues de este color es la tez de los indos. De todos modos Baco en su carácter y denominación de Dionisio Zagreo, es indudablemente de origen indo (Véanse las obras de Voss, Heyne y Schneider sobre los argonautas) **y el pan de Ceres** (Opina Knight que Ceres no personificaba la grosera substancia llamada tierra, sino el *fecundo principio femenino* que la penetra, y unido al masculino produce la vida organizada... Así se consideraba a Ceres como esposa del omnipotente padre Eter o Júpiter (*Lenguaje simbólico del arte y mitología de los antiguos*, XXXVI). De aquí que las palabras de Cristo: “el espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha” se aplican en su dual significado a las cosas espirituales y terrenales, al espíritu y a la materia). **El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos comiera y bebiera en señal de que el espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en su cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar. Además, Jesús solía compararse con la vid (*San Juan*, XV, 1), y al hierofante revelador del petroma se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: “Bebed, esta es mi sangre”, se compara con la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su**



Padre es el labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre. (Isis IV, 306-307).

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indio de difundir entre mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana (*Dhammapada*, V, 126).

En otro pasaje añade Gautama:

Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. Pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la *aniquilación* después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en lo futuro (*Rueda de la ley*, 54)

Dice San Pablo:

Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la *muerte* del testador.

En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden de Melchisedech.

El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, yo *hoy te he engendrado* (*Epístola de los hebreos* IX, 16; VI, 20; VII, 16; V, 5).

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melchisedech (Figura de Cristo, según los teólogos), y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en Hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo



demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Éfeso, que inició al emperador Juliano en los misterios mítricos diciéndole:

Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: “Eres el Hijo de Dios”. Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (*Hechos de los apóstoles*, XXVIII, 3 a 6). Por último, los discípulos de Simón el Mago leapellidaban: Hijo de Dios, el Hermoso y el gran poder de Dios.

El concepto de la Divinidad está condicionado en el hombre por sus limitaciones mentales. Cuanto más dilatado sea el campo de su percepción espiritual, tanto más grandioso y sublime será su concepto de Dios, cuya existencia no tiene mejor demostración que el hombre mismo con sus divinos poderes espirituales, potencialmente latentes en quien todavía no los haya educido. Sobre esto dice Wilder:

La sola posibilidad de las facultades taumatúrgicas, prueba su existencia... Por lo general, el crítico incrédulo es mental y espiritualmente inferior a la persona o materia que critica, y por lo tanto, raras veces juzga competentemente. Si hay imposturas, esto mismo demuestra que en alguna parte ha de estar el original auténtico (Wilder: *Profecías antiguas y modernas*). (Isis IV, 350-352).

Profundicemos aún más esta creación de la fantasía Patrística, y busquemos su prototipo entre los paganos. El origen del nuevo mito satánico es fácil de encontrar. La tradición del Dragón y del Sol tiene ecos en todas partes del mundo, tanto en las regiones civilizadas como en las semisalvajes. Se originó de los cuchicheos entre los profanos respecto de las Iniciaciones secretas, y se estableció universalmente por medio de la religión heliólatra antes universal. Hubo un tiempo en que las cuatro partes del mundo estaban cubiertas de templos consagrados al Sol y al Dragón; pero el culto se conserva ahora principalmente en China y en los países budhistas.

Bel y el Dragón estando uniformemente unidos, y el sacerdote de la religión Ofita usando del mismo modo el nombre de su Dios (*Archeology*, XXV, 220, Londres).

Entre las religiones del pasado, en Egipto es donde tenemos que buscar su origen occidental. Los Ofitas adoptaron sus ritos de Hermes Trimegisto, y el culto



heliólatra, con sus Dioses–Soles, cruzó al país de los Faraones desde la India. En los Dioses de Stonehenge reconocemos a las divinidades de Delfos y de Babilonia, y en las de esta última a los Devas de las naciones védicas. Bel y el Dragón, Apolo y Pitón, Krishna y Kâliya, Osiris y Tifón, son todos uno bajo diversos nombres, siendo las posteriores Miguel y el Dragón Rojo, y San Jorge y su Dragón. Como Miguel es “uno como Dios”, o su “Doble”, para propósitos terrestres, y es también uno de los Elohim, el Ángel guerrero, es, por tanto, una simple permutación de Jehovah. Sea el que fuese el suceso cósmico o astronómico que primeramente dio lugar a la alegoría de la “Guerra en los Cielos”, hay que buscar su origen terrestre en los templos de la Iniciación y en las criptas arcaicas, y la prueba es que vemos: a) a los sacerdotes asumiendo el nombre de los Dioses a quienes servían; b) a los “Dragones” tenidos en toda la antigüedad como símbolos de la Inmortalidad y la Sabiduría, del Conocimiento secreto y de la Eternidad; y c) los Hierofantes de Egipto, de Babilonia y de la India se daban generalmente el nombre de “Hijos del Dragón” y de “Serpientes”; corroborando así las enseñanzas de la Doctrina Secreta.

Había numerosas catacumbas en Egipto y en Caldea, algunas de las cuales eran de gran extensión. Las más célebres de ellas eran las criptas subterráneas de Tebas y Menfis. Las primeras principiando en el lado occidental del Nilo, se extendían hacia el desierto de Libia, y eran conocidas como las catacumbas, o pasajes de la Serpiente. Allí era donde se ejecutaban los Sagrados Misterios del *Kuklo–Anankês*, el “Ciclo Inevitable”, conocido más generalmente por el “Círculo de la Necesidad”: el destino inexorable impuesto a toda Alma después de la muerte corporal, una vez juzgada en la región del Amenti.

En el libro de De Bourbourg, Votan, el semidiós Mexicano, al narrar su expedición, describe un pasaje subterráneo que seguía su curso bajo tierra y terminaba en la raíz de los cielos, añadiendo que este pasaje era un agujero de Sierpe, “*un agujero de culebra*”; y que él fue admitido en él porque él mismo era un “Hijo de las Sierpes”, o sea una Serpiente (*Die Phoinizier*, 70).

Esto es, verdaderamente, muy sugestivo; pues su descripción del “agujero de Sierpe” es como la de la antigua cripta egipcia, como he dicho antes. Por otra parte, los Hierofantes de Egipto, así como los de Babilonia, se daban generalmente el nombre, durante los Misterios, los “Hijos del Dios–serpiente” o “Hijos del Dragón”.

“Los sacerdotes Asirios llevaban siempre el nombre de su Dios”, dice Movers. También los Druidas de las regiones celto–británicas se llamaban Serpientes. “Soy una Serpiente, soy un Druida”, exclamaban. El Karnak egipcio es hermano gemelo del Carnac de Bretaña, significando este último el Monte de la Serpiente.



Las Dracontias cubrieron en un tiempo la superficie del Globo, y estos templos estaban consagrados al Dragón sólo porque él era el símbolo del Sol, el cual, a su vez, era el símbolo del Dios más Elevado: el Elón fenicio o Elión, a quien Abraham reconoció por El Elión (véase Sanchoniathon en Eusebio, *Pr. Ev.*, 36; *Génesis*, XVI). Además del sobrenombre de Serpiente, tenían ellos también el apelativo de “Constructores” o “Arquitectos”, por la inmensa grandeza de sus templos y monumentos, que aun hoy, con sus pulverizados restos, “asombran a los cálculos matemáticos de nuestros ingenieros modernos”, como dice Taliesin (*Society of Antiquaries of London*, XXV, 220).

De Bourbourg indica que los jefes con el nombre de Votan, el Quetzalcóatl, o deidad Serpiente de los mexicanos, son los descendientes de Cain y Canaán. “Yo soy Hivim”, dicen ellos. “Siendo un Hivim, soy de la gran raza del Dragón (Serpiente). Yo mismo soy una Serpiente, pues soy un Hivim”. Además, la “Guerra en los Cielos” muestra en uno de sus significados que hace referencia a esas luchas terribles que esperan al Candidato al Adeptado; luchas entre él y sus pasiones humanas personificadas (por la Magia), cuando el *Hombre Interno* iluminado tiene que matar o fracasar. En el primer caso se convierte en el “Matador del Dragón”, por haber afortunadamente dominado todas las tentaciones; en un “Hijo de la Serpiente”, y en una Serpiente, que se ha desprendido de su piel vieja y ha nacido en un *nuevo* cuerpo, convirtiéndose en un Hijo de la Sabiduría y de la Inmortalidad en la eternidad.

Set, el reputado antecesor de Israel, es sólo un disfraz judío de Hermes, el Dios de la Sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth y Satán. Es también Tifón, así como Apofis, el Dragón muerto por Horus; pues Tifón fue llamado también Set. Es él sencillamente el *aspecto oscuro* de Osiris, su hermano, así como Angra Mainyu es la sombra negra de Ahura Mazda. En el sentido terrestre, todas estas alegorías estaban relacionadas con las pruebas del Adeptado y de la Iniciación. Astronómicamente, se referían a los eclipses solares lunares, cuyas explicaciones míticas se ven aún hoy en la India y Ceilán, en donde cualquiera puede estudiar los relatos alegóricos que han permanecido invariables durante muchos miles de años.

Râhu, mitológicamente, es un Daitya, un Gigante, un Semidiós, la parte inferior de cuyo cuerpo, terminaba en una cola de Dragón o Serpiente. Durante el mazar del Océano, cuando los Dioses produjeron el Amrita, el Agua de la Inmortalidad, robó él una parte, y bebiéndola se hizo inmortal. El Sol y la Luna que vieron el robo, lo denunciaron a Vishnu, quien le colocó en las esferas estelares, representando la parte superior de su cuerpo la cabeza del Dragón, y la inferior (Ketu), la cola; siendo las dos los nodos ascendente y descendente. Desde entonces, Râhu se



venga del Sol y de la Luna tragándoselos de vez en cuando. Pero esta fábula tiene otro significado Místico; Pues Râhu, la cabeza del Dragón, jugaba una parte prominente en los Misterios de la Iniciación del Sol (de Vikartana), cuando el Candidato y el Dragón libraban una batalla suprema.

Las grutas de los Rishis, las mansiones de Teiresías y de los videntes griegos, fueron modeladas con arreglo a las de los Nâgas – los Reyes Serpientes, que moraban en cavidades de las rocas, bajo la tierra. Desde Shesha, la Serpiente de mil cabezas, sobre la cual reposa Vishnu, hasta Pitón, el *oráculo* Dragón-serpiente, todo señala el significado secreto del mito. En la India vemos mencionado el hecho en los primitivos *Purânas*. Los hijos de Surasâ son los poderosos “Dragones”. Como el *Vâyû Purâna* reemplaza a los “Dragones” de Surasâ del *Vishnu Purâna* por los Dânavas, y a los descendientes de Danu por el sabio Kashyapa; y como estos Dânavas son los Gigantes, o Titanes, que guerrearon contra los Dioses, queda indicado que son idénticos a los “Dragones” y “Serpientes” de la Sabiduría.

Basta comparar los dioses Soles de cada país para ver que sus alegorías concuerdan perfectamente unas con otras; y mientras más oculto es el símbolo alegórico, más concuerda con él el símbolo correspondiente de los sistemas exotéricos. Así, pues, si de tres sistemas que difieren excesivamente unos de otros en apariencia –el Ario arcaico, el Griego antiguo y el Cristiano moderno– escogemos al azar varios dioses Soles y Dragones, se verá que están copiados unos de otros.

Tomemos Agni, el Dios del Fuego; Indra, el firmamento, y Kârttikeya, de los indos; el Apolo griego y Miguel, el “Ángel del Sol”, el primero de los Æons, llamado por los gnósticos el “Salvador” – y procedamos con orden.

1º Agni, el Dios del Fuego, es llamado Vaishvânara, en el *Rig Veda*. Ahora bien; Vaishvânara es un Dânava, un Demonio-gigante (Tal es el nombre que se le da, y con el cual está incluido en la lista de los Dânavas, en el *Vâyû Purâna*; el Comentador del *Bhâgavata Purâna*, lo llama hijo de Danu, pero el nombre significa también “Espíritu de la Humanidad”), cuyas hijas Pulomâ y Kâlakâ son las madres de los innumerables Dânavas (30 millones) habidos con Kashyapa (Kashyapa es llamado el hijo de Brahmâ y él es el “Nacido por Sí mismo”, a quien se atribuye una gran parte de la obra de la creación. Es él uno de los siete Rishis; exotéricamente, es el hijo de Marichi, el hijo de Brahmâ; al paso que el *Atharva Veda* dice: “El Kashyapa Nacido por Sí mismo surgió del Tiempo”, y *esotéricamente* el Tiempo y el Espacio son formas de la Deidad Una *incognoscible*. Indra, como Âditya, es hijo de Kashyapa, como también el Manu Vaivasvata, nuestro Progenitor. En el ejemplo dado en el texto, es Kashyapa-Âditya, *el Sol y el Sol-dios* de quien nacen todos los Demonios “Cósmicos”, Dragones (Nâgas), Serpientes o dioses Serpientes, y los Dânavas o Gigantes. El significado de las alegorías arriba expuestas es puramente astronómico y cósmico, pero servirá para probar la identidad de todos), y viven en Hiranyapura “*la ciudad de oro, que flota en el aire*” (*Vishnu Purâna*, trad. De



Wilson, II, 72). Por tanto, Indra, como hijo de Kashyapa, es, en cierto modo, el hijastro de estas dos; y Kashyapa, en este sentido, es idéntico a Agni, el Dios del Fuego, o Sol (Kashyapa–Aditva). A este mismo grupo pertenece Skanda o Kârttikeya, el Dios de la Guerra, astronómicamente el planeta Marte de seis *caras*, un Kumâra, o joven–virgen nacido de Agni (Todas estas historias difieren en los textos *exotéricos*. En el *Mahâbhârata*, Kârtikeya, “el Marte de seis caras”, es el hijo de Rudra o Shiva. Nacido por Sí mismo, *sin una madre*, de la semilla de Shiva arrojada al fuego. Pero Kârtikeya es llamado, generalmente, Agnibhû, “Nacido del Fuego”) con objeto de destruir a Tâkara, el Demonio Dânava, nieto de Kashyapa, por su hijo Hiranyâksha (Hiranyâksha es el regente o rey de la *quinta* región del Pátala, un Dios serpiente). Las austeridades Yogas de Târaka eran tan extraordinarias que se hicieron formidables para los Dioses, quienes temían a semejante rival en poder (Los Elohim también temían el conocimiento del Bien y del Mal de Adán, por lo que se les muestra como expulsándole del Edén, o matándole *espiritualmente*). A la vez que Indra, el resplandeciente Dios del Firmamento, mata a Vritra o Ahi, el Demonio–Serpiente –por cuya proeza es llamado Vritrahan, el “Destructor de Vritra”– conduce también las huestes de Devas (Ángeles o Dioses) contra otros Dioses rebelados contra Brahmâ, por lo cual se le da el sobrenombre de Jishnu, “Conductor de la Hueste celestial”. Se ve también que Kârttikeya lleva los mismos títulos. Por matar a Târaka, el Dânava, es llamado Târaka–jit, “Vencedor de Târaka” (La historia que se cuenta es que Târaka (llamado también Kâlanâbha), debido a sus poderes yogas extraordinarios, había obtenido todo el conocimiento divino de Yoga–vidyâ y los poderes Ocultos de los Dioses, que conspiraban en contra suya. Aquí vemos a la Hueste “obediente” de Arcángeles o Dioses menores conspirando contra los (futuros) Ángeles Caídos, a quienes Enoch acusa del gran crimen de descubrir al mundo todas “las cosas secretas que se hacen en el cielo”. Miguel, Gabriel, Rafael, Suryal y Uriel son los que denuncian al Señor Dios a aquellos de sus hermanos que se decía *habían atisbado los misterios divinos* y los habían enseñado a los hombres; y de este modo escaparon ellos mismos a un castigo parecido, Miguel fue encargado de luchar con el Dragón, como lo fue Kârtikeya, y bajo las mismas circunstancias. Ambos son “Jefes de la Hueste Celestial”, ambos Vírgenes, ambos “Jefes de Santos”, “Portadores de Lanza” (Shakti–dharas), etc. Kârtikeya es el original de Miguel y de San Jorge, tan seguramente como Indra es el prototipo de Kârtikeya); *Kumâra Guha*, el “misterioso Joven–virgen”, Siddha–sena, “Conductor de los Siddhas”, y *Shakti–dhara*, “Portador de lanza”.

2º Tomemos ahora a Apolo, el Dios sol griego, y comparando los relatos míticos que de él se hacen, veremos si no corresponde tanto a Indra, Kârttikeya, y hasta a Kashyapa–Âditya, y al mismo tiempo a Miguel (como forma angélica de Jehovah), el “Ángel del Sol”, el cual es “semejante” y “uno con Dios”. Las ingeniosas interpretaciones posteriores para propósitos monoteístas, por más que hayan sido elevadas a dogmas indiscutibles de la Iglesia, no prueban nada, a no ser el abuso de la autoridad y poder humanos. Apolo es Helios, el Sol, Phoibos–Apolo, la “Luz de la Vida y del Mundo” (La “vida y la luz” del mundo material *físico*, el goce de los sentidos, no del alma. Apolo es especialmente el Dios *humano*, el Dios del ritualismo emocional, aficionado a la pompa teatral de la Iglesia, con luces y música) que surge de la Copa de Oro Alada (el



Sol); por tanto, es el Dios-sol *por excelencia*. En el momento de su nacimiento pidió su arco para matar a Pitón, el Dragón Demonio, que atacó a su madre antes de su nacimiento (Véase *Apocalipsis* (XII), en donde se ve a la madre de Apolo perseguida por el Pitón, el Dragón rojo, el cual es también Porfirión, el Titán encarnado o rojo), al cual fue encargado, de un modo divino, de destruir; lo mismo que Kârttikeya, que nació con objeto de matar a Târaka, el Demonio *demasiado santo y sabio*. Apolo nació en una isla sideral llamada Astería, la “isla de la estrella de oro”, la tierra que flota en el aire”, que es el *Hiranyapura* de oro indo: es llamado el Puro (α2gnòç) Agnus Dei, el Agni indio, como cree el Dr. Kenealy; y en el mito primitivo está exento “de todo amor sensual” (*Book of God*, pág. 88). Por tanto, es él un Kumâra como Kartikeya, y como lo era Indra en sus primeros; tiempos y biografías. Por otra parte, Pitón, el “Dragón rojo”, relaciona a Apolo con Miguel, que lucha con el Dragón Apocalíptico tratando de atacar a la mujer de parto, como Pitón ataca a la madre de Apolo. ¿Puede dejar de verse la identidad? Si el Rt. Hon. W. E. Gladstone, que tanto se enorgullece de sus conocimientos en griego y de comprender el espíritu de las alegorías de Homero, hubiese tenido alguna vez una verdadera vislumbre del sentido *esotérico* de la *Ilíada* y de la *Odisea*, hubiera comprendido el *Apocalipsis* de San Juan y hasta el *Pentateuco* mejor de lo que los comprende. Pues el camino de la *Biblia* está jalonado por Hermes, Bel y Homero, lo mismo que el camino de éstos lo está por los símbolos religiosos hindúes y caldeos.

3º La repetición de esta tradición arcaica se encuentra en el cap. XII del *Apocalipsis* de San Juan, y viene, sin la menor duda, de las leyendas babilónicas, mientras la narración babilónica, a su vez, tuvo origen en las alegorías de los Arios. El fragmento leído por el difunto George Smith hasta para poner en claro el origen de este capítulo del *Apocalipsis*. Helo aquí tal como lo ha expuesto el eminente asiriólogo.

Nuestro... fragmento se refiere a la creación de la humanidad, llamada Adán, como [el hombre] en la *Biblia*; él fue hecho perfecto... pero después se une con el dragón del profundo, el animal de Tiamat, el espíritu del caos y comete ofensas contra su dios, el cual le *maldice*, evocando sobre su cabeza todos los males y penalidades de la humanidad (Ningún “Dios”, ya se llame Bel o Jehovah que *maldiga* su propia (supuesta) obra, por haberla hecho imperfecta, puede ser la Sabiduría Absoluta Infinita y Única).

A esto sigue una guerra entre el dragón y los poderes del mal, o el caos de una parte y los dioses de otra.

Los dioses tienen armas que han sido forjadas para ellos (En la alegoría india de Târakâmaya, o sea la Guerra entre los Dioses y los Asuras con Soma (la Luna, el Rey de las Plantas) a la cabeza, Vishvakarmân, el artífice de los Dioses, es el que forja, como sucede con



Vulcano (Tubal-Caín), las armas para ellos), y Merodach [el Arcángel Miguel del *Apocalipsis*] se pone a la cabeza de la hueste celeste en contra del dragón. La guerra, descrita con gran animación, termina, por supuesto, con el triunfo de los principios del bien (*Chaldean Account of Genesis*, pág. 304. Hemos dicho en otra parte que la "mujer con el niño" del *Apocalipsis*, XII, 1, 2, era Aima, la Gran Madre, o Binah, el tercer Sephira, "cuyo nombre es Jehovah"; y el "Dragón" que trata de devorar al niño que viene a la existencia (el Universo) es el Dragón de la Sabiduría Absoluta: esa Sabiduría, que, reconociendo la no separatividad del Universo y todo lo que hay en él, del TODO Absoluto, no ve en él más que la Gran Ilusión, Mahâmâyâ, y por tanto la causa de la miseria y del sufrimiento).

Esta Guerra de los Dioses contra los Poderes del Profundo se refiere también, en su aplicación última y terrestre, a la lucha entre los Adeptos Arios de la naciente Quinta Raza y los Brujos de la Atlántida, los Demonios del océano, los Insulares rodeados de agua que desaparecieron en el Diluvio.

Los símbolos del "Dragón" y de la "Guerra en el Cielo" tienen, como ya se ha dicho, más de un significado; pues, en una misma alegoría, están incluidos sucesos religiosos, astronómicos y geológicos. Pero también tenían un sentido cosmológico. En la India, la historia del Dragón está repetida, en uno de sus aspectos, en las batallas de Indra con Vritra. En los *Vedas* es mencionado este Ahi-Vritra como el Demonio de la Sequía, el terrible Viento abrasador. A Indra se le presenta en continua guerra con él; y con la ayuda de su trueno y relámpago, el Dios obliga a Ahi-Vritra a derramar lluvia sobre la Tierra, y luego le mata. De aquí que Indra sea llamado el Vritra-han o el "Matador de Vritra", del mismo modo que Miguel es llamado el Vencedor o "Matador del Dragón". Tanto el uno como el otro "Enemigo" son, pues, en este solo sentido, el "Antiguo Dragón" precipitado en las profundidades de la Tierra.

Los Amshaspends del Avesta son una Hueste con un jefe como San Miguel, y parecen idénticos a las legiones del Cielo, a juzgar por el relato del *Vendîdâd*. Así, en el Fargard XIX, Ahura Mazda dice a Zarathushtra que "invoque a los Amesha Spentas que gobiernan sobre los siete Karshvares (Los "siete Karshvares de la Tierra", o sea las siete Esferas de nuestra Cadena Planetaria, los siete Mundos mencionados también en el *Rig Veda*, se explican por completo en otra parte. Hay seis Râjamsi (Mundos) sobre Prithivi, la Tierra, o "este" (idan), en oposición a lo que está *más allá* (los seis globos que están en los otros tres planos). (Véase *Rig Veda*, I, 34; III, 56; VII, 10411, y V, 60, 6) de la Tierra" (Trad. de Darmesteter, *Sacred Books of the East*, volumen IV, pág. 207); cuyos Karshvares, en las siete aplicaciones, se refieren igualmente a las siete Esferas de nuestra Cadena Planetaria, a los siete Planetas, a los Siete Cielos, etc., según el sentido se refiera a un mundo físico, supra-mundano o simplemente sideral. En el mismo Fargard, Zarathushtra, en su invocación contra Angra Mainyu y su Hueste, se dirige a ellos con las siguientes palabras; "Invoco a los siete Sravah resplandecientes con sus hijos y rebaños" (*Ibid.*, pág. 217). Los "Sravah" –palabra que los orientalistas han



abandonado por ser de “significado desconocido”— significa los mismos Amshaspends, pero en su sentido Oculto más elevado. Los Sravah son los Nóúmenos de los Amshaspends manifiestos, las Almas o Espíritus de aquellos poderes *manifestados*, y “sus hijos y rebaños” se refieren a los Ángeles Planetarios y a sus rebaños siderales de estrellas y constelaciones. “Amshapend” es el término exotérico, usado solamente en combinaciones y asuntos terrestres. Zarathushtra se dirige constantemente a Ahura Mazda como al “hacedor del mundo *material*”. Ormuzd es el padre de nuestra Tierra (Spenta Armaiti), a quien, cuando está personificada, se menciona como “la hermosa hija de Ahura Mazda” (*Ibíd.*, pág. 208), que es también el creador del Árbol (de la Sabiduría y el Conocimiento Oculto y Espiritual), del cual está tomado el místico y misterioso Baresma. Pero el nombre Oculto del brillante Dios nunca fue pronunciado fuera del templo.

Samael o Satán, la Serpiente seductora del *Génesis*, y uno de los primeros Ángeles que se rebelaron, es el nombre del “Dragón Rojo”. Es el Ángel de la *Muerte*, pues el *Talmud* dice que “el Ángel de la Muerte y Satán son uno mismo”. Fue muerto por Miguel y una vez más lo fue por San Jorge, que es igualmente un Matador del Dragón. Pero véanse las transformaciones de esto: Samael es idéntico al Simún, el viento abrasador del desierto, y también al Demonio Védico de la Sequía, como Vritra; “El Simún es llamado Atabutos”, o Diabolos, el Diablo.

Tifón, o el Dragón Apofis —el Acusador en el *Libro de los Muertos*—, es vencido por Horus, que atraviesa la cabeza a su contrario con una lanza; y Tifón es el viento del desierto que todo lo destruye, el elemento rebelde que pone todo en confusión. Como Set, él es la obscuridad de la noche, el matador de Osiris, que es la luz del día y el Sol. La Arqueología demuestra que Horus es idéntico a Anubis (*Libro de los Muertos*, XVII, 62. Anubis es Horus, que se convierte “en aquel que no tiene ojos”) cuya efigie fue descubierta sobre un monumento egipcio con una coraza y una lanza, como Miguel y San Jorge. A Anubis también se le representa matando a un Dragón, que tiene cabeza y cola de serpiente (Véase *Du. Dragon de Metz*, de Lenoir).

Cosmogónicamente, pues, todos los Dragones y Serpientes vencidos por sus “Matadores” son, en su origen, los principios turbulentos y confusos del Caos, puestos en orden por los Dioses soles o Poderes *Creadores*. En el *Libro de los Muertos*, estos principios son llamados los “Hijos de la Rebelión” (Véase también *Egyptian Pantheon*, págs. 20–23)

En aquella noche, el opresor, el asesino de Osiris, llamado por otro nombre la *Serpiente engañadora*... llama a los Hijos de la Rebelión que están en el *Aire*, y cuando ellos llegan al Oriente de los Cielos, entonces estalla la Guerra en el Cielo y en el Mundo entero (*Libro de los Muertos*, XVII, V, 54 y 49).



En los *Eddas* escandinavos la “Guerra” de los Ases con los Himthurses o gigantes Helados, y de Asathor con Jotuns, las Serpientes y Dragones, y el “Lobo” que sale de la “Obscuridad” es la repetición del mismo mito. Los “Espíritus Malos”⁹⁰⁶, que principiaron por ser simplemente los emblemas del Caos, han sido euhemerizados por la superstición del populacho, hasta que finalmente obtuvieron el derecho de ciudadanía entre las que pretenden ser las razas más civilizadas e instruidas de este globo *desde su creación*; y se ha convertido en dogma entre los cristianos. Según dice George Smith:

Los principios [Espíritus] malos, emblemas del Caos, como vemos [en Caldea y Asiria lo mismo que en Egipto, se nos dice]... resisten este cambio y hacen la guerra a la Luna, el hijo mayor de Bel, atrayendo a su lado al Sol, a Venus y al dios atmosférico Vul (Estos “Espíritus Malos” no pueden en modo alguno ser identificados con Satán o el Gran Dragón. Son los Elementales creados o nacidos de la ignorancia –las pasiones cósmicas y humanas– o el Caos).

Esto es sólo otra versión de la “Guerra en el Cielo” hindú, entre Soma, la Luna, y los Dioses, siendo Indra el Vul atmosférico, lo cual muestra claramente que ambos son una alegoría cosmogónica y astronómica sacada de la Teogonía primitiva, en la que estaba tejida, como se enseña en los Misterios.

En las Doctrinas religiosas de los gnósticos es donde puede verse mejor el verdadero significado del Dragón, de la Serpiente, del Chivo y de todos esos símbolos de los Poderes llamados ahora el Mal; pues ellos fueron los que, en sus enseñanzas, divulgaron la naturaleza Esotérica del sustituto judío de AIN SOPH, cuyo verdadero significado ocultaban los rabinos, mientras que los cristianos, con pocas excepciones, no sabían nada acerca de él. Seguramente que Jesús de Nazareth no hubiera aconsejado a sus apóstoles que se mostrasen tan *sabios* como la serpiente, si esta última hubiera sido un símbolo del Demonio; ni tampoco los Ofitas, los sabios gnósticos egipcios de la “Fraternidad de la Serpiente”, hubieran reverenciado a una serpiente viva en sus ceremonias como emblema de la SABIDURÍA, la divina Sophia y tipo del Todo–bien, no del Todo–mal, si ese reptil hubiera estado relacionado con Satán. El hecho es que, hasta como ofidio común, ha sido siempre un símbolo doble, y como Dragón no ha sido nunca más que un símbolo de la Deidad Manifestada en su gran Sabiduría. El *draco volans*, el “dragón volador” de los pintores primitivos, puede ser una pintura exagerada del animal antediluviano real extinguido, y los que tienen fe en las Enseñanzas Ocultas creen que en los antiguos tiempos existían tales seres como dragones voladores, una especie de pterodáctilos, y que esos lagartos alados gigantescos sirvieron de prototipos para los Seraph de Moisés y su gran Serpiente de Bronce (Véase *Números*, XXI, 8–9. Dios ordena a Moisés que construya una Serpiente de bronce (Seraph), y el *contemplarla*, cura a los mordidos por las Serpientes de Fuego. Estas últimas eran los *Serafines*, cada uno de los cuales, según dice Isaías (VI, 2), “tenía seis alas; son los símbolos



de Jehovah y de todos los demás Demiurgos, que producen de sí mismos seis hijos o semejanzas; siete con su Creador. Así, pues, la Serpiente de Bronce es Jehovah, el Jefe de las “Serpientes de Fuego”. Y, sin embargo, en el libro 29 de los *Reyes* (XVIII, 4) se demuestra que el rey Ezequías, quien, como su padre David, “hizo lo que era justo a los ojos del Señor”, “rompió en pedazos la serpiente de bronce que Moisés había hecho... y la llamó Nehushtan” o pedazo de bronce). Los judíos mismos adoraron antes a este último ídolo, pero después de las reformas religiosas introducidas por Ezequías, dieron una completa vuelta, y llamaron a ese símbolo del Dios Grande o Superior de todas las naciones, un Demonio, y a su propio usurpador, el “Dios Uno” (“Y Satán hizo frente a Israel y provocó a David a que contase a Israel” (I, *Crónicas*, XXI, 1). “La cólera del Señor [Jehovah] se encendió contra Israel, e impulsó a David... a decir: Ve, cuenta a Israel” (II, *Samuel*, XXIV, 1). Los dos son, pues, idénticos). (D.S. III, 630-644).

. . . En nuestros días de lúgubre Materialismo, destructor de almas, los antiguos Sacerdotes–Iniciados se han convertido, en opinión de nuestras sabias generaciones, en sinónimo de hábiles impostores, que encienden el fuego de la superstición, a fin de obtener un dominio más fácil sobre las mentes humanas. Ésta es una calumnia sin fundamento, nacida del escepticismo y de pensamientos no caritativos. Nadie ha creído tanto como ellos en los Dioses, o según podemos llamarlos, los Poderes espirituales y ahora invisibles, o Espíritus, los *Nóúmenos* de los *fenómenos*; y creían simplemente *porque sabían*. Y aun cuando después de ser iniciados en los misterios de la naturaleza, se veían obligados a ocultar sus conocimientos de los profanos, que hubieran seguramente abusado de ellos, semejante secreto era indudablemente menos peligroso que la conducta observada por sus usurpadores y sucesores. Los primeros sólo enseñaban lo que sabían bien; los últimos, al enseñar lo que *no saben*, han inventado como seguro refugio de su ignorancia, una Deidad celosa y cruel, que prohíbe al hombre inquirir sus misterios bajo la pena de condenación; y han hecho bien, porque *sus* misterios, cuando más, sólo pueden indicarse a oyentes condescendientes, y nunca describirse. (D.S. IV, 119).

. . . Volviendo al Comentario sobre los Cuatro Maharajas, en todo caso, en los templos Egipcios, según Clemente de Alejandría, una cortina colosal separaba el tabernáculo del lugar para el público. Lo mismo sucedía entre los judíos. En ambos, la cortina se extendía sobre cinco columnas (el Pentágono), simbolizando nuestros cinco sentidos, y esotéricamente, las cinco Razas-Raíces, mientras que los cuatro colores de la cortina representaban los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos terrestres. El conjunto era un símbolo alegórico. **Por medio de los cuatro Regentes superiores de los cuatro puntos cardinales y de los elementos, pueden conocer nuestros cinco sentidos las verdades ocultas de**



la Naturaleza; y de ningún modo como Clemente quería demostrar, que los elementos *per se* eran los que proporcionaban a los paganos el Conocimiento Divino o el Conocimiento de Dios (Así, la sentencia “*Natura Elementorum obtinet revelationem Dei*” (en *Stromata* de Clemente, IV, 6), es aplicable a ambas cosas o a ninguna. Consúltese el *Zends*, vol. II, pág. 228, y Plutarco. *De Iside*, como comparado por Lavard. *Académie des Inscriptions*, 1854, vol. XV). Mientras que el emblema egipcio era espiritual, el de los judíos era puramente materialista, y a la verdad, solo honraba a los elementos ciegos, y a los “puntos” imaginarios. Pues, ¿cuál era la significación del Tabernáculo cuadrado levantado por Moisés en el desierto, si no poseía el mismo significado cósmico? “Harás una colgadura... de azul, purpura y escarlata..., cinco columnas de madera de shittim para las colgaduras..., cuatro anillos de bronce en los cuatro ángulos del mismo... tableros de maderas finas para los cuatro costados, Norte, Sur, Oeste y Este... del Tabernáculo..., con Querubines de labor primorosa” (*Éxodo*, XXVI, XXVII). El Tabernáculo y el recinto cuadrado. Querubines y todo, eran precisamente los mismos que los de los templos egipcios. La forma cuadrada del Tabernáculo tenía exactamente la misma significación que hoy tiene aun en el culto exotérico de los chinos y tibetanos. Los cuatro puntos cardinales, lo mismo que los cuatro costados de las pirámides, obeliscos y otras semejantes construcciones cuadradas significan lo que Josefo cuida de explicar del asunto. Declara que las columnas del Tabernáculo son las mismas que las erigidas en Tiro a los cuatro Elementos, las cuales se hallaban colocadas en pedestales, cuyos cuatro ángulos miraban a los cuatro puntos cardinales; añadiendo que “los ángulos de los pedestales tenían las cuatro figuras del Zodíaco”, que representaban la misma orientación (*Antiquities*, I, VIII, cap. XXII).

Pueden encontrarse vestigios de esta idea en las cuevas zoroastrianas, en los templos cortados en la roca de la India, así como en todos los edificios cuadrados de la antigüedad que han sobrevivido hasta nuestros días. Esto ha sido demostrado definitivamente por Layard, quien encuentra los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos primitivos en la religión de todas las naciones, bajo la forma de obeliscos cuadrados, los cuatro lados de las pirámides, etc. Los cuatro Maharajas eran los regentes y directores de estos elementos y de sus puntos. Al que quiera saber más acerca de ellos, le bastara comparar la Visión de Ezequiel (cap. I), con lo que se conoce del Buddhismo chino, aun en sus enseñanzas exotéricas, y examinar el aspecto exterior de estos “Grandes Reyes de los Devas”. Según la opinión del reverendo Joseph Edkins, “ellos presiden respectivamente sobre cada uno de los cuatro continentes en que los hindúes dividen al mundo... Cada uno de ellos está a la cabeza de un ejército de seres espirituales, para proteger a la humanidad y al Buddhismo” (*Chinese Buddhism*, pag. 216). Exceptuando la predilección hacia el Buddhismo, los Cuatro Seres Celestiales son precisamente eso. Los hindúes, sin embargo, dividen al mundo en



siete continentes, tanto exotérica como esotéricamente; y sus cuatro Devas Cósmicos son ocho, que presiden sobre los ocho rumbos de la brújula y no sobre los continentes.

Los “Cuatro” son los protectores del género humano, así como los agentes del Karma en la Tierra, mientras que los Lipika se hallan relacionados con el más allá de la Humanidad. Al mismo tiempo, aquellos son las cuatro criaturas vivientes “que se parecen a un hombre” de la visión de Ezequiel, y son llamados por los traductores de la *Biblia* “Cherubim”, “Seraphim”, etcétera; por los ocultistas “Globos Alados”, “Ruedas Flamígeras”; y por diferentes nombres en el Panteón hindú. Todos estos Gandharvas, los “Melodiosos Cantores”, los Asuras, Kinnaras y Nagas, son las descripciones alegóricas de los Cuatro Maharajas Los Seraphim son las Serpientes flamígeras de los Cielos, que encontramos en un párrafo descriptivo del Monte Meru, como “la exaltada masa de gloria, la venerable residencia favorita de los dioses y de los cantores celestiales... adonde no llegan hombres pecadores... porque se halla guardada por Serpientes”. Son llamados los Vengadores y las “Ruedas Aladas”. (D.S. I, 247-250).

. . . Los que saben algo de los Misterios de Samotracia recordarán también que el nombre genérico de los Kabiri era los “Santos Fuegos”, que crearon en siete localidades de la isla de Electria o Samotracia, al “Kabir nacido de la Santa Lemnos”, la isla consagrada a Vulcano. (D.S. III, 4).

. . . Entre Zeus, la Deidad Abstracta del pensamiento griego, y el Zeus Olímpico, había un abismo. Este último no representaba en los Misterios más principio que el aspecto inferior de la inteligencia física humana (Manas enlazado con Kâma); mientras que Prometeo, el aspecto divino de Manas sumergido en Buddhi, al cual aspira, era el Alma divina. Siempre que a Zeus se le representa como cediendo a sus pasiones inferiores, es nada más que el Alma Humana, el Dios *celoso*, vengativo y cruel, en su Egoísmo o Yo exclusivista. De aquí que a Zeus se le represente como una Serpiente, el tentador intelectual del hombre, que, sin embargo, engendra en el curso de la evolución cíclica al “Salvador–Hombre”, al Baco Solar o Dionisio – *más que hombre*.

Dionisio es uno con Osiris, con Krishna y con Buddha, el Sabio celeste, y con el Avatâra (décimo) futuro, el Christos Espiritual glorificado, que libertará al Chrestos en sufrimiento (la humanidad, o Prometeo), en su prueba. Esto, según dicen las leyendas brahmánicas y budhistas, que repiten como eco las enseñanzas de Zoroastro y ahora las cristianas (estas



últimas sólo ocasionalmente), sucederá al final del Kali Yuga. Sólo después de la aparición del Kalki Avatâra, o Sosiosh, nacerá el hombre de la mujer sin pecado. . . (D.S. III, 697-698).

***PREG.** Puesto que Ammonio nunca confió a la escritura sus ideas, ¿cómo podemos cerciorarnos de la verdad respecto a sus doctrinas?*

Ni Buddha, ni Pitágoras, ni Confucio, ni Orfeo, ni Sócrates, ni el mismo Jesús, dejaron escrito alguno tras de sí. Sin embargo, la mayor parte de ellos son personajes históricos, y todas sus doctrinas han sobrevivido. Los discípulos de Ammonio (entre los que se cuentan Orígenes y Herennius) escribieron tratados y explicaron su ética. Indudablemente, esta última es tan histórica como los escritos Apostólicos, si no más. Además, sus discípulos Orígenes, Plotino y Longino (consejero de la famosa reina Zenobia) legaron todos abundantes datos acerca del Sistema Filaleteo, al menos en la medida que podía ser conocida públicamente su profesión de fe, pues la escuela dividía sus enseñanzas en exotéricas y esotéricas.

***PREG.** Siendo esoterica lo que se llama propiamente la Religión de la Sabiduría, según afirmáis, ¿cómo pudieron ser transmitidos sus dogmas o principios hasta nuestros días?*

La Religión de la Sabiduría fue siempre una y la misma, y siendo la última palabra del conocimiento humano posible, fue cuidadosamente conservada. Existía edades antes de los Teósofos Alejandrinos, alcanzó a los modernos y sobrevivirá a todas las demás religiones y filosofías.

***PREG.** ¿Por quiénes y en dónde fue conservada?*

Entre los Iniciados de cada nación; entre los profundos investigadores de la verdad, sus discípulos; y en aquellas partes del mundo en donde estas materias fueron siempre más apreciadas e investigadas; en la India, el Asia Central y Persia.

***PREG.** ¿Puede usted darme alguna prueba de su esoterismo?*

La mejor prueba que podéis tener consiste en el hecho de que cada culto religioso, o mejor dicho, filosófico antiguo, comprendía una enseñanza esotérica o secreta, y un culto exotérico (público). Es además un hecho bien sabido que los misterios de los antiguos consistían en “Mayores” (secretos) y “Menores” (públicos); como en las solemnidades famosas llamadas en *Grecia Eleusinas*. Desde los Hierofantes de Samotracia, Egipto, los *Brahmanes* iniciados de la



India Antigua, hasta los *Rabinos hebreos*, todos, por temor a la profanación, ocultaron sus verdaderas creencias. Llamaban los *Rabinos hebreos* a sus series religiosas seculares, *la Mercavah* (o cuerpo exterior), “el vehículo” o *la cubierta que oculta al alma*, es decir, a su Ciencia Secreta más elevada. Jamás en la antigüedad divulgó nación alguna, por conducto de sus sacerdotes, sus verdaderos secretos filosóficos a las masas, dando sólo a éstas la parte exterior de los mismos. *El Buddhismo del Norte* tiene sus “vehículos” “mayores” y “menores”, conocidos bajo el nombre de *Mahayana* el esotérico, y de *Hinayana* el exotérico, que son dos Escuelas. No se los debe censurar por el secreto guardado, pues seguramente a nadie se lo ocurriría dar en pasto, a un rebaño de ovejas, disertaciones científicas eruditas sobre botánica, en vez de hierba. *Pitágoras* denominaba a su Gnosis “el conocimiento de las cosas que son” o *h gnwçiq onpwu*, y reserva esos conocimientos sólo para sus discípulos, que habían jurado guardar el secreto; para aquellos que podían asimilarse ese alimento mental y hallar en él satisfacción; a los que juramentaba para guardar el secreto y el silencio. **Los alfabetos ocultos y las cifras secretas son el desarrollo de los antiguos escritos hieráticos Egipcios, cuyo secreto estaba antiguamente en poder de los Hierogramatistas, sacerdotes Egipcios iniciados. Según nos dicen sus biógrafos, Ammonio Saccas juramentaba a sus discípulos para que no divulgasen sus doctrinas superiores, excepto a aquellos que ya habían sido instruidos en los conocimientos preliminares, y que también estaban ligados por juramento.** Finalmente ¿no hallamos la misma costumbre en el *Cristianismo primitivo*, entre los *Gnósticos*, y hasta en las enseñanzas de Cristo? ¿Acaso no habla él a las masas en parábolas de doble sentido, explicando únicamente a los discípulos sus motivos? “A vosotros –dice– es dado el conocer los misterios del reino de los cielos; pero a aquellos de fuera todas esas cosas se explican en parábolas” (*Marcos*, IV, 11). “*Los Esenios de Judea y del Carmelo* hacían igual distinción, dividiendo a sus miembros en neófitos, hermanos y perfectos o iniciados (Véase: *Neoplatonismo y Alquimia*; por A. Wilder). Ejemplos acerca de este particular pueden sacarse de todos los países. (LA CLAVE DE LA TEOSOFÍA, Págs. 7-10 – H.P. BLAVATSKY).

PREG. ¿Cómo se explica entonces que haya sido tan desconocida la Teosofía en las naciones del Hemisferio Occidental? ¿Por qué fue un libro cerrado para las razas, sin duda alguna más cultas y adelantadas?

Creemos que antiguamente han existido naciones tan cultas, y con seguridad espiritualmente más “adelantadas”, que lo estamos nosotros. Pero hay varias razones que motivan esa ignorancia voluntaria. Una de ellas la dio *San Pablo a los cultos Atenienses*: la falta, durante largos siglos, de verdadero conocimiento



espiritual, y hasta de interés por él, debida a una inclinación exagerada a las cosas sensuales y a una larga sujeción a la letra muerta del dogma y del ritualismo. Pero la razón principal consiste en el hecho de haberse conservado siempre secreta la verdadera Teosofía.

PREG. *Habéis presentado pruebas de la existencia del secreto; pero ¿cuál era la causa real del mismo?*

Las causas eran las siguientes: Primeramente, la perversidad de la naturaleza del hombre vulgar y su egoísmo, tendiendo siempre a la satisfacción de sus deseos personales en detrimento del prójimo. A semejantes seres jamás se les hubiese podido confiar secretos divinos. En segundo término, su incapacidad para conservar los conocimientos sagrados y divinos limpios de toda degradación. Esta última fue la causa de la perversión de las verdades y símbolos más sublimes, y de la *transformación gradual* de las cosas Espirituales en formas antropomórficas y comunes; en otras palabras, el rebajamiento de la idea divina y la idolatría. (LA CLAVE DE LA TEOSOFÍA, Pág. 12 – H. P. BLAVATSKY).

El ritual del cristianismo primitivo se deriva de la antigua Masonería, como ya está suficientemente demostrado. Esta, a su vez, es la heredera de los Misterios, casi desaparecidos en esta época, sobre los cuales vamos a decir unas palabras.

Todo el mundo sabe que todas las naciones de la antigüedad tenían sus secretos ocultos conocidos con el nombre de Misterios, los cuales existían al margen de la adoración popular que se nutría de letra muerta y de las vacías formas de las ceremonias exotéricas. Estrabón es uno de los autores que da testimonio de este aserto (Georg. Lib X: “Nadie era admitido a los Misterios si no se había preparado antes por medio de un entrenamiento particular. Los neófitos a quienes se instruía en la parte superior de los Templos eran iniciados en las Criptas en el Misterio final”. Estas instrucciones constituían el último patrimonio, la última supervivencia de la sabiduría antigua. Los misterios se representaban bajo la dirección de los Grandes Iniciados. Y empleamos a propósito el término *representar* porque las instrucciones *orales*, dichas en voz *baja*, únicamente se daban en las criptas con secreto y silencio solemnes. Las lecciones relativas a la teogonía y a la cosmogonía se expresaban por medio de representaciones alegóricas. Todo se comunicaba simbólicamente, tanto el *modus operandi* de la evolución gradual del Kosmos como el de la de los mundos, de nuestra tierra, de los de Dios y de los hombres. Las grandes representaciones públicas que se realizaban durante las fiestas de los Misterios eran presenciadas por la multitud, la cual adoraba ciegamente las verdades allí simbolizadas; pero tan sólo los Grandes Iniciados,



los *Epoptai*, comprendían el verdadero significado de su lenguaje. Los sabios conocen esto y mucho más.

Todas las naciones de la antigüedad han pretendido saber que los Misterios reales relativos a lo que tan antifilosóficamente se denomina creación, fueron enseñados en los tiempos prehistóricos a los elegidos de nuestra raza (la quinta) por las primeras dinastías de Reyes Divinos – "Dioses encarnados", "encarnaciones divinas" o "Avatares".

En las últimas estancias de Dzyan citadas en *La Doctrina Secreta* se habla de los que reinaron sobre los descendientes "salidos del Santo Rebaño", que "descendieron de nuevo, hicieron las paces con la Quinta raza y la enseñaron e instruyeron".

La frase "hicieron las paces" es prueba de que antes debió haber habido una *querella*. El destino de los atlantes en nuestra filosofía y el de los prediluvianos en la Biblia corroboran esta idea. Esto volvió a repetirse muchos siglos antes de que apareciera Ptolomeo, pues los iniciados del santuario egipcio abusaron también de la ciencia sagrada. Y aunque las enseñanzas secretas de los Dioses habían sido conservadas en toda su pureza durante siglos innumerables, la ambición personal y el egoísmo de los iniciados terminaron por corromperlas. El significado de los símbolos se vio frecuentemente profanado por interpretaciones inconvenientes y pronto los misterios de Eleusis fueron los únicos que se vieron libres de toda alteración y de toda innovación sacrílega. Estos misterios se celebraban en Atenas en honor de (Ceres), Démeter o la Naturaleza; en ellos fueron iniciados los intelectuales más célebres de Grecia y Asia Menor. Zósimo dice en su cuarto libro que estos iniciados pertenecían a toda la Humanidad (1), y Arístides opina que los Misterios constituyen "el Templo común de la tierra entera".

Para conservar algunas reliquias de este "templo" y reconstruirlo cuando fuera oportuno, fueron elegidos algunos de los iniciados. El Gran Hierofante realizaba esta selección todos los siglos, en cuanto las alegorías sagradas mostraban los primeros síntomas de profanación y decadencia, con el fin de restaurarlas a su pureza primitiva.

Pero los Grandes Misterios de Eleusis participaron del mismo destino de los otros. Su superioridad primera y su finalidad primitiva las describe Clemente de Alejandría, quien manifiesta que los Grandes Misterios divulgaban los secretos y la forma de construcción del Universo, enseñanza que era el principio, el fin y el objeto último del conocimiento humano. En ellos se mostraba al Iniciado la naturaleza y todas las cosas tal como son en sí. (*Estromata* 8ª). La gnosis



pitagórica estribaba en lo mismo: en “el conocimiento de las cosas tal como son en sí”.

Epicteto habla de estas instrucciones encomiásticamente: “Nuestros Maestros son los autores de todo lo establecido en ellas con objeto de instruir a los hombres y de corregir nuestras costumbres” (*apud. Arriam Dissert*, lib. cap. 21). Platón dice lo mismo en *Fedon*, pues, según este filósofo, el objeto de los Misterios consistía en restablecer la pureza primitiva del alma, en volverla al *estado de perfección que había perdido*.

Llegó una época en que los Misterios se desviaron de su pureza, como ocurre con las religiones exotéricas. Esta desviación comenzó a producirse cuando, siguiendo el consejo de Aristigón, el Estado decidió obtener de los Misterios de Eleusis una fecunda y constante fuente de ingresos. A este efecto, se dictó una ley según la cual nadie podría ser iniciado sin pagar cierta suma por este privilegio. De modo que lo que hasta entonces sólo podía lograrse a costa de un esfuerzo constante y casi sobrehumano hacia la virtud y hacia la perfección, pudo adquirirse ya con oro. Una vez aceptada esta profanación, los laicos y los sacerdotes perdieron el respeto antiguo por los Misterios internos, lo cual condujo a la profanación de la ciencia sagrada. El desgarrón hecho en el velo fue haciéndose más grande en cada siglo, y los sublimes hierofantes, temerosos como nunca de que los secretos más sagrados de la naturaleza fueran divulgados y profanados, se esforzaron por eliminarlos del programa *interno*, limitando su conocimiento a un reducidísimo número de elegidos. Estos, que fueron *puestos aparte*, eran los únicos guardianes del divino patrimonio perteneciente a las eras pasadas.

Siete siglos más tarde, escribía Apuleyo en el “Asno de oro”, a pesar de su sincera inclinación por la magia y la mística, una amarga sátira contra la hipocresía y libertinaje de ciertas órdenes de sacerdotes semi-iniciados. También cuenta este autor que en su época (siglo II de nuestra era), los misterios se habían hecho tan comunes que se *iniciaba a todo el mundo*, a personas de todas las condiciones y clases, tanto hombres como mujeres y niños. En aquellos tiempos, la iniciación era tan necesaria como lo es hoy el bautismo para los cristianos: una ceremonia sin significación y de pura fórmula. Algún tiempo después, los fanáticos de la nueva religión descargaron su pesada mano sobre los Misterios.

Los *Epoptai* los “que ven las cosas tal como son”, desaparecieron uno a uno, emigrando a regiones inaccesibles para los cristianos. Los *Mystes* (o



velados), “los que ven las cosas tal como parecen ser”, no tardaron en convertirse en los únicos dueños de la situación.

Los primeros, los *puestos aparte*, son quienes han conservado los verdaderos secretos, mientras que los *Mystes*, o sea, los que sólo conocen las cosas superficialmente, son los que colocaron la piedra fundamental de la Francmasonería moderna. De esta fraternidad primitiva de masones, semipaganos, semiconversos, ha nacido el ritual cristiano y la mayoría de los dogmas.

Los *Eoptai* y los *Mystes* reciben, a su vez, el nombre de masones (constructores) porque todos ellos, fieles al juramento prestado a sus Hierofantes o “Reyes” desaparecidos desde hacía mucho tiempo, reconstruyeron *su Templo*; los *Eoptai*, “inferior”, y los *Mystes*, “superior”, pues con estos nombres se designaban irrespetuosamente en ciertas regiones de la antigüedad, así como en nuestros días. Sófocles habla en su *Electra* de los fundamentos de Atenas –el emplazamiento de los Misterios eleusinos– diciendo que constituyen “el edificio sagrado de los Dioses”; es decir, construido para los Dioses. La iniciación se describía como “un paseo dentro del templo”, y la “purificación” o “*reconstrucción del Templo*” se refería al cuerpo del Iniciado en la última y suprema prueba (véase el Evangelio de San Juan. Capítulos XI y XII). La doctrina exotérica se designaba a veces con el nombre de “Templo”, y la religión exotérica popular con el de “ciudad”. *Construir un templo* significaba fundar una escuela esotérica; *construir un templo en la ciudad* era establecer un culto público. Por consiguiente, los verdaderos supervivientes de los Masones son los del Templo *inferior* o *cripta* que era el lugar sagrado donde se verificaba la iniciación; ellos son los únicos guardianes de los verdaderos secretos masónicos hoy en día perdidos para el mundo.

No tenemos inconveniente en otorgar a la moderna fraternidad de los masones el título de “constructores” del “Templo superior”, si bien es tan ilusoria la superioridad dada *a priori* por el adjetivo como la llama de la zarza mosaica que arde en las Logias de los Templarios.

(1) Cicerón dice en su *De Nat. Deorum* libr. I: “Omito Eleusinem sanctam illam et augustam ubi initiatur gentes ororum ultime”. “Y omito aquella santa y augusta religión eleusina en la que son iniciadas gentes de las tierras más distintas y lejanas”. (Los orígenes del ritual en la Iglesia y en la Masonería, (versión digital), 20-23 –H.P. Blavatsky).



La mal comprendida alegoría conocida con el nombre de descenso a los infiernos ha hecho no poco daño. La “Fábula” esotérica de Hércules y Teseo descendiendo a las *regiones infernales*; la del viaje a los Infiernos de Orfeo, quien encontró su camino gracias al poder de su lira (Ovidio, “Metamorfosis”); la de Krishna y, finalmente, la del Cristo que “descendió a los Infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”, han sido desfigurados por los “adaptadores” profanos de los ritos paganos al transformar los confusamente en ritos y dogmas de la Iglesia.

Desde el punto de vista astronómico, este *descenso a los infiernos* es un símbolo del sol durante el equinoccio de otoño, pues antiguamente se creía que este astro abandonaba las altas regiones siderales, librando un combate con el genio de las tinieblas, quien se adueñaba de lo mejor de nuestra luz. Se creía que el sol sufría entonces una muerte temporal y descendía a las regiones infernales. Pero desde el punto de vista de la mística esta alegoría simboliza los ritos iniciáticos, realizados en las criptas del Templo, que recibían el nombre de “mundo inferior” (Hades). Baco, Heracles, Orfeo, Asclepio y todos los demás visitantes de la cripta descendieron a los infiernos, de donde salieron al tercer día, porque todos eran iniciados y “constructores del Templo inferior”.

Las palabras que dirige Hermes a Prometeo encadenado sobre las áridas rocas del Cáucaso –Prometeo uncido a la ignorancia y devorado por el buitre de las pasiones– se aplicaban a todos los neófitos, a todos los *Chrestos*, durante las pruebas: “No esperes término a tu suplicio antes de que Dios (o un Dios) aparezca, te releve de tus dolores y descienda contigo al sombrío Hades, a la niebla profunda del Tártaro” (Esquilo, *Prometeo*), lo cual significa, sencillamente, que hasta que Prometeo (o el hombre) pueda encontrar al “dios”, o Hierofante (el Iniciador) que consienta en descender con él a las criptas de la Iniciación y lo dirija alrededor del Tártaro, no cesará el siniestro y potente buitre de las pasiones de devorar los órganos vitales (1).

El iniciado Esquilo no pudo ser más explícito. Pero Aristófanes, menos piadoso o quizás más audaz que Esquilo, divulga este secreto a los hombres que no se ven cegados por prejuicios de fuerte raigambre en su inmortal sátira relativa al “descenso de Heracles a los infiernos” (*Las Ranas*). En esa obra se habla del coro de los bienaventurados (los Iniciados), de los Campos Elíseos, de la llegada de Baco (el dios Hierofante) con Heracles, de la recepción con las antorchas encendidas, emblema de la **NUEVA VIDA**, y de la **RESURRECCIÓN** desde las tinieblas de la ignorancia humana a la luz del conocimiento espiritual; o sea, a la **VIDA ETERNA**. Todas las palabras de la brillante y significativa sátira atestiguan la intención secreta del poeta:



Animaos, oh ardientes antorchas..., porque tú, laccos, estrella fosforescente del rito nocturno, vienes sacudiéndolas en tu mano...

Las iniciaciones finales se verificaban siempre durante la noche. Por consiguiente, cuando se decía que alguien había descendido a los Infiernos, se quería dar a entender que había llegado a ser un *Iniciado perfecto*. Y si alguien se siente impulsado a rechazar esta interpretación, no hay mas que preguntarle si puede explicar el significado de una frase contenida en el libro sexto de la Eneida virgiliana. ¿Qué quiere dar a entender el poeta, sino lo que más arriba hemos explicado cuando, al introducir al venerable Anquises en los Campos Elíseos, le obliga a aconsejar a su hijo Eneo que marche a Italia... en donde tendrá que combatir con el pueblo rudo y bárbaro del Lacio; “pero”, añade él, “no te aventures en tan atrevida empresa hasta que hayas “descendido a los infiernos”; es decir, hasta que se haya iniciado.

Los buenos de los clericales que, en cuanto les provocan un poco nos envían al Tártaro y a las regiones infernales, no se percatan de cuán buenos son sus deseos, ni de cuánta santidad de carácter deberíamos tener para lograr la entrada en un lugar tan sagrado.

Los paganos no fueron los únicos que tuvieron Misterios. Belarmino (*de Eccl. Triump.* lib. II, cap. 14) asegura que los primeros cristianos copiaron la costumbre de los paganos de reunirse en la Iglesia durante las noches precedentes a sus fiestas, para celebrar vigiliass o “veladas”.

Al principio cumplieron las ceremonias con pureza y edificante santidad; pero no tardaron en deslizarse en sus asambleas tales abusos inmorales, que los obispos juzgaron conveniente abolirlas. Hemos leído docenas de libros en los que se habla de la licencia reinante en las fiestas religiosas de los paganos. Cicerón (*de Leg.* libr.II, capítulo 15) cuenta que Diágonas el Tebano no halló mejor remedio contra semejantes abusos que la supresión de los Misterios.

No obstante, cuando comparamos las dos suertes de celebraciones, es decir, los misterios paganos santificados por los siglos y los ágapes cristianos de una religión que, apenas nacida, pretendía ejercer sobre sus conversos tan enorme influencia purificadora, no podemos sino lamentar la ceguera mental de sus defensores y citar esta pregunta de Roscomón:

¿Por qué vuestra finalidad es tan mezquina y baja, cuando comenzáis con tanta pompa y ostentación?

(1) La región oscura de la cripta en la cual se suponía que el candidato a la iniciación abandonaba para siempre sus malas pasiones y perversos deseos. De esta idea derivan todas las alegorías contenidas en las obras de Homero, Ovidio, Virgilio, etc., tomadas al



pie de la letra por nuestros sabios. El Flegeton era el río del Tártaro, en donde el Hierofante sumergía tres veces al iniciado, después de lo cual se daban por terminadas las pruebas. Entonces se consideraba que el hombre había vuelto a nacer; había dejado para siempre en la sombría corriente al antiguo pecador y, cuando al tercer día salía del Tártaro, era sólo *individualidad* porque la *personalidad* había muerto. Cada alegoría, como por ejemplo las de Ixión, Tántalo, Sísifo, etc., es la personificación de una pasión humana. (Los orígenes del ritual en la Iglesia y en la Masonería, (versión digital), 24-25 –H.P. Blavatsky).

Como el cristianismo primitivo era una derivación de la Masonería primitiva, tenía también sus signos, sus palabras de paso y sus grados iniciáticos. “Masonería” es un término antiguo y su empleo no se remonta muy lejos en nuestra era. Pablo se llama a sí mismo “Maestro Constructor”.

Los antiguos Masones recibieron nombres diferentes: la mayor parte de los eclécticos de Alejandría, así como los teósofos de Amonio Saccas y los últimos neoplatónicos eran virtualmente masones. Todos estaban ligados por un juramento al secreto. Todos se creían hermanos y tenían sus signos de reconocimiento. Los eclécticos o filaleteos contaban en sus nutridas filas entre todos los sabios más capaces y más eruditos de la época, a varias testas coronadas. El autor de la *Filosofía Ecléctica* se expresa de la siguiente manera:

“Sus doctrinas fueron adoptadas por los paganos y por los cristianos de Asia y de Europa, y durante algún tiempo la cosa pareció favorable a una fusión general de creencias religiosas. Los emperadores Alejandro, Severo y Juliano abrazaron su doctrina; pero su influencia predominante en las ideas religiosas despertaron los celos de los cristianos de Alejandría; por cuyo motivo la escuela fue trasladada a Atenas, siendo cerrada inmediatamente después por Justiniano. Sus profesores se retiraron a *Persia* (1) en donde se hicieron numerosos discípulos”.

Hay algunos detalles más bastante interesantes. Ya sabemos que los Misterios de Eleusis sobrevivieron a todos los demás y que, mientras que los cultos secretos de los Dioses menores, como por ejemplo los *Curates*, los *Dactíles*, los adoradores de Adonis, de *Kabiri* y hasta los mismos del antiguo Egipto desaparecían bajo la mano vengadora del implacable Teodosio (2), los Misterios de Eleusis no pudieron ser suprimidos con tanta facilidad; porque, en realidad, constituían la religión de la Humanidad, y brillaban con todo su antiguo esplendor, aunque no con su primitiva pureza. Entonces fue cuando aparecieron en escena, por primera vez, los “Constructores del Templo Superior o del Templo de la Ciudad”, quienes trabajaron sin reposo con objeto de introducir su dogma y ritual particular en la naciente Iglesia, siempre querellante y combativa. El Triple



Sanctus de la misa de la Iglesia católica es el S.S.S. de los masones primitivos, el prefijo moderno de sus documentos y de toda “plancha” (3), que se comienzan con las iniciales de *Salutem* o *Salud*. Un masón ha dicho secamente que:

“Este triple saludo es el más antiguo de los saludos masónicos” (Ragón).

(1) Y podríamos decir que más lejos aún, es decir, a la India, al Asia Central, ya que encontramos rastros de su influencia en todas las regiones asiáticas.

(2) El asesino de los tesalónicos, que fueron muertos por orden de este piadoso hijo de la Iglesia.

(3) “Plancha” término masónico que significa trabajo escrito. N. del T.

(Los orígenes del ritual en la Iglesia y en la Masonería, (versión digital), 26 –H.P. Blavatsky).

LA REPRESENTACIÓN DE BACO Y DE CERES

Pero los injertos masónicos hechos en el árbol de las religiones no se limitan tan sólo a esto. Durante los Misterios de Eleusis el vino representaba a BACO, y el pan o trigo (1), a Ceres.

De modo que Ceres o Démeter era el principio productor y femenino de la tierra, la esposa del padre Eter o Zeus; y Baco, el hijo de Zeus–Júpiter, era su padre manifestado. En otras palabras, Ceres y Baco eran personificaciones de la sustancia y del espíritu de los dos principios vivificantes existentes en la naturaleza y en la tierra. Antes de hacer la revelación final de los Misterios, el Hierofante presentaba simbólicamente a los candidatos el vino y el pan, que él comía y bebía para testimoniar que el espíritu tenía que vivificar a la materia; es decir, que la Sabiduría Divina del Yo Superior debía penetrar al Yo interno o alma, tomar posesión de ella, revelarse a sí misma.

La Iglesia cristiana adoptó este rito. El Hierofante que entonces recibía el nombre de “Padre” se ha convertido hoy día –excepto en conocimiento– en el sacerdote “padre” que administra la misma comunión. Jesucristo se llama viña a sí mismo y califica de Viñador al “Padre”. Su parábola de la Última Cena demuestra que conocía perfectamente la significación simbólica del pan y del vino, así como su identificación con los *logoi* de los antiguos. “El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna...” Y añade: “las palabras (*rhemata* o palabras secretas) que os digo son Espíritu



y Vida” y lo son porque “el Espíritu es el que vivifica”. Estas *rhemata* de Jesús son, en verdad, las palabras secretas de *un iniciado*.

Pero entre este noble rito, tan antiguo como el simbolismo, y su última interpretación antropomórfica hoy en día conocida con el nombre de transubstanciación, medía un enorme abismo de sofismas eclesiásticos. Cuánta fuerza tiene la exclamación “¡Desgraciados de vosotros, hombres de Ley!” porque *habéis rechazado la clave del conocimiento* (y no permitís tan siquiera que la gnosis sea dada a los demás), a lo cual añadido yo que jamás pudieron aplicarse con mayor propiedad estas palabras que en nuestros días.

Sí; vosotros no “dejáis que la gnosis penetre en vosotros; habéis impedido que la alcancen quienes la deseaban” y seguís impidiéndolo.

Pero este vituperio no recae únicamente sobre los sacerdotes modernos, pues los masones, descendientes o sucesores de los “constructores del Templo superior” existente en tiempos de los Misterios y que deberían tener mejor conocimiento, escarnecen y se burlan de sus hermanos que recuerdan su verdadero origen. Podríamos citar a muchos grandes sabios y cabalistas modernos pertenecientes a la Masonería, cuyos estudios son mirados con verdadera indiferencia por sus hermanos. Es la historia de siempre. Hasta el mismo Ragón, el más erudito de los masones actuales, se lamenta en los siguientes términos:

“Todos los antiguos relatos demuestran que las iniciaciones se realizaban en la antigüedad con un imponente ceremonial que se ha hecho memorable para siempre debido a las grandes verdades que divulgaron y al conocimiento resultante de las mismas. Y a pesar de esto, *algunos masones modernos que pasan por pseudo sabios* califican de charlatán a todo aquel que, por ventura suya, recuerda las antiguas ceremonias y quiere explicárselas”. (*Curso Filosófico*).

(1) Baco es, Indudablemente, de origen hindú. Pausanias cuenta que Baco fue el primero en conducir una expedición contra la India y colocar un puente sobre el Eufrates. “Aún hoy en día se muestra el cable que servía para unir las dos riberas opuestas, dice un historiador; está tejido con cepas de viña y ramas de hiedra” (XXXIV, 4). Ariano y Quinto Curcio explicaban la alegoría de Baco surgido de la pierna de Zeus, diciendo que había nacido en el Monte Meru. Todos sabemos que Eratóstenes y Estrabón creían que el Baco hindú había sido inventado por los cortesanos de Alejandro con el único objeto de halagar a su soberano, pues éste se complacía pesando que, como Baco, había conquistado la India.

Pero, por un lado, Cicerón dice que este dios era hijo de Tione y de Nisos; Dionisos significa el Dios *Dís*, del monte *Nys* existente en la India.

El Baco coronado de hiedra o *Kíssos* no es otro que Krishna, uno de cuyos nombres era *Kissen*. Dionisos era, sobre todo, el Dios que liberaba a las almas de los hombres de su



prisión carnal, la cual es el Hades o Tártaro humano en uno de sus sentidos simbólicos. Cicerón llama a Orfeo “un hijo de Baco”, y aquí encontramos una tradición que no sólo representa a Orfeo como venido de la India (se decía que era moreno y de tez atezada), sino que, además, lo identifica con Arjuna, el hijo adoptivo de Krishna. (Véase *Cinco Años de Teosofía*). (Los orígenes del ritual en la Iglesia y en la Masonería, (versión digital), 27-28 –H.P. Blavatsky).

. . . El Faro de la luz hacia el cual la vista de todos los verdaderos Teósofos se enfoca, es el mismo blanco al que se dirigió, en todas las eras, el alma humana cautiva. Nosotros y los teósofos primigenios, usamos el término "Sabiduría Divina" para indicar este Faro, cuya luz no brilla sobre mares terrenales; sino que se ha reflejado en las profundidades lóbregas de las aguas primordiales del espacio infinito. Esta es la última palabra de la doctrina esotérica. ¿Dónde estaba, en la antigüedad, el país que tenía el derecho a llamarse civilizado que no poseyera un sistema de Sabiduría dual: una parte para las masas y la otra para los pocos, lo exotérico y lo esotérico? **Este nombre, Sabiduría o como lo llamamos a veces: "Religión Sabiduría" o Teosofía, es tan antiguo como la mente humana. El título de Sabios, los sacerdotes de este culto a la verdad, fue el primer derivativo. En seguida, estos nombres se transformaron en filosofía y filósofos: "los amantes de la ciencia" o de la sabiduría. Pitágoras fue el artífice de este nombre junto al de la gnosis, el sistema del "conocimiento de las cosas que son" o de la esencia que se oculta tras las apariencias externas. Bajo ese nombre, tan noble y correcto en su definición, todos los maestros de la antigüedad designaron el conjunto de nuestro conocimiento de las cosas humanas y divinas. Los sabios y los Brahmanes de la India, los magos caldeos y persas, los hierofantes egipcios y árabes, los profetas o Nabí de la Judea y de Israel y los filósofos griegos y romanos, siempre han clasificado esta ciencia en dos divisiones: la esotérica o la verdadera y la exotérica, disfrazada bajo el simbolismo. Aun hoy los Rabinos judíos llaman Mercabah al cuerpo o vehículo de su sistema religioso, eso que contiene en sí las ciencias superiores, accesibles sólo a los iniciados y de las cuales es simplemente la cáscara.**

Se nos acusa de asumir una actitud sigilosa, reprochándonos que tenemos secreta la Teosofía superior. Confesamos que la doctrina que llamamos *gupta vidya* (ciencia secreta) es sólo para los pocos. **¿Cuáles eran los maestros de antaño que no mantenían secretas sus enseñanzas por temor a que se profanaran? A partir de Orfeo a Zoroastro, Pitágoras y Platón, hasta los Rosacruces y los Francmasones más modernos, siempre hubo una regla invariable, es decir: el discípulo debe ganarse la confianza del maestro**



antes de recibir de él la palabra suprema y final. Las religiones más antiguas siempre han tenido sus misterios mayores y menores. Los neófitos y los catecúmenos daban un juramento inviolable antes de ser aceptados. Los Esenios de la Judea y del monte Carmel tenían la misma regla. Los *Nabi* y los *Nazares* (los "separados" de Israel), análogamente a los *Chelas* laicos y a los *Brahmacharyas* de la India, diferían mucho entre ellos. Los Chelas laicos podían casarse y quedarse en el mundo mientras estudiaban las escrituras sagradas, hasta cierto punto; los Brahmacharyas, los Nabi y los Nazares siempre se han *consagrado* enteramente a los misterios de la iniciación. Las grandes escuelas de Esoterismo eran internacionales, aunque exclusivas, como lo demuestra el hecho de que Platón, Herodoto y otros se fueron a Egipto para ser iniciados; mientras Pitágoras, después de haber visitado a los Brahmanes de la India, se detuvo en un monasterio egipcio y, finalmente, según Jámblico, fue recibido en el Monte Carmel. Jesús siguió la costumbre tradicional, justificando su reticencia citando un precepto muy conocido:

"No des las cosas sagradas a los perros, no ofrezcas tus perlas a los cerdos, porque las pisotearán y los perros te atacarán, haciéndote pedazos."

Ciertas escrituras antiguas, conocidas, además, por los bibliófilos, personifican la Sabiduría, que representan como emanando de *Ain-Soph*, el Parabrahm de los cabalistas judíos, haciéndola la asociada y la compañera de la Deidad manifestada. Por eso entre todos los pueblos tuvo un carácter sagrado. La Sabiduría es indisoluble de la divinidad. Así tenemos los Vedas, que proceden de la boca del "Brahmâ" hindú (el *logos*). El nombre Buddha proviene de *Budha*, "Sabiduría," inteligencia divina. El *Nebo* babilónico, el *Thot* de Memphis y *Hermes* de los griegos eran todos dioses de la sabiduría esotérica.

La griega Athena, las egipcias Metis y Neitha, son los prototipos de Sophia-Achamoth, la sabiduría femenina de los Gnósticos. El *Pentateuco* samaritano llama el libro del Génesis, *Akamuth* o "Sabiduría," como también dos fragmentos de manuscritos muy antiguos: "la Sabiduría de Salomón" y "la Sabiduría de *Iasous* (Jesús)." El libro llamado *Mashalim* o los "Discursos y los Proverbios de Salomón," personifica la Sabiduría llamándola: "la que ayuda al (Logos) creador," . . (COLLECTED WRITINGS –versión digital- La filosofía trascendental, 8-10 – H.P. BLAVATSKY).

"Las verdades supremas de la Cosmología, conocidas por los iniciados sacerdotes, se enseñaban a los humildes adoradores de mente sencilla en



alegoría, y los Misterios más grandes estaban ocultos en símbolos, sólo para ser revelados al ojo abierto de la comprensión espiritual. El más hermoso de los Dioses a menudo se podía representar como de rostro oscuro y con feas formas, primero, porque ninguna imagen podía indicar tanta belleza suprema; y segundo, porque fueron incluso un intento de llamar la atención de los adoradores para que no se distrajesen de la Vida oculta con la simple forma externa. El devoto hindú siempre ve detrás de la forma el aspecto de la Deidad simbolizada y la forma se vuelve una piedra de toque para la divina encarnación de la Realidad interna". (*The Science of the Sacraments* – C. W. Leadbeater).